

Vernon Richards Enseñanzas de la Revolución Española



Vernon Richards

ENSEÑANZAS DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Edición digital: C. Carretero

Difunde Confederación Sindical Solidaridad obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Vernon Richards
Enseñanzas de la
Revolución Española



Presentación

Sin duda éste es uno de los libros más importantes de análisis sobre la actuación de la CNT en la Revolución Española que se han editado.

Así nos habla de él Frank Mintz:

Este libro estuvo vetado por la CNT en exilio, que siempre tuvo dinero para reeditar libros y folletos casi siempre de propaganda general y sin relación directa con las necesidades españolas, como de Mella, Faure y Kropotkin (casi nada de Bakunin, ¿por su extremismo?). La primera edición en castellano se hizo entre amigos en París en 1971. Si no fue bien acogida por los exiliados, incluso Peirats, la edición se agotó mandando y regalando más que vendiendo los ejemplares en España.

Editado en España en el año 1977, desde entonces no ha dejado de cautivar y fascinar a todos aquellos lectores que lo han tenido en sus manos.

Si el calificativo clásico hay que adjudicarlo a aquellas realizaciones humanas que traspasan el marco de su generación y sirven e influyen a las generaciones subsiguientes, éste libro es un clásico.

Confederación Sindical Solidaridad Obrera

SOBRE ESTE LIBRO

El presente libro ha ido surgiendo progresivamente de una serie de 23 artículos publicados por primera vez en el semanario anarquista de Londres *Freedom* (1951-52), que fueron inspirados por la publicación de los dos primeros volúmenes de José Peirats, *La CNT en la revolución española*. Estos artículos fueron recogidos y publicados en forma de libro por *Freedom Press* en 1953 con una Introducción que ha sido incluida en la presente edición.

En aquel mismo año apareció en Tokio una edición en japonés.

La posibilidad de revisar y ampliar el libro, incorporando material del tercer volumen de la Historia de Peirats, se presentó con ocasión de una edición italiana publicada por el grupo Volonta de Nápoles en 1957. Los primeros quince capítulos, aparte de algunas correcciones y añadidos de menor cuantía, permanecieron inalterados. Pero la Parte II se componía de nuevo material, excepto en lo que respecta al capítulo 18 y a la primera parte de las Conclusiones.

Una traducción castellana de esta nueva versión fue realizada por Laín Diez por iniciativa propia, pero fue rechazada por todas las casas editoriales de América Latina a las que se la ofrecí. No fue sino hasta 1970, al venir a verme un joven español en Bruselas para publicar una edición en castellano, cuando pude poner en contacto al traductor y al editor, y el resultado fue la edición de Bélibaste (París, 1971).

Durante todo este tiempo, el grupo Noir et Rouge, de París, había mostrado un positivo interés por la obra, publicando algunos capítulos en su revista. Y un miembro del grupo, Frank Mintz (tal y como había hecho mi compañero Laín Díez en el lejano Santiago de Chile) tradujo todo el libro por iniciativa propia con vistas a su

publicación por el movimiento francés. Mientras tanto, sin embargo, y gracias a la generosidad de mi querido amigo Hans Deichmann, que aportó el dinero para imprimir una nueva edición inglesa, *Freedom Press* publicó en 1972 por primera vez la versión ampliada de 1957, a la que añadí un «Postfacio bibliográfico (1972)» concebido como algo bastante más provocativo de lo que suele ser una bibliografía. Esta edición inglesa de 1972 ha aparecido desde entonces en italiano (Pistoia, 1974) y en francés (Editions 10/18, París, 1975).

Me hubiera gustado ampliar el «Postfacio bibliográfico» para esta edición, pero creo que si mi libro tiene algo que decir para los anarquistas en la presente situación de España, la impaciencia de los editores por publicarlo es más valiosa que todo lo que yo pueda añadir ahora para fortalecer mis argumentos o para subrayar mis conclusiones.

V. R.

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

(MADRID, 1977)

La oportunidad de ver una edición de mi obra realmente publicada en España por compañeros, y en este período políticamente decisivo, es para mí una fuente de satisfacción profunda, porque entre otras cosas creo que viene a reivindicar la actitud expresada por María Luisa Berneri en el párrafo con que se presenta el libro: que el movimiento anarquista internacional no pierde nada, sino que verdaderamente sale ganando, con el reconocimiento y el aprendizaje de sus errores. Porque aun cuando algunos anarquistas a título individual se han responsabilizado de la traducción de estas modestas «enseñanzas» en una serie de idiomas, y grupos anarquistas lo han hecho de la publicación de las ediciones inglesa, japonesa y castellana (solamente la traducción francesa ha sido publicada por una editorial comercial), el libro ha sido, por lo general, o bien despiadadamente atacado, o bien sencillamente ignorado por la prensa anarquista, singularmente por la prensa sindicalista española en el exilio. Puesto que no soy un escritor profesional, ni un revolucionario ni un académico, no me importa mucho que mi libro haya sido ignorado por los medios de comunicación de masas. Sin embargo, la recepción generalmente desfavorable, rayando a veces en lo histórico, que le han dedicado la prensa anarquista y la sindicalista cuando apareció en la década de los 50, y el virtual silencio en la de los 70, me entristece porque parece confirmar la conclusión del mentor filosófico de Bakunin, Hegel, de que «lo que la experiencia y la historia enseñan es que los pueblos y los gobiernos nunca han aprendido nada de la historia ni actuado según principios que se dedujeran de ésta». Coleridge, el poeta inglés contemporáneo de

Hegel, va aún más allá cuando sugiere que «si los hombres pudieran aprender de la historia, ¡qué lecciones no sería capaz de enseñarnos! Pero la pasión y el partidismo nos ciegan». Cada generación de anarquistas se pregunta por qué nuestras ideas avanzan tan poco entre el pueblo, pero debido a que pocos de entre nosotros estamos dispuestos a reconocer que las masas laboriosas no son instintivamente revolucionarias, sino más bien conservadoras, y que, por tanto, la tarea de hacer que acepten nuestras ideas es necesariamente larga y lenta, los impacientes entre nosotros tratan de tomar atajos creyendo que el gesto heroico agitará a las masas haciéndolas salir de su apatía, desconfianza u hostilidad. Esto se ha hecho cada vez más habitual allí donde los medios de comunicación están dominados por lo visual (T. V.).

El período de febrero a julio de 1936, que incluyó la victoria electoral del Frente Popular; el impresionante Congreso de Zaragoza de la CNT en mayo; el éxito de los movimientos separatistas catalán y vasco, así como innumerables huelgas generales y parciales, y asesinatos y actos terroristas por ambas partes, no produjo la situación revolucionaria. ¡Y sin embargo eso es lo que logró el alzamiento militar!

Se dice también que «la historia no se repite». Los anarquistas debieran ser los primeros en estar de acuerdo con ello, puesto que si creen que la historia la hacen los pueblos y no los individuos, concluyen que cada nueva generación puede (y logra efectivamente) hacer su propia historia. ¿Y quién podría negar que los trabajadores de España están viviendo en 1977 en un entorno político y económico radicalmente diferente del que precipitó los épicos acontecimientos de 1936? España estaba entonces aislada de Europa, el nivel de vida de los obreros estaba entre los más

bajos, y desde el punto de vista tecnológico se trataba de un país atrasado. Hoy todo eso ha cambiado considerablemente gracias a las comunicaciones masivas, a los medios de comunicación social, a las empresas multinacionales, a la producción en cadena y todo ello a pesar del régimen franquista. El tradicional equilibrio de poder en la sociedad española ha cambiado también. Existe hoy una clase media profesional muy importante que prácticamente no existía en 1936; las universidades del mundo occidental ya no son invariablemente reaccionarias como lo eran ciertamente en 1936; el éxodo de la tierra hacia las ciudades en crecimiento incesante ha sido más intenso en España que en cualquier otro país de Europa en la última década, y las clases trabajadoras españolas tienen ahora tantas estratificaciones divisorias como en las demás naciones industriales occidentales. Y en último término, pero no en el de menor importancia, el pueblo español es, en general, tan cínico respecto a los partidos y los líderes políticos como lo son los demás pueblos del mundo entero, e igualmente, me temo carecen de respuesta articulada (políticamente hablando) sobre posibles alternativas si se diera la ocasión.

Incluso aunque la historia no se repite, en las sociedades reformistas, las situaciones similares reaparecen una y otra vez. Por ejemplo, no ha habido «elecciones libres» en España durante cuarenta años. Cuando tengan lugar, ¿van a utilizar los miembros de una nueva CNT o una nueva FAI los mismos argumentos que sus padres y abuelos utilizaron en 1936? Si el Gobierno continúa negando la legalidad al partido comunista *, ¿van a actuar en su defensa la CNT y la FAI teniendo en cuenta el papel de dicho partido durante la guerra civil? En 1936-39 la división de los trabajadores en dos organizaciones principales, la UGT y la CNT, fue objeto de frecuentes discusiones entre ambas organizaciones con vistas a la creación de un pacto de unidad. Finalmente, sólo se

logró un frágil acuerdo entre los líderes cuando ya la contrarrevolución había triunfado y se había perdido el combate armado contra Franco. Hoy, tanto la UGT como la CNT están tratando de reconstruir sus organismos tradicionales como si nada hubiera ocurrido durante los últimos cuarenta años; despreciando completamente en apariencia el hecho de que en 1977 su expansión habrá de competir también con los sindicatos ya poderosos controlados por los comunistas y los sólidamente arraigados dependientes del Gobierno.

Pero, dejando a un lado la escena sociopolítica contemporánea, los anarquistas en 1977 se encontrarán debatiendo acaloradamente cuál debiera ser su papel en los sindicatos, o qué papel deberían jugar posteriormente en una revolución social anarquista -tal y como hace un siglo-, sin que cada nueva generación aprenda nada de la anterior. Para mí la cuestión quedó resuelta en la memorable confrontación entre Monatte y Malatesta en el Congreso Anarquista de Ámsterdam en 1907. Nadie ha añadido nada importante desde entonces. La experiencia española de 1936-39 es, en mi opinión, una reafirmación de los argumentos de Malatesta.

V. R.

Colchester (Inglaterra), enero de 1977.

Desde el ángulo anarquista y sin que nos estorben seudolealtades ni consideraciones de oportunidad, pero a la vez con modestia y comprensión, así es como deberíamos proponernos deducir las enseñanzas de la revolución española. Estoy convencida de que más desmoralizarla y debilitarla nuestro movimiento una admiración ciega y carente de espíritu crítico que la franca admisión de nuestros pasados errores.

María Luisa BERNERI

INTRODUCCION A LA PRIMERA EDICION INGLESA

La lucha en España (1936-1939), encendida por la sublevación de los militares, incitados y auxiliados por los grandes terratenientes e industriales y por la Iglesia, ha sido considerada en círculos progresistas fuera de España como una lucha entre el fascismo y la democracia, y ésta se identificaba con el Gobierno de Frente Popular victorioso en las elecciones generales de febrero de 1936.

Semejante interpretación de las cosas pudo ser oportuna en un comienzo como medio para obtener el apoyo de las democracias (que, en realidad, sólo se manifestó como simpatía popular, dado que los Gobiernos democráticos se apresuraron en cortar a la España republicana de Europa con su política de no-intervención). Y una simplificación tal de las cuestiones planteadas no resiste el menor análisis a la luz de los hechos. Hay numerosas pruebas de que, abandonado a su propia inspiración, el Gobierno de Frente Popular no habría ofrecido ninguna resistencia a Franco. Aun más, su primera reacción al pronunciamiento fue llegar a «arreglo» con Franco, y cuando éste lo rechazó de plano, el Gobierno prefirió la derrota antes que armar al pueblo. Por lo tanto, si en aquellos primeros días de la lucha Franco fue derrotado en los dos tercios de la Península, debemos buscar las razones de su fracaso en otro campo.

Fue el movimiento revolucionario en España -la organización sindicalista CNT (Confederación Nacional del Trabajo) y ciertas secciones de la UGT (Unión General de Trabajadores)- el que aceptó el desafío de Franco el 19 de julio de 1936, y no como sostenedor del Gobierno de Frente Popular sino en nombre de la revolución social. Hasta donde pudieron llegar estas entidades en su afán de aplicar sus concepciones sociales y económicas sin cejar

por eso en la lucha armada contra Franco, es cuestión aparte. Los capítulos en que nos referimos a las colectividades agrarias e industriales sólo pretenden señalar este aspecto importante y subestimado de la Revolución española. Algún día, quizás, podrá compilarse y publicarse la extensa documentación sobre el particular.

En el presente análisis nos interesan más las razones de la derrota de la revolución que la victoria militar de Franco. Pues una revolución puede ser derrotada tanto por sus discordias internas como por un armamento superior. Sin duda, el triunfo de Franco fue resultado en parte de la intervención alemana e italiana unida a la política de no-intervención que afectó adversamente sólo a las fuerzas republicanas. Es verdad también que la desintegración de las fuerzas republicanas fue consecuencia de tácticas inspiradas por Moscú a cambio del armamento ruso. Pero recalamos, esto es sólo una parte de la verdad. Porque es un hecho innegable que durante las primeras semanas de la lucha, ni la intervención italiana, alemana o rusa habían influido en el curso de los acontecimientos de un modo tan decisivo como debía ocurrir algunos meses después.

¿Hasta qué punto fue responsable el movimiento revolucionario de su propia derrota? ¿Era demasiado débil para llevar a cabo la revolución? ¿Hasta qué punto dependía la compra de armas y de materias primas de la conservación de un cariz de gobierno constitucional? ¿Qué expectativas tenía un ejército improvisado de guerrilleros contra fuerzas combatientes regulares? Estos eran algunos de los problemas prácticos que se presentaban al movimiento revolucionario y a sus líderes. Pero al tratar de resolver estos problemas, los anarcosindicalistas veían también surgir ante ellos otras cuestiones fundamentales que incidían en

toda la base teórica y moral de sus organizaciones. ¿Hasta dónde podían colaborar con los partidos políticos y la UGT (la contraparte socialista de la CNT, a la cual adhería casi el 50% de los trabajadores organizados)? Dadas las circunstancias, ¿era preferible apoyar a ésta o aquélla forma de gobierno? ¿Debía frenarse el impulso revolucionario en «aras» de la lucha armada contra Franco, o debía dejarse que se desarrollase hasta donde los trabajadores fueran capaces y estuvieran dispuestos a sostenerlo?

¿Era tal la situación que pudiese triunfar la revolución social, y si no, cuál debía ser el papel de los trabajadores revolucionarios? Con el correr del tiempo éstas no son simples disquisiciones académicas. Para los trabajadores españoles que han proseguido la lucha contra Franco tanto dentro de España como en el destierro, son cuestiones muy reales y controvertidas. Y sin embargo, pasarán muchos años antes de que se escriba una historia completa y objetiva de la Revolución española. Hay una inmensa cantidad de documentos enterrados en los archivos de las organizaciones o dispersos, y aún no se han recogido los testimonios individuales de quienes desempeñaron papeles capitales. No es la menor de las dificultades el abismo en materia de apreciación que, tanto en España: como en el destierro, separa a los militantes españoles deseosos de retrotraer el movimiento revolucionario a sus antiguas posiciones anti-gubernamentales y anticolaboracionistas, de aquellos que la experiencia de 1936-39 ha fortalecido en su opinión de que el movimiento revolucionario debe colaborar en el Gobierno y en instituciones estatales so pena de desaparecer. Por lo tanto, el presente estudio se ofrece sólo como un modesto intento de desentrañar e interpretar algunos de los muchos problemas de la Revolución española.

Tocante a nuestras fuentes, nos hemos basado en documentos

oficiales. Consideraciones de espacio nos han impedido reproducirlos íntegramente; pero nos hemos dado maña para no desfigurar el sentido al citar fuera del contexto. Y para ser justos con los críticos entre nuestros compañeros españoles, aceptamos la entera responsabilidad por las opiniones que aquí expresamos. Nos han criticado algunos por nuestra sagacidad a posteriori o por escribir sobre acontecimientos de los cuales hemos sido espectadores distantes. Mencionaremos estas críticas a fuerza de advertencia al lector respecto a nuestra autoridad limitada para tratar un tema tan complejo. Pero sentimos que podemos alegar en defensa nuestra el que hayamos expresado en 1936-39 en el periódico *Spain and the World (España y el Mundo)* la mayoría de las apreciaciones que hacemos en este libro. Esto no nos impidió ni nos impide hoy identificarnos con la heroica lucha de los trabajadores españoles contra el régimen de Franco.

Se nos ha insinuado también que el presente estudio aporta materiales a los enemigos políticos del anarquismo. Fuera del hecho que nuestra causa no puede recibir daño de un intento de establecer la verdad, la base de nuestras críticas no está en una supuesta ineficacia de las ideas anarquistas en el experimento español, sino en que los anarquistas y sindicalistas españoles se abstuvieron de poner a prueba sus teorías y, en cambio, adoptaron las tácticas del enemigo. Luego, no se nos alcanza cómo pueden esgrimir este argumento, sin que rebote contra ellos mismos, quienes tanto confiaron en el enemigo, vale decir, el Gobierno y los partidos políticos.

Este libro nunca se habría escrito si no se hubieran publicado en Toulouse los volúmenes de *La CNT en la Revolución Española*. Esta obra contiene centenares de documentos referentes al papel de la CNT en la lucha española, y queremos reconocer nuestra deuda

tanto a su autor, José. Peirats, como a la fracción mayoritaria de la CNT en el destierro, que la editó. Entre muchas otras fuentes consultadas, debo mencionar especialmente la obra franca y estimulante de D. A. de Santillán *Por qué perdimos la guerra* y *El laberinto español*, de Gerald Brenan. Para el lector no familiarizado con el panorama político y social de España y, en particular, con el papel importante del anarquismo y del sindicalismo revolucionario, el libro de Brenan, erudito y de lectura cautivante, es el más recomendable.

Julio de 1953

V. R.

INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA EDICION INGLESA

Al principio, en 1952, este libro no era sino la reseña de los dos primeros tomos de la importante historia de José Peirats *La CNT en la Revolución española*; luego se publicó en una serie de veinte y tres artículos en el semanario anarquista londinense *Freedom*. En 1953, se reunieron los mismos, con una introducción, y se editaron. Una traducción al japonés salió en Tokio el año siguiente.

Con motivo de la publicación de la edición italiana en 1957 (*Insegnamenti della Rivoluzione Spagnola*, Edizioni RL GenovaNervi) repasé y aumenté considerablemente el texto dividiendo la obra en dos partes. La primera, que abarca los quince primeros capítulos, quedó idéntica, excepto unas leves correcciones y algunos aditamentos. La segunda presenta un nuevo material, salvo el capítulo 18 y la primera parte de las conclusiones. Esta es la edición que se publica ahora por vez primera en inglés y en castellano.

He decidido respetar el texto de esta edición pese a los numerosos libros que se publicaron sobre la guerra civil española desde 1957, puesto que, a mi parecer, sólo uno -Burnett Bolloten, *La revolución española. Las izquierdas y la lucha por el poder*. México, ed. Jus S. A. 1962 (original inglés: *The Grand Camouflage*, Londres 1961 y 1968)- constituye una fuente valiosa y es de los pocos que tienen una visión real y segura del tema. No usé aquí Bolloten porque ello habría significado examinar todas las citas, comentándolas para acabar en unos cinco volúmenes (!). Pero deseo que cada estudioso e investigador serios estudien a Bolloten y se aprovechen de las notas. Estimo, sin falsa modestia, que Bolloten aporta datos a la tesis que expongo en esta obra.

No estoy preocupado por las historias generales de la guerra civil, que son el tema de la mayoría de los libros que se han publicado en los últimos diez años, y cuyos autores suelen ser universitarios que se jactan de una objetividad que, en mi opinión, cubre la incapacidad que tienen de identificarse al tema. Pienso que la primera frase del prefacio de Hugh Thomas a la primera edición (1961) de su libro muy sobrealvalorado *La Guerra Civil española* es de por sí una autocondenación. Este escribe: «Ha llegado el momento en que es posible hacer con provecho un estudio de la guerra civil española». Ahora bien ¿qué puede significar «con provecho» cuando el historiador añade más abajo que algunos «de los que actuaron en primer plano... apaciguados por el tiempo, están dispuestos a hablar con el lenguaje de la historia al observador desapasionado»?

Para mí, escribir la historia sólo es provechoso, de lo que sea o no legible e interesante, si ayuda una generación a sacar las lecciones de las experiencias ajenas. Esperar hasta que los que actuaron en primer plano... apaciguados por el tiempo... quieran hablar el lenguaje de la historia a los «desapasionados» Thomas, Joll y Raymond Carr (aquella Trinidad non-sancta que se va criticando la producción literaria) es en efecto no aprender nada de la historia. Por eso, recomiendo *La Révolution et la Guerre d'Espagne* de Broué-Témime (París, 1961) como la mejor historia general de la guerra civil.

Londres, enero de 1969.

V. R.

NOTA

He usado las siguientes abreviaciones para identificar las

organizaciones y partidos políticos:

CNT Confederación Nacional del Trabajo, la organización sindicalista revolucionaria influida por los anarquistas.

F. A. I. Federación Anarquista Ibérica.

UGT Unión General de Trabajadores, la organización sindical reformista controlada por los socialistas.

PSOE Partido Socialista Obrero Español.

P.C. E. Partido Comunista Español.

PSUC Partit Socialista Unificat de Catalunya, combinación de los partidos socialista y comunista de Cataluña, con elementos de la burguesía naranjera de Valencia, diversos pequeños grupos socialistas de derecha con escasa militancia de obreros manuales, y algunos elementos de la Esquerra (el partido nacionalista catalán del coronel Maciá) y de los Rabassaires (el partido de los aparceros catalanes). Adhirieron también algunos ricos industriales, que lograron figuración en sus cuadros. [\(1\)](#)

POUM Partido Obrero de Unificación Marxista, formado por comunistas disidentes del Partido Comunista.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

LAS ELECCIONES DE FEBRERO DE 1936

Por su constitución, la CNT era independiente de todos los partidos políticos en España y se abstenía de participar en elecciones parlamentarias u otras de índole política. Sus objetivos eran reunir a todas las masas explotadas en la lucha cotidiana por mejores condiciones económicas y de trabajo y destruir revolucionariamente el capitalismo y el Estado. Su meta era el comunismo libertario, sistema social fundado en las comunas libres confederadas en los planos local, regional y nacional. La base de tal confederación es la autonomía completa, y los únicos lazos con el organismo entero son los acuerdos adoptados en los congresos nacionales ordinarios o extraordinarios.

El 9 de enero de 1936, el Comité Regional de la CNT de Cataluña convocó a una conferencia regional para discutir dos problemas: 1.º «¿Cuál debe ser la posición de la CNT en el aspecto de la alianza con instituciones que, sin sernos afines, tengan un matiz obrerista?» y 2.º «¿Qué actitud concreta y definida debe adoptar la CNT ante el momento electoral?».

Debido a lo precipitado de la convocatoria como al hecho de que los sindicatos en su mayoría eran aún ilegales, la conferencia no podía en rigor considerarse representativa, y ciertos delegados llevaron las suspicacias hasta el extremo de suponer en los miembros del Comité Regional un interés personal en que se

discutieran los temas propuestos. Sin embargo, la mayoría de las delegaciones, entre las que prevalecía la opinión de que la posición antielectoral de la CNT era más por táctica que por principio, estaban en favor de discutir los temas.

Peirats, el historiógrafo de la CNT en el destierro (2), no nos dice cómo se desarrolló la discusión pero reproduce (pp. 98-101) un documento del Secretariado de la A.I.T. (Asociación Internacional de Trabajadores) a la que estaba la CNT adherida desde 1922, intitulado «La A.I.T. ante la crisis de la democracia, las elecciones y el peligro del mal menor». Es una defensa razonada y vigorosa del abstencionismo tradicional de la CNT que deja en descubierto, además, la ineficacia del Frente Popular politizado como réplica a la amenaza fascista y reaccionaria. Causó profunda impresión entre los congregados. Se envió a la A.I.T. una respuesta en que se reafirmaba la posición abstencionista de la CNT y se adoptó un dictamen en que se recomendaba una campaña antipolítica y abstencionista con ocasión de las próximas elecciones. Sin embargo, según el delegado de Hospitalet de Llobregat en el Congreso de Zaragoza en mayo de 1936:

«En Cataluña se colaboró, por mutismo, con la "Esquerra" en las pasadas elecciones, y "Solidaridad Obrera" (3) justificó el triunfo de las izquierdas, dando con ello un valor al voto que siempre hemos negado, por saber que no lo tiene. En la propaganda que precedió a las elecciones se mantuvo una posición confusionista, tanto, que más hubiera valido decir que se votase. Esto encarna tan grave responsabilidad que es necesario que no vuelva a repetirse. También recogemos el hecho de que no se cumplieron los acuerdos de la Conferencia, porque la Ponencia dictaminó la reivindicación de la campaña de 1936 y, sin embargo, no se hizo campaña

antielectoral.»

Cuando al mes siguiente se celebraron las elecciones «la CNT había llevado a cabo una campaña antielectoral imperceptible por su tibieza» (4). Peirats no agrega que, en realidad, los miembros de la CNT votaron en fuerte proporción durante el acto electoral de 1936. Gerald Brenan en *Laberinto Español* (5) afirma que el incremento de un millón y cuarto de votos escrutados por la izquierda con respecto a las cifras de 1933, «se explica en gran parte por los votos anarquistas».

El líder socialista Largo Caballero, al justificar su colaboración en el Gobierno con los anarquistas, en un discurso pronunciado en Valencia en octubre de 1937, respondiendo a los críticos de su propio partido responsables en gran parte de su renuncia como Jefe del Gobierno, llamó la atención sobre la importancia del voto anarquista en las elecciones de febrero:

«Y llegan las elecciones, y cuando vemos en peligro las candidaturas de izquierda, entonces no tenemos ningún escrúpulo en llamar a la Confederación y a los anarquistas y decirles: "Venid a votar por nosotros". Pero cuando nos han votado y ya estamos en el Parlamento, cuando se han constituido los gobiernos, les decimos: "Vosotros ya no podéis intervenir en la vida política ¡habéis cumplido con vuestro deber".»

Para Santillán (6), no hay duda que los anarquistas votaron y procedieron bien. Según él, las masas populares votaron con su «buen instinto, en España siempre genial», por ciertos objetivos definidos: desalojar del Gobierno a las fuerzas políticas de la reacción fascista y conseguir así la libertad de 33.000 presos políticos (víctimas de la salvaje represión consiguiente al

levantamiento de Asturias en octubre de 1934). Santillán justifica esta posición y añade que:

«Sin la victoria electoral del 16 de febrero, no habiéramos tenido el 19 de julio». «Dimos el poder a las izquierdas, convencidos de que en aquellas circunstancias eran un mal menor.» (página 37.)

Debemos apuntar que Santillán era uno de los miembros dirigentes de la FAI, organizador de las milicias antifascistas de Cataluña y después uno de los ministros «anarquistas» del Gobierno catalán.

Tras justificar la intervención anarquista en las elecciones, Santillán expresa seguidamente que:

«Los partidos de izquierda, habiendo vuelto al poder, gracias a nuestros esfuerzos, pudimos presenciar cómo persistían en la misma falta de comprensión y en la misma ceguera de siempre. Ni los trabajadores industriales ni los campesinos tenían el menor motivo para sentirse más satisfechos que antes. El poder real permaneció en manos del capitalismo faccioso, de la Iglesia y de la casta militar.»

Y los militares procedieron a preparar su *coup d'état*.

«Que quitase por la fuerza a los republicanos y a los socialistas parlamentarios, lo que éstos habían conquistado legalmente en las elecciones del 16 de febrero.»

La victoria de las izquierdas hizo que se abrieran las cárceles en febrero de 1936 y quedasen en libertad casi todos los enemigos políticos de las derechas (7). Cuatro meses después, el 20 de julio, cuando los trabajadores de Barcelona habían sofocado la rebelión, su primera tarea fue abrir las puertas de la prisión de Barcelona

que, según Santillán «estaba repleta de compañeros nuestros;» ¡víctimas esta vez, no de los partidos de derecha, sino de la izquierda! Santillán admite, además, que el cambio de gobierno en realidad no traspasó el «poder efectivo», y consta en documentos que los generales habían comenzado los preparativos de su golpe antes de las elecciones de febrero. (Peirats reproduce en su libro un manifiesto lanzado por la CNT el 14 de febrero, antes de las elecciones, en que se advierte al pueblo español que los militares han comenzado sus maniobras subversivas y se señala a Marruecos como foco mayor y epicentro de la conjura, y a la vez se le recomienda a los trabajadores se mantengan alertas y apercibidos para la acción. «O fascismo o revolución social» era la consigna de tal histórico manifiesto [\(8\)](#)).

El Gobierno del Frente Popular desoyó estas advertencias. Según palabras del ministro de la Guerra, sólo se trataba de «rumores» que podían calificarse de «falsos y desprovistos de todo fundamento», que tendían

«... sin duda, a mantener la inquietud pública, a sembrar animosidades contra las clases militares y a socavar, si no a destruir, la disciplina, base fundamental del Ejército. El ministro de la Guerra se honra en hacer público que toda la oficialidad y clases del Ejército español, desde los empleos más altos a los más modestos, se mantienen dentro de los límites de la más estricta disciplina, dispuestos en todo momento al cumplimiento exacto de sus deberes. Los militares españoles, modelos de abnegación y lealtad, merecen de todos sus conciudadanos el respeto, el afecto y la gratitud que se deben a quienes han hecho, en servicio y defensa de la patria y de la República, la ofrenda de su propia vida si la seguridad y el honor nacional lo exigen».

Y así ad nauseam.

En los escasos meses corridos desde las elecciones de febrero al levantamiento militar de julio, toda España era un hervidero. Estallaron 113 huelgas generales y 228 paros locales, muchos en protesta contra provocaciones de hecho de las derechas. En las luchas con las fuerzas del «orden público» y entre los bandos políticos, perdieron la vida 269 personas y quedaron heridas 1.287. Y como señalábamos más arriba, las cárceles se repletaban de militantes anarquistas.

La historia de España no hacía más que repetirse. En 1931, apenas proclamada la República, se constituyó un Gobierno republicano. En lo político fue inoperante, salvo, como apunta Santillán, en cuanto a su aptitud para dejarse utilizar por los viejos políticos de la monarquía en la tradicional tarea de reprimir el movimiento revolucionario [\(9\)](#). En las elecciones de 1933, el Gobierno de izquierda fue derrotado por las derechas a causa de la abstención en masa de los trabajadores por iniciativa de la CNT Peirats [\(10\)](#), describe esta «huelga electoral» en los términos siguientes:

«La campaña fue intensa, se mantuvo durante todo el período electoral y culminó con el mitin monstruo de la Plaza de Toros Monumental de Barcelona, en el que los oradores confederales Benito Pavón, Domingo Germinal, Buenaventura Durruti y Orobón Fernández desmenuzaron esta consigna: "Frente a las urnas, la revolución social". La CNT y la FAI, conscientes de las repercusiones y de la trascendencia de su actitud, proclamaron en el mitin que si la derrota de las izquierdas llevaba aparejado el triunfo de las derechas, desencadenarían la revolución social.»

Compárese tal posición con la que adoptó la CNT en 1936, y no quedarán dudas de que, sin perjuicio de aparentar adhesión al principio abstencionista durante las elecciones de febrero, los líderes de la CNT se afanaban entre bastidores por ofrecer a los políticos de izquierda el voto potencial que representaba la Confederación a cambio, tal vez, de la libertad de los presos políticos en el evento de una victoria del Frente Popular. Estas no son de ningún modo especulaciones en el aire. Lo que sí hay de cierto, es que dentro de la CNT siempre hubo personalidades fuertes, que, como suele ocurrir con quienes van derecho al grano pasando por sobre los principios fundamentales, se proclamaban hombres prácticos, los realistas del movimiento. Y así como utilizaron el voto potencial de la CNT a fuerza de arma de regateo en sus discusiones con los políticos (a menudo sin mandato alguno de la Organización), así también hicieron caudal de los miles de presos políticos de la CNT como argumento para justificar su reformismo y política notoriamente anticenetistas e imponérselos a la militancia [\(11\)](#).

Se nos dirá quizás que hemos dado excesiva importancia a la actitud vacilante de los líderes de la CNT en las elecciones de febrero de 1936, si se considera que, pese al desprecio general por todos los gobiernos que siente el pueblo español, éste, no obstante, podía juzgar con simpatía la participación de la CNT en las elecciones ante la perspectiva de la consiguiente libertad de los presos políticos, sin pensar en ningún momento que con tal acción se comprometían los principios revolucionarios de la Confederación. Si el problema pudiese aislarse de esta manera, el elemento humano implícito podría fácilmente superar las objeciones de principio. Pero no es éste el caso. La táctica es como el juego de ajedrez, que exige que cada movida sea estudiada no sólo a la luz de sus resultados inmediatos, sino en todas sus

consecuencias a lo largo de varias movidas sucesivas. Desde que los líderes de la CNT consideraron oportuno abandonar los principios por la táctica (y veremos que no fue ésta la primera ni la última ocasión), debieron considerar también, junto con el motivo original de la libertad de los presos, otros factores y los nuevos que surgirían inevitablemente como secuela de su decisión.

Por ejemplo, al afianzar la victoria del Frente Popular como resultado de su participación en las elecciones, la CNT debía hacerse cargo de que tal victoria permitía que los preparativos del golpe militar se desarrollaran sin obstáculos. Por otra parte, una victoria de las derechas, inevitable si la CNT se abstenía, significaba el fin de la conspiración militar y la instauración de un gobierno reaccionario pero ineficaz que, cual los anteriores, no tendría larga vida. No había indicios concretos del posible desarrollo de un movimiento fascista en España al estilo alemán o italiano. Los partidos de derecha eran los mismos de siempre. Por lo tanto, la CNT, al participar en la campaña del Frente Popular, debía haber considerado las consecuencias de un alzamiento militar. ¿Quién presentaría resistencia a los generales? Y haberse planteado, además, esta cuestión fundamental para la propia existencia de la CNT cual organización revolucionaria: ¿podrá sacarse partido en provecho de la revolución social de la situación, que habría de producirse? Respecto a la primera pregunta, no duda la CNT que no cabía esperar ninguna resistencia del Gobierno, el que preferiría hundirse antes que armar al pueblo español. Luego, y una vez más, todos los sacrificios recaerían sobre los trabajadores inermes (12), que necesitaban tiempo para coordinar y reorganizar sus fuerzas frente a un ejército adiestrado, bien armado y financiado, que tenía la ventaja de la iniciativa en el ataque. Así las cosas, ¿podrían los trabajadores desbaratar el «coup d'état» militarista? Porque, no lograrlo, significaba soportar

represiones en masa, volverse a repletar las cárceles de presos políticos y presenciar impotentes la disgregación de las filas revolucionarias.

Estas son, a nuestro parecer; algunas de las consideraciones y consecuencias que se imponen desde que un movimiento revolucionario se decide por favorecer tácticas políticas a expensas de los principios.

Los meses que precedieron la sublevación militar se señalaron, como apuntábamos, por una agitación política general y provocaciones armadas de las derechas. A estar a las informaciones de Peirats, parece que el movimiento revolucionario no tomó medidas a fin de contrarrestar los preparativos de los militares para su golpe, y ni siquiera en el Congreso Nacional de la CNT celebrado en Zaragoza, en mayo de 1936, hay asomos de que se discutiera este problema.

Este fue uno de los congresos más importantes en la historia de la CNT, no sólo porque representaba la inmensa mayoría de su movimiento sindical organizado [\(13\)](#), sino porque debatió cuestiones tan importantes como la crisis interna y las alianzas revolucionarias, y analizó la actividad revolucionaria del movimiento durante las insurrecciones de diciembre del 33 y octubre del 34. Al mismo tiempo, el Congreso se propuso definir el concepto de la Confederación sobre el «comunismo libertario» en su aplicación postrevolucionaria a los problemas más importantes en la vida de la comunidad, como asimismo resolver cuál debía ser la posición de la CNT ante el programa de reforma agraria del Gobierno.

La crisis interna pronto quedó resuelta con la readmisión a la CNT de los llamados escisionistas (los Treintistas) y de los 60.621

miembros que representaban.

En cuanto al problema de un análisis crítico de las luchas pasadas, cuya discusión debía determinar las modificaciones eventuales de las actividades y propósitos inmediatos y futuros de la Organización, limitase Peirats a reproducir in extenso el discurso de uno de los delegados a guisa de ejemplo de la elevación en los debates. Sentimos la tentación de reproducir muchos párrafos de semejante aporte revolucionario y anarquista; pero de ceder a ella, podría inducir a una apreciación falsa del espíritu general del Congreso [\(14\)](#).

Uno de los resultados más consecuentes de los debates, según Peirats, fue el dictamen aprobado sobre Alianzas revolucionarias, significativo también considerado a la luz de los acontecimientos posteriores. Dicho dictamen establecía lo siguiente:

«Durante el período dictatorial (de Primo de Rivera) fueron innumerables los intentos de revuelta del Pueblo, determinando que las altas esferas políticas del país se preocuparan por canalizar el sentimiento revolucionario de los trabajadores por los senderos reformistas de la democracia, lo que fue posible al conseguir que organismos obreros ugetistas se enrolasen en la convocatoria de elecciones que determinó el triunfo político de la República. Al derrumbarse la monarquía, la UGT y el partido que le sirve de orientador han sido servidores de la democracia republicana, pudiendo comprobar por propia experiencia la inutilidad de la colaboración política y parlamentaria. Merced a esta colaboración, el proletariado en general, al sentirse dividido, perdió parte del valor revolucionario que en otros momentos le caracterizó. El hecho de Asturias demuestra que, recobrado ese sentido de su propio valor revolucionario, el proletariado

es algo imposible de hundir en el fracaso. Analizando, pues, todo el período revolucionario que ha vivido y está viviendo España, esta Ponencia ve la ineludible necesidad de unificar en el hecho revolucionario a las dos organizaciones: Unión General de Trabajadores y Confederación Nacional del Trabajo.» [\(15\)](#)

Las condiciones para llevar a efecto un pacto semejante, como en el caso de la Conferencia Regional en Cataluña a principios de año, eran tan revolucionarias que resultaban inaceptables para los políticos de la UGT Y sólo el 18 de marzo de 1938, veinte meses después de la sublevación militar, se llegó a un acuerdo entre las dos organizaciones de trabajadores [\(16\)](#). Pero ya entonces la revolución había sido aplastada y los trabajadores estaban empeñados en una lucha militar heroica y desesperada.

Consideraciones de espacio nos impiden referimos en detalle a las declaraciones de principios y objetivos del Congreso. Este largo documento puede considerarse como un *exposé* no dogmático de las ideas anarquistas, en que se procuraba incorporar los diferentes matices de interpretación de la sociedad libertaria, desde el anarcosindicalismo al anarquismo individualista. Es interesante observar que, en el preámbulo, la CNT justifica la discusión de la sociedad postrevolucionaria porque considera que en España se vivía el momento preciso de una convergencia de factores hacia una solución revolucionaria promisoría desde el punto de vista libertario. Por esto es tanto más de extrañar se omitiera toda discusión sobre los problemas que se le plantearían a la Organización durante el período revolucionario. O más específicamente, sobre cuál sería la actitud de la Organización cuando se encontrase de la noche a la mañana, derrotado ya el

golpe militar, al frente del movimiento revolucionario. Esta posibilidad podía considerarse inminente, si no en las provincias del Poder central, por lo menos en Cataluña.

Para los militantes rasos quizás la respuesta no podía ser otra que la revolución social. Pero a la luz de las acciones subsiguientes, la cosa no era tan sencilla según el criterio de los líderes cenetistas. Sin embargo, estos problemas y dudas no afloraron siquiera en el Congreso, y por esta seria omisión o aun falta de democracia revolucionaria, los trabajadores revolucionarios habrían de pagar poco después un precio exorbitante y doloroso.

CAPÍTULO II

EL ALZAMIENTO DE JULIO DE 1936

El 11 de julio de 1936, un grupo de falangistas asaltó la radioemisora de Valencia y lanzó al espacio la siguiente proclama:

«¡Aquí Radio Valencia! Falange Española ha tomado posesión de la emisora por la fuerza de las armas. Mañana sucederá lo propio en todas las emisoras de España.» Pocas horas antes del estallido se le advirtió confidencialmente al jefe del Gobierno, Casares Quiroga, que la sublevación del ejército era un hecho. A lo que contestó jocosamente el primer ministro: «¿Conque aseguran ustedes que se van a levantar los militares? Muy bien; yo, en cambio, me voy a acostar.» [\(16 bis\)](#)

Los generales lanzaron su primer ataque en Marruecos seis días después. El ejército, encabezado por la Legión, ocupó ciudades, puertos, aeródromos y puntos estratégicos del Protectorado y a la vez prendía y ejecutaba a los trabajadores militantes y personalidades conspicuas de la izquierda. El Gobierno daba la siguiente explicación de los hechos:

«Gracias a las medidas de previsión tomadas por el Gobierno, puede decirse que un vasto movimiento antirrepublicano ha sido abortado. La acción del Gobierno será suficiente para restablecer la normalidad.» [\(17\)](#)

Pero al día siguiente, 18 de julio, el propio Gobierno confesaba que Sevilla se encontraba en poder del general Queipo del Llano.

Frente al hecho consumado, las reacciones de los partidos políticos y de la CNT son muy características. Los partidos Socialista y Comunista publicaron conjuntamente la siguiente nota:

«El momento es difícil, pero no desesperado. El Gobierno está seguro de poseer los medios suficientes para aplastar esta tentativa criminal. En el caso de que estos medios fuesen insuficientes, la República tiene la promesa solemne del Frente Popular. Este está decidido a intervenir en la lucha a partir del momento en que la ayuda le sea pedida. El Gobierno manda y el Frente Popular obedece.»

En cambio, el 18 por la noche, el Comité Nacional de la CNT desde el micrófono Unión Radio de Madrid declaraba la huelga general revolucionaria e invitaba a todos los Comités y militantes a no perder el contacto y a velar arma al brazo en el interior de sus locales. Esa misma noche el Comité Nacional enviaba delegados a todas las Regionales con instrucciones detalladas.

En la madrugada del 19 de julio gran parte de la guarnición militar de Barcelona salió de sus cuarteles para ocupar edificios, centros estratégicos de la ciudad y establecer contacto con simpatizantes de la sublevación. Algunos cronistas de la guerra civil española han pretendido crear la impresión de que ambos bandos eran tan incompetentes que tanto el alzamiento como la reacción popular contra el mismo tenían algo de farsa. Nada más ajeno a la verdad, pues no hay duda que el golpe militar fue una acción cuidadosamente planeada y sincronizada [\(18\)](#), cosa que debe tenerse muy en cuenta porque sólo así podemos apreciar en toda su magnitud el heroísmo de la resistencia popular que se impuso

victoriosamente por aquellos días en las dos terceras partes de la Península. Esto demuestra, por lo demás, cuán impotentes son las fuerzas armadas cuando tienen que afrontar la resuelta resistencia de las masas [\(19\)](#), aun pobremente pertrechadas como lo estaban los trabajadores españoles en aquellos primeros días de la lucha.

En Barcelona fueron los trabajadores revolucionarios de la CNT, con pequeños grupos de guardias de asalto, y de la Guardia Civil (implacable enemiga de los anarquistas en tiempos normales) que no se habían pasado a los militares, los que, dentro de 24 horas, obligaron a rendirse al general Goded y sus tropas. Sin perder tiempo la CNT y la F.A.I, penetraron en los cuarteles y se incautaron de todo el armamento sobrante. Este se repartió entre grupos de trabajadores que se dirigieron a todas las ciudades y aldeas de la zona, con lo que se consiguió ahogar en germen todo intento de sublevación similar en Tarragona, Lérida y Gerona. En Madrid, tal como en Barcelona, lo que parecía una situación desesperada para los trabajadores se trocó en victoria, gracias a su heroísmo e iniciativa y a su entusiasmo revolucionario. Pero en otras ciudades se perdió un tiempo precioso por vacilación de los funcionarios del Gobierno y también de los partidarios del Frente Popular.

En Valencia los cuarteles fueron rodeados por los trabajadores antes que las tropas saliesen a ocupar posiciones estratégicas en la ciudad. Esta situación duró quince días porque el Gobierno se negaba a entregarle armas al pueblo y declaraba que las tropas cercadas en sus cuarteles eran «leales». Ordenaba también a los trabajadores que pusieran fin a la huelga general declarada el primer día de la sublevación por la CNT-FAI y desbandara el Comité Ejecutivo Popular que había sustituido prácticamente al Gobierno provincial, a quien todos consideraban incapaz [\(20\)](#).

¡Pero el Gobierno sólo existía en el nombre y su autoridad (aun suponiendo que fuese «leal») estaba cautiva en los cuarteles! Mientras tanto la CNT logró establecer contacto con la Confederación en Cataluña y Madrid y consiguió se remitieran a Valencia fusiles y ametralladoras. Sólo entonces pudo la CNT dar el paso decisivo de lanzarse al ataque de los cuarteles y poner fin a medio mes de luchas en que «se daban la mano el heroísmo y la temeridad con la claudicación y el contubernio» [\(21\)](#).

En Zaragoza, cuya guarnición entera se plegó a la sublevación militar, los trabajadores, pese a su superioridad numérica (30.000 entre las dos organizaciones, la UGT y la CNT), fueron incapaces de aplastar la rebelión. No tenían armas y, con palabras de un militante de jerarquía de la CNT,

«... hemos de reconocer que nosotros fuimos muy ingenuos. Perdimos demasiado tiempo celebrando entrevistas con el gobernador civil; llegamos a fiar incluso en sus promesas... ¿pudimos haber hecho más de lo que hicimos? Es posible. Fiamos exclusivamente en las promesas del Gobernador y concedimos demasiado valor a nuestra fuerza».

Sin considerar que se necesitaba algo más que 30.000 trabajadores organizados para contrarrestar una violenta sublevación de tanta magnitud.

En Asturias, otro centro revolucionario de la Península, la indecisión de las autoridades y del Frente Popular complicaron gravemente la situación, y sólo al precio de muchas vidas pudo aplastarse por último el alzamiento.

La llave de los ulteriores éxitos militares de los generales fue la rapidez con que ellos realizaron su plan de combinar y unir sus dos fuerzas principales a través de Andalucía y Extremadura, utilizando

como bases intermedias Sevilla, Cádiz, Algeciras, Jerez, etcétera (Peirats). Sin embargo, quisiéramos agregar que la clave maestra del éxito de los militares rebeldes fue Marruecos, que sirvió:

«... de base principal de los fascistas como reserva de hombres y centro de abastecimiento, disposición, distribución y reorganización de fuerzas en su lucha contra el heroico pueblo español... Bien se puede afirmar que Marruecos ha colocado a la República en peligro mortal». [\(22\)](#)

Peirats guarda silencio sobre la cuestión de Marruecos. Sin embargo, surge de inmediato en nuestro espíritu el siguiente problema: «¿Cuál fue la actitud de la CNT-FAI con respecto a Marruecos antes y después del alzamiento? A juzgar por sus actos, es evidente que la CNT-FAI no tenía ningún programa que hubiera podido transformar a Marruecos de enemigo en aliado del movimiento popular, y en ningún momento prestaron oído sus líderes a militantes anarquistas como Camilo Berneri que los urgía a despachar agitadores al África del Norte para desarrollar una propaganda en vasta escala entre los árabes en favor de la autonomía. Semejante actitud negativa de la CNT con respecto a la independencia de Marruecos será examinada con mayor detenimiento más adelante.

CAPÍTULO III

LA REVOLUCIÓN EN LA ENCRUCIJADA

Dado que la CNT de Cataluña era numéricamente la sección más fuerte de la Organización en España; considerando que Cataluña fue la primera provincia en liquidar el alzamiento militar, y por último, siendo la CNT la expresión de la inmensa mayoría de los que lucharon victoriosamente en las calles y de los trabajadores organizados, su manera de apreciar la situación al día siguiente de la victoria debía tener por fuerza consecuencias de largo alcance en todo el país, incluso, a nuestro parecer, en los territorios ocupados por Franco.

Luis Companys, presidente de la Generalidad [\(23\)](#), llamó a la CNT-FAI a su despacho apenas fue sofocada la sublevación militar en Cataluña. La delegación incluía a Santillán y García Oliver, ambos miembros influyentes de las dos organizaciones y ambos, poco después, ministros en la Generalidad y en el Gobierno Central respectivamente. García Oliver ha dejado una reseña de la entrevista celebrada que, por su importancia histórica y por dar la clave de los sucesos posteriores en cuanto al movimiento revolucionario se refiere, tenemos que reproducir in extenso:

«Íbamos armados hasta los dientes: fusiles, ametralladoras y pistolas. Descamisados y sucios de polvo y de humo. "Somos los representantes de la CNT y de la FAI que Companys ha llamado -le dijimos al jefe-; y esos que nos acompañan son nuestra escolta..." Companys nos recibió de pie, visiblemente emocionado. Nos estrechó la mano, y nos hubiese abrazado si su dignidad personal, afectada visiblemente por lo que

pensaba decirnos, no se lo hubiera impedido. La ceremonia de presentación fue breve. Nos sentamos cada uno de nosotros con el fusil entre las piernas. En substancia, lo que nos dijo Companys fue lo siguiente: "Ante todo, he de decirnos que la CNT y la FAI no han sido nunca tratadas como se merecían por su verdadera importancia. Siempre habéis sido perseguidos duramente, y yo, con mucho dolor, pero forzado por las realidades políticas, que antes estuve con vosotros, después me he visto obligado a enfrentarme y perseguiros. Hoy sois los dueños de la ciudad y de Cataluña porque sólo vosotros habéis vencidos los militares fascistas, y espero que no os sabrá mal que en este momento os recuerde que no os ha faltado la ayuda de los pocos o muchos hombres leales de mi partido y de los guardias y mozos..." Meditó un momento, y prosiguió lentamente: "Pero la verdad es que, perseguidos durante hasta anteayer, hoy habéis vencido a los militares y fascistas. No puedo, pues, sabiendo cómo y quiénes sois, emplear un lenguaje que no sea de gran sinceridad. Habéis vencido y todo está en vuestro poder; si no me necesitáis o no me queréis como Presidente de Cataluña, decídmelo ahora, que yo pasaré a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo. Si, por el contrario, creéis que en este puesto, que sólo muerto hubiese dejado ante el fascismo triunfante, puedo con los hombres de mi partido, mi nombre y mi prestigio, ser útil en esta lucha, que si bien termina hoy en la ciudad, no sabemos cuándo y cómo terminará en el resto de España, podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político que está convencido de que hoy muere todo un pasado de bochorno, y que desea sinceramente que Cataluña marche a la cabeza de los países más adelantados en material social.» [\(24\)](#)

Comentando semejante obra maestra de oratoria y astucia política, dice García Oliver:

«La CNT y la FAI se decidieron por la colaboración y la democracia, renunciando al totalitarismo revolucionario que había de conducir al estrangulamiento de la revolución por la dictadura confederal y anarquista. Fiaban en la palabra y en la persona de un demócrata catalán y mantenían y sostenían a Companys en la Presidencia de la Generalidad; aceptaban el Comité de Milicias y establecían una proporcionalidad representativa de fuerzas para integrarlo que, aunque no justa -se le asignaban a la UGT y Partido Socialista, minoritarios en Cataluña, iguales puestos que a la CNT y al anarquismo triunfantes-suponía un sacrificio con vistas a conducir los partidos dictatoriales por la senda de una colaboración leal que no pudiese ser turbada por competencias suicidas.» [\(25\)](#)

Si el 19 de julio es el día en que los trabajadores de España escribieron un capítulo en la historia de la lucha que los oprimidos del mundo libran por su emancipación, el 20 de julio será considerado, a juicio nuestro, como el comienzo de la traición de sus anhelos por sus representantes. Duras palabras; pero no hay palabras bastante duras para calificar los actos de un puñado de hombres que usurpan sus funciones y con ello comprometen las vidas y el futuro de millones de sus semejantes.

Peirats se pregunta si fue tratado a fondo el dilema: revolución social o colaboración por los militantes confederales y anarquistas; si se analizaron las consecuencias de su decisión y sopesaron los pros y contras, o se recurrió al ejemplo ilustrativo de la experiencia y de la historia de las anteriores revoluciones. Peirats

sólo nos dice que:

«Lo que está fuera de duda es que la mayoría de los militantes influyentes interpretaron la realidad del momento de modo parecido. De entre ellos, las voces de algunos, que desentonaban, se perdieron en el vacío; el silencio de otros fue verdaderamente enigmático. Entre los que protestaron en balde y los que callaron por falta de resolución, la sugestión colaboracionista se abrió camino.» [\(26\)](#)

¿Pero cuál era la opinión de la Organización, de los hombres que habían derramado su sangre en la lucha desigual, no obstante victoriosa, en las calles de Barcelona; de los que fueron doblemente engañados por el coronel Aranda en Asturias y por el Gobierno que se constituyó en fiador de su «lealtad»; de los que en Valencia se vieron negadas las armas por el Gobierno para asaltar los cuarteles? No fueron consultados, si bien con sus actuaciones expresaban mejor que con palabras su verdadero sentir. «Fiábamos en la palabra y en la persona de un demócrata catalán», decía García Oliver, miembro «influyente» de la CNT, refiriéndose al presidente Companys. Y pudo haber agregado: «pero no en los trabajador es revolucionarios de España».

El 20 de julio el Gobierno de Madrid y la Generalidad de Cataluña sólo existían en el nombre. Las fuerzas armadas, la guardia civil y los guardias de asalto se habían ido unos con los generales amotinados y otros con el pueblo. Los trabajadores armados no tenían el menor interés en apuntalar al Gobierno que sólo dos días antes había sido parchado para incluir elementos derechistas a objeto de facilitar un «arreglo» con los militares insurgentes. Todo cuanto nominalmente quedaba en poder del Gobierno Central era

la reserva en oro, la segunda del mundo por su magnitud, de 2.259 millones de pesetas-oro. La CNT no intentó siquiera incautarse de tal reserva. Repetía el error de los revolucionarios de la Communa de París que respetaron la propiedad de los bancos.

«A partir del 20 de julio -dice Santillán-apostamos centinelas improvisados en los bancos, cajas de caudales y casas de préstamos, etc.»

¡Cuánta gratitud debió sentir el Gobierno Central hacia los anarquistas por su visión, o cortedad de vista! ¡Y con qué astucia sacó partido de este oro en perjuicio de las fuerzas revolucionarias! Por ejemplo, al negarle fondos a Cataluña, tenida por demasiado revolucionaria por el Gobierno Central casi se paralizó el centro industrial y militar más importante de España. Que esto impidiera se prosiguiese con éxito la lucha armada contra Franco poco le importaba a esos señores que, según decíamos más arriba, habían preferido parlamentar con él antes que armar al pueblo. Aún más, durante las siete primeras semanas y antes que entrara en vigencia el pacto de no-intervención, el Gobierno Giral se abstuvo de comprar armas en el extranjero aunque sobrara el oro para pagarlas y no escasearan quienes quisieran venderlas.

Tenemos entonces que, en estos días de julio, sólo había una autoridad en la España «republicana»: la de los trabajadores armados, que en su mayoría pertenecían a la CNT o a la UGT. En Cataluña se había formado el Comité de Milicias Antifascistas, que representaba a las organizaciones de trabajadores y a los diversos partidos políticos. El Gobierno de la Generalitat no era más que un sello de goma para el Comité; pero ya veremos que un político tan

astuto como Companys no toleraría por mucho tiempo semejante situación de inferioridad. Sin embargo, por el momento la iniciativa y el impulso revolucionario estaban de parte de los trabajadores. Ellos crearon las columnas armadas que iban a librar batalla a las fuerzas de Franco (cuatro días después de la victoria en Barcelona la primera columna, de 10.000 voluntarios, salía hacia Zaragoza), y en cuestión de días, según Santillán, más de 150.000 voluntarios estaban disponibles y resueltos a luchar en los frentes más amenazados. En los distritos industriales los trabajadores se estaban haciendo cargo de las fábricas y, donde era posible, las adaptaban a la producción de armas, carros blindados y otros pertrechos para la lucha. Simultáneamente los campesinos se estaban apoderando de las haciendas. En las grandes ciudades se reorganizaban los servicios públicos bajo el control de los trabajadores, y sus organizaciones aseguraban la distribución de víveres.

Pero con el pasar de los días se abría más y más el abismo que separaba los trabajadores revolucionarios de sus representantes. Y se comprende: pues de representantes de sus compañeros de trabajo se constituían virtualmente en un cuerpo ejecutivo, responsable ante el Comité de Milicias Antifascista y no ante los miembros de la CNT. Volvemos a encontrar la situación de las masas revolucionarias que avanzan resueltamente y consolidan sus éxitos mientras los líderes se quedan atrás, paralizados por dudas sobre su incapacidad de controlar la situación, e invocando, halagando, amenazando y siempre aconsejando moderación. En el primer manifiesto emitido el 26 de julio por el Comité Peninsular de la FAI se hace gala de un lenguaje por demás extravagante para describir la lucha «contra la hidra fascista», pero no se menciona siquiera la revolución social.

Por otra parte, los líderes de la CNT-FAI adoptaban de hecho y de palabra un tono violento y conminatorio para suprimir una racha momentánea de saqueos y de ajuste de cuentas personales que se desató, sin mayor importancia, durante los primeros días de la revolución. Sin embargo, si consideramos la magnitud del trastorno social, la desorganización de la economía, la suspensión de los servicios públicos y la ausencia total de las fuerzas «de la ley y del orden», el saqueo, los fusilamientos y el incendio de las iglesias fueron insignificantes frente al hondo sentido de responsabilidad y a la iniciativa demostrados por los trabajadores al reorganizar la vida del país, no dentro de los viejos moldes, sino inspirados por sus concepciones de justicia social y equidad. Organizaron piquetes de seguridad, sustituyeron los funcionarios de aduana en la frontera para impedir toda actividad de los amigos de Franco en la retaguardia; controlaron las llamadas telefónicas entre Barcelona y Madrid. En una palabra, daban pruebas de un gran sentido común y de previsión en este periodo revolucionario, mientras que sus líderes se dejaban absorber por cuestiones de carácter estratégico, diplomático o político y siempre perdiendo tiempo. Sin embargo, lo trágico del asunto estaba en que las fuerzas del Gobierno, al maniobrar para oponer un bloque de partidos contra la CNT, ganaban terreno rápidamente. Efectivamente, en un lapso de dos meses el problema de la dualidad del poder entre el Comité Central de Milicias Antifascistas y el Gobierno de la Generalidad se resolvió con la abolición del primero. Sin haber aprendido nada en su primera experiencia de colaboración en un Comité revolucionario con los partidos políticos, los líderes de la CNT-FAI, obsesionados con la idea de que la revolución debía esperar hasta que se ganase la guerra, se incorporaron al Gobierno de la Generalidad.

CAPÍTULO IV

DICTADURA ANARQUISTA O COLABORACIÓN Y DEMOCRACIA

El dilema de «Dictadura anarquista y confederal» o «Colaboración y democracia», existía sólo para esos «militantes influyentes» de la CNT-FAI que, interpretando mendosamente sus propias funciones de delegados, se arrogaron la tarea de dirigir el movimiento popular. No discutimos su integridad y valor de hombres y de militantes fogueados del movimiento revolucionario en España. Pero a fuer de líderes -no en el sentido en que lo eran Durruti y Ascaso, sino cual directores que se precian de sabios para guiar a las «masas»- sufrían del mal de los mandamases: cautela, temor al desenfreno de las masas, distanciamiento de los anhelos de las mismas, y un sentimiento mesiánico de que todo saber e iniciativa proceden de lo alto y que a las masas no les cabe otro papel que acatar sin discusión las órdenes de tales superhombres. Santillán, por ejemplo, quiere hacernos creer que el Comité Central de Milicias Antifascistas, grupo compuesto de representantes de todos los partidos políticos y de la UGT y CNT, en que él actuó en forma destacada, fue responsable de la implantación del orden revolucionario en la retaguardia, de la organización de las milicias armadas y de la preparación de especialistas; del abastecimiento y vestuario, de la organización económica y de la acción legislativa y judicial: «El Comité de Milicias», dice,

«... lo era todo, lo atendía todo, la transformación de las industrias de paz en industrias de guerra, la propaganda, las

relaciones con el Gobierno de Madrid, la ayuda a todos los centros de lucha, las vinculaciones con Marruecos, el cultivo de las tierras disponibles, la sanidad, la vigilancia de costas y fronteras, mil asuntos de los más dispares.» [\(27\)](#)

Y así por el estilo hasta llegar al punto en que dice:

«Había que fortificarle, apoyarle (al Comité) para que llenase más cumplidamente su misión, pues la salvación estaba en su fuerza...» (cursivas nuestras).

¿Es de extrañarse que con semejante mentalidad -propia de quienes, como todos los políticos, menosprecian a las clases trabajadoras- los líderes de la CNT-FAI hayan procedido a participar en las instituciones del Estado, consolidándolas por lo tanto, y cerrasen los ojos a las efectivas potencialidades revolucionarias del pueblo trabajador?

«O Comunismo Libertario, que es igual a dictadura anarquista, o democracia, que significa colaboración», tal es el dilema con que García Oliver y otros «militantes influyentes entre los más» interpretaban la «realidad del momento». Seremos más audaces que Peirats cuando dice [\(28\)](#): «No vamos a examinar aquí la justeza de esa apreciación». Ninguno de los anarquistas extranjeros que criticaron la solución a que amoldó su conducta la CNT-FAI afirmó jamás que los revolucionarios debían imponer por la fuerza la revolución social al pueblo. Suponiendo que el momento no estaba maduro para semejante transformación social completa,

¿se sigue de ello que la única alternativa era la colaboración con los partidos políticos que, cuando ejercían el poder, siempre habían perseguido a la CNT-FAI? Y si no cabía sino esa alternativa,

¿por qué la CNT-FAI no había colaborado jamás con esos partidos cuando la probabilidad de instaurar el comunismo libertario era mucho más remota que el 19 de julio? Ya conocemos la respuesta: «Porque ahora España luchaba contra el fascismo internacional, y teníamos que ganar primero la guerra y después proceder a la revolución social. Y para ganar la guerra era necesario colaborar con todos los partidos opuestos a Franco.»

En nuestra opinión, este raciocinio contiene dos errores fundamentales, que muchos dirigentes de la CNT-FAI han reconocido posteriormente, más para los cuales no hay disculpa válida, puesto que no se trataba de errores de juicio sino del abandono deliberado de los principios de la CNT. El primero es que la lucha armada contra el fascismo, u otra forma cualquiera de reacción, podía librarse más afortunadamente dentro del régimen del Estado y subordinando a la victoria todo, hasta la propia transformación de la estructura económica y social. El segundo, que era primordial, y posible, colaborar con los partidos políticos - o sea con los políticos-honrada y sinceramente, y en el preciso momento en que el poder se encontraba en manos de las dos organizaciones de trabajadores.

Por ejemplo, era evidente desde el principio que los Comunistas, minoría sin ninguna importancia en España (y que prácticamente no existían en Cataluña), tratarían de aprovechar la tregua ofrecida por la colaboración para infiltrarse en las filas socialistas al amparo de alianzas políticas y explotar el temor de los políticos a la pérdida de su futura hegemonía por obra de una incontrarrestable revolución social. Con esta intención los comunistas abandonaron desde el comienzo todas las consignas revolucionarias y se declararon campeones de la «democracia».

El primer error, es necesario grabarlo en la memoria, se cometió

en los primeros días de la lucha, cuando un ejército mal armado hacía fracasar una operación militar cuidadosamente preparada, ejecutada por un ejército bien adiestrado y equipado, al que nadie, ni siquiera ciertos «militantes influyentes» de la CNT-FAI, pensaba se podía resistir. Y estos mismos trabajadores mostraron su decisión al ofrecerse como voluntarios en número imponente a las columnas armadas que se formaban para libertar las zonas ocupadas. Toda la iniciativa, ya lo dijimos y lo recalcamos una y otra vez, estaba en manos de los trabajadores.

En cambio, los políticos estaban como generales sin ejércitos dando traspiés en un desierto de naderías. Ni por un momento podía pensarse que una colaboración con ellos podría vigorizar la resistencia contra Franco. Por el contrario, era claro que la colaboración con los partidos políticos importaba reconstituir las instituciones de gobierno y el traspaso de la iniciativa de los trabajadores armados a un cuerpo central con poderes ejecutivos. Al privar de iniciativa a los trabajadores, la responsabilidad por la conducta de la lucha y de sus fines recaía de hecho en una jerarquía gobernante, y esto no podía menos que influir adversamente en la moral de los luchadores revolucionarios. La consigna de los líderes de la CNT-FAI, a saber, «primero ganar la guerra y después la revolución», fue el mayor de los desaciertos en que pudo haberse incurrido, y los políticos no se quedaron atrás al explotarlo en provecho propio.

Santillán se dio cuenta de la enormidad del error sólo cuando ya era demasiado tarde:

«Sabíamos que no era posible triunfar en la revolución si no se triunfaba en la guerra, y por la guerra lo sacrificamos todo.

Sacrificamos la revolución misma sin advertir que ese sacrificio implicaba también el sacrificio de los objetivos de la guerra.»

«Revolución social o democracia», «Dictadura anarquista o Gobierno democrático» eran dilemas sólo para esos revolucionarios que habían perdido la fe en su pueblo y en la justeza de los principios básicos de la CNT-FAI

Semejantes dilemas son contrarios a los principios más elementales del anarquismo y del sindicalismo revolucionario. En primer lugar, una «dictadura anarquista» es una contradicción en los términos, puesto que pretende relacionar dos conceptos que se excluyen mutuamente, el de «dictadura», que no es sino una forma de «gobierno», y «anarquía », que significa por definición «ausencia de gobierno». De tal modo que, cuando los anarquistas quieren imponer sus ideas sociales al pueblo, dejan lógicamente de ser anarquistas. Creemos que todos los hombres y mujeres deben ser libres de vivir su propia vida. ¡Obligarlos a ser libres contra su propia voluntad, aparte de lo autocontradictorio de semejante quimera, es un atropello no menos flagrante a su libertad que el que perpetran los autoritarios cuando recurren a la fuerza para subyugar al pueblo! Puesto que la sociedad anarquista nunca será instaurada por la fuerza, la CNT-FAI no podía servirse de las armas en su poder para imponer el comunismo libertario en toda Cataluña, menos aún en el resto de España donde representaba una minoría en las organizaciones de la clase trabajadora. Pretenderlo siquiera, habría sido desastroso no sólo para la lucha contra las fuerzas armadas de la reacción encamadas en Franco sino por sus efectos en la revolución social, que ahogaba en germen.

El poder del pueblo en armas sólo puede ejercerse en defensa de

la revolución y de las libertades conquistadas por su militancia y sus sacrificios. Ni por un momento suponemos que todas las revoluciones sociales son necesariamente anarquistas. Pero cualquiera sea la forma que asuma la revolución contra las autoridades, el papel de los anarquistas es claro: incitar al pueblo a abolir la propiedad capitalista y las instituciones por medio de las cuales ésta manifiesta su poder para que una minoría explote a la mayoría.

A partir de estas consideraciones generales sobre el papel de los anarquistas, intentaremos apreciar cómo se aplicaron a la situación española.

De entrada tenemos que convenir en que la insurrección no fue iniciada por el pueblo. Fue obra de un grupo de generales, con el apoyo moral de algunos políticos reaccionarios, el respaldo financiero de algunos industriales y terratenientes españoles y el auxilio de la Iglesia católica. Su rebelión se dirigía tanto contra las organizaciones revolucionarias de trabajadores como contra el Gobierno establecido, al que pretendía arrebatarse todo el aparato burocrático y coercitivo para volverlo contra el pueblo con el máximo rigor y brutalidad. Con decir que el Frente Popular era débil, no queremos referirnos a su falta de espíritu liberal y progresista; pero admitamos que los hombres que lo componían no eran de una especie tan despiadada como los generales y sus aliados. El Gobierno de Frente Popular era débil porque en España prevalecía una opinión pública en general hostil a todo Gobierno y escéptica tocante a su capacidad de hallar soluciones a los problemas económicos, a lo que se agregaba la existencia de fuerzas armadas cuya lealtad al Gobierno era siempre un factor de incertidumbre.

La sublevación militar estalló el 17 de julio. La reacción inmediata

del Gobierno fue reorganizar el Gabinete para llegar a un arreglo con los generales. Si los generales hubieran tenido dudas sobre su capacidad de ganar el poder, habrían aceptado una fórmula de transacción. El que rechazaran todo entendimiento revela la fuerza que se ocultaba tras el golpe de Estado. Al Gobierno le quedaban abiertos dos caminos: desmovilizar las fuerzas armadas (lo que habría autorizado legal y moralmente a desertar a los soldados y oficiales no afectos a Franco, y aun, en ciertos casos, a desarmar a los líderes de la rebelión militar) y armar al pueblo. No se hizo ni una ni otra cosa, con lo que el Gobierno demostraba claramente su falta de resolución para encarar el alzamiento y su falta de confianza en el pueblo armado (es decir, su temor de no poder controlar al pueblo en armas). Fue el pueblo el que arrancó de manos del Gobierno la iniciativa de resistir y en cuestión de días lograba frustrar el propósito de los generales. Al mismo tiempo, y de resultas de semejante acción, los Gobiernos de Madrid y de Barcelona dejaban de existir de jure o de facto. El pueblo en armas eran los trabajadores, o sea los productores, y como consecuencia natural de la derrota de la rebelión y de la autoridad gubernativa debían considerar su posición de trabajadores bajo una nueva faz: ya no como empleados dependientes o como siervos, sino como seres humanos libres de la tiranía del patrón y con todos los medios de producción en sus propias manos. Y sin vacilaciones procedieron a la tarea de reorganizar la vida económica del país con mayor o menor intensidad y éxito, según fueran su preparación ideológica y técnica y la iniciativa revolucionaria en las diversas regiones. Trataremos estos aspectos más extensamente en capítulos posteriores.

No podemos desarrollar claramente nuestro tema sin que el lector comprenda la relación entre la CNT-FAI La primera (Confederación

Nacional de Trabajadores) era una organización obrera revolucionaria creada con el propósito de asociar a todas las masas explotadas en la lucha por mejores condiciones económicas y de trabajo y por la destrucción eventual del capitalismo y del Estado. Su fin era el Comunismo Libertario, su medio era la acción directa independiente de todos los partidos políticos. Como movimiento de masa (no sólo en el nombre, puesto que tenía un millón de miembros en julio de 1936 y más de dos millones y medio en 1938) no debe sorprender el que la CNT comprendiera en sus filas a muchos que apoyaban su defensa resuelta e intransigente de las reivindicaciones obreras, pero que no compartían necesariamente sus objetivos finales y preferían confiar a los partidos políticos la introducción y legalización de las reformas sociales. En otros términos, si bien casi todos los anarquistas de la FAI eran miembros de la CNT, no todos los miembros de la CNT eran anarquistas. Por lo tanto, si al considerar la posibilidad de una revolución social anarquista en España, o por lo menos en Cataluña, en julio de 1936, nos atenemos sólo al número, tenemos que admitir que la fuerza numérica de la CNT no era necesariamente un índice real del ascendiente anarquista. Y aparte del hecho que la mitad de los trabajadores españoles (salvo en Cataluña, donde los trabajadores en su gran mayoría pertenecían a la CNT) militaba en las filas de la UGT, controlada por el Partido Socialista.

Queda en claro así que, si bien la revolución social anarquista no era aceptada por la generalidad, los trabajadores habían demostrado su resolución de llevar a cabo una profunda y amplia revolución social según líneas que al fin tenían que hacerla desembocar en una sociedad basada en los principios anarquistas. En semejante situación, a juicio nuestro, el papel de los anarquistas era el de apoyar, incitar y estimular el desarrollo de la

revolución social y hacer fracasar todo intento del Estado capitalista burgués de reorganizarse, lo que habría tratado de conseguir reviviendo sus medios de expresión: el aparato de Gobierno y todas sus instituciones parasitarias.

El poder de un Gobierno descansa en tres supuestos principales: que tenga una fuerza armada a su disposición; que controle directa o indirectamente los medios de información (prensa, radio, teléfonos, etc.), y que controle la economía de la nación. Durante aquellas jornadas memorables de julio de 1936 en las zonas no ocupadas de España, el Gobierno que a la sazón existía, ni contaba ya con fuerzas armadas ni controlaba los medios de información.

En cuanto a la economía del país estaba en manos de los trabajadores, y el Gobierno sólo controlaba de jure las reservas financieras. Ya hemos aludido a la cuestión de las reservas de oro. Cuanto más se estudia la historia de la lucha en España, tanto más nos desazona la gravedad del error cometido por las organizaciones de trabajadores al no apoderarse de las reservas de oro durante los primeros días, cuando su empuje era incontenible y las fuerzas del Gobierno se reducían a su menor expresión [\(29\)](#). Ya hemos dado ejemplos del modo en que tamaño error de táctica revolucionaria elemental fue explotado por los políticos para volver a infiltrarse en el Gobierno; descubriremos muchos más en el curso del presente estudio.

A fines de julio del 36 el golpe de Estado de los generales había sido aplastado en una mitad de España; pero en el resto los ejércitos de Franco, el terror mediante y con ejecuciones en masa, se habían establecido y se estaban preparando para la ofensiva contra el sector leal. Por lo tanto, el éxito de la revolución social dependía de la capacidad, primero de defender el territorio libre

de las fuerzas de Franco y, luego, de proceder a la ofensiva contra las regiones ocupadas por Franco. En cuanto a la manera de organizar esta lucha con la máxima eficacia, eso era de primordial importancia para los líderes de la CNT-FAI, y cualquiera sean los reparos que nos merezcan sus acuerdos al respecto no podemos dudar de su sinceridad cuando juzgaron que las concesiones consentidas contribuirían a la victoria sobre Franco.

El primer problema que se les presentaba era que la CNTFAI por sí sola no podía empeñar la lucha. Que en todo caso eran numerosos los trabajadores de la UGT y de algunos de los partidos políticos que habían tomado parte en las luchas en las calles y estaban tan resueltos como ellos a derrotar los ejércitos de Franco. Era claro que había un terreno común entre la CNTFAI y otras organizaciones en lo referente a la lucha contra Franco. Pero era claro también que los métodos y las razones para luchar eran diferentes. Por lo que toca a los partidos políticos, sus objetivos al derrotar a Franco eran, primero, impedir que implantara su dictadura en el país (cosa en que los anarquistas estaban enteramente de acuerdo); más tarde, alcanzada la victoria, constituir un Gobierno, cuya naturaleza dependería de las concepciones políticas del o de los partidos que surgieran triunfantes: desde el federalismo profesado por algunos hasta la dictadura de los comunistas.

En un discurso pronunciado el 3 de enero de 1937, Federica Montseny, una dirigente anarquista que a la sazón era ministro de Sanidad en el Gobierno de Madrid, hablaba de

«... un problema ante el cual el problema de la guerra parece fácil. Porque siendo la guerra una causa común contra un enemigo común, era posible realizar y conservar la unidad de

todas las fuerzas antifascistas, republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas. Pero imaginaos el panorama una vez terminada la guerra y con las diversas fuerzas ideológicas en pugna para imponerse una sobre la otra. Terminada la guerra, surgirá el problema en España con las mismas características que presentaba en Francia y Rusia. Tenemos que prepararnos ahora. Tenemos que manifestar nuestro punto de vista para que las demás organizaciones sepan a qué atenerse... Tenemos que hallar el programa, el punto de contacto, que nos permita seguir nuestro camino con la mayor libertad posible y con un plan mínimo de realizaciones económicas, hasta alcanzar la meta». [\(30\)](#)

No creemos que Federica Montseny haya sido sincera cuando declaraba que la causa común -la guerra-había logrado «realizar y conservar la unidad de todas las fuerzas antifascistas». Sin embargo, lo que ella declaraba en términos inequívocos es que la lucha por el poder en el sector antifranquista era inevitable una vez alcanzada la victoria. Esta preocupación por los problemas de «postguerra» queda expresada con más vigor aún por otro ministro «anarquista», Juan Peiró. Según él,

«El riesgo del pueblo español a ser sometido a un régimen fascista será infinitamente mayor al terminar la guerra que no ahora, en la plenitud de la misma.»

Por lo tanto, para el éxito de la revolución social era necesario que los trabajadores surgieran de la lucha armada contra Franco más fuertes y con la seguridad de que los partidos políticos salieran más débiles de la misma. Esto supone que en el curso de la

«guerra» las organizaciones de trabajadores debían ir acentuando su control sobre la vida económica de la nación, esto es, que como productores de la riqueza económica del país debían consolidar su control sobre los medios de producción. Y simultáneamente asegurarse de que el control de la lucha armada, que libraban a fuerza de combatientes y a la vez de productores en las fábricas de armamentos, no se fuera ejerciendo y desviando de tal modo que a la postre resultasen fortalecidas las instituciones de gobiernos al permitir que el control de las fuerzas armadas pasara a depender de los políticos.

La colaboración de la CNT-FAI en el Gobierno, a juzgar por los resultados y testimonios, no redundó en mejoramiento alguno de la situación militar. Pero no hay duda que fortaleció el prestigio del Gobierno y debilitó a la CNT-FAI ante los trabajadores en su calidad de organización revolucionaria. Al respecto, no deja de presentar interés la posición de Juan Peiró. Reiteradamente defiende su tesis anticolaboracionista en su obra Problemas y Cintarazos:

«Se equivocan los que creen que sin coparticipación en la responsabilidad gubernamental, la CNT hubiese perdido posiciones hartamente legítimas. La materialidad de la fuerza no tiene sus raíces en la fuerza misma, sino en la autoridad moral, y la autoridad moral de la CNT fuera ahora inmensamente mayor de haber colaborado noble y abnegadamente, como siempre lo hiciera, sin apetecer ni aceptar carteras, ni consejerías, ni cargos... Con una conducta así, la CNT tiene demasiada personalidad para que nadie dejara de tenerla en cuenta, mucho más en cuenta de lo que se la tuvo en determinados momentos durante estos dos años de guerra.»

[\(31\)](#)

Para comprender lo que en el fondo pensaba Peiró, debemos agregar que, contrariamente a su posición anticolaboracionista durante la lucha contra Franco, él consideraba en todo caso que, después de la victoria, según vimos se expresaba más arriba, era cuando «el riesgo del pueblo español» de verse subyugado a un régimen fascista sería mayor y haría «necesaria la colaboración incondicional, lo más directa posible, en la gobernación de la República».

Ahora queda en claro el verdadero carácter del anticolaboracionismo de Peiró: no es de principio sino de táctica. La importancia de tal conclusión para nosotros no está en denunciar a Peiró como revisionista, puesto que él no pretende ocultar el hecho, sino en que su táctica anticolaboracionista pone de manifiesto que la CNT no podía empeñarse en una lucha contra el fascismo a cualquier precio, antes, por el contrario, que con la victoria la Confederación debía surgir con «demasiada personalidad» para estar en posición fuerte frente al Gobierno post-revolucionario.

Esta no era, sin embargo, la postura de los líderes de la CNT, hipnotizados por el slogan «sacrificamos todo menos la victoria». A nuestro parecer, también erraban al orientar su propaganda con la muletilla de la «guerra antifascista» y aun al sugerir, como lo hacía Federica Montseny en el mitin de marras, que «la lucha es tan grande que la victoria sobre el fascismo por sí sola es digna del sacrificio de nuestras vidas». ¿Acaso el enemigo de los trabajadores revolucionarios no lo es también y en mayor grado el sistema cuya expresión, entre otras, es el fascismo?

Pero las consecuencias de semejante posición de los líderes de la CNT se tradujeron en una «unidad» unilateral, en que la CNT-FAI

hacía todas las concesiones y cuyas ventajas eran todas para los partidos políticos. La «guerra» fue de mal en peor y luego después, cuando las fuerzas del Gobierno, virtualmente controladas por los comunistas, se sintieron bastante fuertes, le declararon la guerra a la revolución social.

CAPÍTULO V

LA CNT Y LA UGT

La única unidad capaz de consolidar la resistencia contra Franco sin peligro para la revolución social no podía ser sino la unidad entre la CNT y la otra organización de trabajadores, la UGT. No es que sostengamos que fuera tarea fácil. El propio hecho de que los trabajadores estuvieran organizados en dos organizaciones distintas revelaba de por sí un profundo desacuerdo ideológico. Pero ahí donde todos los intentos anteriores habían fracasado, la lucha heroica del pueblo, el 19 de julio, sin distinción de facciones, creaba indudablemente posibilidades de cooperación, por lo menos en las bases de ambas organizaciones.

Así como no todos los militantes de la CNT eran anarquistas, ya lo dijimos, sería un error suponer homogeneidad en las filas de la UGT socialista, y si analizamos las causas del meteórico aumento en el número de sus afiliados a contar de la caída de la Dictadura cuando no alcanzaba 300.000, hasta el millón y cuarto que se jactaba de englobar en 1934, nos daremos cuenta de cuáles eran las posibilidades en 1936 de que los trabajadores de la CNT y de la UGT hallaran objetivos comunes en la lucha armada y en la revolución. Los afiliados que vinieron a engrosar la UGT antes de 1936 no eran mineros, ni obreros industriales ni ferroviarios, que ya pertenecían a la CNT o a la UGT, sino pequeños campesinos, peones y empleados del comercio minorista. Estos se daban a la esperanza de que un nuevo código social y con la presencia de los socialistas en el Gobierno, traería consigo un mejoramiento de su condición. Siendo casi la mitad de sus militantes trabajadores rurales, los líderes de la UGT debían preocuparse, como era de esperar, de impulsar la reforma agraria.

Por lo tanto, desde el punto de vista de la CNT, cualquier programa revolucionario que incluyera el adueñarse de los latifundios podía contar seguramente con el apoyo y la cooperación de los campesinos sin tierra que militaban en la UGT. La fuerza moral de la CNT, aun antes de julio de 1936, es otro factor que no puede desconocerse. Esa fuerza, unida a la incapacidad de los socialistas de hacer algo semejante a una reforma agraria durante los tres años de su cogobierno, fue lo que a lo largo de cincuenta años había practicado un rígido reformismo. Y fue Largo Caballero, presidente de la UGT, el que en febrero de 1934 había declarado que

«... la única esperanza de las masas es ahora la revolución social. Sólo ella puede salvar a España del fascismo.»

Gerald Brenan ha observado que en la raíz del desengaño de los socialistas de las ilusiones que les inspiró la República se encontraba la negativa de los partidos republicanos de considerar seriamente la reforma agraria.

«Era un sentimiento que venía de lo más profundo, y afectaba más a los jóvenes que a los viejos, a los recién llegados que a los veteranos del partido. El hecho de que fuese especialmente fuerte en Madrid era, quizás, debido a que los anarquistas allí eran pocos aunque fuertes. Generalmente hablando, un pequeño grupo bien organizado de anarquistas en un terreno de los socialistas conducía a estos hacia la izquierda, mientras que en los lugares predominantemente anarquistas los socialistas eran obstinadamente reformistas.»

[\(32\)](#)

Los obstáculos a una acción mancomunada o a una fusión entre la UGT y la CNT no eran de origen reciente. En el Segundo Congreso de la CNT, celebrado en Madrid en 1919, los delegados rechazaron de plano una moción de unidad con la UGT y en cambio propusieron la absorción lisa y llana de sus miembros en las propias filas. Fundaban esta un tanto extraña posición en el hecho de que la CNT contaba con tres veces más militantes que la UGT y de que los dirigentes de la UGT no habían aceptado la invitación a presenciar el congreso, con lo cual demostraban claramente que no aceptaban la posición de la CNT ni compartían sus deseos de unificación. El congreso propuso entonces que la Confederación redactara un manifiesto dirigido a todos los trabajadores de España en que se les concedía un plazo de tres meses para ingresar a la C.N.T, Y declarando amarillos y al margen del movimiento obrero a los que no lo hicieren. Sin embargo, la represión era tan violenta en aquel tiempo que, pese a esa rígida intransigencia, Salvador Seguí, militante conspicuo de la CNT, asesinado más tarde por los pistoleros de Martínez Anido (gobernador civil de Barcelona), negoció un pacto con la UGT, que fue condenado por unanimidad en un Pleno de la CNT celebrado a fines de 1920, pero en vista de que el pacto era un hecho consumado, la CNT resolvió poner a prueba la buena fe de la UGT

Con ocasión de la huelga de los mineros de Río Tinto, la UGT se negó a participar en una huelga general y propuso medidas conciliatorias, que terminaron por llevar al fracaso a los mineros. Poco después, la UGT se negó también a concertar una huelga general de protesta contra la ola de asesinatos de militantes destacados de la CNT (incluso Salvador Seguí). Con esta otra prueba de la carencia de espíritu revolucionario de la UGT, quedó roto el pacto entre las dos organizaciones de trabajadores.

Durante los años siguientes el problema de la unidad de los trabajadores volvió a ponerse en el tapete de la discusión, sin éxito por lo demás, salvo parcialmente en Asturias, donde se firmó un pacto revolucionario entre la CNT y la UGT, en marzo de 1934, que declaraba que la única acción posible ante la situación política y económica era la acción mancomunada de los trabajadores, «con el exclusivo objeto de promover y llevar a cabo la revolución social» (33). Este pacto de alianza fue sometido a prueba pocos meses después, el 6 de octubre de 1934, con el alzamiento de los trabajadores de Asturias. En la práctica no fue del todo satisfactorio, por muchas razones que no es del caso considerar en el presente estudio, pero «no deja lugar a dudas sobre su trascendencia revolucionaria» (Peirats, I, 38). En el Congreso de Zaragoza de mayo de 1936, el dictamen sobre alianzas revolucionarias fue tan revolucionario e intransigente que, a todas luces, era inaceptable para la UGT

¿Por qué razón la CNT, que cayó en transacción tras transacción con los partidos políticos y el Gobierno desde el primer día de la lucha contra Franco, adoptó una posición tan intransigente con respecto a la UGT (34) que impidió todo pacto oficial de unidad hasta abril de 1938, cuando ya la lucha había degenerado en guerra fratricida y la derrota final sólo era cuestión de tiempo? ¿Y hasta qué punto existía de hecho la unidad entre los trabajadores de la industria y de la tierra desde el instante en que de ellas se adueñaron los trabajadores? ¿Era posible que ambas organizaciones de trabajadores se mancomunaran para dirigir la economía revolucionaria y la lucha armada contra Franco? Creemos que la decisión y la iniciativa existentes en las filas de los trabajadores en julio de 1936 hacía posible una alianza revolucionaria entre la CNT y la UGT con menos compromisos y concesiones que las otorgadas a los partidos políticos, alianza que

hubiera permitido un control efectivo por los sindicatos, neutralizando así cualquier intento de los políticos de ganar el control y, con ellos, la consiguiente centralización -y concentración-del poder en pocas manos. Si tenemos presente que, en conjunto, la CNT y la UGT comprendían a la mayoría de las clases trabajadoras, sin excluir a empleados y profesionales, parece inconcebible que hayan entrado a formar parte del Gobierno o a concretar alianzas con los partidos políticos, que habían dejado de tener influencia efectiva o poder. Bajo el control de la CNTUGT, los partidos políticos de base de clase habrían tenido de todas maneras representación por intermedio de aquellos de sus miembros que eran a la vez miembros, sea de la CNT o de la UGT, y solamente los políticos profesionales se habrían visto aislados y sin voz en la dirección de la lucha. No cabe suponer siquiera que tal circunstancia pudiese haber ocasionado futuras dificultades, y en ningún caso habría entorpecido la continuación afortunada de la lucha, sino todo lo contrario.

La confusión de ideas que reinaba entre los líderes de la CNTFAI, tan evidente en las declaraciones, manifiestos y decisiones que tomaban, contradictorias a menudo, deriva de varias causas, con frecuencia contradictorias también. Sentían que una alianza con todos los partidos y organizaciones antifranquistas sobre una base de lealtad recíproca era esencial para la victoria; pero al mismo tiempo sabían en su fuero íntimo que semejante lealtad sería unilateral y que los comprometía sólo a ellos. Sentían que era necesaria cierta forma de autoridad para mantener relaciones políticas y económicas internacionales; pero fundamentalmente desconfiaban de los gobiernos. Les tentó la idea de que para luchar contra un ejército disciplinado y bien equipado como el de Franco, se imponía un ejército igualmente centralizado y disciplinado; pero en el fondo consideraban superior la fuerza del

pueblo en armas:

«... El Gobierno de Madrid cree que se puede ir a la formación de un ejército para combatir al fascismo, sin tener este ejército el espíritu revolucionario. El ejército no debe tener otra expresión que la que emana de la voz del Pueblo, y debe contener un cien por cien de contenido proletario...» (García Oliver, 10 de agosto de 1936). [\(35\)](#)

Tenían puestas sus esperanzas en la solidaridad del proletariado internacional, pero a la vez estaban tan obsesionados por las posibles reacciones de los Gobiernos de Francia e Inglaterra y por las dificultades que encontraban para comprar armamento en el extranjero, que no trepidaron en fomentar la ficción de una lucha entre un Gobierno legal y un ejército rebelde. Les repugnaba implantar una «dictadura anarquista», pero se pronunciaban por la conscripción militar. Proclamaban que la guerra tenía que ganarse a toda costa aun a expensas de la revolución, pese a que en su fuero interno estuviesen convencidos de que la guerra y la revolución eran inseparables.

A nuestro juicio, semejante confusión mental frente a las realidades es el resultado de otra confusión: entre principios e ideales. A ninguno de los «críticos» de la CNT-FAI se le ha ocurrido jamás sugerir que fuese posible instaurar de la noche a la mañana una sociedad anarquista o que, siendo imposible tal solución, no le cabía a los anarquistas sino abandonar la lucha. Hacer concesiones por lo que atañe a nuestros ideales no es lo mismo que hacer concesiones con menoscabo de nuestros principios. Teniendo que habérselas con un enemigo poderoso, creemos era necesario se hubieran realizado los mayores esfuerzos y otorgado las más

amplias concesiones a costa de nuestros ideales para plasmar una alianza inmediata y efectiva entre las dos grandes organizaciones obreras de España. Porque ellas representaban las fuerzas reales, la única base positiva para empeñar batalla contra Franco, reorganizar la economía de España y, con ello, obtener el control de los medios de producción y armas para la lucha. En cambio, incitar a estas dos organizaciones a formar parte de un Gobierno, de una Generalidad, de un Comité Antifascista o de un Consejo de Defensa -aunque sin el nombre todos eran Gobiernos-y con la circunstancia agravante de que entraban como minoría, eso equivalía simplemente a traspasar el poder desde los sindicatos a un cuerpo central en que los políticos estaban en mayoría. Esto no podía tener otro efecto que permitirles a los políticos reconstruir las instituciones de Gobierno, con sus respectivas fuerzas armadas, tribunales, jueces, prisiones, carceleros, *etc.* Los anarquistas y la CNT no debieron tomar parte en semejante conspiración. Porque entonces tuvieron que hacer frente a dos enemigos: Franco y otra vez un poderoso Gobierno republicano. Y esto fue lo que ocurrió efectivamente, con el resultado de que todos y cada uno de los excesos cometidos directa o indirectamente por ese Gobierno (militarización, jornadas de mayo de 1937, ataques armados contra las colectividades obreras, carta blanca a la minoría comunista en el control del ejército y en el asesinato de trabajadores militantes, procesos fraguados del P.O.U.M. -el Partido Comunista de oposición-*etc.*), contra los cuales en tiempos normales la CNT-FAI habría reaccionado con la huelga general y aun más, fueron condenados por ella so pretexto de que toda impugnación «podía abrir los frentes a Franco».

Podemos resumir nuestro planteamiento en dos proposiciones:
1.º La alianza entre las dos organizaciones de trabajadores que constituían la vanguardia de la lucha justificaba concesiones en los

ideales (objetivos finales), pero sin abandono de los principios (o sea, el control obrero). 2.º La alianza con los partidos políticos en los Gobiernos entrañaba el abandono así de los principios como de los ideales (objetivos finales) y de los objetivos inmediatos (derrota de Franco).

Porque no fue tal el planteamiento de los líderes de la CNTFAI y no lo es aún para muchos entre ellos, es por lo que debemos proceder a sopesar las razones que tuvo la CNT para aceptar carteras ministeriales en los Gobiernos, los resultados conseguidos y el precio que por ellos se pagó.

CAPÍTULO VI

LA CNT PARTICIPA EN EL GOBIERNO DE CATALUÑA Y EN EL GOBIERNO CENTRAL

La revolución social y la lucha armada contra Franco nunca estuvieron escasas de hombres o carentes de espíritu de inmolación, ni faltó la firme voluntad de vencer y reconstruir una España basada en nuevos conceptos de libertad y equidad. Lo que no tenían los trabajadores españoles eran armas, así en cantidad como en calidad; materias primas para sus industrias; abonos y maquinaria agrícola; víveres, y, lo que no es menos importante, experiencia para organizar la economía y librar a la vez una larga lucha armada. Pero sólo fueron los líderes políticos y algunos de los más destacados militantes de las organizaciones obreras, movidos a espanto y sin atinar qué hacer, quienes buscaron asilo en las instituciones del Estado. Los trabajadores, en cambio, con su habitual buen sentido, encararon la situación con los materiales disponibles y los conocimientos que poseían.

Su método de hacerse cargo de los servicios públicos y de la distribución de los alimentos puede haber sido caótico; pero, que sepamos, ningún crítico ha dicho que alguien muriera de hambre. Su defensa improvisada de Barcelona, Madrid, Valencia, pudo adolecer de desorganización; pero aun así, derrotaron formaciones militares bien organizadas y armadas que esperaban adueñarse de toda España el 19 de julio. Sus columnas malamente armadas pueden no haber ocupado Zaragoza y otras ciudades claves; pero, no obstante, contuvieron al enemigo por muchas semanas. Pudieron ser caóticas; pero, como tan sucinta y

gráficamente se expresaba un militar profesional (el coronel Jiménez de la Beraza), al pedírsele su opinión sobre tales columnas improvisadas: «Militarmente, esto es el caos; pero es un caos que funciona. ¡No le perturbéis!»

Permítasenos anticiparnos a toda objeción, pues tenemos plena conciencia de las desventajas de semejante «caos»; del hecho que los transportes eran tan caóticos, que a veces los milicianos en el frente quedaban cuatro días sin víveres; que no existían servicios médico-sanitarios organizados para curar a los milicianos heridos; y no desconocemos tampoco el caso extremo de algunos milicianos de la defensa de Madrid que, a las siete de la tarde, abandonaban sus puestos en el frente para darse cita con sus enamoradas en la ciudad. Sólo hemos querido afirmar que los trabajadores españoles, en una situación que había paralizado al Gobierno (salvo tocante a su habilidad de publicar decretos inútiles y no acatados) y a los políticos, fueron capaces de improvisar y organizar más allá de cuanto podía esperarse. Y si la ulterior resistencia contra los ejércitos de Franco fue posible, fue gracias a este glorioso «caos» durante las primeras semanas de la lucha.

A nuestro juicio, el papel de los anarquistas debió ser el de conseguir apoyo para esa vasta masa de buena voluntad y energía y trabajar porque se consolidase y organizara, explicándoles los problemas a sus compañeros de trabajo, sugiriendo soluciones y estimulando siempre la idea de que todo poder e iniciativa debían permanecer en manos de los trabajadores. Y en tal sentido debían dirigirse no sólo a los militantes de la CNT, sino, asimismo, a los de la UGT que, desengañados de los gobiernos «socialistas», no diferentes de los demás en la práctica, habrían prestado mayor atención a semejantes argumentos que a los débiles y pusilánimes

consejos de la mayoría de sus líderes.

«Sin desorden la revolución es imposible», decía Kropotkin [\(36\)](#). En cambio, muchos de los miembros influyentes de las organizaciones revolucionarias estaban de tal modo preocupados por la lucha contra Franco, que sus exhortaciones a los trabajadores fueron desde el primer momento en el sentido del orden, de la vuelta al trabajo, de una jornada más larga de trabajo para satisfacer las exigencias de la lucha armada. Esta posición queda resumida en dos frases de Juan Peiró en que se opone a la idea de una reducción de las horas de trabajo en las fábricas de Cataluña:

«Se olvida muy a menudo la célebre frase de Napoleón: Las guerras y sus éxitos dependen siempre del dinero, porque en todos los tiempos las guerras se apoyan en una base económica.»

¡Cuán cierto era esto en el caso de España en agosto de 1936! Pero en vez de decirles a los trabajadores que su primer paso debía ser, por lo tanto, asegurarse de que los bancos y las reservas de oro pasaran a sus manos, exhorta a los trabajadores de la retaguardia a trabajar más y más horas para producir más. No es que no fuera verdad lo que decía. Pero era un hecho, asimismo, que quien controlase las reservas de oro controlaría también la dirección de la guerra y la economía de España.

En esos primeros días de la lucha, lo que se necesitaba con urgencia eran armas y materias primas. Para que los trabajadores catalanes pudieran producir armas era necesario renovar las herramientas e instalaciones de las fábricas con ese fin; había que comprar con oro en el exterior maquinarias, aviones, medios de transporte motorizados, fusiles, cañones y municiones, ¡y con oro

hasta se podía conseguir armamento alemán e italiano! La reserva de oro era el medio por excelencia para que los trabajadores armados pudieran pasar de la defensiva al ataque. Porque, si bien es cierto que carecían de entrenamiento y que faltaba coordinación en las milicias, estos problemas eran de poca monta comparados con la carencia de armas y transporte adecuados.

Para mayor confusión en cuestiones financieras, existía una rivalidad entre los Gobiernos de Cataluña y de Madrid, rivalidad que ignoraba al enemigo común a las puertas y en la que el Gobierno de Madrid tenía una superioridad manifiesta, puesto que disponía del oro. Sacó partido de tal ventaja en su afán de frenar la revolución en Cataluña y sabotear el frente de Aragón y la campaña por las Islas Baleares, ambas iniciativas de la CNT Según Santillán, igual actitud prevaleció cuando Largo Caballero sucedió al Gobierno de Giral en setiembre de 1936.

Consideremos más en detalle los daños que trajo consigo la retención del oro en manos adversas.

El 24 de setiembre de 1936 se celebró en Barcelona un Pleno Regional de Sindicatos al que asistieron 505 delegados en representación de 327 sindicatos. En ese Pleno, Juan P. Fábregas, delegado de la CNT ante el Consejo Económico, después de haber reseñado la actividad de los sindicatos, se refirió a las dificultades financieras de Cataluña creadas por la actitud del Gobierno de Madrid [\(37\)](#):

«El cual nos ha negado todo apoyo en el orden económico y financiero, porque seguramente no simpatiza mucho con las obras de orden práctico que se están realizando en Cataluña... Vino el cambio de Gobierno, pero seguimos tropezando con las mismas

dificultades.»

Fábregas daba cuenta en seguida de que una comisión que se había desplazado a Madrid a fin de pedir un crédito de mil millones de pesetas, respaldado por igual suma en valores depositados en el Banco de España, recibió una negativa rotunda. Bastaba el hecho de que la nueva industria de guerra en Cataluña fuera controlada por los trabajadores de la CNT para que el Gobierno de Madrid negase toda ayuda incondicional. Sólo a cambio del control gubernativo estaría dispuesto a conceder asistencia financiera.

Lo que semejante sabotaje abierto significa en términos de producción de armamentos fue revelado en un informe sobre las conversaciones entabladas el 1 de setiembre de 1937 entre Eugenio Vallejo, en representación de la industria de guerra de Cataluña controlada por la CNT, y el Subsecretario de Municiones y Armamentos dependiente del Gobierno Central. En el curso de la conservación, el Subsecretario admitió que

«... la industria de guerra de Cataluña había producido diez veces más que todo el resto de la industria de España en conjunto y estuvo de acuerdo con Vallejo en que tal producción pudo haberse cuaduplicado a partir de setiembre si Cataluña hubiera dispuesto de los medios necesarios para comprar materias primas que no se conseguían en el territorio español.» [\(38\)](#)

Pero volvamos a setiembre de 1936. El Pleno Regional de Sindicatos dio término a sus debates el 26 de setiembre. Al día

siguiente los diarios publicaban la noticia de la incorporación de la CNT al Gobierno de Cataluña. ¡En una declaración de prensa la CNT niega que se trate de un Gobierno e insiste en que sólo participa en un Consejo de Defensa Regional! ¿Quién tomó esta decisión? Ni Santillán ni Peirats dan luz al respecto. No hay ni siquiera indicaciones de que tal cuestión fuera discutida en el Pleno Regional. Sin embargo, el 20 de setiembre, días más días menos, se efectuó un Pleno Nacional de Comités Regionales presidido por el Comité Nacional de la CNT, a raíz de constituirse el Gobierno de Largo Caballero. Su objeto era encontrar una fórmula que permitiera cohonestar la «colaboración» y salvar las apariencias. Se acordó propugnar la formación de un «Consejo de Defensa Nacional» y la transformación de los ministerios existentes en Departamentos. En los acuerdos se incluyen diversas resoluciones referentes a las Milicias, los Bancos, las propiedades de la Iglesia, *etc.* Pero, en verdad, el documento no tiene importancia, puesto que la expresión «Consejo de Defensa Nacional» no perseguía otra mira que la de hacer la voz «gobierno» menos horrisona para los oídos confederales. Y así lo entendieron, sin llamarse a engaño, los partidos políticos, que se desentendieron en absoluto de tales acuerdos y los consideraron como un simple «bluff» de la CNT, de modo que al celebrarse otro Pleno diez días después, no le quedó a la CNT sino lamentarse de que sus proposiciones no tuviesen acogida. No obstante, al final de este documento se admite implícitamente que la formación del Consejo de Defensa Regional (como eufemísticamente se designa al Gobierno de Cataluña con participación de la CNT) era el resultado del Pleno previo, y se agrega que se proseguirá la agitación en pro de un Consejo de Defensa Nacional. Pero desde que el Consejo de Defensa Regional era el Gobierno de Cataluña, no es de sorprenderse que en noviembre la CNT capitulara y

cuatro de sus militantes ingresaran al Gobierno de Largo Caballero en Madrid.

La formación de un Gobierno en Cataluña con participación de la CNT puso término a la dualidad de poder entre el Comité de Milicias Antifascistas y el Gobierno de la Generalidad al eliminar al Comité de Milicias. Con todos sus defectos, el Comité de Milicias era más representativo de las aspiraciones revolucionarias que el Gobierno; y no tenía poderes ejecutivos para imponer sus decisiones. Está quizás demás agregar que en el nuevo Gobierno las organizaciones de trabajadores estaban en minoría y los partidos políticos en mayoría. Y así, en cuestión de dos meses apenas, el humilde Companys del 20 de julio, que había ofrecido pasar «a ser un soldado más en la lucha», de pedírsele la CNT, tenía en sus manos las riendas del poder político. ¡Quedaba por ver si podía también hacer restallar el látigo!

¿De qué manera podía este cambio redundar en provecho de la lucha contra Franco? Santillán [\(39\)](#) nos da la siguiente explicación:

«Si se hubiese tratado solamente de la revolución, la existencia misma del Gobierno habría sido, no un factor favorable, sino un obstáculo a destruir; pero nos encontrábamos ante las exigencias de una gran guerra encarnizada, de proyecciones internacionales, ligados por fuerza al mercado mundial, a la relación con el mundo estatal circundante y, para la organización y dirección de esa guerra, en las condiciones en que nos encontrábamos, no teníamos un instrumento que hubiera podido sustituir al viejo aparato gubernamental.»

Santillán observa también que «una guerra moderna» exige una vasta industria bélica, y esto presupone, en los países que no tienen plena autarquía económica, relaciones políticas, industriales y comerciales con los centros del capitalismo mundial que monopolizan las materias primas. Y el mundo exterior era hostil a la revolución y podía negarse a suministrar las materias primas de no existir un remedo de Gobierno. La disolución del Comité de Milicias no sería el último sacrificio impuesto para

«... demostrar nuestra buena voluntad y nuestro deseo dominante de ganar la guerra. Pero cuanto más hemos cedido en beneficio de ese interés común, más nos hemos visto atropellados por la contrarrevolución encarnada en el poder central».

¿Con qué resultado?, se pregunta Santillán:

«No en beneficio de la guerra, ciertamente, o por lo menos no en beneficio de la victoria contra el enemigo.» [\(40\)](#)

Mientras tanto Moscú se entrometía en el conflicto, y el puñado de comunistas en Cataluña [\(41\)](#), que había comenzado por absorber a los diversos grupos socialistas en un solo partido, el PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya), se sintió envalentonado por el predominio de los comunistas en todas las reparticiones del Estado. La intención de Moscú era destruir la Cataluña revolucionaria, sea mezquinándole armas sea con ataques directos. Pero los tiempos no estaban maduros para ese objeto y, por lo tanto, no debe causar sorpresa el que los comunistas estuvieran dispuestos el 25 de octubre de 1936 a firmar un pacto de unidad de acción entre la CNT-FAI y la UGT-

PSUC Este pacto significaba otro paso más hacia la total concentración del poder en manos del Gobierno catalán. Los puntos de acuerdo incluyen la colectivización de los medios de producción y la expropiación sin indemnización, pero con la siguiente cortapisa:

«Entendimos que esta colectivización no daría el resultado apetecido si no estuviese dirigida y coordinada por un organismo representante genuino de la colectividad, que en este caso no puede ser otro que el Consejo de la Generalidad, en donde todas las fuerzas sociales están representadas.» [\(42\)](#)

Hubo acuerdo también sobre la municipalización de la vivienda en general y sobre la fijación del tipo de renta máximo eximente de la municipalización. Asimismo, hubo acuerdo sobre el mando único para coordinar la acción de todas las unidades combatientes, la creación de las milicias obligatorias convertidas en gran Ejército popular y el refuerzo de la disciplina. Acuerdos, además, sobre la nacionalización de la Banca y el control obrero en los negocios bancarios llevado a efecto por la Consejería de Finanzas del Consejo de la Generalidad, apoyándose en los Comités de empleados. Por último, acuerdo

«... en una acción común para liquidar la acción nociva de los grupos incontrolables que, por incomprensión o mala fe, ponen en peligro la realización de este programa.»

Dos días después, se celebraba un mitin monstruo para celebrar esta nueva victoria de la contrarrevolución. Entre los oradores

figuraban: el Secretario Regional de la CNT, Mariano Vázquez; la futura ministro de Sanidad, Federica Montseny; esa figura siniestra del socialismo catalán, Juan Comorera..., ¡y el Cónsul General de la U.R.S.S. en Barcelona, Antonov Ovseenko!

El pacto de unidad fue simplemente un peldaño para los comunistas en su plan de adueñarse del poder. Desde el comienzo la pequeña burguesía había sido un obstáculo en el camino de la revolución social. La CNT había respetado sus intereses y ahora los comunistas ponían su empeño en ganarse a estos sostenedores de Companys.

La crisis que se produjo en el Gobierno de Cataluña en diciembre de 1936 fue motivada en apariencia por las indiscreciones de la organización comunista disidente, el POUM (con un representante en el Gobierno), al denunciar la política internacional de la U.R.S.S. No dejaron tampoco los comunistas de aprovechar esta ocasión para desprestigiar a la CNT al preguntar por qué no se había lanzado ninguna ofensiva en el frente de Aragón (cubierto principalmente por anarquistas) [\(43\)](#). Dos días después se «resolvía» la crisis eliminando al consejero del POUM

¡Qué balance trágico de derrotas tuvo que encarar la CNT en Cataluña en las postrimerías de 1936! No en la obra de colectivización, que los trabajadores habían extendido y consolidado tras su primera victoria, sino en el terreno político, en el que perdieron poco a poco todo ese poder que, de haberlo conservado en sus manos, no hubiera permitido al Gobierno resurgir de su merecida oscuridad. A fines de 1936, Companys había recuperado el control prácticamente; pero él también tuvo que pagar un precio por esta victoria, a saber, a los comunistas. De la nueva situación producida, la CNT, si se hubiera mantenido al margen de la lucha política, habría sacado ventajas; pero se había

hecho a la vela en un mar de compromisos y se alejaba de tierra firme.

¡Qué podía ser más desastroso para el movimiento revolucionario que la conducta de líderes tan ciegos como para decir con García Oliver: «Ha sido disuelto el Comité de Milicias porque la Generalidad ya nos representa a todos»!

Mientras tanto en Madrid, Largo Caballero, sucesor de Giral en la jefatura del Ministerio, tuvo en primer término que preocuparse de crear un Gobierno capaz de funcionar. Durante las semanas anteriores «las masas se concentran alrededor de las organizaciones obreras, alucinadas por sus realizaciones revolucionarias, o en los frentes de combate, dando cara al enemigo común» dice Peirats en *LA CNT en la Revolución española* (44), agrega:

«Para salvar al Gobierno, el principio de Gobierno, hace falta darle prestigio con unas consignas y con un hombre. La consigna puede improvisarse, y el hombre, salvado el momento, logrados los objetivos perseguidos, puede ser arrinconado, retirado de la circulación. Lo importante es hallar algo que permita reconstruir el aparato del Estado, poner las riendas en manos de un Gobierno, de cualquier Gobierno, que cumpla los fines de desarmar al Pueblo y de reducirle a la obediencia. En suma, que ponga la camisa de fuerza a la revolución. Para ello, Largo Caballero es el hombre-providencia.»

Era el líder de la UGT, la organización sindical dominada por los socialistas y un «extremista» del P.S., que gozaba de cierta estimación en la CNT (45). Su tarea inmediata será la de levantar

el prestigio de las instituciones republicanas y de infundir vida nueva al Estado, haciendo posible así llevar a cabo lo que los Gobiernos anteriores habían sido incapaces de hacer: militarizar las milicias, reorganizar los cuerpos armados, controlarlos desde el Gobierno y, a la vez, desarmar la retaguardia. No fue difícil encontrar la consigna: la necesidad de disciplina y de un mando único a manera de respuesta a los reveses de la guerra; ante todo, la necesidad de continuar la lucha y de ganar la guerra por sobre cualquiera otra consideración.

La réplica de la CNT al Gobierno de Largo Caballero fue el Pleno Nacional de Comités Regionales, reunidos a mediados de setiembre. En éste se resolvió proponer la constitución en Madrid de un Consejo Nacional de Defensa, concebido como «un organismo nacional facultado para asumir las funciones de dirección en el aspecto defensivo y de consolidación en el aspecto político y económico.»

Como ya apuntamos antes, este Consejo estaría facultado para «crear una milicia de guerra con carácter obligatorio». En otras palabras, este «Consejo» era un Gobierno disfrazado, si bien un Gobierno revolucionario.

El 4 de noviembre de 1936, cuatro miembros de la CNT entraron a participar en el Gobierno de Largo Caballero: Juan López y Juan Peiró como ministros de Comercio y de Industria respectivamente; Federica Montseny como ministro de Sanidad, y la cartera de Justicia fue confiada a García Oliver. Ninguno de estos ministros ha sido capaz de demostrar que durante los seis meses de su mandato ministerial la presencia en el Gobierno de representantes de la CNT contribuyera de algún modo a mejorar la situación militar. Juan López ha señalado la imposibilidad de realizar nada en la esfera económica estando como estaban las

carteras de Comercio y de Industria en manos de los sindicalistas y las de Agricultura y Finanzas en manos de un comunista y de un socialista de derecha respectivamente. Federica Montseny ha confesado públicamente que la participación de la CNT en el Gobierno fue un fracaso y sólo García Oliver llegó al éxtasis cuando rendía cuenta de su gesta victoriosa como legislador de la Justicia. ¡Quizás habría manifestado menos entusiasmo por sus descubrimientos revolucionarios en el campo de la ciencia penal si hubiera conocido la obra de instituciones tan cautelosas, si bien de buena fe, como la Liga Howard de Reforma Penal en la capitalista Inglaterra! [\(46\)](#).

La entrada de la CNT al Gobierno fue considerada por su diario Solidaridad Obrera como «uno de los hechos más trascendentales que registra la historia política de nuestro país.» Y sigue una disquisición acerca de que:

«El Gobierno, en la hora actual, como instrumento regulador de los órganos del Estado, ha dejado de ser una fuerza de opresión contra la clase trabajadora, así como el Estado no representa ya el organismo que separa a la sociedad en clases. Y ambos dejarán aún más de oprimir al Pueblo con la intervención en ellos de la CNT. Las funciones del Estado quedarán reducidas, de acuerdo con las organizaciones obreras, a regularizar la marcha de la vida económica y social del país. Y el Gobierno no tendrá otra preocupación que la de dirigir bien la guerra y coordinar la obra revolucionaria en un plan general. Nuestros camaradas llevarán al Gobierno la voluntad colectiva o mayoritaria de las masas obreras reunidas previamente en grandes asambleas generales. No defenderán ningún criterio personal o caprichoso, sino las

determinaciones libremente tomadas por los centenares de miles de obreros organizados en la CNT Es una fatalidad histórica la que pesa sobre todas las cosas. Y esa fatalidad la acepta la CNT para servir al país, con el interés puesto en ganar pronto la guerra y para que la revolución popular no sea desfigurada.» [\(47\)](#)

Comparemos semejante dislate oportunista con el juicio expresado por la CNT dos meses antes en su *Boletín de Información* (número 41, 3 de setiembre de 1936) y reproducido por la propia *Solidaridad Obrera* cuyo editorial hemos citado.

Con el título significativo de «La inutilidad del Gobierno» la CNT-FAI observaba que:

«La existencia de un Gobierno del Frente Popular, lejos de ser un elemento indispensable para la lucha antifascista, corresponde en realidad a una imitación burda de esta misma lucha.

«Es inútil recordar que ante la preparación del "putsch" fascista los Gobiernos de la Generalidad y de Madrid no han hecho absolutamente nada. La autoridad sólo se ha utilizado para ocultar las maniobras que los elementos reaccionarios realizaban y de las que el Gobierno era instrumento consciente o inconsciente.

»La guerra que se está llevando a cabo en España es una guerra social. La importancia del Poder moderador, basado en el equilibrio y la conservación de las clases, no sabrá imponer una actitud definida en esta lucha en que se tambalean los fundamentos del mismo Estado, que no encuentra ninguna

seguridad. Es, pues, exacto decir que el Gobierno del Frente Popular, en España, no es otra cosa que el reflejo de un compromiso entre la pequeña burguesía y el capitalismo internacional.

»Por la misma fuerza de los actos, este compromiso no tiene más que un valor transitorio y habrá de ceder el sitio a las reivindicaciones y a la línea de conducta establecida por una profunda transformación social.

»Desaparecerá entonces la plaga de negociantes y conservadores que ahora actúan a la sombra de los republicanos y liberales de Barcelona, Valencia y Madrid. La idea de suplantar estos Gobiernos, débiles guardianes del "statu quo" de la propiedad y de la finanza extranjera, por un Gobierno fuerte, basado sobre una ideología y una organización política "revolucionaria", no lograría sino aplazar el estallido revolucionario.

»No se trata, pues, de que el marxismo tome el poder, ni de la autolimitación de la acción popular por oportunismo político. El "Estado-Obrero" es el punto final de una acción revolucionaria y el principio de una nueva esclavitud política.

»La coordinación de fuerzas del Frente Popular, la organización del aprovisionamiento de víveres con una amplia escala de colectivización de empresas, es de un interés vital para conseguir nuestra finalidad. He aquí, evidentemente, el interés de esta hora. Se ha realizado hasta hoy de una forma no gubernamental, descentralizada, desmilitarizada. Hay muchos perfeccionamientos que pueden aplicarse aún para estas necesidades. Los Sindicatos de la CNT o de la UGT utilizan y pueden utilizar más aún todas las fuerzas para este

perfeccionamiento. Por el contrario, la constitución de un Gobierno de coalición, con sus luchas de baja política entre mayorías, y minorías, su burocratización a base de élites seleccionadas y la guerra fratricida que entrañan las tendencias opuestas imposibilita el logro de nuestra labor de liberación en España. Esto sería el hundimiento rápido de nuestra capacidad de acción, de nuestra voluntad unificadora y el principio de una "debacle" inminente ante un enemigo bastante potente aún.

»Esperamos que los trabajadores españoles y extranjeros comprenderán la justicia de las decisiones tomadas en este sentido por la CNT y la FAI. El descrédito del Estado es la finalidad del socialismo. Los hechos demuestran que la liquidación del Estado burgués reducido por asfixia, es debida a la expropiación económica, y no precisamente por una orientación espontánea de la burguesía "socialista". Rusia y España son ejemplos vivos.» [\(48\)](#)

Esta importante declaración contiene todos los argumentos que hubiéramos deseado exponer al objeto de demostrar que la colaboración con Gobiernos y partidos políticos era un error desde cualquier punto de vista: ya el de la revolución social y la lucha armada ya el de la táctica revolucionaria y los principios.

Digan lo que quieran en contrario los apologistas de la colaboración, el caso es que, desde la formación del Gobierno de «guerra» de Largo Caballero al «Gobierno de la Victoria» de Negrín, para terminar con la ignominiosa rendición de Cataluña y la liquidación de los comunistas y del Gobierno de Negrín en la España Central antes de la postrera capitulación, los acontecimientos en todos y cada uno de sus detalles confirman el

análisis contenido en el histórico documento preinserto.

¿Cuál fue la causa de tamaña voltereta que hizo aterrizar a la CNT-FAI en los sillones ministeriales sólo pocas semanas después? ¿Y hasta qué punto fueron responsables las bases, los militantes de fila, de semejante abandono total de los principios anarquistas y táctica revolucionaria?

CAPÍTULO VII

LA CNT Y LA ACCIÓN POLÍTICA

Desde su fundación, la CNT no careció nunca de políticos y demagogos causantes de crisis «ideológicas» internas. No hay duda que todo ello produjo daños a la Confederación, si bien no en el extremo en que habría conmovido a otra organización cualquiera que no fuese la CNT. En verdad, la grandeza de la CNT está en sus militantes de base. Aunque la organización no lograra siempre impedir que surgiesen líderes políticos en sus filas, siempre conservó un espíritu independiente, de resultados de su estructura descentralizada, y un soplo revolucionario que resistió con éxito los ajetreos de los reformistas y políticos en su medio. Las «crisis» internas en un movimiento revolucionario no son por fuerza nocivas. Cualquier movimiento, y especialmente un movimiento de masas que no esté osificado, debe someter continuamente a la discusión sus ideas y tácticas. Un movimiento en que haya siempre unanimidad es generalmente de aquellos que no comprenden sino corderos y pastores. Sin duda no faltaron en la CNT aspirantes a pastores, en particular a partir del 19 de julio de 1936; pero es significativo el hecho de que, si bien causaron no poco daño a la causa revolucionaria y a la lucha contra Franco (en razón de las circunstancias singulares por que atravesaba España), jamás consiguieron convertir a los militantes de base en corderos.

Un observador avisado de la gran gesta española dice al respecto:

«Un orador era capaz de arrancar en el Pleno un acuerdo en favor de la colaboración; pero recuperados sus sentidos, todos

nuestros compañeros volvían a sus profundas convicciones y continuaban la obra revolucionaria. Estos hombres eran tan capaces de tomar las armas como de administrar una colectividad, trabajar la tierra, manejar el martillo u orientar una asamblea local o sindical con sus opiniones sentadas sobre los problemas prácticos que esperaban solución.

»Y gracias a esta capacidad y a la actividad concreta de la base del movimiento libertario español -particularmente de aquellos de sus militantes que habían adquirido en los sindicatos de la CNT una experiencia amasada en largos años de lucha-fue como pudieron desarrollarse las organizaciones libertarias, pese al renacimiento, más bien dicho a la consolidación del Estado y al desarrollo de los partidos políticos gubernamentales.» [\(49\)](#)

En otro lugar, al referirse al ingreso de la CNT en el Gobierno de Largo Caballero, el mismo autor señalaba

»... Y algunos delegados anarquistas, transformados en ministros o en personajes oficiales de diversa categoría, tomaron en serio sus funciones: el veneno del poder produjo un efecto inmediato.

»Pero lo que se salvó fue la potencia del movimiento anárquico español. Este disponía de millares y millares de militantes aguerridos, en todos o casi todos los pueblos de Aragón, Levante y Andalucía. En general los militantes de la CNT poseían una sólida experiencia de la organización práctica de su profesión o de la vida de un pueblo y gozaban de un ascendiente moral indiscutible. Además, estaban dotados de un fuerte espíritu de iniciativa.» (p. 81.)

Para ilustrar el abismo que existía entre los líderes y los militantes de base de la CNT-FAI bastan sólo dos referencias complementarias, una de la obra de Gastón Leval, la otra de la de Peirats. Al deducir las conclusiones de su libro, que trata de las Colectividades españolas, Leval observa que los militantes destacados tales como Federica Montseny;

«no desempeñaron ningún papel en la obra de las colectividades. Desde un principio fueron absorbidos por los cargos oficiales que aceptaron a pesar de su repugnancia tradicional por las funciones gubernativas. La unidad antifascista les sugería semejante actitud. Había que acallar los principios, hacer concesiones provisionales. Esto les impidió seguir desarrollando su deber de orientadores. Permanecieron al margen de aquella gran empresa de reconstrucción en que el proletariado encontrará preciosas enseñanzas para el futuro.» (p. 307.)

Peirats, al referirse a la orientación política de la CNT desde el comienzo de la lucha, señala que la mayoría de los «militantes influyentes» se pronunció por una política de colaboración con los políticos; pero agrega que «gran parte de los militantes y la inmensa mayoría de la base confederal no prestaron atención en muchos meses más que a los problemas que planteaban la lucha en los frentes, la persecución del fascismo emboscado y la expropiación y canalización de la nueva economía revolucionaria» [\(50\)](#). El lector no podrá menos que tomar nota en esta cita de la distinción entre «militantes influyentes», «militantes» y «base

confederal».

Quizás en un movimiento de masas que acepta a todos los trabajadores en sus filas, cualquiera que sea su afiliación política, y por más que los objetivos de dicho movimiento sean los del comunismo libertario, puede ser inevitable, en obsequio de tales objetivos, el recurrir a maniobras de entretelones y tomar acuerdos en un «nivel superior», o sea, en el sector de los «militantes» o en el círculo de los «militantes influyentes». Aunque inevitable, tal proceder, como es natural, tiene que provocar resquemores tanto entre los militantes como entre los miembros de base. Semejante problema se ha presentado en la CNT desde su fundación y se ha traducido en más de una crisis interna. Y no cabe duda que muchos de los acuerdos aprobados y tácticos adoptadas por la CNT durante la lucha contra Franco no fueron discutidos en los sindicatos, y demasiado a menudo los «militantes influyentes» decidían sobre cuestiones fundamentales y sus decisiones eran aceptadas como hechos consumados por los delegados en los Plenos, sin que siquiera fueran discutidas por la base confederal en los sindicatos.

El abandono del método tradicional de la CNT para tomar acuerdos fue justificado por la necesidad de actuar con la menor demora posible. Hay casos en que semejante posición pudiera justificarse; pero en cuestiones fundamentales de principio y de táctica revolucionaria no caben disculpas por no consultar a los sindicatos. El hecho de que la CNT-FAI no entrase en los Gobiernos de Cataluña y de Madrid sino a fines de setiembre y principios de noviembre, respectivamente, esto es, más de dos y de tres meses después del Alzamiento, reduce al absurdo todo pretexto de que no hubo tiempo de consultar a la Organización antes de tomar los acuerdos pertinentes. Hasta entonces se habían celebrado

muchos Plenos comarcales y regionales, pero por lo que hemos podido averiguar, no se planteó ningún debate referente a la colaboración. Este problema fue uno de aquellos que se discutieron sólo en la «cima» de la Organización, y cuando por último se resolvió que la CNT tuviera ministros en el Gobierno de Largo Caballero, la Confederación ni siquiera fue consultada respecto a quiénes desearía que la representaran en tal Gobierno.

En un discurso pronunciado por Federica Montseny en Tolosa en 1945 (citado por el Boletín Interno del M.L.E.. CNT en Francia, set.-oct. 1945), decía ésta:

«Por acuerdo entre Largo Caballero y Horacio Prieto [\(51\)](#), este último vino a Cataluña y dio cuenta de la situación lograda en las negociaciones que dieron por resultado la designación de Juan López, Peiró, García Oliver y la mía propia como miembros del Gobierno. Me negué a aceptar. Horacio Prieto y Mariano Vázquez insistieron. Pedí veinticuatro horas para pensar el asunto. Consulté a mi padre, el que me contestó con honda seriedad: "Tú sabes lo que esto significa. De hecho, es la liquidación del anarquismo y de la CNT Una vez en el poder, ya no podréis zafaros de él».

¡Sin embargo, Federica Montseny y los demás entraron al Gobierno como representantes de la Organización! Se nos dice que, si bien no fue consultada la CNT, en realidad sus líderes representaban las aspiraciones de la inmensa mayoría cuando entraron al Gobierno. Semejante método de verificar la opinión de una entidad puede ser el indicado en una dictadura; pero es inaceptable en una organización como la CNT Cuando se trata de averiguar la posición real de la Organización en conjunto con

respecto a la colaboración, no se puede aceptar el juicio de los líderes de que ellos representaban los anhelos de la inmensa mayoría de la Organización, sin preguntarse si acaso esta misma «inmensa mayoría» no se oponía ya a la colaboración en el mes de setiembre cuando se publicó en el Boletín de Información de la CNT-FAI el artículo anticolaboracionista que hemos citado más arriba. Y que tras seis meses de colaboración se opuso nuevamente a ella cuando, en mayo de 1937, los líderes de la CNT se negaron a participar en el Gobierno de Negrín. Semejantes vuelcos son típicos de los políticos; en la militancia se piensa más lentamente y también se cambia en general de opinión con menos frecuencia.

Es significativo el hecho de que mientras los líderes de la CNT intentaban en vano competir en viveza política con los políticos profesionales, la base confederal y los simples militantes de los sindicatos consolidaban sus victorias en el campo económico, operando con entera independencia y fuera de alcance del control gubernativo. En verdad, ¿cómo puede suponerse que ellos favorecieran la consolidación del Gobierno con la participación de sus propios representantes, ciertos como estaban de que el Gobierno jamás permitiría semejante reorganización radical de la economía del país, si tuviera la posibilidad de impedirlo?

Además, saltaba a la vista (y lo han tenido que admitir en más de una ocasión hasta los «militantes influyentes») que el Gobierno estaba mucho más preocupado de reforzar la retaguardia que de fortalecer los frentes guarnecidos por las milicias y acelerar así la derrota de Franco. Se puede confirmar con hechos la aseveración de que no estaba en el interés del Gobierno apurar la derrota de Franco durante los primeros meses, cuando existían las mejores condiciones para conseguirla. Una victoria sobre Franco antes de

que el Gobierno consolidara su poder era una situación inconcebible para los políticos, puesto que su posición se haría más precaria aún que al día siguiente de la derrota parcial de Franco, el 19 de julio. Sólo así puede uno explicarse, por ejemplo, que fuera tan grande la escasez de armas en el frente de Aragón hasta el punto de no permitir se lanzara una ofensiva en dirección a Zaragoza (52), mientras en la retaguardia había 60.000 fusiles y más munición que en el frente. En la retaguardia las armas estaban en poder no sólo de la policía, del Gobierno y de los Guardias de Asalto sino de los partidos políticos y las organizaciones de trabajadores. Era una especie de campo armado en que cada fracción estaba sobre el quién vive contra cualquier intento de otra de imponer su voluntad por la fuerza de las armas. Semejante situación indicaba a las claras que era imposible toda unidad efectiva entre las organizaciones revolucionarias de trabajadores y los partidos políticos y fuerzas del Gobierno. Entre los trabajadores armados de la retaguardia existía la preocupación de defender la revolución social contra las crecientes intromisiones de las fuerzas de Gobierno. Para que todas las armas fueran enviadas al frente era necesario, por tanto, no fortalecer al Gobierno sometiendo a su autoridad a la CNT sino, por el contrario, debilitarlo privándolo de las fuerzas armadas de que disponía. Eso lo comprendieron los trabajadores a pesar de sus líderes «destacados».

En octubre de 1936 se produjo un serio incidente, que vale la pena mencionar aquí porque da una idea de la actitud y del temple de los milicianos anarquistas en la época en que sus «líderes» negociaban con Largo Caballero y se repartían entre ellos carteras ministeriales. Nos referimos a la Columna de Hierro, a la sazón guarneciendo el frente de Teruel, que realizó una incursión armada en la retaguardia de Valencia, porque se había dado

cuenta de que ésta se estaba armando, no en apoyo de los hombres que luchaban en los frentes sino con el objeto de fortalecer el poder del Gobierno. Un manifiesto lanzado por la Columna después precisaba que previamente había enviado las siguientes peticiones a las «organizaciones interesadas.»: desarme total y disolución de la Guardia Civil, y el inmediato envío al frente de todos los cuerpos armados al servicio del Estado (Asalto, Carabineros, Seguridad, etc.). También pedía la destrucción de todos los archivos y ficheros de todas las instituciones capitalistas y estatales.

«Fundábamos estas peticiones -declaraba-en dos puntos de vistas: el revolucionario y el ideológico. Como anarquistas y como revolucionarios, entendíamos que era un peligro la existencia de la Guardia Civil, cuerpo netamente reaccionario, que a través del tiempo, y particularmente durante este movimiento, tan a las claras ha patentizado su espíritu y sus procedimientos.

»La Guardia Civil nos era odiosa y no queríamos verla, porque por sobradas razones desconfiábamos de ella. Por eso pedimos su desarme y por eso la desarmamos.

»Pedíamos que todos los cuerpos armados fuesen al frente, porque en el frente hacen falta hombres y armas, y en la ciudad, dado el estado actual de las cosas, más que una necesidad era y es un estorbo su estancia. Este punto lo hemos alcanzado a medias y no cejaremos hasta su completa realización.

»... Por último, pedíamos la destrucción de todos aquellos documentos que representaban todo un pasado tiránico y

opresor, ante el cual se rebelaba nuestra conciencia libre. Destruimos los papeles y pensamos incautarnos de aquellos edificios que, como la Audiencia, sirvieron en otro tiempo para sepultar a los revolucionarios en los presidios, y que hoy, que nos encontramos en los albores de la sociedad libertaria, no tienen razón alguna de ser.

»Estos objetivos nos llevaron a Valencia, y esto fue lo que, con el procedimiento que nos pareció más adecuado, realizamos.»

No se trataba en ningún caso de un golpe de Estado por la Columna de Hierro. Era un acto defensivo de hombres prontos a sacrificar sus vidas en el frente, pero que no podían permanecer impasibles ante los preparativos que se habían en la retaguardia para apuñalarlos por la espalda en el momento oportuno. Semejante clara conciencia de la duplicidad de todos los Gobiernos no puede haber sido un fenómeno aislado en un movimiento que, al fin y al cabo, debía su propio existir, a diferencia de otras organizaciones de trabajadores -como la UGT-a tal conciencia y a su resolución para lograr sus fines por otros métodos. Por lo tanto, hay razones para suponer que si la CNT-FAI hubiera discutido el problema de la colaboración en el seno de los sindicatos y de los grupos, con todos los antecedentes y hechos del caso, el sentido común de los militantes de fila se habría impuesto sobre los argumentos político-legales de los «militantes influyentes».

CAPÍTULO VIII

LA CORRUPCIÓN DEL PODER

Algunos críticos piensan que los anarquistas exageran el efecto corruptor del poder sobre los individuos. Sostienen también que los anarquistas, al considerar a todos los Gobiernos como cortados por el mismo patrón, pecan de falta de realismo. El argumento socorrido es que, desde el ángulo anarquista, es preferible, y digno de apoyo, un Gobierno que tolera las libertades fundamentales e impone una opinión uniforme. Esto puede ser verdad en cierto sentido, pero es de todas maneras una opción entre dos males, y desconoce el hecho de que el Gobierno capaz de tolerar que el pueblo lo critique y lo ataque de palabra, es en realidad un Gobierno más fuerte y más estable que otro incapaz de aceptar críticas del sistema social y de los gobernantes, y tal vez por eso mismo, desde un punto de vista revolucionario, es un obstáculo más difícil de superar.

Muchos anarquistas han cedido ante aquellas críticas y al influjo de quienes, diciéndose simpatizantes de la filosofía del anarquismo, lo consideran, sin embargo, utópico y más allá de la esfera de las aplicaciones prácticas. «Quizás dentro de mil años dicen a la vez que vuelven a las realidades de la bomba atómica y a los afanes de la hora. Y estos anarquistas, mordidos por la acusación de que son «soñadores, tratan de hallar y de proponer «soluciones prácticas, susceptibles de realización en el presente. Mas para que tales soluciones sean «prácticas» tienen que ser actualizadas inevitablemente por intermedio de las instituciones de Gobierno y estatales existentes, y esto sólo puede significar

una cosa: reconocer que los problemas de nuestro tiempo pueden resolverse por la acción gubernamental. Y admitir esto equivale a echar por la borda toda la crítica anarquista del Gobierno, crítica que no se basa en emociones o prejuicios, sino en el conocimiento acumulado sobre la finalidad y la función del Estado.

El hecho de reconocer que los anarquistas y sindicalistas revolucionarios no pueden promover ventajosamente sus ideas sociales dentro de la estructura de las instituciones estatales, no implica, según nuestro parecer, que estén condenados, por lo tanto, a la impotencia y al silencio. Lo que hizo de la CNT en España una fuerza de tanta vitalidad, si se la compara con la UGT, numéricamente igual, fue precisamente la circunstancia de que desde un principio estuvo en oposición con el Estado y todos los Gobiernos, y de que su organización fuera lo contrario de la del Gobierno, dado que el control era ejercido por los miembros de la organización y no por los funcionarios permanentes con poderes ejecutivos. En cambio, la UGT era controlada por los líderes del Partido Socialista y, por ende, compartía todas las vicisitudes políticas de aquel partido, que utilizaba la fuerza numérica de la UGT como arma política, con las consabidas consecuencias, similares a las que nos son tan familiares en los sindicatos de Francia y de Italia (donde hay sindicatos dominados por católicos, socialistas y comunistas), de Gran Bretaña (donde forman virtualmente parte de la maquinaria estatal), y de Rusia (donde sólo tienen existencia de nombre).

La fuerza de la CNT residía en su oposición intransigente al Estado y a la intriga política; en su estructura descentralizada y en su oposición a la práctica universal de funcionarios sindicales pagados y permanentes; en su interés por los objetivos del control obrero de los medios de producción como paso necesario hacia el

comunismo libertario, todo esto sin perjuicio de una defensa valerosa de las reivindicaciones inmediatas de las masas trabajadoras por mejores condiciones de trabajo y por el respeto de las libertades fundamentales. Las concesiones arrancadas a los Gobiernos por la fuerza de una oposición logran el resultado positivo, desde el punto de vista anárquico, de mermar la autoridad del Gobierno, y no pueden confundirse con el reformismo político.

Para comprender cómo fue posible que los anarquistas españoles arrojaran por la borda todos sus principios, hay que tener presente la atmósfera particular en que se desarrolló el anarquismo español. Era un movimiento basado en la acción.

«En su inmensa mayoría los militantes españoles vivían para la revolución y pensaban que podía materializarse, no importa cuándo ni cómo, empeñándose a fondo y permanentemente en la "acción".

Esto influye sobre su mentalidad a tal punto que las cuestiones ideológicas puras dejan de interesarlo y, en el mejor de los casos, piensa que éstas son cosas para el mañana.

»En general, es éste el militante que escoge a la FAI con la idea de que sea éste el verdadero organismo de la acción, creada exclusivamente por la acción y para la acción revolucionaria. Este tipo de militante, pese a su buena voluntad y a su espíritu de abnegación, acaba por ser, en realidad, el peso muerto de la FAI, puesto que la priva de actividad elevada y origina la mayor parte de las divergencias que, fútiles o no, absorben un tiempo precioso, perdido para cosas mejores.» [\(53\)](#)

El mismo observador agrega que hay una corriente dentro de las filas de la CNT que acusa a la FAI de ser ella la responsable de provocar esta «mentalidad de militante» en los miembros del movimiento libertario, y en apoyo de esta tesis se refiere a numerosos militantes que por muchos años consagraron sus vidas a la acción, en la que varios perdieron sus vidas. «Cegados por los resultados prácticos y temporales de su actividad, crearon una especie de doctrina de la acción... Y es un hecho que muchos de tales elementos, arrastrados por el ímpetu de su acción, estaban imbuidos de un concepto personal de la revolución, y llegaron a sugerir la idea de la conquista del poder con el fin de proclamar la libertad desde una posición de mando.»

En el otro extremo estaban los que ya hemos mencionados como los «políticos de la CNT». Usamos este calificativo en su acepción pura, en cuanto estos militantes, no sólo después de julio de 1936, sino en el curso de los años anteriores, habían procurado alejar a la CNT del influjo de la FAI (se han referido a menudo a la «dictadura» de la FAI) y orientarla hacia una desembozada acción política por medio de pactos políticos, participación en elecciones generales y municipales, y hasta colaboración con los Gobiernos. No acertamos a comprender de qué manera sea compatible semejante actividad con la estructura federalista (controlada desde abajo) de la Organización.

Pudieran parecer, por lo tanto, que de estas dos corrientes en la CNT, fuese la de los «líderes» reformistas la que logró hacer preponderar su punto de vista en julio de 1936, determinando así el rumbo que seguiría la CNT durante aquellos años de tantas vicisitudes. Pero a nuestro parecer, esto sería compendiar la situación de una manera demasiado superficial e inexacta. Ya

hemos manifestado nuestra opinión de que fue un error de parte de los líderes cenetistas el que, desde un principio, concentraran su propaganda escrita y oral en la amenaza del «fascismo». Pero también hemos llegado a la conclusión de que la inquietud de los líderes de la CNTFAI por la «amenaza fascista» era un sentimiento muy genuino que paralizó, en amplia medida, su pensar objetivo, así como tres años después en todo el mundo revolucionario estuvieron dispuestos, contra sus convicciones arraigadas, a sostener la «guerra contra el nazismo», en la creencia de que ésta resolvería el problema del totalitarismo y, con ello, el de la revolución social.

A cada momento, en la prensa de los revolucionarios españoles que reflejaba esos días de lucha contra la sublevación de Franco, encontramos pruebas de aquel espíritu de compañerismo que arrolló todas las barreras de clase y de partido entre los hombres y mujeres que tomaron parte activa en la derrota del putch. Y esto hizo surgir la falsa esperanza, basada en la idea de que todos odiaban a los sublevados con la misma intensidad que los trabajadores de la CNT, de que el pueblo permanecería unido hasta la derrota final de las huestes de Franco. No es necesaria mucha fuerza imaginativa, pese al tiempo transcurrido, para vivir aquellos momentos de exaltación y comprender la valoración política superoptimista que hacía la CNT de sus aliados antifranquistas de julio de 1936 (54). Pero, con todo, es inconcebible que revolucionarios fogueados se entregaran por tanto tiempo a tan eufórica excitación y optimismo, en particular cuando se hizo patente a la semana del Alzamiento, que el Gobierno manifestaba frialdad ante el entusiasmo revolucionario y no compartía la resolución del pueblo de promover la lucha contra Franco y el antiguo régimen económico hasta límites decisivos.

Sin embargo, expresamos estas opiniones como explicación del origen de la idea de colaboración en el liderazgo de la CNT, no sólo con las demás organizaciones de trabajadores -la UGT-, sino también con los partidos políticos. Una vez entregados a la idea de «unidad» y «colaboración», otros factores terciaron en el juego, que rápidamente socavaron la independencia de la CNT, creando entre muchos de sus militantes un ansia de poder (para ellos individualmente y para la Organización) y una actitud legalista y de credulidad en el supuesto de que las victorias de los trabajadores en el campo económico podían lograrse con decretos de Gobierno. Esta medra del espíritu burocrático y legalista trajo consigo una relación de los métodos normales para tomar acuerdos en el propio seno de la CNT. En otros términos, se creó un liderazgo, no sólo por obra de los políticos y miembros influyentes de la CNT, sino también de muchos miembros que desempeñaban cargos administrativos importantes y mandos militares. Este liderazgo funcionaba por medio de Comités y departamentos de Gobierno, y raras veces consultaba o daba cuenta de sus actos a las bases confederales de la Organización, a saber, los sindicales. A principios de 1938 se dio el paso final con la creación del Comité Ejecutivo del Movimiento Libertario en Cataluña. Nos referiremos a este organismo con más amplitud en los capítulos finales del presente estudio.

Es verdad que los líderes podían jactarse de que la CNTFAI fuera la única organización que, durante este período, celebró varios Plenos, en los cuales se debatió la política de la Confederación. Pero en realidad, estos Plenos no eran más representativos de las opiniones de los militantes rasos que los debates en la Cámara de los Comunes de las opiniones ponderadas del electorado. Unos tras otros se convocaban Plenos con temarios imponentes, con sólo dos o tres días de antelación a la fecha inaugural, de modo

que resultaba prácticamente irrealizable, dado el escaso tiempo disponible, que los sindicatos locales y las federaciones tuvieran oportunidad de discutir los temas sobre los cuales y en cuyo nombre sus delegados debían expresarse. En la mayoría de los casos, los dictámenes aprobados en tales Plenos sólo consistían en unos cuantos «slogans» y vagas expresiones de entusiasmo por los delegados, y así, la primera noticia que recibían las bases confederales sobre aquellos dictámenes era cuando ya se encontraban frente al hecho consumado.

Ni aun hoy, por ejemplo, logran los historiógrafos de la CNT verificar si el Pleno Nacional de Comités Regionales celebrado en setiembre de 1936 discutió siquiera la cuestión del Consejo de Defensa Nacional (que, se recordará, era la «alternativa» de la CNT-FAI al Gobierno de Largo Caballero). «Lo brusco de la convocatoria del Pleno y la discreción en la referencia sobre los acuerdos adoptados no permiten saber si se discutió el C. de D. N.» [\(55\)](#). No obstante la imposibilidad de referirnos a los documentos internos de la CNT-FAI (lo que dificulta seriamente cualquier propósito de estudio objetivo de la Revolución), hay suficientes pruebas de que los Plenos hacían las veces de sellos de goma para los acuerdos adoptados por los líderes de la CNT-FAI, no sin cierta aprensión, como lo demuestra el Pleno Regional de Sindicatos convocado el 22 de octubre de 1936 para el 26. En esos cuatro días los sindicatos debían estudiar el proyecto de pacto con la UGT, manifestar su opinión sobre los consejos Municipales, tratar la renuncia del Secretario Regional y designar al sucesor.

En el Pleno, y según la relación del secretario, «han intervenido varias delegaciones que han expuesto sus puntos de vista, sin que se manifestaran discrepancias de importancia, puesto que toda la Organización reconoce que en las circunstancias actuales no

puede exigirse un estricto cumplimiento de las normas confederales. No obstante, la mayoría de las delegaciones hacen constar sus lógicos deseos de que siempre que sea posible se consulte a la organización en su base, que es el Sindicato, rogando a los Comités que no hagan uso de sus atribuciones más que en casos extremos...» (56).

Cuando decimos que el poder corrompe a quienes lo ejercen, no queremos dar a entender que estos necesariamente caen víctimas de las tentaciones del cohecho y de ganancias materiales, como sucede, por ejemplo, en la vida política de Estados Unidos. De lo que estamos firmemente convencidos es que nadie puede resistir el efecto del poder para modificar el pensamiento y la personalidad humana (57). Y sólo pocas fuertes personalidades, una vez implicadas en él, pueden permanecer indiferentes a la popularidad inherente al poder. Los anarquistas siempre han comprendido claramente la fragilidad del género humano en este aspecto y, por eso mismo, siempre han abogado por una sociedad descentralizada y en contra de la sociedad en pocas manos. En su propio movimiento, la forma general de organización ha sido el grupo de afinidad o el funcional; cada grupo mantiene contacto con los demás por intermedio de algún secretariado coordinador o de correspondencia; pero cada grupo conserva su autonomía y su libertad de acción. En el movimiento socialista revolucionario se aplica el mismo principio, siendo el sindicato la unidad de organización.

Estos criterios eran en teoría compartidos por la CNT-FAI, pero en la práctica, por razones peculiares del movimiento español no se expresaban siempre así. Ya nos hemos referido a la «mentalidad de militante». Asimismo, debe tenerse presente que, durante largos períodos de su historia, la CNT-FAI. fue declarada ilegal y

estuvo, en consecuencia, en la imposibilidad de actuar orgánicamente. Y el hecho de que la CNT fuera una organización de masa traía consigo, a juicio nuestro, el que surgieran dentro de sus filas grupos de militantes cuyo desvelo consistía en salvaguardar la «pureza» del movimiento contra los elementos reformistas. El resultado de todos estos factores era el que siempre hubiese personalidades descollantes que representaban diversas tendencias, aunque a menudo las crisis internas en la CNT no eran tanto de índole ideológica sino conflictos de personas. Es digno de notar, por ejemplo, que la crisis actual en la CNT expatriada, en apariencia producto del conflicto entre las corrientes «colaboracionistas» y «purista», ha sido en realidad una lucha entre personalidades por el control de la Organización *. Es significativo también el que muchos anarquistas españoles parezcan incapaces de discutir las ideas sin hacer mención de personas.

Una lectura cuidadosa de su prensa, en particular la del período inicial de la presente crisis, confirma semejante juicio, ¡Pero ocurre que ésta es precisamente la técnica de todo político que se respeta en el juego por el poder político!

La situación creada por los éxitos de los trabajadores revolucionarios en julio de 1936, hizo posible siguiera fomentándose la producción de líderes en las filas de la CNT-FAI De la noche a la mañana, toda la maquinaria de propaganda en sus manos se infló hasta límites increíbles. Fuera de poseer su propia emisora y de lanzar por radio boletines de información en varias lenguas, se publicaban unos ochenta periódicos e innumerables semanarios y revistas mensuales, que cubrían todos los aspectos de la actividad social [\(58\)](#). Se celebraron grandes mítines en toda España en que hablaron «los mejores oradores del

movimiento, como Federica Montseny, García Oliver, Gastón Leval, Higinio Noja Ruiz, etc.» (Peirats). Y esta concentración del poder político en pocas manos fue ulteriormente agravada por el hecho de que muchos militantes, cuyas voces pudieron haber contrapesado las de los «militantes influyentes», estaban empeñados en la empresa de las colectividades, que absorbía todas sus fuerzas, o en las columnas de lucha que operaban en los frentes. En verdad, nada refleja mejor la integridad revolucionaria del movimiento en conjunto que el hecho de que tantos hombres capaces de manejar la maquinaria de la propaganda y de desempeñar cargos administrativos, rehuyeran estas funciones del poder, y que fuera imposible hallar, durante las primeras semanas de la lucha, suficientes hombres para encargarse de tales trabajos.

Para resolver este problema, la Oficina de Información y Propaganda de la CNT-FAI en Barcelona resolvió fundar una Escuela de Militantes. En una charla radiada para explicar la finalidad de semejante Escuela, se revelaba que se abría bajo el patrocinio y con el apoyo moral y económico «del Comité Regional de la CNT y de la FAI de Cataluña». Su propósito era «crear un organismo con el fin exclusivo de formar militantes y adaptarlos y equiparlos para el trabajo y las ideas de la Organización en sus múltiples aspectos». Para pertenecer a la Escuela era necesario tener «opiniones personales y una cultura general, especialmente en cuestiones sociales». Pero, a falta de ello, un «deseo de alcanzar los objetivos que se proponía la Escuelas». Todos los estudiantes de la Escuela «debían contar con el respaldo económico del sindicato al cual pertenecían». En cierta parte de la charla se decía que «no hay duda que uno de los mayores éxitos de nuestra Organización ha sido el de crear esta *especie original de institución*, puesto que el estudiante, a la vez que adquiere conocimientos útiles e interesantes en todas las ramas del

pensamiento humano, logra, a la vez, metódicamente, la máxima perfección en su especialidad». (El subrayado es nuestro.)

El historiógrafo de la CNT en el destierro no hace comentarios sobre semejante institución, muy distante de ser «original,,, que han perfeccionado desde hace tiempo los gobernantes en Moscú y que han utilizado el Partido Laborista británico y las Trade Unions como método para entrenar a los futuros miembros del Partido y a los jefes sindicales. Nos parece que tales incubadoras revolucionarias encierran más peligros que ventajas, en particular, cuando, como en el caso de que se trata, son organizados por la Oficina de Propaganda con el fin específico de producir oradores públicos y periodistas. Claro está que si éstos deben hablar o escribir para la Oficina de Propaganda, tendrán que expresar la «línea del partido» y no su opinión personal, tanto más cuanto que son propagandistas pagados (59). De este modo la línea oficial, con su monopolio de todos los canales de expresión, saca una seria y peligrosa ventaja sobre los puntos de vista de las minorías.

Si el espacio lo permitiera, habríamos deseado analizar en detalle toda la técnica de propaganda; y la propaganda en España fue utilizada en escala tan vasta (60) que un estudio de los métodos empleados suministraría valiosas enseñanzas para el futuro. Por lo tanto, nos limitaremos en estas líneas a expresar nuestra opinión de que los demagogos de la oratoria (a diferencia de los conferenciantes u oradores en reuniones de grupos o similares) representan el mayor de todos los peligros para la integridad del movimiento revolucionario. El micrófono es la maldición de los tiempos modernos y en a las comarcas de España donde aún se usa en el campo el viejo arado romano, ¡no había ni hay una escasez de micrófonos cromados!

Una característica de la demagogia política es que un día se dice una cosa y al día siguiente se pretende que la gente comulgue con lo contrario. Ya hemos tenido un ejemplo clásico de tal técnica en el documento del 3 de setiembre de 1936 contra la colaboración, seguido muy pronto por encendidas loas al Gobierno cuando la CNT se asoció con Largo Caballero. Y hay muchos más. García Oliver, que figura entre los primerísimos componentes de la casta designada con elocuencia de «dinastía anarquista por Federica Montseny, nos suministra todo el material necesario para un estudio sobre la influencia corruptora del poder. El fue quien dijo en un gran mitin celebrado en Barcelona el 10 de agosto de 1936:

«... El Gobierno de Madrid cree que se puede ir a la formación de un ejército para combatir el fascismo, sin tener este ejército el espíritu revolucionario. El ejército no debe tener otra expresión que la que emana de la voz del Pueblo, y debe contener un cien por ciento de contenido proletario. Para demostrar esto tengo que referirme a que los cuerpos de guardias de Asalto, de Carabineros y de la Guardia Civil se mezclaron con las masas obreras en la lucha contra el fascismo, formando con ellas un ejército popular superior, como lo ha demostrado la práctica, a la concepción clásica de los cuerpos armados organizados a la espalda del Pueblo.»

[\(61\)](#)

El 4 de diciembre de 1936, en un mitin en Valencia, el mismo orador (ahora ministro de Justicia) declaraba:

«¿Interesa ganar la guerra? Pues sean cuales sean sus ideologías, los credos de los obreros, las organizaciones a que

pertenecen, tienen que emplear los procedimientos que emplea el enemigo para vencer, y especialmente la disciplina y la unión. Con disciplina y organización militar eficiente, ganaremos indudablemente. Disciplina del que lucha y trabaja, disciplina en todo, que es la base del triunfo...» (62)

Seis meses en el Ministerio de Justicia debían convertir a este valeroso y popular exponente de la acción directa en un apologista del Gobierno y de los campos de trabajo para presos políticos. En un mitin celebrado en Valencia el 30 de mayo de 1937, a poco de caer el Gobierno de Largo Caballero y de ser excluidos los ministros de la CNT, pronunció un discurso en que daba cuenta de su actuación en el Gobierno (63). Fue un panegírico de dos horas y media en defensa de García Oliver, del valor de la legislación y de las grandes potencialidades del Gobierno. En su exordio decía que el título de su discurso podía muy bien haber sido: «De la fábrica en Barcelona al Ministerio de Justicia (64). Esto es, de trabajador en el Sindicato Textil de Barcelona a la estructuración de una España nueva.» Después vuelve a insistir en su entronque obrero y agrega: «Pero si alguien tuviera dudas al respecto, o lo ignorase, el ministro de Justicia, aunque obrero, era García Oliver. Y más adelante: «Y yo era el ministro de Justicia, García Oliver», agregando modestamente: «Pero no creáis que yo lo hiciera todo...» lo que hay de particularmente significativo en el discurso de García Oliver es que no sólo no demuestra ningún sentimiento embarazoso al exponer los Decretos-Leyes redactados por él que contemplaban largas penas de prisión para los culpables de transgredirlas, o sus proyectos de reforma del sistema penal, sino que patentiza claramente la profunda influencia ejercida sobre él por el gubernamentalismo, y su creencia de que la naturaleza de los gobiernos se transforma cuando incluye representantes de la

CNT, raciocinio conducente por último a la posición en que se podría sostener, de común acuerdo con los socialistas y reformistas, que si el propio Parlamento estuviese compuesto de anarquistas, ¡tendríamos implantado el anarquismo!

«Tengo razones para creer, interpretando el ordenamiento económico -declaró Garcia Oliver-que hay cosas que deben colectivizarse porque pueden colectivizarse; que hay cosas que deben municipalizarse porque no pueden colectivizarse desde el punto de vista de la eficiencia económica o del rendimiento; que hay cosas que deben nacionalizarse, porque en las circunstancias económicas del momento, transitorio o permanente, no pueden colectivizarse ni municipalizarse. Tengo razones para creer que hay cosas que todavía deben dejarse a la libre explotación de los pequeños propietarios y de los pequeños industriales. Con un buen Gobierno de gente que trabaja, de gente que no viaja demasiado, de gente que pierde menos tiempo en política y que resuelve los problemas existentes pueden y deben encontrar una solución.»

De los cuatro ministros de la CNT-FAI en el Gobierno Central, sólo Federica Montseny se ha «retractado», aunque, a fuer de «oradora» del movimiento, no se sabe hasta qué punto su actitud fue motivada por razones ajenas a los principios. En una carta a Juan López, escrita poco después de la «liberación» de Francia [\(65\)](#), ella expresa la opinión de que el problema de la colaboración o de la abstención no era ni el único ni el más importante por discutir.

«El problema consiste en hacer de la CNT y del movimiento

libertario una fuerza organizada y consciente, con una línea definida, con un programa de acción inmediata y con una clara visión del mañana y de sus posibilidades tanto en España como en el exterior... Quizás no estemos de acuerdo en todos los puntos, pero estoy seguro de que lo estamos en una cuestión fundamental: la necesidad de prepararnos para el regreso a España con una contextura moral muy diferente de la que existía en 1936. La experiencia debe habernos servido de algo, así como las lecciones que pueden sacarse de los acontecimientos. Y la CNT debe ser realmente sólida, maciza, y organizarse bajo una dirección firme, con disciplina y objetivos a menos de abandonarlo todo a los demás [los partidos políticos]...»

Juan López, que con razón, a juicio nuestro, llama la atención hacia el «espíritu autoritario» de esta carta, ha persistido en su defensa de la colaboración. Se congratuló de la entrada de un representante de la CNT al Gobierno español en el destierro (presidido por Giral); apoyó la colaboración con todos los partidos políticos opuestos a Franco, salvo los comunistas, y la necesidad de una política «realista» para la CNT, inclusive la participación en el Gobierno del país. En su favor cabe tener presente que Juan López no se considera anarquista; es un sindicalista que cree en la política y en los Gobiernos «revolucionarios». Como ya hemos tenido la ocasión de apuntar, no se nos alcanza cómo compagina su crítica de la «dictadura» de la FAI en la CNT, que, según él, impide una democracia real y el control por los sindicatos, con su defensa de la «evolución» de la CNT hacia el gubernamentalismo. Con seguridad no es ésta una sugestión en el sentido de que el Gobierno puede ser controlado por los gobernantes. Nos da la impresión que, al sugerir la creación de lo que, en realidad, es un

Consejo Ejecutivo de la CNT, responsable ante el Gobierno y no ante la Organización, Juan López compartiese aquel «espíritu autoritario» con Federica Montseny, el finado Juan Peiró (otro impenitente colaboracionista) y García Oliver, que recién exilado en el desierto político, abogó por un partido anarquista. Y estos no son los únicos estragos causados por la ambición de poder en las filas del movimiento revolucionario. Han sido sus víctimas también muchos consejeros, dirigentes de industria y editores improvisados.

Hasta qué punto estos elementos lograrán determinar la futura política de la CNT, eso escapa a nuestras previsiones. Pueda ser que los experimentos sociales y las realizaciones de los trabajadores y campesinos españoles durante 1936-39 les hayan enseñado a éstos el valor de hacer las cosas de propia iniciativa, sin Gobiernos ni «líderes influyentes». En tal caso los políticos y demagogos tendrán por delante una enconada lucha si pretenden transformar a su imagen la fisonomía y la esencia de la CNT-FA.I.

CAPÍTULO IX

LAS COLECTIVIDADES AGRARIAS

Un estudio crítico de las realizaciones de los trabajadores revolucionarios en los campos social y económico es tarea más grata y provechosa que seguir el hilo de las intrigas entre los líderes políticos o entre los partidos y organizaciones. Y lo es ante todo porque nos encontramos cara a cara con el esfuerzo empeñoso de un pueblo por convertir lo que pudo estancarse en una simple lucha política, en una revolución social, o sea, el trastorno de toda la estructura económica y social de un país tanto tiempo dominado por ricos terratenientes e industriales, por la Iglesia y el capital foráneo. Es un experimento social más interesante que cualquier otro, más aún que el ruso; porque fue un movimiento espontáneo e improvisado del pueblo, en que no tuvieron parte los políticos, salvo en cuanto a sus intentos, a poco de iniciarse aquél, de destruirlo, controlarlo o contenerlo, porque semejante movimiento amenazaba la maquinaria entera del Estado, del Gobierno, del capitalismo y de la explotación del hombre por el hombre.

Esto ha sido ignorado en general por los sociólogos; ha sido burdamente desfigurado por los comunistas en su propaganda, y poco menos que ignorado -las razones sobran- por los políticos. Pero lo que hay de verdaderamente lamentable es que ni el movimiento anarcosindicalista ni el movimiento anarquista españoles hayan intentado seriamente acopiar el abundantísimo material que existe referente a las colectividades industriales y agrarias en España para sacar de tales experimentos enseñanzas

que serán mañana de la mayor importancia, no sólo para España, sino para los movimientos revolucionarios en todo el mundo.

El material reunido hasta la fecha en español está contenido, que sepamos, en tres volúmenes. Hay dos pequeños libros publicados en Barcelona en 1937, que dan informaciones de primera mano sobre las colectividades visitadas por los autores, y por lo menos las cien últimas páginas del primer volumen de *La CNT en la Revolución Española*, de J. Peirats, comprenden descripciones de la constitución y funcionamiento de numerosas empresas colectivizadas (66). Pero si bien afirma que el tema exigiría «todo un grueso volumen», Peirats no intenta siquiera relacionar los diversos experimentos a darnos un cuadro general sobre su extensión, o aun distinguir entre los diversos modos de colectivización adoptados por las diferentes regiones e industrias. El único estudio de las colectividades españolas en que se abordan estos aspectos es el de Gastón Leval, publicado hace pocos años en traducción italiana (67). El autor ha estado muchos años en España y siempre le han merecido un interés especial los problemas de la reorganización económica de aquel país bajo el control de los trabajadores. Durante la revolución pudo estudiar en el terreno mismo numerosas colectividades en Cataluña, Levante, Aragón y Castilla. Esto le ha permitido sacar conclusiones valiosas, por cuanto nos permiten visualizar los problemas prácticos que deben afrontar todos los socialistas y anarquistas que propugnan la reorganización de nuestro sistema económico según criterios más equitativos.

Pero lo que Peirats no ha intentado hacer en cien páginas y Gastón Leval sí, aunque sólo parcialmente, en más de trescientas, no se espere que lo hagamos nosotros en un breve capítulo. Todo lo que podemos hacer, por tanto, es procurar darle al lector una

idea de lo que significó el movimiento colectivista español, de cual fue su extensión e importancia, y considerar algunos de sus problemas. Por último, tenemos que dar una idea de la oposición que encontró de parte de los elementos políticos y describir los métodos empleados por el Gobierno español y el Partido Comunista para destruir estas realizaciones prácticas del pueblo. Con ello, así lo esperamos, llamaremos la atención hacia las grandes potencialidades creadoras del pueblo común, los campesinos y trabajadores de España (potencialidades compartidas, a nuestro parecer, con los pueblos trabajadores del mundo entero conforme estos se vean en condiciones de organizar sus propias vidas), y, a la vez, recalcaremos la amarga verdad, revelada por la experiencia política: saber que no hay terreno común para la unidad entre las masas trabajadoras revolucionarias y los partidos políticos que aspiran al Gobierno y al Poder.

Como lo han observado casi todos cuantos han escrito sobre España, el problema económico fundamental es el de la tierra. De sus 25 millones de habitantes, un 68 por 100 vive en las áreas rurales, mientras que un 70 por 100 de su industria total está concentrada en pequeña región de Cataluña. La solución de los problemas de España no consiste en convertirla en un país industrial puesto que, aparte de otras consideraciones, carece de las materias primas necesarias para una industria en gran escala. El mayor obstáculo es el hecho de que el grueso de la tierra haya sido poseído siempre por un pequeño número de propietarios, que no demostraban mucho interés por mejorar sus haciendas, ni siquiera por cultivarlas en algunos casos. El 67 por 100 de la tierra estaba en manos del 2% del total de propietarios, el 19,7% poseía un 21%, mientras que el 76,5% poseía un 13,2%. De estos últimos, la mitad poseía un tercio de hectárea o menos por cabeza, lo que

en la mayoría de las comarcas de España no basta para el sustento de un campesino y su familia. Solamente en las tres regiones de Extremadura, Andalucía y La Mancha, 700 terratenientes, en su mayor parte ausentistas, poseían más de 5 millones de hectáreas. Pero el problema de la tierra no se resuelve de una manera simplista parcelándola entre los campesinos sin tierra. El suelo es pobre, y hay grandes extensiones en que apenas llueve, de modo que sólo mediante obras de riego, el uso extensivo de abonos químicos y máquinas modernas podrían los campesinos alimentarse y disponer de un excedente para satisfacer sus demás necesidades. Mas como no disponen de los medios para construir tales obras o adquirir estos elementos, el simple reparto individual de la tierra está predestinado al fracaso. Como apunta Gerald Brenan en su *Laberinto Español* (cap. VI: La cuestión agraria), cuya lectura recomendamos a todos los interesados (68):

«La única solución razonable en vastas zonas de España es una solución colectiva... En muchos distritos los propios campesinos se oponen; pero la ideología anarquista en Andalucía ha logrado imponerla como solución favorita en esa región, y éste es un factor que todo gobierno sensato debiera considerar. Porque las ventajas de la propiedad comunal de la tierra son inmensas. Bajo las condiciones actuales hay jornaleros del campo que se mueren de hambre en haciendas donde grandes extensiones de tierras de pan llevar están en barbecho porque a su dueño no le hace cuenta cultivarlas.»

La invasión de la mayor parte de Andalucía por las fuerzas de Franco en las primeras semanas de la lucha no permitió que se realizaran experimentos colectivos en esa provincia; pero tenemos

ejemplos en otras zonas de España donde grandes haciendas fueron expropiadas y explotadas colectivamente, y en que pudo apreciarse qué resultados notables se logran con estos métodos cuando las circunstancias aseguran la continuidad del experimento. Quizás las más extensas colectivizaciones se llevaron a cabo en la parte de Aragón no ocupada por Franco, en la que se organizaron más de 400 colectividades que comprendían medio millón de personas. Pero también en Levante había en 1938 más de 500 colectividades. Hasta en Castilla, reducto socialista en 1936, la Federación Regional de Campesinos, afiliada a la CNT y con cerca de 100.000 asociados, tenía organizadas en 1937 unas 230 colectividades. Gastón Leval ha estimado que más o menos tres millones de campesinos, entre hombres, mujeres y niños, lograron llevar a la práctica «este sistema de vida con resultados inmediatos, sin el descenso de la producción que traen consigo en general los cambios de regímenes.

«El mecanismo de formación de las colectividades aragonesas -dice Gastón Leval- ha sido en general el mismo. Después de haber expulsado a las autoridades locales, cuando éstas eran fascistas, o de sustituirlas por comités antifascistas o revolucionarios, cuando no lo eran, se convocaba una asamblea de todos los habitantes de la zona para resolver sobre la línea de acción por seguir.

»Uno de los primeros pasos era el de proceder a la cosecha, no sólo en las tierras de los pequeños propietarios, sino, y esto era lo más importante, en las de los grandes propietarios, todos conservadores y caciques rurales o jefes. Se organizaban grupos para segar y hornear el trigo perteneciente a estos grandes propietarios. El trabajo colectivo comenzó

espontáneamente. Luego, dado que este trigo no podía dársele a nadie en particular sin cometer una injusticia con todos, era puesto bajo el control de un comité local para uso de todos los habitantes, ya sea para el consumo, ya con fines de intercambio para obtener artículos manufacturados como prendas de vestir, zapatos, etc., para los más necesitados.

»En seguida fue necesario cultivar las tierras de los grandes propietarios. Estas eran generalmente las más extensas y más fértiles de la región. El asunto fue nuevamente sometido a consideración de la asamblea de la aldea. Era éste el momento en que la "colectividad" se constituía definitivamente (si es que no se había constituido ya en la primera reunión, lo que a menudo sucedía)

»Se designaba un delegado para la agricultura y la ganadería: (o bien uno por cada una de tales actividades cuando la crianza estaba relativamente desarrollada), y varios delegados más para la distribución, los intercambios, las obras públicas, la higiene y la educación, y la defensa revolucionaria. A veces eran más, otras menos.

»Después se formaban los grupos de trabajadores. En general, estos grupos se dividían según el número de zonas en que se había dividido el territorio municipal, de modo que se incluyera más fácilmente cualquier clase de trabajo. Cada grupo de trabajadores designaba su delegado. Los delegados se reunían con los consejeros de la agricultura y de la ganadería día por medio, o una vez por semana, para coordinar todas las diversas actividades.

»En esta nueva organización la pequeña propiedad ha desaparecido casi por completo. En Aragón, el 75% de los

pequeños propietarios adhirió voluntariamente al nuevo orden de cosas. Los que se negaron fueron respetados. Es falso afirmar que los que participaron en las colectividades fueron forzados a ello. Nunca estará de más insistir en este punto en vista de las calumnias que se han levantado al respecto contra las colectividades. Cuán lejos de la verdad están esas imputaciones lo prueba el hecho de que las colectividades agrarias abrieron en todas partes cuentas corrientes especiales para los pequeños propietarios e imprimieron cupones de consumo precisamente para ellos a fin de asegurarles los productos industriales que necesitaban, tal como se hacía para las colectividades.

En esta transformación de la propiedad debe subrayarse muy particularmente el sentido práctico y la sutileza psicológica de los organizadores, pues en casi todas las aldeas han concedido a cada familia un pedazo de tierra donde cada campesino cultiva para sí las hortalizas que prefiere y del modo que más le agrada. Su iniciativa tiene así cómo desarrollarse y cómo satisfacerse.

»El trabajo colectivo ha hecho posible, tanto en la agricultura como en la industria, una racionalización imposible de alcanzar dentro del régimen de la pequeña propiedad y aun del latifundio...

»Por otra parte, se usaron semillas de mejor calidad. Esto se pudo hacer porque hubo facilidades de adquirirlas por grandes partidas, cosa que no podían permitirse los campesinos en el pasado. Las patatas de siembra venían de Irlanda, y para el trigo se usaban sólo calidades seleccionadas. Se usaron también abonos químicos. Como las maquinarias modernas, empleadas con habilidad (mediante el intercambio

o comprándolas directamente en el extranjero se consiguieron tractores y arados modernos), permiten trabajar la tierra en hondura, estas semillas dieron un rendimiento por hectárea superior al que se hubiera obtenido de haber perdurado las condiciones existentes en los años anteriores. Estos nuevos métodos han permitido, además, aumentar las extensiones cultivadas. En Aragón, mis indagaciones en el terreno mismo me permiten afirmar que el aumento de la cosecha de trigo ha sido por término medio de un 30%. Se obtuvo un aumento, si bien de menor cuantía, en la producción de otros cereales, y en la de patatas, remolacha azucarera, alfalfa, *etc.*

»En estas regiones agrícolas mejoraron en general las condiciones económicas de los campesinos. Sólo permanecieron estacionarias en las comarcas especializadas en producciones de exportación y donde llegó a faltar, en consecuencia, la posibilidad de ceder los productos locales a cambio de artículos alimenticios. Esto se observó en algunas regiones de Levante, cuya producción se componía principalmente de naranjas. Pero tal estado de cosas duró sólo pocos meses.

»Esta última circunstancia es importantísima. Es la primera vez que se aplica en la sociedad moderna el principio de "a cada uno según sus necesidades". Se aplicó de dos maneras: sin dinero en muchas aldeas aragonesas, y con moneda local en otras y en la mayor parte de las colectividades organizadas en las demás regiones. El salario familiar se pagaba con este dinero y variaba según el número de miembros de la familia. Una familia en que tanto el marido como la mujer trabajaban porque no tenían hijos, recibía, por ejemplo, 5 pesetas por día. Otra familia en que sólo trabaja el hombre porque la mujer

tenían que atender dos, tres o cuatro hijos, recibía seis, siete y ocho pesetas respectivamente. Son las "necesidades", y no solamente la "producción" considerada en sentido estrictamente económico, las que regulan el monto del salario o de la distribución de los productos donde no existe el salario.

»Este principio de justicia se fue extendiendo continuamente.

Puso fin a la caridad, a la mendicidad y a las partidas especiales para indigentes. Ya no hay desvalidos. Los que trabajan lo hacen para los demás y, recíprocamente, para ayuda mutua de hombres, mujeres y niños.

»Pero esta ayuda mutua rebasaba de la aldea. Antes que los invasores fascistas destruyeran las colectividades aragonesas, las federaciones cantonales hicieron cuanto estuvo a su alcance para compensar las injusticias naturales proveyendo a las aldeas menos favorecidas de las maquinarias, mulas, semillas, etc., que podían servirles para aumentar la producción de la tierra. Estos artículos se conseguían por intermedio de la Federación a cargo de la distribución de los productos de veinte, treinta, cuarenta y hasta cincuenta localidades, y que hacía en nombre de las mismas los pedidos a los centros industriales y ganaderos por los productos necesarios.» [\(69\)](#)

Los dirigentes de la UGT (los sindicatos dominados por los socialistas) se opusieron a la colectivización y defendieron en cambio la nacionalización de los medios de producción. Pero lo que vale la pena realzar, es la vasta influencia que los experimentos de colectivización tuvieron sobre los campesinos de

la UGT; hay informaciones de muchas colectividades organizadas en colaboración por la CNT y la UGT En Castilla, observa Leval, el movimiento colectivista de la CNT recibió un apoyo considerable de la Federación de Trabajadores de la Tierra (UGT).

«En el fondo, los trabajadores afiliados a la UGT tenían a menudo una común aspiración con los de la CNT Querían la expropiación de los grandes terratenientes, la afirmación de la justicia social. En muchos lugares se produjo prácticamente un acuerdo oficial entre las dos organizaciones campesinas, que siempre redundaba en beneficio de las colectividades.» [\(70\)](#)

Es interesante, además, poner de relieve la ayuda que prestaba una región a la otra en la organización de las colectividades agrarias. El éxito de la colectivización en Castilla no se debió sólo a los esfuerzos de los militantes libertarios y socialistas locales: en julio de 1937 no menos de 1.000 miembros de las colectividades de Levante habían venido a vivir a Castilla a fin de ayudar y aconsejar a los compañeros con la experiencia adquirida en sus propios experimentos de colectivización. Y qué sagaces fueron estos campesinos que aplicaron a todos los delegados la regla según la cual en una colectividad bien organizada nadie debe dejar de ser campesinos» -en otros términos-que los delegados debían seguir trabajando en los campos con los demás.

Las colectividades agrícolas no eran estructuras rígidas, fieles copias de algún plan ya marchito. En primer lugar, fueron la manifestación espontánea de gentes sencillas, consumidas por una pobreza indescriptible, pero que conservaban un espíritu de rebeldía y un sentido de la justicia cuya utilidad se vio no bien maduraron los tiempos para que asumieran la iniciativa. Uno de

los secretos del éxito de la revolución social en el campo agrario fue el deseo de los campesinos, en general, de trabajar cooperativamente antes que poseer un pedazo de tierra individualmente. «Hay que reconocer -escribe Gerald Brenan en *El Laberinto Español*- que las clases trabajadoras españolas dieron pruebas de un talento espontáneo para la cooperación que supera cuanto puede hallarse hoy en otros países europeos.» Y ellas demostraron también una voluntad de aprender y de aplicar nuevos métodos para el cultivo de la tierra. Ya no existía el temor de que la mecanización significara cesantía. Y se podrían citar muchos casos que demuestran cómo con el correr del tiempo y con la experiencia ganada desde los primeros experimentos de trabajo comunal, las colectividades se adaptaron en forma de lograr una producción más eficiente y una realización más efectiva de sus ideas fundamentales de justicia social y de ayuda mutua.

En las descripciones de las empresas colectivizadas llama la atención a cada momento el desvelo de sus miembros para que los reacios a participar en ellas fueran persuadidos por el ejemplo, mostrándoles que el camino seguido por las colectivistas era el mejor. Se ha dicho a veces de los campesinos españoles que su visión era puramente local. Si fue verdad en el pasado, al parecer hubo cambios radicales después de 1936. Por ejemplo, en junio de 1937 se celebró un Pleno Nacional de Federaciones Regionales de Campesinos en Valencia para discutir la formación de una Federación Nacional de Campesinos con objeto de coordinar y extender el movimiento colectivista y de asegurar, asimismo, un reparto más equitativo de los productos de la tierra, no sólo entre las colectividades, sino en el país entero. Y después vemos cómo en Castilla, en octubre de 1937, se produjo la fusión de 100.000 miembros de los sindicatos de distribución de víveres. Esa fusión era paso lógico para conseguir una mejor coordinación, y fue

ampliada posteriormente a toda España en el Congreso Nacional de Colectividades celebrado en Valencia en noviembre de 1937.

CAPÍTULO X

LAS INDUSTRIAS COLECTIVIZADAS

Los problemas que surgieron ante los trabajadores revolucionarios en la industria eran más complejos que los que se presentaron a los campesinos. Demasiados factores quedaban fuera de su control para que la revolución en la industria fuese tan completa como la de la tierra.

El trastorno social que se produjo el 19 de julio de 1936 no hizo sino cambiar la condición del campesino de la noche a la mañana. Los grandes hacendados habían emprendido la fuga o eran de todas maneras terratenientes ausentistas. Desde el punto de vista del campesino esto no significaba impedimento serio en su propósito de seguir adelante, mientras que el abandono de las fábricas por sus administradores y gran parte de los técnicos era un gran obstáculo para la reanudación de una producción eficiente a corto plazo. En el caso de los campesinos, el problema inmediato creado por el Alzamiento era el de la cosecha, tanto en las grandes haciendas como en las tierras que no habían sido abandonadas por sus dueños. En lo económico, esto era un comienzo favorable para la revolución social. Tocante al futuro, la tarea que tenían por delante los campesinos en la lucha contra Franco era la de introducir métodos más modernos de cultivo y aumentar la producción. Y aparte de ciertos productos exportables, como naranjas, no se presentaba ningún problema real de mercados.

¡Cuán distinta, en cambio, era la situación en la industrial Fuera

del abandono de las fábricas por los técnicos principales, el hecho de que muchas industrias de Cataluña resultaran superfluas al perderse mercados internos importantes, caídos en poder de los ejércitos franquistas, creaba otro problema serio. Los productos fabriles de España no han tenido nunca mercados apreciables en el exterior, y éstos se perdieron también por algún tiempo. De igual importancia era la dependencia de España de las materias primas extranjeras con que abastecía sus industrias. Este problema se agravó, después de restablecerse la posibilidad de adquirirlas nuevamente, por el hecho de que el Gobierno Central a menudo negaba los fondos para este objeto a las fábricas controladas por los trabajadores. La mayor parte de la industria bélica de España estaba concentrada en los territorios ocupados por las fuerzas de Franco, de modo que Cataluña tuvo que resolver otro problema más: el de crear una industria bélica donde no existía ninguna. Esto significaba importar maquinaria especial, reacondicionar fábricas enteras y enseñar a los operarios a manejarla. Significaba también crear una industria química y la fabricación de muchos artículos que nunca se habían producido antes en España. Sin embargo, aun este problema fue resuelto con éxito dentro del primer año de guerra civil. Pero estos no son si no algunos de los problemas técnicos planteados a los trabajadores revolucionarios de Cataluña.

En lo político, también tenían que arrostrar una oposición sin escrúpulos en cuanto a los medios para ganar el control de industria. El Gobierno Central logró por último este su objetivo con mayor o menor efectividad cuando nacionalizó las industrias de guerra, que llegaron a constituir el grueso del poderío industrial. Como ya decíamos, semejante situación se hizo posible porque, pese a que los trabajadores dominaban por completo en las fábricas, el Gobierno Central disponía del oro para comprar en

el exterior las materias primas, sin las cuales se paralizaba toda la industria de España.

Durante los primeros días de la revolución los trabajadores simplemente se adueñaron de las fábricas que habían sido abandonadas, las mayores en general de cada comarca, y reanudaron la producción, donde era factible, bajo el control de los mismos trabajadores. En algunas fábricas todos los obreros recibían un salario semanal fijo; mas en otras, las ganancias o excedentes eran repartidos entre ellos, solución más equitativa que la de antes, cuando el dueño de la fábrica se los embolsaba íntegros. Pero no hay duda de que tal medida no era compatible con el espíritu de la revolución, que pretendía eliminar a patrones y accionistas y no aumentar su número con una especie de capitalismo colectivo. En consecuencia, los salarios variaban de fábrica a fábrica y aun dentro de las industrias del mismo tipo. Las fábricas prósperas con abundante acopio de materias primas y equipo moderno, gozaban por ende de una ventaja injusta sobre las fábricas antieconómicas, que luchaban por seguir a flote con sus escasos acopios. Semejante sistema existe en Rusia, en los koljoses, donde el monto del jornal de los trabajadores se fija en proporción a la ganancia del año anterior. Y este monto se fija «exactamente conforme a los mismos cálculos que permiten determinar la cuantía de los dividendos por distribuir entre los accionistas si el koljós fuera una empresa agrícola capitalista (Gide, De regreso de la U.R.S.S.)». En España, por suerte, pronto se tomó conciencia de la injusticia de semejante forma de colectivización y los sindicatos de la CNT la combatieron desde el comienzo.

El Decreto de Colectivización promulgado el 24 de octubre de 1936, que no hizo «sino legalizar una situación creada por los

trabajadores» (71), ha sido aclamado por los legalistas entre los líderes sindicales como una de las conquistas de la revolución. Tanto más cuanto que el decreto fue obra del consejero de Economía de la Generalidad, Juan Fábregas, militante asimismo de la CNT. Puede ser que la finalidad del decreto haya sido legalizar lo que ya era un hecho consumado; pero era también un intento de impedir ulteriores desarrollos de la nueva economía revolucionaria en la industria catalana. En octubre de 1936, el experimento aún se hallaba en su primera fase. Cada industria, cada fábrica y taller tenían que resolver sus propios problemas particulares y a la vez el problema general de la responsabilidad de la industria para la comunidad en conjunto y de la participación que le cabía en la lucha contra Franco.

El Decreto de Colectivización, al limitar la colectivización de la industria sólo a las empresas que empleaban más de 100 operarios, excluyó a un amplio sector de la población trabajadora de su participación en el experimento del control obrero. Se decretó que en todas las industrias privadas se creara un Comité Obrero de Control cuya misión era defender, por una parte, los derechos económicos y sociales de los trabajadores empleados y, de otra, velar por «la estricta disciplina en el trabajo». Debía también preocuparse de perfeccionar el proceso de producción por medio de una «estrecha colaboración con el patrono», que estaba obligado a presentar a los Comités Obreros de Control los balances y memorias anuales, que éstos debían mandar informados al Consejo General de la industria respectiva. Así, el Comité Obrero de Control desempeñaba papeles y tenía lealtades múltiples; ¡al parecer, todos tenían poder excepto los productores!

Pero analicemos la situación en las industrias colectivizadas, o sea,

las que ocupan más de 100 trabajadores, o las que ocupan menos que 100 y cuyos dueños eran «declarados facciosos» o habían huido. En realidad, había otra categoría de industrias que podía caer bajo las disposiciones del decreto de colectivización:

«El Consejo de Economía podrá acordar también la colectivización de aquellas otras industrias que, por su importancia dentro de la economía nacional o por otras características, convenga substraerlas de la acción de la empresa privada.» Hemos citado este inciso del Art. 2.º del Decreto porque revela claramente que la autoridad suprema en la nueva economía no serían los sindicatos sino el Gobierno de Cataluña, y que tanto la orientación como el desarrollo de la economía quedarían en las manos de los políticos y economistas. De tal modo, el control por los obreros se reduciría sólo a una sombra de los objetivos originales que los mismos trabajadores revolucionarios se habían fijado cuando se adueñaron de las fábricas y talleres.

La gestión de las empresas colectivizadas estaba en manos de un Consejo de Empresa designado por los propios trabajadores, que determinaban el número de representantes en este Consejo. Pero el Consejo incluía también un «interventor» de la Generalidad (el Gobierno de Cataluña) nombrado por el Consejo de Economía «de acuerdo con los trabajadores». Mientras en las empresas que ocupan a menos de 500 obreros o cuyo capital es inferior a un millón de pesetas el director es designado por el Consejo de Empresa, en las que se ocupan más de 500 obreros o con un capital superior a un millón de pesetas, o bien dedicadas a la defensa nacional, el nombramiento del director debe ser aprobado por el Consejo General. Además, los Consejos de Empresa pueden ser separados por los trabajadores reunidos en asamblea general y por el Consejo General de la industria

respectiva en caso de manifiesta incompetencia o de resistencia a las normas dictadas por éste (Art. 20).

Tenemos que explicar ahora el papel de los Consejos Generales de Industria, que han aparecido ya dos veces en este dédalo burocrático por el cual intentamos guiar al lector. El Consejo General de una industria se componía de cuatro representantes de las Centrales sindicales (CNT, UGT, etc.) y cuatro técnicos designados por el Consejo Económico. Presidía cada uno de estos Consejos el vocal respectivo del Consejo de Economía de Cataluña. El artículo 25 trata del papel de dichos Consejos, el que incluía, entre otras funciones, la formulación de los planes de trabajo de la industria respectiva, el orientar a los Consejos de Empresa en sus funciones, y, además, el de preocuparse de regular la producción total de la industria; unificar los precios de costo en lo posible para evitar competencia; estudiar las necesidades generales de la industria y las posibilidades de los mercados interno y externo; proponer cambios en los métodos de producción; gestionar facilidades bancarias y crediticias; organizar laboratorios de ensayos, preparar estadísticas, *etc.* En suma, el Consejo General lo decidía y hacía todo... ¡salvo el trabajo efectivo que, ya se sabe, en todos los sistemas centralizados se deja a los trabajadores! Los poderes del Consejo General quedan en claro en el artículo 26 del Decreto, que dice:

«Los acuerdos que adopten los Consejos Generales de Industria serán ejecutivos, tendrán fuerza de obligar y ningún Consejo de Empresa ni empresa privada podrán desatender su cumplimiento, bajo ningún pretexto que no sea justificado. Solamente podrá recurrir contra ellos ante el Consejero de Economía, la decisión del cual, previo informe del Consejo de

Economía, será inapelable.»

El cuadro de la organización industrial de Cataluña, revelado por el Decreto de Colectivización, está completo ahora. Aparte de un mayor grado de control de los trabajadores sobre sus condiciones de trabajo que las existentes en las industrias nacionalizadas, toda la iniciativa y el control han pasado de las fábricas y talleres individuales a las oficinas del Gobierno en Barcelona. El hecho de que los representantes obreros participen en forma destacada tanto en los Consejos de Empresa como en los Consejos Generales de Industria y hasta en el Gobierno, no hacen más democrática y menos autoritaria la estructura del control. Mientras los «representantes» tengan poderes ejecutivos, dejan de ser representantes en el verdadero sentido de la palabra. Y aun más, cuando la economía de una industria y el control de la producción y distribución están en manos del Ejecutivo, entonces el control efectivo por los trabajadores es tan ilusorio e irrealizable como el concepto de un Gobierno controlado por los gobernados que alimentaba las esperanzas de tantos sindicalistas españoles contra toda evidencia en contrario.

Las interferencias de los Gobiernos de Barcelona y de Madrid consiguieron impedir que el experimento de la colectivización de la industria se desarrollase hasta sus límites naturales. Sin embargo, hay bastantes pruebas para sostener que, si hubieran tenido las manos libres, esto es, el control de las finanzas a la vez que la gestión de las fábricas, los trabajadores españoles, que demostraron espíritu de iniciativa y de inventiva y un profundo sentido de responsabilidad social, podrían haber logrado frutos sorprendentes. Así y todo, sus éxitos en los servicios de asistencia social -donde no dependían tanto de las finanzas del Gobierno ni

de las materias primas y estaban más a cubierto de la extorsión gubernamental-ha suscitado la admiración de todos los observadores de la escena española durante sus fases iniciales.

Habla muy en alto de su inteligencia y aptitudes de organización el que los trabajadores catalanes fueran capaces de hacerse cargo de los ferrocarriles y reanudar el servicio en breve plazo; de reorganizar todo el servicio de transporte urbano y suburbano en Barcelona y hacerlo funcionar con mayor eficiencia que antes; de hacer marchar normalmente los servicios públicos todos, como Teléfonos, Gas y Electricidad a las cuarenta y ocho horas de haber sofocado el levantamiento del general Goded (72); de que las colectividades de Panaderos de Barcelona, mientras no escaseó la harina (el consumo de Barcelona era de unos 30.000 sacos diarios) abastecieron de pan a la población. Y a estos resultados podríamos agregar ejemplos como los servicios de Sanidad y Asistencia Social creados por los sindicatos y que funcionaron en toda la España leal; las escuelas abiertas por los sindicatos en ciudades y aldeas en un esfuerzo de extirpar la plaga secular del analfabetismo (47 por 100 de la población); las medidas radicales adoptadas para resolver los problemas de los ancianos e inválidos (73). El pueblo español estaba dando pruebas concretas de que no sólo era capaz de asumir responsabilidades sino de que tenía una visión de la sociedad más humana, más equitativa, más civilizada que cualquiera otra jamás concebida por los políticos y los gobiernos del mundo.

CAPÍTULO XI

LOS COMUNISTAS. VANGUARDIA DE LA CONTRARREVOLUCIÓN

Al considerar a los comunistas como vanguardia de la contrarrevolución en España, de ningún modo pretendemos subestimar la responsabilidad que con ellos comparten socialistas y otros partidos «antifascistas». No atenúa tampoco su acción la circunstancia de que los líderes de la CNT-FAI practicaran a menudo una política contrarrevolucionaria. Nuestro propósito es analizar el papel de los comunistas a fin de destruir el mito, duro de morir, del papel importante jugado por el P.C. en la lucha contra Franco, mito lanzado a todos los vientos en millones de libros y folletos impresos durante aquellos años memorables y después, tanto por los propios comunistas como por sus compañeros de viaje intelectuales. Estos últimos fueron engañados completamente por las historias sobre la «eficiencia» comunista, la ayuda «desinteresada» de Rusia a España y, *last but not least*, por las tácticas «frente populistas del P.C. Quizás podremos explicar también cómo un partido, insignificante por su influjo y el escaso número de sus miembros, pudo desempeñar el papel dominante que desempeñó el P.C. en España, no para la unidad y la victoria contra Franco, sino como arquitecto de la desunión, de la contrarrevolución y de la derrota.

Los observadores no comunistas están de acuerdo en que antes de las elecciones de febrero de 1936 los militantes del P.C. en España no pasaban de 3.000; pero ni siquiera las fuentes procomunistas admitían una cifra diez veces mayor, o sea, 30.000.

Es un hecho incontestable que, durante los quince años de su existencia como partido, los comunistas no fueron capaces de crearse un sólido séquito de trabajadores de las clases obreras, excepto en Sevilla y en Asturias. Hasta 1934 siguieron fielmente la línea del Komintern; su política era de un extremismo de izquierda y de oposición a todo compromiso con el Estado burgués. Pero en la época de la firma del pacto franco-ruso, el Komintern abandonó su táctica de extremismo izquierdista para patrocinar en cambio la formación de Frentes Populares e infiltrarse en los antes despreciados partidos burgueses. El programa del Frente Popular en España era de naturaleza tan pacífica e inocua que hasta se abandonó el proyecto de los socialistas de nacionalización de la tierra porque no lo aceptaban los republicanos. Pero esto no causó la menor desazón entre los comunistas, cuya habilidad para cambiar de política sin que se les suba el rubor al rostro es por demás conocida. En aquel tiempo Moscú estaba ansiosa de convencer a las potencias occidentales que había dejado de ser revolucionaria y que era una aliada deseable. Este viraje de la política exterior de Rusia explica el vuelco a la derecha del P.C., así en España como en otros países, y la repugnancia con que ella participó en la lucha armada española. No era la primera vez que los líderes rusos demostraban estar dispuestos a sacrificar situaciones revolucionarias, aun aquellas en que estaban empeñados sus propios partidarios, cuando semejantes luchas se contraponían a la política exterior de Rusia.

En las elecciones de febrero de 1936, selladas con una victoria del Frente Popular, los comunistas obtuvieron 16 escaños parlamentarios contra uno en las Cortes anteriores, aumento fuera de toda proporción con su efectivo crecimiento numérico. Durante los meses que precedieron a la rebelión de Franco, los comunistas habían intentado por todos los medios aumentar su

número, pues toda esperanza de imponer su dictadura estaba destinada a desvanecerse mientras sus militantes no pasaran de 3.000 (o aun 30.000). A pesar de su ostentosa propaganda por la unidad de las clases trabajadoras como base de su emancipación, su papel en las luchas obreras fue siempre el de dividir a los trabajadores [\(74\)](#). El lector recordará una referencia al Laberinto Español de Gerald Brenan, citada en páginas anteriores, en que se señala que en las regiones donde los anarquistas eran más fuertes, el movimiento socialista era más reaccionario, mientras que donde los anarquistas estaban en minoría, éstos conseguían por su espíritu militante impulsar a los socialistas hacia la izquierda. Era natural, por lo tanto, que los comunistas, tan pronto abandonaron su intransigencia revolucionaria en favor de la democracia burguesa y del frentismo popular, trataran de infiltrarse en el movimiento socialista en las regiones donde los anarquistas eran más fuertes. Y es un hecho que su primer éxito lo alcanzaron en Cataluña. Allí, los débiles socialistas bajo la dirección de una de las más siniestras figuras del socialismo español, Juan Comorera y Soler, «estaban más a la derecha que cualquiera otra sección de los socialistas españoles. En Barcelona, donde el movimiento obrero era anarquista, consideraron que su tarea principal era luchar contra el anarquismo [\(75\)](#). Sólo cuatro días después de la rebelión de Franco, los comunistas se fusionaron con los socialistas catalanes para formar el PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña). Fue el primer ejemplo de un partido socialista que se fusionaba con los comunistas, y significó un paso muy favorable para estos últimos, que, por aquel entonces, no contaban con más de 200 afiliados en toda Cataluña. El siguiente paso consistió en ganarse el apoyo de otros opositores del anarquismo, como los comerciantes minoristas, ciertos círculos de intelectuales, los trabajadores de cuello blanco y los

republicanos burgueses. Así, no es de maravillarse que las cifras de militantes crecieran desmedidamente durante aquellos primeros meses. Pero estas cifras no correspondían a ningún contenido revolucionario. Otro paso más de los comunistas consistió en explotar las fricciones en las filas sindicales de la UGT, dominada por los socialistas. Lograron con relativa facilidad su propósito gracias a la fusión de la Juventud Socialista (con 200.000 afiliados según Brenan) con la Juventud Comunista, numéricamente muchísimo más débil, para formar la J.S.U. (Juventud Socialista Unificada).

Pero era evidente que los comunistas no conseguirían imponer su política y táctica reaccionarias a los trabajadores revolucionarios mientras no se hiciera efectiva una ayuda de Rusia. La adhesión de Rusia al pacto de No Intervención, conjugada con las actividades contrarrevolucionarias de los comunistas españoles (al oponerse a la expropiación de las haciendas y de las fábricas por los trabajadores y a la creación de milicias obreras; al ayudarle al Gobierno a restaurar su autoridad, y al apoyar la formación de una fuerza regular de policía y gendarmería) no promovía el influjo comunistas entre los trabajadores.

La intervención rusa en España, cuando se produjo, no fue dictada por motivos revolucionarios o por el amor de Stalin al pueblo español, sino por la necesidad de fortalecer la posición de Rusia en la política internacional. Según el general Krivitsky, que pretendía ser «el único sobreviviente en el exterior del grupo de funcionarios soviéticos que tuvo participación directa en la organización de la intervención soviética en España» [\(76\)](#), desde el ascenso de Hitler al poder en 1933 «la política exterior de Stalin era dictada por una ansiedad: el temor al aislamiento». Sólo cuando tuvo la certeza de que Franco no lograría una victoria «fácil y rápida» se decidió a

intervenir en España». «Su intención -y esto lo sabíamos todos los que estábamos a su servicio- era incluir a España en la esfera de influencia del Kremlin. Semejante dominación aseguraría sus lazos en París y Londres y con ello, paralelamente, mejoraría su posición de regateo con Berlín. Una vez enseñoreado del Gobierno español -de vital importancia estratégica para Francia e Inglaterra- encontraría por fin lo que pretendía. Sería una fuerza con la que habría que contar, un aliado deseable». Esta explicación parece un tanto aventurada, pero no lo es si tenemos presente que hasta 1933 «no había un solo país en que los comunistas pesaran como fuerza política» (77). Y además, según Kritvitsky también, Stalin «lanzó su intervención con la consigna ¡mantenerse fuera del alcance del fuego de artillería!» Había menos de 2.000 rusos en España por aquel tiempo, y eran peritos y técnicos militares, agitadores políticos y miembros de la O.G.P.U., la conocida policía secreta rusa. Por lo que se refiere a la lucha armada, los rusos organizaron las Brigadas Internacionales compuestas de hombres de todas las naciones, menos de Rusia.

No sólo se preocupó Rusia de que no se viera envuelto ningún soldado ruso, sino de que su intervención fuese pagada de antemano con 500 toneladas de oro del Banco de España, que fueron transportadas a Rusia en virtud de un acuerdo entre el jefe del Gobierno, Largo Caballero y el representante ruso en España. Al mismo tiempo Stalin enviaba a un tal Arturo Stashevsky para manipular los resortes políticos y financieros, y al general Berzin para organizar y dirigir el Ejército. Los rusos no dudaban de que el control de la economía de un país era la clave para dominarlo políticamente, y Stashevsky, sin perder tiempo, «se dio maña para concentrar en manos soviéticas el control de las finanzas de la República» (78). La hostilidad de los comunistas a las colectividades agrarias e industriales obedecía sin duda a motivos

políticos, con miras a centralizar en el Gobierno de Negrín, dominado por los rusos, toda la vida económica del país, y a conseguir así el control de las organizaciones obreras. Nada tenía que ver con la razón invocada por los comunistas de que la tierra era colectivizada por la fuerza y de que la industria no era operada en interés de la lucha armada.

Los rusos se preocuparon también de que no sólo las Brigadas Internacionales estuvieran bajo su control, sino de lograr, al cabo de unos pocos meses de intervención en los asuntos de España, que el 90 por 100 de todos los cargos importantes en el Ministerio de Guerra de España recayera en sus manos y de que los comisarios políticos del Ejército republicano, en su gran mayoría, fueran militantes resueltos del Partido Comunista.

La lucha heroica del pueblo español en julio de 1936 había obrado a manera de poderoso imán para atraer a centenares de militantes antifascistas proscritos de Italia y Alemania, así como a revolucionarios anti-comunistas de todas partes del mundo, para unirse en la resistencia contra Franco. (No formaban parte de las Brigadas Internacionales, organizadas y cuidadosamente «seleccionadas» por el P.C., que sólo llegaron a España a fines de 1936.) Con la intervención rusa, Stalin no sólo trasladó a sus peritos militares y económicos a España sino también a su policía secreta. El plan comunista consistía en liquidar a los opositores individuales (en particular a ex comunistas que «sabían demasiado») y destruir el movimiento revolucionario en España que había opuesto una barrera formidable a todos los intentos de hegemonía política del Partido Comunista español. «En cuanto a Cataluña -expresaba *Pravda* el 16 de diciembre de 1936-la purga de los trotskistas y anarcosindicalista ha comenzado; será llevada a cabo con la misma energía con que lo fuera en la U.R.S.S.» Y con

este fin los comunistas implantaron el terror organizado. Ellos, que fueron los más vigorosos en protestar contra los «elementos incontrolados», establecieron sus propias cárceles privadas y cámaras de tortura, que llamaban «preventorios». A nadie, ni siquiera con autorización del ministro de Justicia, se le permitía visitar estas prisiones. John Me Govern, en aquella época miembro parlamentario del Partido laborista Independiente, fue a España integrando una delegación que incluía al profesor Félicien Challaye, del Comité Central de la Liga de los Derechos del Hombre, para visitar a los miembros del POUM, detenidos y encarcelados sin proceso alguno como «agentes de Franco» por instigación de los comunistas. En un folleto publicado a su regreso ([78bis](#)), relata su visita a las diversas cárceles; pero señala el hecho de que, pese a estar premunido de un permiso del Director de Prisiones y del ministro de Justicia para visitar la cárcel de la calle Vallmayor (uno de los «preventorios» comunistas), se le negó la entrada, y el funcionario que lo recibió le manifestó que «él no recibía órdenes del Director de Prisiones ni del ministro de Justicia porque ellos no eran sus jefes. Al preguntarle quiénes eran, nos dio la dirección del cuartel general de la Checa». Allí se les confirmó la negativa y ni siquiera la intervención personal del ministro de Justicia, Irujo, logró quebrantar esta resolución. Y Mc Govern concluye: «Había caído la máscara. Habíamos descorrido el velo y mostrado en donde residía el poder. Los ministros querían pero no podían. La Checa podía pero no quería. Nos dimos cuenta de que si seguíamos insistiendo, nuestras propias vidas correrían peligro».

La CNT había denunciado estas prisiones secretas algunos meses antes. En marzo de 1937, dieciséis miembros de la CNT habían sido asesinados por los comunistas en Villanueva de Alcaudete. Ante la exigencia cenetista de que los autores del crimen fueran

castigados, Mundo Obrero, portavoz de los comunistas respondió justificando a los asesinos. Sucesivas investigaciones judiciales comprobaron que un grupo formado íntegramente por comunistas, incluyendo a los alcaldes de Villanueva y Villamayor, había improvisado un «Comité de Defensa» que se dedicaba al asesinato de adversarios políticos, al saqueo, a la imposición de tributos y al rapto de mujeres. Cinco comunistas fueron sentenciados a muerte. En abril del mismo año la CNT revelaba, con pruebas irrefutables, la existencia de una cárcel privada. en Murcia, pese a los esfuerzos de la policía de suprimir los detalles confiscando la edición completa del diario de la Organización, Cartagena Nueva, que publicó una información de primera mano de un trabajador, llevado por la fuerza y recluido en aquella cárcel para ser sometido a un interrogatorio [\(79\)](#). Entre las personas coenvueltas figuraban funcionarios de Policía y miembros españoles de O.G.P.U.

Es imposible por razones de espacio exponer los pormenores de los centenares de casos de terror comunista consecutivos a la intervención de Stalin en los destinos de España [\(80\)](#). Con tanto éxito habían logrado la propaganda comunista y los trashumantes reporteros comensales de viaje convencer a la opinión liberal y progresista de que sólo su Partido y ellos, Stalin mediando, el único amigo con que podía contar el pueblo español, eran las puntas de lanza de la lucha armada contra Franco, que las voces de los grupos revolucionarios que apelaban a los trabajadores del mundo para salvar las vidas de las víctimas de Stalin en España no lograron la debida resonancia. Y así, cuando en mayo de 1937 la lucha fratricida, provocada por los comunistas, estallaba en las calles de Barcelona, en que centenares de obreros perdieron sus vidas, completada en el mes de junio siguiente por ataques armados en gran escala contra las colectividades agrarias de

Aragón, ¡los comunistas fueron aclamados como los salvadores de la ley y del orden contra los terroristas ácratas incontrolables que trataban de adueñarse del poder en Barcelona y de obligar a los campesinos a colectivizar sus tierras bajo la amenaza de las bayonetas anarquistas! ¡No sólo Hitler estaba convencido de que cuanto mayor fuere la mentira, tanto mayor era el crédito que recibía!

CAPÍTULO XII

LAS «JORNADAS DE MAYO» EN BARCELONA

Durante la vida de su Gobierno, de setiembre de 1936 a mayo de 1937, en que fue jefe y a la vez ministro de Defensa, Largo Caballero sirvió fielmente a la contrarrevolución. Al decir de Peirats, había salvado el principio de Gobierno y realizado su prestigio. Pero en este proceso se había comprometido a fondo con los comunistas y sus patronos rusos. Parece que Largo Caballero no se hacía ilusiones sobre la lealtad de los comunistas; pero se ilusionaba respecto a su propia capacidad de dominar y dirigir la política del Gobierno; se consideraba en verdad como el «Lenin español» que, con su personalidad únicamente, podía conservar el equilibrio entre las fuerzas revolucionarias y reaccionarias representadas en su gabinete. No quería ni las milicias ni un Ejército regular, ni el viejo orden ni el orden revolucionario; ni la propiedad privada ni la expropiación. A los comunistas les prometió la circunscripción y la construcción de sólidas defensas; a los anarquistas, una guerra revolucionaria. Todo esto bajo su dirección personal. No hizo ni lo uno ni lo otro y su periodo de Gobierno señalóse por desastres militares, la consolidación de las instituciones estatales y el creciente poder de la contrarrevolución.

El «Lenin español» cumplió su cometido en lo referente a los comunistas. Su porfía y su vanidad le impidieron se convirtiera en dócil instrumento de la política comunista, y en marzo de 1937, aislado casi por completo, hasta de la UGT, base de su poder y

autoridad (como líder de aquella organización), era tiempo ya de sustituirlo por un hombre más atento a las directivas de inspiración rusa. Además, los comunistas y sus aliados reaccionarios se sentían ahora bastante fuertes, con el apoyo de las fuerzas armadas reconstituidas por el Gobierno de Largo Caballero en la retaguardia, para eliminar al fin el poderoso ascendente de las organizaciones revolucionarias. Su primer objetivo fue el POUM (el partido marxista anti-staliniano) en Cataluña, para lanzarse después concertadamente contra la CNT-FAI. Desde comienzos de 1937 revelaron sus intenciones con provocaciones y atropellos a mano armada en casos aislados (La Faterella, Molins de Llobregat, Puigcerdá). Al mismo tiempo el Gobierno de Cataluña puso en vigor 58 decretos (12 de enero de 1937) redactados por el Consejero de Finanzas, Josep Taradellas, que demostraban a las claras el empeño de estrangular la revolución social por medio de un creciente control del Gobierno sobre las empresas colectivizadas y por la imposición de un nuevo tributo sobre las mismas basado en su producción. Y en marzo, un decreto del Consejero del Orden Público disolvía las Patrullas de Control de los trabajadores y disponía que los miembros de los cuerpos armados en la retaguardia no pertenecieran a ningún partido u organización. Al mismo tiempo entraba a surtir efectos el plan para «desarmar a la retaguardia. Todo aquel que portase armas sin autorización oficial sería desarmado y sometido a juicio. No caben dudas sobre las intenciones que informaban tales maniobras.

Sin embargo, en esta oportunidad, la reacción de los militantes de base fue tal que sus «representantes» en el Gobierno catalán tuvieron que resignar sus cargos y se provocó, además, otra crisis gubernativa. Las declaraciones del Comité Regional de la CNT y de los grupos anarquistas de Barcelona fueron explícitas y, si bien se

encuadraban dentro del marco de la colaboración entre las organizaciones y los partidos, demostraban mayor decisión y espíritu revolucionario que muchas anteriores. Con la intervención personal del presidente Companys, el 26 de abril de 1937 se formó un Gobierno provisional «de carácter interno», con representantes de la CNT, UGT y de la Esquerra. Pero esto no podía detener la crisis real en que el Gobierno catalán, por instigación comunista, debía medir su fuerza contra la de los revolucionarios de Barcelona. Un síntoma de la atmósfera imperante en Cataluña fue la negativa de los comunistas de celebrar unidos cualquier manifestación del 1º de mayo, y las simultáneas y premeditadas acciones de la policía en las calles para crear desórdenes. *Solidaridad Obrera* (órgano de la CNT de Cataluña), en su edición del 2 de mayo contestó aquellas provocaciones en términos inequívocos [\(81\)](#):

«La garantía de la revolución es el proletariado en armas. Intentar desarmar al pueblo es colocarse al otro lado de la barricada. Por muy Consejero o Comisario que se sea no se puede dictar orden de desarme contra los trabajadores que luchan contra el fascismo con más generosidad y heroísmo que todos los políticos de la retaguardia, cuya especialidad e impotencia nadie ignora. ¡Trabajadores: que nadie se deje desarmar por ningún concepto! ¡Esta es nuestra consigna: que nadie se deje desarmar!»

A las tres de la tarde del día siguiente (3 de mayo) el Gobierno lanzó su primer ataque organizado, que provocó la lucha armada en las calles de Barcelona. Debía durar varios días y costó por lo menos quinientas vidas de trabajadores. Quedaron más de mil heridos y las cárceles se repletaron nuevamente de militantes

revolucionarios.

No es nuestro propósito tratar en detalle las «Jornadas de Mayo» (como suele designarse esta lucha sangrienta en Barcelona y Cataluña en general). La biografía sobre tales hechos es extensa y remitimos al lector interesado a los informes de testigos oculares que se han publicado, como también a las versiones oficiales de los partidos y organizaciones envueltos en estos sucesos [\(82\)](#). En el presente estudio nos limitaremos al análisis de los aspectos políticos de la lucha.

La acción del Gobierno que provocó las Jornadas de Mayo fue el ataque sorpresivo por la policía en tres camiones al mando de Rodríguez Salas, Comisario General del Orden Público, del edificio de la Telefónica de Barcelona, que domina la plaza de Cataluña, la de más intenso movimiento de la ciudad. Rodríguez Salas era portador de una orden del Consejero de Seguridad Interna, Artemio Ayguadé (miembro del partido de Companys, «la Esquerra», que le autorizaba para apoderarse del edificio. Según Peirats [\(83\)](#) esta orden, al parecer, fue cursada sin previa consulta con los demás miembros del Gobierno provisional recién formado. Por lo menos, los cuatro miembros de la CNT declaran que nada sabían de semejante orden. Tomados por sorpresa, los trabajadores que controlaban la Telefónica fueron incapaces de impedir que la policía ocupara la planta baja; pero eso fue todo lo que logró. La noticia, como es de suponer, se propagó cual relámpago, y antes de dos horas los comités de defensa de la CNT-FAI entraron en acción. Se reunieron en sus centros locales, se armaron y levantaron barricadas en previsión de una posible extensión del incidente. Mientras tanto, Valerio Mas, Secretario Regional de la CNT, se puso en contacto con el Premier (Tarradellas) y el Consejero de Seguridad Interior y ambos le

aseguraron que no tenían conocimiento del incidente, aunque se probó después que Ayguadé había dado efectivamente la orden. En el curso de las negociaciones el Gobierno prometió retirar la policía. No hubo tiroteo aquella noche; pero a la mañana siguiente, cuando la policía ocupó el Palacio de Justicia, se disiparon las dudas de que los sucesos del día anterior no eran sino un incidente aislado y no el principio de un esfuerzo concentrado del Gobierno para ocupar los puntos estratégicos de la ciudad y, una vez conseguido el control armado, proceder a liquidar la revolución de una vez por todas. Pero los trabajadores de la CNT-FAI demostraron el mismo arrojo e iniciativa que durante la lucha contra el alzamiento militar en julio de 1936. Junto con el POUM resistieron con éxito el asalto combinado del Gobierno y del PSUC controlado por los comunistas.

La razón alegada por Rodríguez Salas para el ataque al edificio de la Telefónica era que los trabajadores de la CNT que la controlaban «interceptaban» las llamadas telefónicas entre los ministros de Barcelona y de Valencia. La misma razón esgrimía Juan Comorera (Consejero de Obras Públicas en el Gobierno de Barcelona y Secretario General del PSUC de Cataluña) en un mitin de Barcelona:

«El Consejero de Seguridad Interior, cumpliendo con su deber, decidió poner atajo a una situación anómala en el edificio de la Telefónica. El edificio de la Telefónica, por lo que sabemos, no es de propiedad de la CNT. Es tanto propiedad de la CNT como de la UGT porque los hombres que ahí trabajan pertenecen sea a la CNT o a la UGT. Luego, no es propiedad de nadie y, en todo caso, será propiedad de la comunidad cuando el Gobierno de la República nacionalice los teléfonos. Pero ahí

ocurrían cosas muy serias a las que el Gobierno tenía que poner fin. El hecho era que todos los controles interiores del edificio de la Telefónica estaban al servicio, no de la comunidad, sino de la organización. Y ni el presidente Azaña ni el presidente Companys, ni nadie, podía hablar sin que se enterasen los oídos indiscretos del controlador. Naturalmente esto debía cesar, y fue precisamente ese día, como pudo haber sido el día siguiente, o un mes después, o un mes antes. De modo que, en cumplimiento de órdenes recibidas, el camarada Rodríguez Salas fue a ocupar el edificio de la Telefónica y en seguida se obtuvo la misma respuesta de antes: movilización general y levantamiento de barricadas. Si el Consejero de Seguridad Interior hubiera hecho algo ajeno a su deber, ¿acaso no había cuatro Consejeros de la CNT para protestar y exigir su renuncia? Pero no quisieron seguir el procedimiento normal y, en cambio, respondieron a este paso del Gobierno con una movilización formidable de todos los grupos, que ocuparon todos los puntos estratégicos de la ciudad.» [\(84\)](#)

Hemos sometido al lector a esta indigestión verbal no sólo para confirmar con fuentes comunistas los hechos, a saber, que el ataque al edificio de la Telefónica provocó la lucha en Barcelona [\(85\)](#), sino porque revela toda la deshonestidad del Partido Comunista: 1º En verdad Comorera no afirma que Azaña no pudiese hablar con Companys por teléfono, sino que sus conversaciones eran interceptadas. La cuestión no era, por lo tanto, que no dispusieran de comunicación telefónica, la que no les faltó nunca. 2º En realidad, los trabajadores de la CNT estaban en gran mayoría en la Telefónica. El *Daily Worker*, órgano comunista, que no puede sospecharse de haber sobrestimado la fuerza de los anarquistas, escribía entonces: «Salas envió a la

policía republicana armada para desarmar a los trabajadores, la mayoría de los cuales eran miembros de los sindicatos de la CNT» (11 de mayo de 1937; cursivas nuestras). Pero jamás hubo cuestión alguna referente a la propiedad, puesto que la Telefónica estaba colectivizada y bajo el control unido de la CNT y de la UGT y los comunistas, a fuer de archilegalitarios, sabían perfectamente que tal situación estaba sancionada por el Decreto de Colectivización de octubre de 1936, lo que implicaba, entre otras cosas, que el Gobierno tuviera su control en el Consejos de Empresas. 3º La CNT exigió efectivamente las renunciaciones de Salas y Ayguadé, las que fueron rechazadas. «La intransigencia de los demás partidos y, en particular, la actitud oportunista del Presidente de la Generalidad, que resueltamente se opuso a estas sanciones, provocaron la huelga general y el estallido subsiguiente de las hostilidades. [\(86\)](#)

Al leer aquel párrafo de Comorera, no se puede menos que reparar en otro hecho, a saber, la actitud en extremo reaccionaria de un partido que deplora la vigilancia de los trabajadores revolucionarios y el control estricto ejercido por éstos sobre las conversaciones entre los políticos. ¡Claro está, la cosa es muy diferente si el «oído indiscreto» es de la O.G.P.U.!

Reina cierta confusión todavía sobre los orígenes de las provocaciones que desencadenaron las Jornadas de Mayo. Al otro lado de las barricadas de la CNT-FAI y POUM había miembros del PSUC y del Estat Catalá, o sea socialistas controlados por los comunistas y, respectivamente, miembros del partido

«Estado Catalán», movimiento separatista extremista. En un Manifiesto del Comité Nacional de la CNT sobre las Jornadas de Mayo en Barcelona [\(87\)](#), se presentan informaciones fidedignas que demuestran que los miembros directivos del Estat Catalá

habían conspirado en Francia para conquistar la «independencia de Cataluña».

«Los separatistas, burgueses en último análisis, no podían conformarse con una sublevación fascista que vino a parar en victoria proletaria y los amenazaba con la pérdida de toda su riqueza. Y en su búsqueda de una solución sustitutiva, iniciaron negociaciones con Italia, a fin de provocar desavenencias internas que dieran la oportunidad para una intervención extranjera y facilitaran el reconocimiento de Cataluña como Estado independiente, socavando así, al mismo tiempo, el frente antifascista. Cuantos querían que Cataluña volviese al statu quo imperante el 18 de julio, aceptaron estas proposiciones.»

Otros pasajes interesantes en este Manifiesto son las referencias a Ayguadé y a Comorera:

«Debemos recordar que Ayguadé era el Consejero de Seguridad Interior: que es miembro del, Estat Catalá y que se le sospechó de estar implicado en la conspiración.

«El 20 de abril, Comorera, jefe del Partido Comunista de Cataluña, se encontraba en París. Entre las personas que visitó figuraba el secretario de Ventura Gassol (miembro del Estat Catalá) y un tal Castañer. ¿Quién es este Castañer? Se nos dice: "Agente de la Generalidad" [\(88\)](#). Investigadores han averiguado que está en contacto con un tal Vintro, secretario de Octavio Saltó, periodista al servicio de los fascistas españoles. Mantiene íntimas relaciones también con los miembros del Estat Catalá, especialmente con Dencás y

Casanovas. El primero visita a Castañer en su casa y el último, a su vez, recibe la visita de Castañer.»

Aparte de la referencia a Comorera, el Manifiesto de la CNT no menciona el papel de los comunistas de fomentar la lucha. Peirats supone que «razones de naturaleza política decidieron al Comité Nacional de la CNT silenciar el importante y directivo papel jugado por la policía secreta de Stalin en las Jornadas de Mayo, que fueron los verdaderos motivos de aquella provocación». Emite la hipótesis de que tal vez el Comité no poseía las pruebas irrefutables ni pudo localizarlas.

CAPÍTULO XIII

EL SIGNIFICADO REVOLUCIONARIO DE LAS «JORNADAS DE MAYO»

Si las Jornadas de Mayo fueron o no parte de un plan cuidadosamente preparado no parece haber quedado establecido con testimonios documentados. En su libro Yo fui agente de Stalin, el general Krivitsky afirma que él estaba al corriente de que se aproximaban las Jornadas de Mayo:

«... era evidente que la O.G.P.U. estaba complotando para eliminar a los elementos "incontrolables" en Barcelona y asumir el control por cuenta de Stalin. El hecho es que los trabajadores de Cataluña eran en su gran mayoría encarnizados anti-estalinistas. Stalin sabía que un choque abierto era inevitable; pero sabía también que las fuerzas de oposición estaban muy divididas y podían ser aplastadas mediante una acción rápida y audaz. La O.G.P.U. atizaba el fuego y azuzaba unos contra otros a los sindicalistas, anarquistas y socialistas.»

Krivitsky afirma también que Moscú había puesto ya los ojos en Negrín como sucesor de Largo Caballero hacía meses, y que uno de los propósitos de las Jornadas de Mayo era el de contribuir a desencadenar la crisis en el Gobierno de Largo Caballero, y hacer dimitir al «Lenin español». Todo esto puede ser cierto; pero Peirats [\(89\)](#), que comparte este punto de vista, no aporta ninguna prueba tangible y se limita a largas citas de Krivitsky. Por lo tanto, si el ataque a la Telefónica era la señal para que los comunistas y

sus aliados intentaran la liquidación por las armas del movimiento revolucionario en Barcelona, el tiro les salió por la culata. Rodríguez Salas y sus hombres llegaron allí a las 3 de la tarde del 3 de mayo. El ataque fue contenido y, según palabras de Peirats:

«... el grito de alarma de los trabajadores sitiados fue contestado por los trabajadores en los barrios, y su enérgica intervención dio comienzo a la lucha sangrienta en puntos estratégicos y en las barricadas». Souchy (90), en su informe detallado sobre la lucha, señala que se abrieron negociaciones entre la CNT y el Gobierno, que se prolongaron hasta las seis de la mañana del 4 de mayo, y agrega: Al amanecer, los trabajadores empezaron a levantar barricadas en los barrios exteriores de la ciudad. No hubo lucha durante aquella primera noche, pero la situación se hacía cada vez más tensa:

Sólo cuando el Palacio de Justicia fue ocupado por la policía estalló la lucha; pero ni aun así se suspendieron las negociaciones entre el Comité Regional de la CNT y el Gobierno.

El Gobierno rehusó acceder a las exigencias de la CNT de que se retirase la policía, se destituyese a Rodríguez Salas y se obligase a dimitir al ministro Ayguadé, y se negó a seguir discutiendo mientras las calles no quedaran despejadas de trabajadores armados. Este fue sin duda un momento crítico para Companys y los políticos. Al ceder ante los trabajadores revolucionarios, implícitamente admitía que, cuando se llegaba al punto de medir las fuerzas, su poder se basaba en un mito y que los trabajadores armados eran tan fuertes y el Gobierno tan débil como el 1 de julio. Esto significaba que todos esos meses de intriga, de malabarismos políticos y de maquinaciones podían ser desbaratados en un día. No le quedaba sino un solo camino al Gobierno: ninguna transacción con los trabajadores

revolucionarios.

El «choque abierto» se había evitado y el éxito del Gobierno asegurado con la cooperación de los líderes de las organizaciones obreras, cuyo papel durante toda la lucha tuvo un carácter conciliatorio. No bien el Gobierno se negó a negociar, ellos apelaron a los trabajadores para que depusieran las armas, recurriendo para ello a lo socorrida jerga de los políticos: qué pensarán los compañeros en el frente, o bien, semejante acción sólo puede hacerle el juego a Franco, *etc.* Mientras tanto, el Gobierno renunciaba y se constituía un Gobierno provisional compuesto de un miembro de cada partido y organización representado en el anterior (lo que permitió dejar caer a Rodríguez Salas y a Ayguadé salvando las apariencias). En medio de tales incidentes llegaba una delegación de Valencia, compuesta por el Secretario del Comité Nacional de CNT, Mariano Vázquez y el ministro «anarquista» de Justicia, García Oliver. Se les sumó después la ministro «anarquista» de Sanidad, Federica Montseny. También llegaron de Valencia miembros del Comité Ejecutivo de la UGT. Sus esfuerzos, en lo que toca por lo menos a los líderes de la CNT, se encaminaron a la pacificación a cualquier precio. Y semejante postura no se fundamentaba de ninguna manera en una situación de inferioridad en las barricadas. Según Souchy, el segundo día llegaban de todos los puntos de Barcelona y de las provincias catalanas informes que demostraban que

«... la inmensa mayoría de la población estaba con la CNT, y la mayor parte de las ciudades y aldeas estaba en manos de nuestras organizaciones. Habría sido fácil atacar el centro de la ciudad, si así lo hubiese resuelto el comité responsable. Bastaba con pedir el concurso de los comités de defensa de

los distritos suburbanos. Pero el Comité Regional de la CNT se opuso a ello. Todo proyecto de ataque fue rechazado por unanimidad, hasta por la FAI.»

La tesis de los líderes de la CNT-FAI era que los enemigos de los trabajadores revolucionarios habían querido esta lucha como excusa y pretexto para liquidarlos y que, por lo tanto, ellos no debían prestarse al juego del enemigo. Por otra parte, había numerosos militantes que consideraban que la CNT-FAI había estado haciéndole el juego el Gobierno hasta mucho tiempo a expensas de la revolución social y de la lucha contra Franco, y que lo que ahora ocurría en Barcelona era un cotejo de fuerzas. Souchy -que adoptó la posición de los «líderes»- admite en su informe que «tal vez, en otra oportunidad, este asalto a la Telefónica pudiera no haber tenido semejantes consecuencias. Pero la acumulación de conflictos políticos durante los últimos meses había creado una atmósfera tensa. *Era imposible contener la indignación de las masas*» (cursivas nuestras). Peirats también menciona el hecho de que los trabajadores de la CNT ya no podían tragarse las consignas de los líderes en favor de un «armisticio», de «serenidad», de «cesar el fuego».

«El descontento entre ellos iba en aumento. Un importante sector de opinión empezó a manifestar su protesta contra la conducta de los comités. Encabezaba esta corriente extremista la agrupación denominada «Los Amigos de Durruti». Esta agrupación se había formado a base de los elementos hostiles a la militarización, muchos de los cuales habían abandonado las unidades del naciente Ejército Popular al quedar disueltas las milicias voluntarias.»

Su órgano. *El Amigo del Pueblo*, emprendió una campaña contra los ministros y comités de la CNT y abogó por una continuación de la lucha revolucionaria iniciada el 19 de julio de 1936. Los Comités confederales en el acto repudiaron a «Los Amigos de Durruti». «A pesar de lo cual, no desaparecieron», comenta Peirats en forma un tanto enigmática. Es muy de lamentar, por eso, que a esta «importante sección de la opinión» el historiógrafo de la CNT no le dedique sino 18 líneas.

Según un escritor trotskista, «El Comité Regional de la CNT denunció en toda la prensa -hasta en la estalinista y en la burguesa-a los Amigos de Durruti como agentes provocadores» [\(91\)](#).

Así como la defensa de Barcelona en julio de 1936 fue un movimiento espontáneo de los trabajadores, así también en mayo de 1937 la decisión de estar alerta contra posibles ataques surgió una vez más de la base. En julio, como hemos visto, los líderes se preocuparon de contener el movimiento. Temían que el ímpetu que tan decisivamente desbarató la tropa de Franco impulsara la revolución social hasta un punto más allá de su control. Los políticos no desperdiciaron la oportunidad que les brindaba esta disposición de ánimo de la jefatura de la CNT. Qué mayor condenación de semejante jefatura que la respuesta de Companys a un periodista extranjero que en abril de 1937 pronosticaba que el asesinato de Antonio Martín, alcalde anarquista de Puigcerdá, y de tres de sus compañeros, desencadenaría una revuelta: «[Companys] se rió desdeñosamente y dijo que los anarquistas capitularían como siempre» [\(92\)](#).

Tenía razón, si se refería a los líderes que aquel mismo mes habían permitido que la crisis en la Generalidad se resolviera «demostrando una disposición muy conciliatoria. Renunciaron a

sus exigencias anteriores, influyeron en el sentir del proletariado haciendo hincapié en las necesidades de la guerra contra el fascismo, y lo urgieron a concentrar su fuerza para el período consecutivo a la derrota de los fascistas» (Souchy).

En consecuencia, no cabe sorprenderse a raíz del fracaso de Vázquez y Oliver de persuadir a los trabajadores para que abandonaran las barricadas (el llamamiento por radio de Oliver ha sido considerado con razón como «una obra maestra de oratoria que arrancó lágrimas, pero no obediencia»), que Federica Montseny fuera enviada por el Gobierno de Valencia para demostrar el poder de su oratoria sobre los trabajadores «incontrolables» de Barcelona. Llegó en el momento en que el Gobierno central había retirado tropas de los frentes para dirigirlas hacia Barcelona. Pero antes de partir de Valencia obtuvo el acuerdo del Gobierno de que «estas fuerzas no debían ser enviadas hasta que la ministro de Sanidad lo juzgara oportuno» (Peirats). Es muy posible que Federica Montseny no tuviese la intención de requerir la presencia de tropas en Barcelona para dominar la lucha callejera; pero esto de ningún modo resta significado a su declaración, por lo que se refiere a la impresión sobre el público, o como un ejemplo más del sentimiento de la propia importancia y de poder creado entre los llamados ministros anarquistas.

Hasta donde se puede juzgar, la intervención de los miembros influyentes de la CNT-FAI tuvo el efecto de sembrar la confusión en las filas de los trabajadores y obligar a los de la CNT a dar cumplimiento a todo los compromisos. Así, el jueves 6 de mayo, para demostrar su «voluntad de restaurar la paz», los trabajadores de la CNT aceptaron abandonar el edificio de la Telefónica. Las autoridades prometieron retirar simultáneamente a los guardias

de Asalto; pero en vez de hacerlo, ocuparon el edificio entero y trajeron miembros de la UGT para reemplazar a los de la CNT. Souchy escribe: «Los miembros de la CNT vieron que habían sido traicionados e informaron en el acto al Comité Regional, que intervino ante el Gobierno pidiendo que se retirase a la policía. Media hora después la Generalidad contestaba: el hecho consumado no se puede revocar.» Y Souchy prosigue: «Esta violación de un acuerdo encendió enorme agitación entre los trabajadores de la CNT. Si los trabajadores de los distritos suburbanos hubieran sido informados cuanto antes del cariz que tomaban estos hechos, con seguridad habrían insistido en otras medidas y reanudado el ataque. Pero cuando se abrió discusión sobre el incidente después, prevaleció el punto de vista más moderado.» (Cursivas nuestras.) Una vez más se privaba de informaciones a los trabajadores y se tomaban acuerdos en un nivel superior. Y «el hecho consumado no se puede revocar», como rezan las palabras de la Generalidad. Una vez más los trabajadores habían sido traicionados.

La transigencia no puso fin al combate. Lo único que se consiguió con ello fue dificultar mucho más su tarea, pues ahora, perdida la central telefónica, sus medios de comunicaciones se limitaban a la emisora de radio de onda corta instalada en el cuartel general de la CNT-FAI, de la cual sólo podían esperarse órdenes de vuelta al trabajo y de capitulación [\(93\)](#).

Cuando el viernes 7 de mayo la lucha hubo cesado, salvo una que otra escaramuza sin importancia, el Gobierno se sintió bastante fuerte para desestimar todas las exigencias de los trabajadores. Numerosas tropas, con millares de soldados, habían llegado de Valencia, y con ellas el control de las unidades combatientes y de las fuerzas del orden público en Cataluña pasó al Gobierno

Central. Los rehenes tomados por el Gobierno durante la lucha no fueron puestos en libertad, pese a las solemnes promesas de hacerlo [\(94\)](#). Aun más, cesada la lucha, se efectuaron numerosos arrestos todavía. Se impuso una estricta censura de prensa, y se pusieron en vigencia los diversos decretos leyes que habían provocado la crisis en abril. La burguesía había ganado una señalada victoria; la revolución social había sufrido una decisiva derrota.

CAPÍTULO XIV

LA CNT Y LA CRISIS DEL GOBIERNO LARGO CABALLERO

No bien se había «resuelto» la crisis revolucionaria en Cataluña, cuando una crisis política en el Gobierno de Valencia vino una vez más a distraer la atención de lo que era esencial y concentrarla en una lucha entre personalidades.

En una reunión de Gabinete celebrada el 15 de mayo para examinar la situación en Cataluña, los dos ministros comunistas, Jesús Hernández y Vicente Uribe, exigieron represalias contra los responsables de las Jornadas de Mayo. Largo Caballero estuvo de acuerdo, pero no podía aceptar el punto de vista comunista de que la responsabilidad recaía en la CNT-FAI y en el POUM. Entonces los comunistas se levantaron y retiraron. La reacción de Largo Caballero fue declarar que «El Consejo de Ministros continúa». Esta situación tuvo corta vida, porque el gesto de los comunistas fue la señal para que, a su vez Prieto, Negrín, Álvarez del Vayo, Giral e Irujo se levantasen y abandonaran la sesión. Sólo Anastasio de Gracia y Ángel Galarza, leales amigos socialistas de Largo Caballero, y sus cuatro devotos ministros «anarquistas» permanecieron sentados.

Después de una entrevista con el presidente, se volvió a encargar a Largo Caballero la formación de un Gobierno. Tanto la CNT como la UGT propusieron un Gobierno basado en las organizaciones de la clase trabajadora, con representación de todos los partidos, y presidido por Largo Caballero. Por otra parte, los comunistas proponían un Gobierno «presidido por un socialista y en el que todos los partidos del Frente Popular estuvieron incluidos así

como las organizaciones de la clase obrera».

La solución de Largo Caballero fue ofrecer tres carteras a la UGT y dos a los socialistas. Eran todos ministerios de importancia vital, que comprendían la dirección y control de la guerra y asimismo la de la economía del país. A los comunistas, republicanos de Izquierda y Unión Republicana les asignaba dos asientos a cada uno, ¡y a sus devotos amigos de la CNT dos ministerios: Sanidad y Justicia! Tanto los comunistas como la CNT rechazaron esta composición. Los comunistas insistían en que el Ministerio de Guerra no quedara en manos del Primer Ministro. Largo Caballero no podía acceder a esta exigencia y, dado que republicanos y socialistas estaban de acuerdo en que un nuevo Gobierno sin representación del Partido Comunista no podía considerarse como un Gobierno de Frente Popular, era claro que Largo Caballero sería incapaz de formar un nuevo gabinete aceptable por los comunistas. La CNT dio a conocer sus objeciones en una carta del secretario, Mariano Vázquez, de tono conciliatorio, más dolorido que de indignación, en que manifestaba que la CNT no podía aceptar una posición de inferioridad respecto de la UGT o de paridad con los comunistas; y que tampoco podía aceptar la idea de que la economía del país estuviera concentrada en las manos de un partido.

El presidente de la República confió, pues, la formación de un Gobierno al doctor Juan Negrín, socialista de derecha y hombre de confianza de Moscú, con exclusión de la UGT y de la CNT. Indalecio Prieto, enemigo acérrimo de Largo Caballero, quedaba encargado de la Defensa Nacional, y Negrín, además de ser Primer Ministro, asumía el control de la cartera de Economía. Un comunista obtenía el Ministerio de Agricultura.

La reacción de la CNT fue curiosa. En un comunicado del 18 de

mayo, declaraba que el Gobierno de Negrín, que se había formado sin su participación, no podía contar con su colaboración:

«Constituido el Gobierno Negrin sin nuestra participación, consecuentes con nuestra posición, no prestaremos ninguna colaboración al mismo. En este momento sólo nos cabe poner en conocimiento del proletariado encuadrado en la CNT, que ahora más que nunca debe mantenerse atento a las consignas de los Comités responsables. Sólo con homogeneidad en la acción haremos fracasar la contrarrevolución y lograremos que se frustre el «abrazo de Vergara. ¡Camaradas: atentos a las consignas de los Comités responsables! ¡Que nadie se preste al juego de los provocadores! ¡Serenidad! ¡Firmeza y unidad! ¡Viva la alianza de los Sindicales! [\(95\)](#)

No se puede menos que advertir la notable diferencia entre la actitud adoptada por los líderes de la CNT con ocasión de las Jornadas de Mayo y la que adoptaban ahora en presencia de la crisis gubernamental. En el primer caso estuvieron dispuestos a transigir en todo -hasta ordenaron el cese del fuego a los trabajadores de la CNT-FAI sin siquiera obtener que el Gobierno aceptase ninguna de sus peticiones-en aras de la unidad y del mantenimiento del «frente antifascista contra Franco. Durante la crisis gubernativa se resistieron tenazmente a participar en el Gobierno y a colaborar con éste mientras no lo presidiera Largo Caballero. Semejante actitud no nos parecería en tan violento contraste con la que habían adoptado durante las Jornadas de Mayo, si fuera un indicio de que la dirección de la CNT-FAI había aprendido las lecciones de las barricadas de Barcelona e intentaba volver a su tradicional posición revolucionaria. Pero estaba lejos de eso. En una declaración a la prensa pocos días después de constituirse el Gobierno de Negrín, Mariano Vázquez, secretario

nacional de la CNT, expresaba:

«La participación de la CNT en el Gobierno es indispensable si se pretende trabajar con honor en darle pronto término a la guerra. Las organizaciones de trabajadores deben estar representadas en el Gobierno. No se puede prescindir de la parte más vital del pueblo, que es la que más trabaja en la retaguardia y más hombres tiene en los frentes. La falta de colaboración de la CNT en el Gobierno importa retrotraerla a su anterior postura de oposición. Todos nuestros enemigos se han estrellado contra el glorioso emblema de la CNT. Quien ose detenerla será aniquilado, y la CNT seguirá su marcha hacia adelante. Por lo tanto, ella debe ser tomada en cuenta y debe tener en el Gobierno el puesto que le corresponde.»

Prescindiendo del énfasis patético de la declaración, se observa que la idea de estar en la oposición se ha vuelto aborrecible para estos «anarquistas», y toda su propaganda en adelante no será ya revolucionaria sino, por el contrario, expresará una continua queja porque la CNT ha sido excluida del Gobierno. Parecía interminable la añoranza de los días de Largo Caballero, ¡cuando el Gobierno era un Gobierno revolucionario! Teníamos entendido que el mito de los Gobiernos revolucionarios había sido enterrado mucho tiempo por los anarquistas, y que sólo era una ilusión acariciada por los marxistas. Aun lo seguimos creyendo, y es claro que hasta uno que otro líder de la CNT-FAI, pese a sus actitudes y expansiones oratorias, no creían en verdad en que hubiese mucho que escoger entre uno u otro Gobierno. Lo que hay es que ya no sabían cómo zafarse, conservando su prestigio, de la telaraña de regateos políticos en que estaban cogidos por los políticos

fogueados. Habían llegado tan lejos en su transformación mental y en el sentido de su propia estimación y habilidad política, que consideraban un retomo a la posición revolucionaria de la CNT-FAI, contraria a todo Gobierno, como un paso atrás, paso que representaba su condena por la historia.

¿Qué hizo en efecto la CNT durante aquellos meses de oposición?
1º Apeló a la opinión pública para reparar el error de su «exclusión» del Gobierno. 2º Redobló sus esfuerzos por concluir un pacto de alianza con la UGT 3º Con este fin no escatimó esfuerzos en su intento de rehabilitar a Largo Caballero, tan decisivamente desembarcado por las maniobras de los socialistas de derecha (Prieto y Negrin) en la lucha por el poder. Y Largo Caballero, como es natural, supo corresponder como era debido, una vez excluido del poder y aislado políticamente!

El período de «oposición» se inició con una serie de cuatro grandes mítines, radiodifundidos por toda España, en que cada uno de los ex ministros dio cuenta de su actuación en el Gobierno. Ya nos hemos referido al discurso de García Oliver en aquella oportunidad. Sin embargo, fue aún más revelador el discurso de Federica Montseny, miembro conspicuo de la CNT-FAI y que sigue siendo una personalidad influyente del M.L.E. (Movimiento Libertario Español) en el destierro. Dado que desempeñó un papel preponderante en el empeño de poner fin a la lucha en las calles durante las Jornadas de Mayo en Barcelona, estas reflexiones sobre su actuación presentan un interés particular.

«Estuve en Cataluña, ocho días, ocho días de trabajo permanente, buscando la solución de todos los problemas y orientada por los compañeros de mi Organización.

»Fuimos afortunados en la gestión. El asunto se resolvió bien. Fue una lección y una experiencia para todo el mundo. Debió serlo, mejor dicho. Y cuando regresé a Valencia, contenta, convencida de que podíamos apuntarnos un lauro nacional e internacional, de que *las Organizaciones obreras y el Gobierno habían demostrado que tenían un control absoluto sobre las masas*, y que el Gobierno, nunca como entonces, estuvo valorizado al poder resolver sin efusión de sangre un conflicto de formidable importancia, cuando yo regresaba placenteramente convencida de que volvía vencedora, por un camino cubierto de laureles, nos encontramos con que la crisis quedaba planteada el mismo día de nuestra llegada.» [\(96\)](#)

¡Pero esto no es todo! A continuación la oradora se refiere a la participación de la C.N.T en el Gobierno:

«Yo, anarquista, que rechazaba al estado, le concedía un margen de crédito y de confianza para hacer una revolución desde arriba. Revolución moral, revolución social, revolución de conductas y de costumbres. Y aquellos que habían de estarnos reconocidos porque dejábamos la calle y la violencia y porque cogíamos responsabilidad en el Gobierno encuadrándonos dentro de la legalidad que otros hicieron, no han cesado hasta conseguir que nosotros, los revolucionarios de la calle, volviéramos a la calle.

»Y ahora es éste el problema. La CNT está en la calle. No saben ellos la terrible responsabilidad en que incurren al hacer volver a la calle sin la responsabilidad de Gobierno, a una Organización y un Movimiento poderoso que no han perdido nada en vigor ni en eficacia, sino que, por el contrario, los han robustecido, adquiriendo una disciplina y una coordinación

que antes no tenían. [\(97\)](#)

Federica Montseny llegaba a la conclusión de que la participación de las organizaciones de los trabajadores en el Gobierno era «la revolución más fundamental que se ha hecho en materia política y en materia económica». La entrada de la CNT «con sentido de responsabilidad, con una actuación útil, con una obra ya realizada sin regateos, abre un nuevo porvenir para el mundo, para todas las organizaciones obreras del mundo». La oradora trataba de demostrar que los trabajadores, puesto que eran ellos los que habían hecho la revolución, tanto al destruir los fundamentos del orden existente como construyendo la nueva sociedad, tenía por lo tanto el derecho ser incluidos como clase en el Gobierno. Tal como García Oliver antes que ella, Federica Montseny expresa viejas y gastadas ideas reformistas cual si fuesen descubrimientos revolucionarios.

En un artículo de diario sobre este tema [\(98\)](#), Juan López, el exministro de Comercio de la CNT, sostenía que la colaboración de la CNT no había originado ningún rompimiento de la Confederación. Antes bien, creía que había ocurrido lo contrario. «Nuestra influencia entre los trabajadores es decisiva. El sentido de la disciplina confederal se ha desarrollado inmensamente y la unidad moral y orgánica de la CNT no es superada por ninguna organización o partido.» Medir el grado de salud de una organización en términos de «disciplinas» y «unidad orgánica» es peligroso, equívoco y no convence. Todos los políticos y líderes sindicales sueñan con disciplina para las masas. Los líderes de la CNT no hadan excepción a la regla. Para que no se diga que hemos interpretado torcidamente a Juan López, citaremos otro artículo publicado un mes después:

«Cada uno debe estar dispuesto a seguir la línea inflexible de la disciplina interna de nuestro movimiento. En este período de guerra y de rápida transición debe haber para el movimiento libertario un comando verdaderamente único. Es decir, una sola voz y un solo frente. Los problemas locales, las crisis regionales, todo absolutamente debe ser resuelto por la intervención directa de los órganos supremos de nuestro movimiento. Las posiciones contradictorias deben quedar descartadas y, puesto que estamos unidos por un solo ideal, debemos defender un solo interés.» [\(99\)](#)

Juan López no era el único en proponer y aspirar a un control centralizado en la CNT. Algunos meses antes, el 28 de marzo de 1937, el Comité Nacional convocó una Conferencia de toda la prensa confederal y anarquista, que se celebró en la casa CNTFAI en Barcelona.

«Su objeto principal -escribe Peirats [\(100\)](#)- era la subordinación de todos los órganos de expresión del anarcosindicalismo al dirigismo de los comités nacionales. Había que suprimir ciertas disonancias y la libertad de crítica de algunos periódicos, que se habían erigido en vestales de los principios y en francotiradores al acecho de las debilidades de los comités y de los ministros confederales. Los resultados de esta conferencia fueron el mejor síntoma de las mal fundadas ilusiones en una quimérica disciplina confederal.»

Aunque la Conferencia estuvo de acuerdo con la mayor parte de los proyectos presentados, la proposición de que la prensa libertaria debía virtualmente convertirse en el portavoz de los comités sólo fue aceptada por mayoría «menguada victoria si se tiene en cuenta que las minorías reiteraron al final de las sesiones

su propósito de insubordinación» [\(101\)](#).

La CNT, como movimiento, no sufrió en igual grado las consecuencias de la política de colaboración y centralización que otras tantas organizaciones de la clase obrera en circunstancias similares, simplemente porque en muchas ocasiones los líderes fueron incapaces de imponer sus decisiones a los militantes de fila. La rapidez con que éstos movilizaron sus fuerzas en Barcelona durante las Jornadas de Mayo, y la dificultad que los «militantes destacados» tuvieron en persuadirlos de abandonar las barricadas son prueba fehaciente de ello. Pero no puede ocultarse el hecho de que la derrota que se les impuso durante las Jornadas de Mayo trajo consigo una visible desmoralización entre los trabajadores revolucionarios, los ataques armados organizados contra las colectividades de Aragón, las inútiles y costosas campañas lanzadas sólo por razones políticas, la seria escasez de víveres y materias primas, el creciente número de refugiados a medida que Franco ocupaba más ciudades y pueblos, todo eso no podía menos que influir muy desfavorablemente sobre la moral.

Cierto es que durante este último período la CNT no estaba en el Gobierno, y no faltan apologistas de la colaboración que han sostenido la tesis de que no se habrían producido ataques después de las Jornadas de Mayo contra las posiciones de los trabajadores si la CNT hubiera tenido ministros en el Gobierno de Negrín [\(102\)](#). Pero nosotros estamos convencidos que sostener una tesis semejante significa cerrar los ojos a la realidad. Ante todo, significa ignorar el hecho de importancia decisiva, a saber, que el Gobierno de Largo Caballero pudo apuntarse por lo menos una victoria: la de restablecer la autoridad del Gobierno, que durante los dos primeros meses de la lucha no existía. En este afán Largo Caballero recibió el poderoso refuerzo de los militantes

influyentes de la CNT-FAI en su Gabinete y de la creciente burocracia en todos los sectores de la vida pública, en los cuales miembros de la CNT-FAI desempeñaron papeles importantes.

Y así como el reto provocador de las Jornadas de Mayo pudo lanzarse pese a la presencia de cuatro ministros de la CNT en el Gobierno, con igual facilidad se habrían cometido atentados similares contra los trabajadores revolucionarios, estuviese o no la CNT en el Gobierno de Valencia. Como Federica Montseny lo subrayó concisamente: «en política, nosotros (la CNT-FAI) éramos absolutamente ingenuos».

CAPÍTULO XV

LA FAI Y LA LUCHA POLÍTICA

En vista de que el presente estudio persigue el propósito de sacar a luz algunas de las enseñanzas de la Revolución Española, no entraremos en los pormenores de los últimos dieciocho meses con la prolijidad que hemos gastado para el primer año de la lucha, por razones obvias. Ya en julio de 1937 el Estado y las instituciones gubernativas se habían reafirmado una vez más; la lucha armada contra Franco, una vez controlada por el Gobierno y los militaristas profesionales y librándose como guerra de frentes del norte se habían derrumbado, y en el Sur se había perdido Málaga); y las organizaciones de trabajadores se estaban desgarrando por la lucha entre personalidades y una creciente de las instrucciones que impartían los «organismos supremos», centralización. La tan socorrida fórmula de «Unidad» se interpretaba en los hechos como aceptación ciega por los trabajadores así del Estado como de las propias organizaciones.

La UGT estaba dividida por la lucha interna entre los comunistas y las corrientes de izquierda y derecha del Partido Socialista. La CNT se debatía en un pantano de compromisos. Los comités, y la burocracia sindicalista en los Consejos Económicos, en los mandos militares, en las fuerzas de seguridad, en los municipios y en todas las demás instituciones estatales, estaban completamente aislados de las aspiraciones de las masas revolucionarias y, en nombre de la unidad y de la victoria sobre Franco, repudiaban uno tras otros los principios y conquistas revolucionarias de los trabajadores. Como ya hemos dicho, las Jornadas de Mayo en Barcelona

podieron haber sido la señal de ¡alto! en este descenso; en cambio, la acción de los dirigentes las convirtió en la confirmación de que la revolución había sido derrotada.

Como para sellar esta derrota vino el Pleno de la FAI (Federación Anarquista Ibérica) celebrado en Valencia a comienzos de julio de 1937, en el que se propuso reorganizarla de modo que hiciera posible aumentar considerablemente el número de sus miembros y su «influencia». Pero era claro, a juzgar por declaraciones previas -si sus acciones no fueran pruebas suficientes- que tal reorganización de la FAI no se intentaba en defensa de la revolución sino para reivindicar algunos derechos sobre lo que pudiese quedar de la misma una vez satisfechas las «exigencias de la guerra» y lograda la obra de los políticos sobre la revolución. En una circular emitida por el Comité Peninsular de la FAI en octubre de 1936, se justificaba la participación de los anarquistas en «organismos de tipo oficial» con el pretexto de que la situación la imponía. El Comité trata en seguida del papel futuro de la CNT, que durante la reconstrucción económica del país se verá obligada a colaborar con todas las secciones del «bloque antifascista», pues no podía emprenderla sector alguno de la comunidad sino que necesitará un «organismo único que concentre los intereses comunes» de la Industria y de la Agricultura. Esta tesis es justificada con el pretexto de que «si introducimos la discordia en el campo de la economía y fraccionamos los esfuerzos que para su desenvolvimiento se lleven a cabo, produciremos una situación caótica». «Por todo ello, y anticipándonos a los acontecimiento que pudieran sobrevenir, hemos de prevenir la desaparición del Sindicato tal como es en la actualidad en unas ocasiones, y la fusión de nuestro organismo de lucha, con organismos similares de otras tendencias, en otras.»

Ahora queda en claro lo que se ocultaba detrás del plan de la FAI. En pocas palabras, esto es lo que quieren decir: puesto que los sindicatos se interesan exclusivamente en cuestiones económicas y sólo podrán influir desde el punto de vista profesional en las actividades que se les han asignado, será necesario que exista una fuerza externa que dirija este robot económico hacia los fines «a que aspira la humanidad». Esta fuerza externa es la Organización Específica. ¡Ni que decir que para semejante misión la FAI se consideraba como el instrumento elegido ideal!

Este es el primer paso en la transformación de la FAI en el equivalente de un partido político. El segundo paso es hacer más rígida la forma de organización. La FAI, fundada en 1927 en la Conferencia de Valencia, tenía como base organizativa el «grupo de afinidad». Los grupos se federaban en federaciones locales, comarcales y regionales. La unión de todas las federaciones, inclusive la Federación Portuguesa, constituía la Federación Anarquista Ibérica (FAI), representada por el Comité Peninsular.

En el Pleno de Comités Regionales celebrado en Valencia en julio de 1937, se declaraba que:

«El grupo de afinidad ha sido, durante más de cincuenta años, el órgano más eficiente de propaganda, de relación y de práctica anarquista.

»Con la nueva organización que se imprime a la FAI la misión orgánica del grupo de afinidad queda anulada.

»El Pleno entiende que los grupos de afinidad han de ser respetados, si bien, en razón de las modalidades adoptadas por la FAI, no podrán tener en la misma una intervención orgánica como tales grupos.» [\(103\)](#)

Las nuevas bases de organización de la FAI serían los grupos geográficos, por distritos y barrios. Estos se unen para formar federaciones locales, comarcales, provinciales y regionales. Los Regionales constituyen la FAI. Las solicitudes de admisión son examinadas por una Comisión anexa a cada grupo distrital o de barrio y a cada federación local. En cuanto a la FAI reorganizada, la admisión con plenos derechos se concedía: a) a todo militante que ya perteneciese a la FAI; b) a todos los que pertenecieran a organizaciones sindicales, culturales y de otra especie vinculadas al anarquismo con anterioridad al 1.º de enero de 1936. Los demás aspirantes que no cumplían con estas condiciones, pero cuyos antecedentes eran satisfactorios, serían aceptados como miembros condicionales, sin que pudieran ejercer ningún cargo en la organización durante los seis primeros meses. Estas eran condiciones para ingresar a la nueva FAI; pero ¿y la declaración de principios? Si se considera que la intención era incrementar el número de miembros «en el menor tiempo posible», no cabe sorprenderse que el documento no contenga ninguna declaración de principios, a menos que se tenga por tal el párrafo siguiente [\(104\)](#):

«Como anarquistas, somos enemigos de las dictaduras, ya sean de casta o de partido; somos enemigos de la forma totalitaria de gobierno y creemos que en el sentido futuro de nuestro pueblo será la resultante de la acción conjunta de todos los sectores que coincidan en la creación de una sociedad sin privilegios de clase en donde los organismos de trabajo, administración y convivencia sean el principal factor para dar a España, por medio de normas federales, el cauce que dé satisfacción a sus distintas regiones.»

De una organización que declara su oposición a la «forma totalitaria» de gobierno, pero no al Gobierno en sí, no se puede esperar ninguna referencia a la oposición al Estado. Tanto menos cuanto que el documento de marras contiene párrafos como los siguientes: «La FAI, sin desatender y concediendo la máxima importancia a las necesidades de la guerra; sin renunciar a sus aspiraciones finalistas, se pronuncia por impulsar la Revolución desde todos los organismos populares en que su acción pueda ser eficaz para afirmar en sentido progresivo la culminación de la revolución que se está realizando».

Y más adelante: «Propugnamos por la total desaparición de los residuos burgueses que aún subsisten y tendemos a vigorizar todos los organismos que contribuyan a esta finalidad. Por lo tanto, consideramos que, frente a nuestra posición inhibicionista del pasado, es deber de todos los anarquistas intervenir en cuantas instituciones públicas puedan servir para afianzar e impulsar el nuevo estado de cosas.»

Los delegados de la FAI que desempeñan cargos públicos quedan obligados a rendir cuentas de su misión y de su actuación a los comités, manteniendo estrechos contacto con ellos a fin de seguir en todo momento las aspiraciones que den en cada caso concreto. Todo afiliado a la FAI que sea designado para ocupar cualquier cargo público, sea el que fuere el carácter del mismo, podrá ser desautorizado o cesar en el cargo tan pronto como los órganos adecuados de la Organización lo determinen, quedando los comités obligados a informar también en esos casos.

A tenor de tales declaraciones queda patentizada la intención de la FAI de jugar el papel de un partido político en las cuestiones de gobierno. Porque para lograr que sus miembros fueran designados

para ejercer un «cargo público», la FAI tenía que ser reconocida por el Gobierno como uno de los partidos integrantes del «bloque antifascista». Ella tenía plena conciencia de cuánto estaba implícito en su acción desde un punto de vista anárquico; pero no la detuvo ningún escrúpulo y se celebraron mítines en las principales ciudades de España para lanzar este monstruo en nombre del anarquismo.

En una declaración al movimiento anarquista internacional [\(105\)](#), la FAI pedía comprensión para sus acciones y respeto por decisiones tomadas sólo después de «libre y apasionada discusión».

(Pero se pasa en silencio el hecho de que los compañeros de la FAI que servían en los frentes, y eran muchos, no tuvieron voz en las deliberaciones) [\(106\)](#). «Por ejemplo, la nueva estructura de la FAI, en que se acepta una forma de actividad política, como la participación de la FAI en todos los organismos creados por la Revolución y en todos los puestos donde nuestra presencia es necesaria para acelerar la actividad e influir en las masas y en los combatientes, han sido motivo de muchas discusiones violentas, sin que semejante iniciativa constituyera una modificación fundamental en nuestra táctica y en nuestros principios, sino simple y únicamente una adaptación circunstancial a las necesidades de la guerra y a los nuevos problemas creados por la Revolución.» Sin embargo, la oposición a la reorganización de la FAI en España fue considerable, particularmente en Cataluña, donde, al celebrarse un Pleno Regional de Grupos, numerosos delegados se retiraron. Dos meses después, en un artículo publicado en Solidaridad Obrera (12 de octubre de 1937), Gilabert, secretario de la Federación Local de Grupos Anarquistas en Barcelona, se refería de nuevo a la «minoría considerable» de la

oposición y agregaba que «las discrepancias llegaron a tal extremo que algunos grupos disconformes amenazaron con la escisión». Se designó un comité con el fin de encontrar una solución. Esta consistió en aceptar que la crecida oposición quedaba en libertad de seguir actuando sobre la base de grupos de afinidad, «pero teniendo en cuenta que sus determinaciones de carácter orgánico tendrán el valor numérico que corresponda a su carácter de afiliados». Este acuerdo, sin embargo, debía someterse a un Congreso Peninsular para su ratificación.

El plan para aumentar el número de militantes de la FAI dándole mayor elasticidad a su base ideológica, no parece haber tenido el éxito que se esperaba. Antes de julio de 1936, los miembros de la FAI se estimaban en 30.000. Y según Santillán [\(107\)](#), a fines de 1937 la cifra era de 154.000. Pero lo que se había ganado en cantidad se había perdido en contenido revolucionario. Y el afán de crear un movimiento de masas se había realizado a expensas de los valores individuales y de los principios anarquistas.

SEGUNDA PARTE

INTRODUCCIÓN

Durante los últimos dieciocho meses de la lucha los movimientos revolucionario y antifascista estaban viviendo una mentira. Con el control de la vida económica y de la lucha militar en manos de los agentes de Stalin apoyados por todos los enemigos políticos de la revolución, y con la complicidad voluntaria o involuntaria de muchos sedicentes revolucionarios, no podía haber otro desenlace que una victoria de Franco y sus aliados. Las ofensivas militares lanzadas por el Gobierno de Negrín eran sea fracasos tremendos o aventuras costosas en que los éxitos militares muy pronto se convertían en retiradas. Eran consideraciones políticas y no militares las que presidían todas estas ofensivas, de modo que aun los defensores del mando único, de la organización militar y de la disciplina de hierro «semejante a la del enemigo», debieron sentirse amargamente defraudados con los resultados.

Sólo cuando los archivos de la CNT-FAI estén a disposición de los estudiosos de la revolución se conocerá el verdadero sentir de los militantes y líderes de aquel entonces, porque su prensa, plagada de consignas de victoria, propaganda militarista, glorificación de la guerra y amenazas para quienes rehuían su «deber» para con la «patria», ya no era la voz de la organización en conjunto, sino la del Gobierno y de los chovinistas «revolucionarios». Sin embargo, aun a falta de pruebas de tal sentir, no es de creer que los líderes de la CNT-FAI fueran tan ingenuos como para ilusionarse todavía con la derrota militar de Franco; pero sí es lícito suponer que

algunos entre ellos compartieran el punto de vista de algunos miembros del Gobierno en el sentido de que no había que escatimar esfuerzos para prolongar la guerra a cualquier precio hasta el estallido de las hostilidades entre Alemania e Inglaterra, que todo el mundo consideraba inevitable a corto plazo. Como hubo quienes esperaban la victoria cual resultado de la conflagración internacional, así también muchos revolucionarios españoles dieron su apoyo a la II guerra mundial con la esperanza de que una victoria de las «democracias» (¡incluyendo a Rusia!) traería consigo automáticamente la liberación de España de la tiranía Franco-fascista.

En esta esperanza se observa una curiosa combinación de oportunismo político y de ingenuidad. Aquél es común a todas las organizaciones de masa; pero es el concurso de ambos el que caracteriza particularmente al liderazgo revolucionario español y de lo que, al parecer, Federica Montseny tenía conciencia cuando decía «en política somos absolutamente ingenuos». Hemos visto cómo desde los primeros días de la lucha en España estos líderes fueron burlados y maniobrados por los políticos en todas las coyunturas. Es también significativo que su contacto con los políticos no influyera ideológicamente en estos últimos, al par que buen número de dirigentes de la CNT fueron a la postre ganados a los principios mismos del Gobierno y de la autoridad centralizada, no «circunstancialmente», sino en forma permanente (Horacio Prieto, García Oliver, Juan Peiró, Juan López, para no citar más que a unos pocos de los «militantes destacados que recordamos»).

Con la derrota de la revolución en mayo de 1937 por la Autoridad central, los líderes de la CNT-FAI ya no representaban más una fuerza digna de consideración por el Gobierno, el que procedió a imponerse a las milicias, a suprimir las patrullas obreras en la

retaguardia y a destruir las colectividades, arrancándole así los dientes a la revolución; le cupo a los líderes de la CNT destrozarle su corazón.

Los últimos dieciocho meses de la lucha se señalan no sólo por desastres militares en que se sacrificaron decenas de miles de vidas, sino por deliberados intentos de transformar la CNT desde dentro hasta desfigurarla. Es este desarrollo el que nos proponemos describir en las páginas siguientes. A nuestro juicio, este propósito es de gran importancia para el movimiento revolucionario libertario porque, pese a que algunos militantes españoles explican todas las iniciativas tomadas como determinadas por las «circunstancias», nos parece que el rápido crecimiento de un liderazgo autoritario en la CNT así como la incapacidad de las bases de impedirlo, proceden directamente del entreguismo de los principios básicos desde el comienzo de la lucha en julio de 1936.

CAPÍTULO XVI

DE LAS MILICIAS A LA MILITARIZACIÓN

«Nosotros no vamos por medallas ni fajines. No queremos diputaciones ni ministerios. Cuando hayamos vencido, volveremos a las fábricas y talleres de donde salimos apartándonos de las cajas de caudales, por cuya abolición hemos luchado tanto. En la fábrica, en el campo y en la mina es donde se creará el verdadero ejército defensor de España.»

DURRUTI (según S.O., 12 de setiembre de 1936.)

«El Gobierno ha concedido el grado de teniente coronel, a título póstumo, al glorioso caudillo libertario Buenaventura Durruti.»

(Titulares en S.O., 30 de abril de 1938.)

A pesar de sus tradiciones de violencia, la CNT-FAI también tenía una tradición anti-militarista y anti-guerrera. Fue resumida en el Congreso de Zaragoza en mayo de 1936 en un Dictamen sobre la situación política militar en los siguientes términos:

«6º. Empezar una campaña de agitación oral y escrita contra la guerra y contra todo aquello que tienda al desarrollo de la misma. Creación de Comités anti-militaristas que establezcan una relación directa con la A.I.T. para estar al corriente de las cuestiones internacionales y fomentar entre la

juventud, por medio de octavillas y folletos, la aversión a la acción guerrera y la negación al ingreso al servicio militar.

»7º En caso de que el Gobierno de España declarase una movilización bélica, será declarada la huelga general revolucionaria.» [\(108\)](#)

Cabe observar que estas declaraciones fueron publicadas sólo dos meses antes de la revolución militar, y a sabiendas de que semejante alzamiento se estaba organizando. En efecto, en el preámbulo al Dictamen referido se dice:

«Teniendo en cuenta que España atraviesa una situación francamente revolucionaria, y que si la CNT no procura salir en defensa de las libertades escamoteadas por todos los gobernantes de derechas y de izquierdas, queda su acción circunscrita al capricho de los flujos y reflujos de la política, es necesario que se convenga en una acción común para combatir a fondo todas las leyes represivas y las que van contra la libertad de asociación y expresión del pensamiento.

»Reconociendo el fracaso del actual régimen democrático y creyendo que la actual situación política y social r.ío tiene solución en el Parlamento y que al desatarse éste puede provocar una reacción derechista o bien una dictadura -no importa de qué clase-debe ser la CNT, reafirmando sus principios apolíticos, quien se lance abiertamente a demostrar la ineficacia y el fracaso del parlamentarismo.» [\(109\)](#)

No había transcurrido un mes desde la rebelión -en agosto del 36- cuando estos principios y tácticas fueron sometidos a prueba,

porque el Gobierno de Madrid dictó un decreto en que ordenaba la movilización de los reemplazos de 1933, 34 y 35. Este fue contestado por jóvenes catalanes, que celebraron un mitin de masas en el teatro Olimpia de Barcelona con «su negativa de volver a los cuarteles». En un manifiesto equivoco, la CNT defendió su causa. Decimos equívoco, porque no fue un ataque a la movilización y al principio de la conscripción, sino una defensa de jóvenes que gritaron. «¡Abajo el Ejército, vivan las Milicias Populares!» Sin embargo, el manifiesto concluye con una enérgica advertencia a los Gobiernos de, Cataluña y de Madrid:

«No podemos defender la existencia ni comprender la necesidad de un ejército regular, uniformado y obligatorio. Este ejército debe ser sustituido por las milicias populares, por el Pueblo en armas, garantía única de que la libertad será defendida con entusiasmo y de que en la sombra no se incubaron nuevas conspiraciones.» [\(110\)](#)

Mientras tanto, un Pleno de Locales y Comarcales de la FAI fijaba su posición en estos términos:

«El pleno... acepta el hecho consumado de las milicias populares como necesidad ineludible de la guerra civil comenzada. El Pleno se muestra contrario a la militarización de las milicias aunque reconociendo, sin embargo, la necesidad de una organización en la acción, indispensable en toda guerra.» [\(111\)](#)

Puede juzgarse mejor el significado real y la sinceridad de lo que

antecede si se lee conjuntamente con la declaración lanzada por el Comité de Milicias el 6 de agosto, que dice:

«El Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña ha decidido que los soldados de los años 1934, 1935 y 1936 se reintegren inmediatamente a los cuarteles y que allí se pongan a disposición de los Comités de Milicias constituidos bajo la jurisdicción del Comité Central.» [\(112\)](#)

Este Comité Central, recuérdese, era de hecho si no en el nombre el «Gobierno Revolucionario» de Cataluña y estaba compuesto por representantes de todos los partidos políticos y organizaciones de trabajadores. Por la FAI, Santillán y Aurelio Fernández, y por la CNT, Durruti, García Oliver y Asens.

En el primer bando de acuerdos del Comité, «cuyo cumplimiento es obligatorio para todos los ciudadanos», art. 7, queda muy en claro -¡si la advertencia anterior no lo era ya!- que aquél se proponía dar órdenes y ser obedecido:

«El Comité espera que, dada la necesidad de construir un orden revolucionario para hacer frente a los núcleos fascistas, no tendrá necesidad, para hacerse obedecer, de recurrir a medidas disciplinarias.»

Queda patente así que, desde un comienzo, los líderes revolucionarios consideraban la lucha como una empresa en que ellos no serían los guías y coordinadores del entusiasmo popular, sino sus controladores; que la alternativa al Gobierno Central y a la Generalidad no serían nuevas formas de organización, sino el

Gobierno jacobino disfrazado de Comité Central de Milicias Antifascistas; que la respuesta al levantamiento militar no sería el pueblo en armas, sino un ejército «popular» de voluntarios y conscriptos empeñados en competir con los militaristas en su propia profesión: ¡la guerra!

En tales circunstancias no es de extrañar que la posición de los líderes revolucionarios cambiara de semana en semana. A fines de agosto de 1936 puede observarse una nueva postura. Con grandes titulares destaca Solidaridad Obrera (29 de agosto) un bando publicado en todas las zonas de ocupación de la Columna Durruti, firmado por José Esplugo, en que se declara que:

«En nombre de los Comités Antifascistas, interpretando el decreto del Gobierno de Madrid ante el llamamiento de los reemplazos del 34 y 36, hace saber la obligación ineludible de incorporarse a filas, ya a las zonas respectivas o a las columnas, y a estas últimas con preferencia por ser de más comodidad.»

Para ciertos líderes como García Oliver la fase de las milicias había quedado atrás a principios de agosto. En un gran mitin en Barcelona declaró: «El ejército del Pueblo salido de las milicias debe organizarse a base de una concepción nueva.» Y esboza las medidas que se tomarán con este fin:

«Vamos a organizar una escuela militar revolucionaria en donde formemos los mandos técnicos, que no estarán calcados de la antigua oficialidad, sino como simples técnicos que seguirán, además, las indicaciones de los oficiales

instructores que han demostrado su fidelidad al Pueblo y al proletariado.» [\(113\)](#)

La formación del Gobierno de Largo Caballero a principios de setiembre de 1936 y el creciente poder de los comunistas fue la señal de un intento definitivo de constituir una máquina militar controlada por el Gobierno. Que semejante paso pudiese asegurar la victoria sobre Franco era dudoso; pero que era un golpe efectivo contra la revolución, de eso no cabía duda. El «mando único» fue un mito hasta el fin, dado que los generales no eran sino peones manejados por los partidos políticos. Consideraciones políticas dominaron la elección de los comandantes militares y se lanzaron ofensivas costosas en vidas y materiales sólo con fines de política partidista.

No creemos que los líderes de la CNT abrigaran la menor ilusión sobre la sinceridad de los políticos; pero al descartar la solución revolucionaria en favor de la solución gubernamental desde un comienzo, se vieron envueltos en el juego político, en el cual comprendían que no podrían desempeñar un papel efectivo sino en tanto y mientras pudieran ocupar posiciones claves dentro de la máquina estatal. Durante los primeros meses los militantes de la CNT ofrecieron cierta resistencia a la política gubernamental reaccionaria propugnada por los líderes y aunque a la larga, gracias a su monopolio virtual sobre la prensa y otros cauces de propaganda, al rápido avance de Franco sobre Madrid y a otras dificultades materiales, las diversas medidas fueron aceptadas como «inevitables en estas circunstancias, etc...», los líderes de la CNT se encontraron siempre un paso detrás de los partidos políticos en cuanto a compartir las funciones claves se refiere. Habiendo desarrollado una mentalidad legalista y burocrática, el

tejemaneje político se convirtió en una obsesión para ellos.

Peirats describe como sigue las reacciones de los milicianos confederales contra la militarización:

«Las columnas confederales y anarquistas fueron las más reacias a esa nueva modalidad, que interpretaban como un paso decisivo hacia el clásico militarismo, al fuero de guerra y a la disciplina de cuartel. Cuando los Comités superiores de la CNTFAI optaron por la militarización general de las milicias, cosa a que apremiaban desde el Gobierno los ministros de la CNT, se produjo una grave confusión en todos los frentes en que participaban los combatientes confederales. Hubo reuniones tempestuosas entre los combatientes y las delegaciones comiteriles que iban al frente con la difícil misión que es de suponer. Muchos milicianos intransigentes, que se habían incorporado a los frentes con carácter de voluntarios, rescindieron su compromiso y regresaron a la retaguardia. Más tarde volvieron a incorporarse. La columna Durruti quedó transformada, al militarizarse, en 26 División. El clima revolucionario y de compañerismo entre los nuevos jefes y tropa, persistió milagrosamente hasta el final de la guerra.»
[\(114\)](#)

Hasta la Columna de Hierro, cuya intransigencia revolucionaria durante los primeros días de la lucha hemos mencionado ya, se desbandó en un mitin público en que declaraba que lo hacía «con objeto de no apartarse de la lucha que se sostiene contra el fascismo». Quizás estos hombres valientes tuvieron motivos después para lamentar su decisión.

Una vez entregados a la idea de la militarización, los líderes de la

CNT-FAI se dedicaron de lleno a la tarea de demostrarle a todo el mundo que sus militantes eran los componentes más disciplinados y valerosos de las fuerzas armadas. La prensa confederal está repleta de fotografías de sus líderes militares (¡por supuesto en sus uniformes de oficiales!), a quienes entrevistaba y cuya exaltación al grado de coronel o mayor celebraba con ardientes expresiones laudatorias.

A medida que la situación militar empeoraba, el tono de la prensa confederal se hacía más agresivo y militarista. *Solidaridad Obrera* publicaba diariamente listas de nombres de individuos que habían sido condenados por los tribunales militares en Barcelona y fusilados por «actividades fascistas», «derrotismo» o «deserción». Leemos que un hombre fue sentenciado a muerte por haberle facilitado a unos conscriptos la fuga a través de la frontera. Y *Solidaridad Obrera* (21 abril 1938) nos informa bajo el título de «Sentencia Cumplida» que:

«Aprobado el fallo recaído en la causa instruida en juicio sumarísimo por el delito de abandono de servicio y destino, cuya vista ante la Sala del Tribunal Permanente de Justicia del XXII Cuerpo de Ejército se verificó el 17 del actual y del que era reo el teniente de Intendencia Mariano Sanz Navarro, tuvo lugar la ejecución de la sentencia en el pueblo de Villafamat, adonde fue trasladado y sentenciado para mayor ejemplaridad. Asistieron las fuerzas de la plaza, que desfilaron ante el cadáver dando vivas a la República.»

Esta campaña de disciplina y obediencia por la intimidación y el terror -sólo por razones de espacio reseñamos brevemente este problema sobre el cual hay materiales abundantes-no impidió

deserciones en gran escala desde los frentes (aunque no a menudo a las líneas de Franco) y un descenso de la producción en las fábricas.

Hay documentada evidencia de la caída de la producción en la industria bélica a consecuencia de la nacionalización de todas las fábricas empeñadas en la manufactura de material de guerra.

Esto prueba que, con todas sus desventajas, el control de los trabajadores en las fábricas traía consigo una mayor productividad que cuando el Gobierno se incautó de ellas so pretexto de una mayor eficiencia (aunque de hecho con el fin de controlar ese arsenal en potencia del pueblo en armas). No hay razón para dudar que, por iguales motivos, la moral de los milicianos alcanzó su punto máximo cuando no existía el control del Gobierno ni la regimentación de las fuerzas armadas.

Pero desde un ángulo anarquista había dos objeciones vitales a la militarización:

1.º La lucha armada, que se inició con un carácter socio-revolucionario, se deformaba en una guerra nacional cuyo desenlace sólo tenía importancia para las clases dominantes.

2.º La militarización entraña centralización del poder, la movilización y conscripción de todo un pueblo, y es la negación de la libertad individual.

Discutiremos estos aspectos más extensamente en nuestro capítulo final.

CAPÍTULO XVII

EL PLENO NACIONAL DE ENERO DE 1938

El «Pleno Nacional Económico Ampliado» celebrado en Valencia en enero de 1938 fue la primera conferencia comprensiva de la Confederación desde el Congreso de Zaragoza en mayo de 1936 a que ya nos referimos en los primeros capítulos. Al Pleno de Valencia concurrieron más de 800 delegados que representaban 1.700.000 militantes. No están disponibles las actas de este Pleno, y sólo podemos apoyarnos en informes fragmentarios publicados en la prensa como asimismo en un folleto impreso publicado por el Comité Nacional de la CNT, que contiene los acuerdos adoptados por el Pleno.

Peirats apunta que en aquel Pleno

«... una de las anomalías que se advierten es la previa dictaminación por el Comité Nacional sobre todos los puntos del orden del día. Choca esto con los procedimientos tradicionales. Bien que expuestos todos los dictámenes, previamente elaborados por el C. N., a discusión de los delegados presentes en el Pleno, el procedimiento hubiera sido denunciado como irregular y capcioso en otras circunstancias. Otra irregularidad nunca tolerada fue la intervención deliberada del Comité Nacional en todos los debates y muy especialmente en la defensa de sus dictámenes.» [\(115\)](#)

El secretario general de la CNT explicó que la finalidad del Pleno era examinar ciertas cuestiones fundamentales; demostrarla madurez alcanzada por la Organización durante dieciocho meses de experiencia constructiva en el campo económico, y resolver aquellos problemas con «precisión, claridad y positivismo». Además, había que crear la impresión general de que los trabajadores eran capaces de resolver los problemas creados por la situación, imponiéndose todos los sacrificios necesarios y superando todas las deficiencias existentes. Y finalmente, estudiar «al margen de la política y de la guerra» la situación económica en conjunto y buscar la solución más racional y adecuada.

No es de extrañar, en vista de la creciente centralización de la Organización, que muchos de los acuerdos del Pleno tendieran a robustecer el poder de la dirección, tanto en el aspecto del control y manejo de la industria como en el de la vida interna de la Organización. Así, por ejemplo, el controvertido punto 4.º de la tabla (que fue una de las tres únicas resoluciones adoptadas por votación, siendo las demás aprobadas por unanimidad) proponía la creación de Inspectores de Trabajo para las fábricas «que estén en manos de los obreros». La necesidad de tales inspectores es justificada en una Memoria por el Comité Nacional en estos términos:

«Sabemos que la inmensa mayoría de los trabajadores y de los militantes han cumplido con su deber y han procurado por todos los medios intensificar la producción. Sin embargo, se ha reconocido la existencia de minorías que, con plena irresponsabilidad e inconsciencia, no han dado a la actividad de la retaguardia el rendimiento que era de esperar.» [\(116\)](#)

Los inspectores debían ser designados por cada Federación Nacional de Industria y sus obligaciones están consignadas en los párrafos siguientes:

«1.º Estos delegados propondrán las normas encaminadas a orientar eficazmente las diferentes unidades industriales con vistas a mejorar su economía y administración. No podrán obrar por cuenta propia; serán los encargados de cumplir y hacer cumplir las disposiciones de los Consejos, de los cuales dependerán.

»2.º Para la mayor eficacia y funciones y en los casos que fuere necesario, propondrán a los Consejos que les hayan nombrado la aplicación de las sanciones pertinentes a los organismos o individuos que por incumplimiento de sus deberes las hayan merecido.

»3º. La Organización acordará la extensión de las facultades coercitivas correspondientes a los organismos que deben usar este derecho, fijando el Reglamento que las determine.

»Estas disposiciones están encaminadas exclusivamente y se refieren a las industrias que estén en manos de los obreros.»

Para apreciar el poder real de los inspectores hay que considerar el punto 11 de la tabla que trata de «la implantación de las normas de trabajo». Entre las proposiciones sobre el particular se incluye la de un Comité de Control Sindical en cada fábrica:

«... que asistirá al Consejo de Empresa y velará por el escrupuloso cumplimiento del trabajo. Será un colaborador y

procurará auxiliar siempre en la perfección de los métodos de trabajo y en la superación cuantitativa del mismo. El Comité de Control sindical ilustrará a la Junta Sindical sobre todos los detalles que caracterizan la empresa. Propondrá al Consejo Técnico Administrativo el nombramiento de distribuidores y de responsables generales para la empresa. Facilitará el descubrimiento de los elementos negativos, denunciando los casos de incompetencia que se revelen. Se esmerará en mejorar en lo posible las condiciones materiales de trabajo de los obreros. Propondrá ascensos en la clasificación profesional de los que lo hayan merecido y hayan pasado inadvertidos al distribuidor, mediando para ello un examen de capacitación. Se ocupará de la higiene, de la propaganda, del fortalecimiento de los vínculos morales entre los obreros en el trabajo socializado. Revisará periódicamente la contabilidad. y cursará de todo ello informes de protesta o meritorios al Consejo Técnico Administrativo y a la Junta Sindical, y se pondrá a Las órdenes del delegado de trabajo para cuanto éste precisara.» [\(117\)](#)

Además, el Consejo Nacional de Economía «editaré un carnet de productor, articulando los derechos y deberes de todos en el contrato económico de la producción confederal, condensando los acuerdos principales del Pleno Económico ampliado. Pero aún no basta... ¡Cada trabajador tendrá un carnet de trabajo, fuera de su carnet sindical y su carnet de productor! El peligro que para los trabajadores encerraba el «carnet de trabajo queda evidenciado en los puntos que tratan del trabajador deficiente y son de tal importancia que merecen ser transcritos íntegramente:

«4.º El distribuidor que oficia de responsable auxiliar en la sección de oficio, en el tajo y en el Comité de control sindical, podrá proponer el despido de un trabajador, y de acuerdo con el responsable general, se adoptarán resoluciones rápidas:

»En la no asistencia al trabajo injustificada; en cuanto a los contumaces en la entrada tardía al trabajo; en cuanto a los que no se avengan a cubrir el tipo de producción señalada; en cuanto a los que acusen tendencias derrotistas enfrentando a los obreros con los responsables del trabajo o con los de orientación sindical.

»Sancionado el despido, el obrero puede apelar a la Junta Sindical, la cual, asesorada por el Consejo Técnico Administrativo, sancionará en definitiva.

»Cuando aceptando la proposición de un distribuidor, responsable general o Comité de Control, la Junta Sindical determine el despido de un obrero por perezoso o inmoral, la Industria viene obligada a proporcionarle trabajo en otro lugar, extendiéndole el certificado de trabajo correspondiente.

»Si en un nuevo lugar de trabajo el obrero reincidiera y fuera de nuevo despedido con arreglo al procedimiento regular, ya no se le proporcionaría trabajo en la misma localidad, destinándole la industria a otra localidad, donde se le ocupará si se estima necesario.

»Si también después de este cambio se produjera otra reincidencia, por contumacia, se le registrarán sus antecedentes en los carnets de trabajo y sindical, dejando a discreción del Sindicato afectado las sanciones de suspensión temporal en el trabajo que haya de imponerle, expediente que se recomienda en última instancia.

»Como las tomas de personal para cualquier empresa se verificarán por las oficinas del Consejo Técnico Administrativo del sindicato, todos los obreros y empleados tendrán una ficha, en la que se catalogarán los pormenores de su personalidad profesional y social. El Consejo Técnico Administrativo recibirá el personal de las secciones respectivas del sindicato, las cuales certificarán su moralidad y sus aptitudes profesionales.» [\(118\)](#)

¡Esto es lo que la CNT en enero de 1938 describía como «organización responsable»! No vacilamos en calificar el «carnet de trabajo» como distintivo de esclavitud que hasta los reaccionarios y acomodaticios sindicatos de Estados Unidos o Inglaterra resistirían hasta el último hombre, pero que fue adoptado por la CNT por 516 votos a favor, 120 contra y 82 abstenciones.

Sobre las medidas para estrechar la «unidad» de la organización, el punto 8.º de la tabla es el más significativo. Propone una reducción drástica del número de publicaciones circulantes con la justificación aparente de una escasez de papel, de la innecesaria duplicación de materias y de la falta de compañeros competentes para editarlos. Esta palabra «competentes» adquiere un sentido un tanto siniestro al leer más adelante que otra razón para reducir la prensa es la necesidad de imprimirle a las publicaciones una orientación homogénea. «Hay que terminar con las contradicciones públicas en el movimiento.»

Con este fin se resolvió que en Barcelona, Valencia y Madrid los diarios de la mañana y de la tarde «deben aparecer», mientras que en otras ciudades, cuya lista se da, «pueden editarse» diarios de la mañana. A este ucuse sigue la solemne advertencia de que

«... todos los diarios que no se atengan a este plan deberán desaparecer por considerarse antieconómicos e innecesarios.»

También se establece taxativamente lo que publicarán los diarios y periódicos en sus columnas. Así, por ejemplo, todos los diarios «quedan obligados» por resolución del Pleno Nacional a dedicar una o media página diariamente a los campesinos. Los boletines publicados mensualmente por cada Federación Nacional de Industria se ocuparán de las actividades de la industria y «no tratarán para nada de la marcha política ni militar, por ser ello competencia exclusiva de los diarios. Análogamente, la Federación Nacional de Campesinos publicará un boletín mensual que

«... deberá circunscribir su contenido al estudio y a la orientación técnica, abandonando en absoluto el aspecto orientación política o sindical, ya que es competencia exclusiva de los diarios una cosa y de los Boletines otra.»

La ofensiva para controlar la opinión política salta a la vista. Sería interesante averiguar qué cambios se produjeron en los cuerpos de redactores de los diarios de la CNT y qué alcances políticos tuvieron, y por último, y esto es de gran importancia, quiénes dieron las órdenes para estos cambios. No es fácil reunir los antecedentes del caso, tarea que presenta un interés vital para formarse un juicio exacto acerca de donde se encontraba el poder real de la Organización en estos años aciagos.

El rumbo que toma la CNT en su Pleno de enero de 1938 es tan evidente y reaccionario que nada puede causarnos sorpresa en adelante. Ni siquiera la creación de un Comité Ejecutivo del M.L.E. (Movimiento Libertario Español) en Cataluña a principios de abril

del mismo año:

«Este Comité Ejecutivo se regirá por la siguiente mecánica interna. Todos los acuerdos serán tomados por unanimidad o por mayoría, y cuando resultase empate, se procederá a la renovación total de los miembros del Comité.

»Todos los órganos locales y comarcales de los tres Movimientos secundarán y cumplirán las resoluciones de este Comité.

»El Comité Ejecutivo del Movimiento Libertario estará asesorado por una Comisión Militar, para ilustrarle mediante el estudio previo de los problemas.

»Será potestad del Comité Ejecutivo, de acuerdo con los Comités del Movimiento, elegir los elementos capacitados que constituyan la Comisión Asesora Militar y la Comisión Asesora Política.

»Las atribuciones ejecutivas de este Comité llegarán hasta la expulsión fulminante de aquellos individuos, grupos, Sindicatos, Locales, Comarcales o Comités que no acaten las resoluciones generales del Movimiento y que con sus actuaciones produzcan daño al mismo.

»También sancionará a quienes presten apoyo a los que hayan sido expulsados de las tres organizaciones por las causas anteriormente señaladas.

»Las facultades ejecutivas y sancionadoras de este Comité alcanzarán lo mismo al frente que a la retaguardia.» [\(119\)](#).

Nada subsiste ya -ni siquiera la ilusión-de la CNT como una organización revolucionaria controlada por sus miembros.

Ahora resultaba tarea fácil encontrar un terreno común con los líderes de la UGT para firmar otro de esos pactos de unidad que abundan en una España que, no obstante, sigue dividiéndose cada vez más con el transcurso del tiempo.

CAPÍTULO XVIII

EL PACTO UGT-CNT

La «evolución de la CNT, evidenciada por el Pleno de Valencia de enero de 1938, sin duda facilitó las negociaciones para llegar a un acuerdo sobre un «pacto de unidad» con la Unión General de Trabajadores controlada por los socialistas. La intransigencia revolucionaria de 1936 había cedido en las mentes de los líderes de la CNT a una preocupación por lo que ellos consideraban «justa participación» en la maquinaria del Gobierno en todos los niveles, no sólo dentro de las «circunstancias excepcionales» creadas por la lucha armada, sino en el futuro, supuesta una milagrosa victoria sobre Franco.

La única unidad efectiva es la que forjan los propios trabajadores en sus lugares de trabajo; una unidad que surge de problemas y necesidades comunes y del respeto mutuo. Esto había ocurrido en muchas fábricas y colectividades en España desde un comienzo; pero resultaba imposible en los casos en que la UGT estaba dominada políticamente por los comunistas o los socialistas de derecha. Y todo lo que podía hacer la CNT era respetar los derechos de quienes estaban en desacuerdo con sus concepciones sobre la reorganización social y económica del país, defendiendo a la vez su propio derecho a rechazar toda injerencia desde el exterior.

Los líderes de la CNT y UGT, ansiosos de llegar a algún acuerdo sobre sus respectivas cuotas de participación de poder político en los futuros destinos de España, estaban prontos a borrar las diferencias que separaban a ambas organizaciones por medio de

un pedazo de papel con sus firmas y denominado Pacto de Unidad. El sentido de su propia importancia exhibido por los líderes, su creencia de que los problemas humanos reales pueden soslayarse con una especie de regateo en las altas esferas, es uno de los aspectos más repugnantes de la política de poder.

En el proyecto de bases presentado por la CNT y la UGT respectivamente para el Pacto de Unidad, llama de inmediato la atención el hecho de que la UGT no hacía concesiones a los objetivos revolucionarios de la CNT, sin perjuicio de aparentar un interés mentido por la importancia del control obrero, que considera como «una de las mayores y más valiosas conquistas de los trabajadores», y de pedir que el Gobierno legalizara el control obrero «que defiende los derechos y deberes de los trabajadores con respecto a la producción y distribución». Por otra parte, la CNT, en lo que parece un intento desesperado de encontrar un terreno común con la reformista UGT, esboza la función de un Comité Nacional Unido, que consistiría en «asegurar la participación efectiva del proletariado en el Estado Español» y de asumir «ahora y siempre la defensa de un régimen realmente democrático, opuesto a todas las ideas y ambiciones totalitarias».

Sobre el problema de la «Defensa Nacional», la CNT proponía, entre otras cosas, que la CNT y UGT «contribuyeran por todos los medios posibles a la creación de un Ejército regular para ganar esta guerra y salvaguardar nuestra libertad en el futuro». La CNT abogaba en defensa del control obrero, pero a la vez proponía la creación de un Consejo Económico Nacional, compuesto de representantes de los sindicatos y del Gobierno, cuya función sería «dirigir la producción, distribución, crédito, comercio y cuestiones de compensación, que actuaría por medio de consejos nacionales de industria y que estaría constituido a semejanza del Consejo

Económico».

La Federación Anarquista Ibérica, comentando estos documentos [\(120\)](#), considera las proposiciones de la UGT como «recapitulaciones desde el principio hasta el fin del punto de vista del Gobierno» y que los líderes de la UGT no estaban interesados en la unidad efectiva y «sólo actuaban para la galería». Las proposiciones de la CNT le merecen a la FAI los comentarios siguientes:

«... (son) un producto de la doble necesidad de manifestar nuestra voluntad de cooperación y de mantener nuestros principios. Hemos hecho cuanta concesión era compatible con estos últimos y con la defensa de nuestras conquistas revolucionarias.

»La CNT ha pedido nuevamente cooperación y representación en el Gobierno antifascista, en particular en los ministerios de Guerra y Economía... Por otra parte, la CNT ha aceptado la nacionalización de las industrias de guerra, ferrocarriles, bancos, telégrafos, etc., y ha hecho muchas concesiones, reservando únicamente el principio de la representación sindical en los consejos de Gobierno de estas organizaciones.)

El Programa de Unidad de Acción entre la UGT y la CNT [\(121\)](#), que es el resultado de las proposiciones presentadas anteriormente por ambas organizaciones, es un documento que reconoce expresamente el poder y autoridad en última instancia del Gobierno y del Estado, y que procura incorporar las organizaciones de trabajadores en las instituciones y maquinaria del Gobierno y del Estado. Hasta en el problema de las

colectividades el Gobierno se reservaba la última palabra:

«1. La UGT y la CNT reconocen que hay que darle una forma legal a las Colectividades y, por lo tanto, estiman que es necesario legislar al respecto y resolver cuales entre ellas deben conservarse, cuáles serán las condiciones de su constitución y trabajo; y hasta qué punto puede intervenir en ellas el Estado.

»2. Las colectividades que puedan someterse a la legislación referida y que sean reconocidas útiles económicamente recibirán ayuda del Estado.

»3. Se planificará la legislación referente a las colectividades y se presentará al Gobierno por intermedio del Consejo Nacional de Economía.»

¿Quién, nos atrevemos a preguntar, decidirá cuáles colectividades son útiles económicamente y para quién? Y al darle a los legisladores poderes para determinar qué Colectividades pueden seguir trabajando se destruye la base misma de las colectividades: la de ser una creación espontánea del pueblo que trabaja en ellas.

De acuerdo con el programa de la CNT-UGT, es del resorte del Gobierno «controlar la producción y regular el consumo interno, que constituyen la base de nuestra política de exportación». Con referencia a los salarios:

«La UGT y CNT pro pugnan la fijación de un salario mínimo basado en el costo de la vida y que considere tanto la capacidad profesional como la productividad individual. A este

respecto sostienen el principio de que el que produce más y mejor, recibirá más, sin distinción de edad o sexo, mientras subsistan las circunstancias derivadas de las necesidades de la reconstrucción nacional.» [\(122\)](#)

Semejantes métodos de aumentar la producción hacen necesaria una nueva burocracia de peritos de producción, de fijadores de tasas de trabajo, pasatiempos y otros parásitos, aparte del hecho que en el proceso de trabajo los trabajadores se dividen y se apartan unos de otros por quejas recíprocas. El trabajo por piezas es la propia antítesis del apoyo mutuo en que se basaron las colectivizaciones de la revolución española y que las distingue, por ejemplo, de los colectivos rusos.

Otro ejemplo de este intento de destruir el espíritu de apoyo mutuo está contenido en las proposiciones referentes a las colectividades agrícolas. La UGT-CNT proponían que la tierra fuera nacionalizada «y que las utilidades provenientes de la nacionalización fueran traspasadas a las colectividades y cooperativas rurales, de preferencia a las organizadas por la CNT y la UGT. El Estado debiera adoptar una política de ayuda a las colectividades existentes, en particular a las de la UGT y CNT y a los sindicatos voluntarios de campesinos constituidos legalmente». El Gobierno se encargaría de ayudar a los campesinos en la adquisición de maquinarias, semillas, etc., y de otorgar créditos a través del Banco Nacional de Crédito Agrícola. De tal modo, el control estaría siempre y permanentemente en manos de la autoridad central, lo que no se conseguiría naturalmente, sino a expensas de la iniciativa local.

De paso, cabe observar que las proposiciones referentes a la agricultura están en contradicción directa con el espíritu de las

resoluciones adoptadas por los sindicatos campesinos en su Pleno de Valencia en junio de 1937, en que se acordó coordinar sus actividades en escala nacional, no con intervención del Estado sino por medio de los propios organismos de los trabajadores. Y ese espíritu de ayuda mutua queda expresado con toda claridad en el artículo 26 (e) de su constitución, que dice:

«Aunque inicialmente las empresas colectivas e individuales se considerarán en libertad para devengar sus necesidades de lo que producen, queda entendido, sin embargo, que ambas empresas consideran como su objetivo una distribución equitativa del producto de la industria agrícola en forma de asegurar un derecho igual a todos los consumidores en todo el país en el más amplio sentido de la palabra.»

Las referencias al control obrero en el Pacto CNT-FAI no son en realidad sino meras declaraciones de que las organizaciones de trabajadores participarán en consejos consultivos paritarios en las industrias, pero que la fijación de cuotas de materias primas y la producción y distribución quedarían bajo la dirección del Gobierno. Y es obvio y exime de mayor argumentación que sin el control económico no puede haber nada semejante a control obrero.

Del pacto CNT-UGT, el eminente líder socialista Luis Araquistain dijo en su oportunidad: «Bakunin y Marx se abrazarían sobre este documento de la CNT» A esto el semanario anarquista *Tierra y Libertad* de Barcelona replicaba ingeniosamente con palabras que, si bien no se referían específicamente al pacto mismo, dejaban traslucir en sus conceptos críticos una desaprobación del documento entero. Decían:

«Un amor de las frases con frecuencia lleva a construir sobre las arenas movedizas graves errores históricos. La frase "abrazo entre Marx y Bakunin" simboliza una unidad de ideas divergentes que ni la realidad presente ni las expectativas del futuro pueden garantizar. Es una frase, por lo tanto, que, sin calificaciones, puede causar mucha confusión.

»¿Propende aquel abrazo a la reconstrucción social entre nosotros? Sí. ¿El "abrazo" entre los que desean una revolución que emancipará a los trabajadores? Sí, también. ¿El "abrazo" entre los luchadores contra un enemigo común, ahora y después? Sí. Quienes siguen los ideales de Bakunin y quienes siguen a Marx están unidos hoy y deberían estarlo mañana para salvar al pueblo español y su revolución.

»Pero los que siguen siendo anarquistas y marxistas no han borrado -ni lo podrían-con un "abrazo" las diferencias fundamentales que los separan. Aunque la táctica revolucionaria, la acción directa del propio proletariado nos unen, sigue subsistiendo la línea divisoria fundamental. Porque mientras sigamos sosteniendo, como anarquistas, que el Estado no puede ser el órgano de la revolución, que no puede ser tolerado como entidad política que asume la responsabilidad de la emancipación del pueblo; mientras los marxistas, por otra parte, sigan pensando que el Estado tiene que ser el instrumento, sea transitorio o permanente, para construir una sociedad libre, será imposible una unión completa.

»Los marxistas y anarquistas pueden concertar acuerdos y mantenerlos mientras no violen ningún principio esencial. Pero entre dictadura y libertad, entre centralización estatal y

asociación directa del pueblo, hay un abismo que no puede ser colmado a menos que todos reconozcan que la libertad es la única base del socialismo.

»Para los revolucionarios cuyas convicciones derivan de las lecciones de la historia, no hay sentimiento de raza o patriotismo que pueda borrar las contradicciones fundamentales entre ambas teorías; ni es posible aquí una síntesis entre dos corrientes históricas que chocan y se repelen. Hay unidad para luchas específicas. Hay un "abrazo" para un levantamiento revolucionario común. Pero autoridad y libertad, el Estado y la Anarquía, dictadura y libre federación de los pueblos, seguirán siendo irreconciliablemente antagónicos hasta el momento en que todos comprendamos que no puede haber unión real, sino es por la libre decisión del pueblo.

»Resumiendo, el "abrazo de Bakunin y Marx" sería una realidad sólo en el caso de que los socialistas que, de acuerdo con Marx, desean llegar eventualmente hasta el anarquismo, abandonen la clásica paradoja de recurrir a una dictadura del Estado para suprimir el Estado.»

Los artículos del pacto UGT-CNT nunca fueron materializados, aunque ambas organizaciones fueron invitadas y aceptaron asientos en un Gobierno de Negrín refundido luego de la salida del ministro de Defensa Nacional, Indalecio Prieto ([123](#)), y, de acuerdo con los argumentos aducidos por los sindicalistas pro-gubernamentales, debían haber estado en situación de arrancar concesiones del Gobierno. Pero estas eran simples ilusiones, de las que unos cuantos parecen incapaces de desprenderse hasta la fecha.

CAPÍTULO XIX

EL CULTO DE LA ORGANIZACIÓN Y DE LAS PERSONALIDADES

A primera vista, el título de este capítulo puede parecer paradójico, dado que es posible suponer que el culto de la organización, omnipotente y omnisciente, entraña la total subordinación de la personalidad individual a sus mandatos. Pero la organización omnipotente, sea la Iglesia Católica, el Partido Comunista o el Imperio Industrial se desarticulan sin la «conducción inspirada» del líder, sea éste un Papa, un Lenin, un Henry Ford o un Krupp. Cuanto más grande sea la organización tanto mayor es la necesidad de una subordinación general a su voluntad y la supresión de la conciencia individual, que se confía a la guardia salvadora de quienes, por múltiples razones, asumen el papel de voceros y guías infalibles.

En teoría, la CNT, por su estructura descentralizada, estaba en apariencia resguardada contra estos peligros. En realidad, no era así, y esto se debe, a nuestro parecer, al hecho de que el militante individual de la CNT, aunque se aferrase a sus puntos de vista personales, tenía en alto grado la conciencia de pertenecer a un grupo, o sindicato, que a su vez formaba parte de una federación regional, la que a su vez formaba parte de una federación nacional. La organización existía independientemente de los individuos que la integraban. Era inmutable; se basaba en principios inviolables. Los errores eran humanos; pero la organización estaba envuelta en un nimbo casi religioso, un sentimiento de que ocurriese lo que ocurriera, la CNT siempre

estaría presente.

Cuando leemos un manifiesto del Comité Nacional que concluye con «¡Viva la inmortal CNT!», no podemos calificar el adjetivo de pura demagogia sino debemos asimilarlo más bien a una fe religiosa. Y es un hecho que la CNT, ilegal durante gran parte de su historia, una y otra vez ha vuelto a surgir cuando se le permitía nuevamente vivir dentro de la legalidad, más fuerte que nunca, por lo menos numéricamente, y preservando en apariencia sus principios inmutables. Pero internamente, en un nivel humano, la lucha entre las fracciones reformista y revolucionaria se hacía más y más encarnizada, y siempre parecía estar ligada con personalidades conspicuas. La polémica Peiró-Pestaña en 1929 ilustra tanto el choque de las personalidades como la actitud mística respecto de la CNT Peiró, muchas de cuyas acciones y declaraciones estaban en contradicción directa con los principios de la CNT, nunca negó, sin embargo, los

«principios básicos, cuyo carácter esencial y permanente es indispensable. Los Congresos confederales pueden modificar todos los principios de la CNT, que se estimen de necesaria modificación. Lo que no puede hacer ningún Congreso, y mucho menos ningún hombre, por mucha "visión de la realidad" y "espíritu práctico " que tenga, es negar los principios que son base esencial, el fundamento y la razón de ser de la CNT: el antiparlamentarismo y la acción directa... En caso contrario, la CNT no tendría razón de ser. Y yo, ahora, no defiendo nada más que aquello que da razón de ser a la CNT»
[\(124\)](#)

No había transcurrido el año, en 1930, y encontramos el nombre de Peiró entre los firmantes de un manifiesto de «Inteligencia

Republicana», que era una tentativa de crear un Frente Popular para implantar una especie de programa político y social democrático. Un mes después de publicarse, aparecía en Acción Social Obrera la siguiente declaración de Peiró:

«Amigo siempre de la franqueza, incapaz de substraer al conocimiento público lo que hago en privado, puse mi firma al pie de un manifiesto público... Es evidente que al firmar el manifiesto me puse en contradicción con mis ideas, y constato que mi acto, equivocado o no, lo realicé en plena conciencia de que me ponía en contradicción. Advierto de un modo formal que se trataba antes y se trata ahora de un acto puramente personal mío. Nadie podría decir que he tratado de influir cerca de nadie para que siguiera mi conducta. Se trata de actos en que el individuo ha de producirse espontáneamente. No obstante todo, ayer llegaron hasta mí manifestaciones que me advierten de que mi acto personal no sólo es una torpeza, una insigne equivocación, sino que, además, entraña determinados peligros contra algo que está por encima de mí. Y como quiera que yo no podía desear ni deseo causar ningún daño a lo que me es querido, he comprendido que para mí no hay más que dos caminos: o retirar la firma del pie de aquel manifiesto, o hundirme a mí mismo en el ostracismo...

»Por tanto, pues, declaro que, para obviar toda suerte de peligros contra cosas que para mí deben ser sagradas, desde este momento ceso en todas cuantas actividades he venido desplegando en la Organización, en el orden de las ideas y en la Prensa, pasando a ser, por consiguiente, uno más entre los muchos que silenciosamente siguen a las vanguardias que

guían a nuestros medios.» [\(125\)](#)

Ocho años después, Peiró explica cómo era posible que él, que por razones tácticas era opuesto a la entrada de la CNT al Gobierno, debía, no obstante, llegar a ser ministro. Decía:

«El pensamiento corresponde al individuo y lo otro, algo que éste debe a la colectividad, a la Organización a la que aquél pertenece.»

Sentimos la tentación de comentar largamente estos, para nosotros, importantísimos documentos, que ayudan a comprender cómo era posible en 1936 que los líderes o, para emplear la expresión de Peiró «las vanguardias que guían», pudieran embarcarse en una política diametralmente opuesta a los principios tan largamente defendidos en los Congresos y en la Prensa. Cada transacción, cada desviación, era interpretada no como una «rectificación» de los sagrados principios de la CNT, sino simplemente como acciones determinadas por las «circunstancias», con el firme propósito de volver por los principios una vez eliminadas éstas.

Los miembros de la CNT no podían actuar como individuos.

«Cumplir con su deber», una exhortación repetida mil veces en la prensa confederal y desde las tribunas públicas, significaba renunciar a los propios valores y sentimientos personales en aras de las exigencias superiores de la Organización.

Un militante, Marcos Alcón, relata cómo, al rechazar una orden de la Federación Local de la CNT para ocupar un asiento en el Municipio, fue convocado a un mitin en que los delegados de esta Federación y del Comité Regional estaban presentes. Después de dar sus razones para no aceptar el cargo, escuchó de labios del Secretario Regional, Mariano Vázquez, que «su deber de militante

consistía en ir donde me designase la Organización».

Alcón fue uno de los militantes que ofrecieron resistencia y situaron la organización en su correcta perspectiva: «Pertenezco a la CNT -declaró- por considerar que ella responde a los fines que perseguimos. Cuando esa no cumple el rol que le hemos asignado y pretende obligarme a traicionar mis convicciones espirituales, dejaré de pertenecer a la misma.» Esto es, la organización debe servir al hombre, no el hombre a la organización.

A juicio nuestro, el culto de la organización es tanto su fuerza como su debilidad. En una organización antiautoritaria la conquista de esa fuerza contiene también la simiente de su destrucción, porque presupone que la organización pensará y actuará como un solo hombre y, con este fin, se hace necesario formar personalidades dominantes, cuya palabra no sea objetada y cuyas acciones estén por encima de toda reprobación. Las personalidades dominantes, cuya palabra no sea objetada y cuyas acciones estén por encima de toda reprobación. Las personalidades dominantes eran los oradores sobresalientes y los «hombres de acción». Como señala Ildelfonso González [\(126\)](#).

«Participaron en la FAI y se cubrieron de una aureola mística ciertos hombres que, por largos años, dedicaron sus vidas a la acción, en la cual dejaron a menudo hasta el pellejo. Cegados por los resultados "prácticos" momentáneos de su actividad, crearon una especie de "doctrina de la acción"...»

Uno de tales fue García Oliver. Su «glorioso» pasado le confirió en julio de 1936 un prestigio inmenso, al que iba aparejado un poder no menos inmenso sobre la masa de los trabajadores. La prensa

confedera! y los departamentos de propaganda no perdían oportunidad de ensalzar su figura. Personajes así tenían que ser expuestos continuamente a la admiración pública. Los extremos a que llegaron los «hinchas» quedan patentes en un reportaje publicado en *Solidaridad Obrera* (29 de agosto de 1936) con ocasión de la partida de García Oliver al frente de batalla. Se le califica diversamente de «nuestro querido camarada», «el destacado militante», «el bravo camarada», «nuestro entrañable camarada» que, prosigue el artículo, «... con su cálido verbo ha levantado tempestades de rebeldía en las grandiosas concentraciones de trabajadores, que ha electrificado con su fácil palabra a las muchedumbres en la plaza pública y que ha desafiado las balas con su proverbial valentía, se encamina de nuevo hasta el lugar del peligro.»

El Departamento de Propaganda de la CNT-FAI, en su Boletín de Información número 347 (Barcelona, 27 agosto 1937) dedica toda la primera página al perfil de «Un hombre: García Oliver»:

«Hombres como este compañero deben ocupar posiciones destacadas y de responsabilidad, desde las cuales puedan contagiar a sus hermanos con el pro pio valor y la propia energía. Y quisiéramos agregar: su estrategia.

Su dinamismo, unido a su temeridad, representa un valladar invencible de bayonetas contra el fascismo. Gracias a él, veremos que los combatientes volverán a encontrar aquel espíritu de sacrificio que les hizo afrontar los peligros de una lucha desigual a pecho desnudo.

Hombres inspirados en un símbolo mueren sonriendo, así murieron nuestros milicianos y así morirán los hombres, hoy

soldados del ejército popular, plasmados en el espíritu del compañero García Oliver. (Se refiere después a su "genio creativo" y no faltan los paralelos con "aquella otra figura, nuestro inmortal Durruti que surge de la tumba y grita: ¡Adelante!).»

Esta increíble demagogia mística no es un ejemplo aislado. La prensa confederal de la época nos suministra centenares de otros ejemplos. Lo que más da que pensar es que individuos como García Oliver pensaban sin duda de sí mismos en estos propios términos exaltados, como lo prueba por ejemplo el discurso que pronunció por radio durante las Jornadas de Mayo en Barcelona:

«Me comprendéis, me conocéis suficientemente para pensar que en estos momentos solamente obro por impulso de mi libérrima voluntad, porque me conocéis bastante para estar convencidos de que nunca, ni antes ni ahora, ni en el porvenir, nadie conseguirá arrancar de mis labios una declaración que no sea sentida. Si, después de decir esto debo añadir: Todos cuantos han muerto hoy son mis hermanos; me inclino ante ellos y los beso. Son víctimas de la lucha antifascista y los beso a todos por igual. ¡Salud, camaradas, trabajadores de Cataluña!» [\(127\)](#)

La prensa, la radio y la tribuna pública pueden ser así las armas para la emancipación del hombre como para su sojuzgamiento. Son siempre peligrosas cuando son monopolizadas por unos pocos hombres. Es significativo que los gigantes de la oratoria en España, en su mayoría se hayan convertido en los reformistas, revisionistas y políticos del movimiento revolucionario. El proceso de

desintegración sólo fue detenido por la victoria de Franco [\(128\)](#). Aun así, los efectos son todavía visibles entre los revolucionarios españoles proscritos, entre los cuales las ideas colaboracionistas e intervencionistas han dividido el movimiento en dos campos opuestos y hostiles.

Ciertamente, una organización que estimula el culto del líder, del «genio inspirado», no puede estimular el sentido de responsabilidad entre sus miembros, que es fundamental para la integridad de cualquiera organización. Como ya lo hemos señalado en anterior oportunidad, fue una suerte que muchos trabajadores de la CNT no se sintieran hipnotizados por estos superhombres. Sin embargo, fueron incapaces, dentro de la situación política y económica que empeoraba, de retrotraer el movimiento revolucionario y sus cauces tradicionales. Demasiados «militantes destacados» ocupaban posiciones de poder y cabe recalcar que eran posiciones importantes [\(129\)](#).

Sería un estudio revelador si el historiógrafo de la CNT compilara una lista de los miembros de la CNT-FAI que durante los años de la guerra civil aceptaron posiciones de poder en el Estado y Gobierno reconstituidos, y si junto a cada nombre se indicase la actual afiliación política o punto de vista del correspondiente miembro. Creemos que semejante documento sería de gran interés y suministraría una de las enseñanzas más importantes del trastorno social que convulsionó a España durante 1936-39. Sería con seguridad una advertencia para los futuros movimientos revolucionarios y otra confirmación más de la justeza de la teoría anarquista sobre el efecto corruptor de la autoridad y del poder.

Quizás nadie ha expresado mejor esta posición que el anarquista italiano Enrique Malatesta, a raíz de su regreso a Italia después de la primera guerra mundial. El recibimiento de que le hicieron

objeto los trabajadores italianos fue grandioso, y muchos anarquistas contribuyeron a una tentativa de crear un mito en torno a este hombre chico cuya modestia sólo era igualada por su humanidad. Malatesta, decían, no tenía más que dar la señal y la revolución estallaría en Italia. A esto Malatesta contestaba en el periódico *Volontá* (enero, 1920): Grazie, ma Basta (gracias, pero basta):

«Estoy en Italia merced a los esfuerzos de compañeros y amigos, y les agradezco hayan hecho posible contribuya con mi trabajo a la causa común.

Me duele que mis modestas capacidad es no me permitan hacer tanto como lo desearía y tanto como se espera de mí; en todo caso trabajaré con toda la lealtad y entusiasmo que llevo en mi corazón.

Permítaseme ahora hacer una observación, una crítica de la acción de los compañeros con respecto a mi persona.

Durante la agitación que se promovió para mi regreso y durante estos primeros días desde mi regreso a Italia, se han hecho y dicho cosas que ofenden mi modestia y mi sentido de las proporciones.

Los compañeros deben recordar que la hipérbole es una figura retórica de la oración de la cual no hay que abusar. Ante todo, deben recordar que el ensalzar a un hombre es algo políticamente peligroso y moralmente insalubre tanto para él como para quienes lo ensalzan.

Además, estoy hecho de tal modo que encuentro desagradable el batir de manos y las aclamaciones, porque eso tiende a paralizarme más bien que a estimularme a trabajar.

Deseo ser un compañero entre compañeros, y si tengo la desgracia

de ser más viejo que otros (Malatesta tenía entonces 68 años) no me agrada que me lo recuerden a cada momento con la diferencia y atenciones que los compañeros se gastan conmigo.

¿Nos entenderemos?»

Con estas sencillas palabras de Malatesta queremos pagar un tributo a los incontables hombres y mujeres anónimos que trabajaron con tesón inquebrantable por una España más justa, libre y feliz durante aquellos años culminantes; cuyos esfuerzos y pensamientos no se consignan en ficheros individuales, pero que, colectivamente, hicieron de la Revolución española, pese a sus enemigos políticos, uno de los jalones más significativos e importantes en la lucha perenne del hombre por libertad y justicia.

CAPÍTULO XX

LA RESPONSABILIDAD DE LAS BASES

Una de las críticas dirigidas contra la presente obra cuando se publicó por primera vez en la edición inglesa original, así por lectores hostiles o simpáticos, era que habíamos exagerado los errores de los líderes de la CNT-FAI y, al mismo tiempo, según palabras de un comentarista [\(130\)](#), habíamos sido «por demás benévolo» con los militantes de base de las organizaciones revolucionarias. Estimamos valedera en este punto su crítica, sin perjuicio de considerar que hemos errado en dirección legítima. Y por las mismas razones que en la *Rebelión en la granja* de George Orwell, el caballo Boxer, duro y sufrido para el trabajo, con ser desde el punto de vista de un frío análisis histórico un ente sencillo y crédulo, surge no obstante de la «revolución» como el más humano (¡o su equivalente zoológico!) e inolvidable carácter, como el único que, aun compartiendo responsabilidades por la implantación de la dictadura de los cerdos de la Granja de animales, sigue siendo la ardiente esperanza del futuro.

Si uno se para a preguntarse qué aspecto de la lucha en España justifica el que se le aplique la palabra «revolución», sorprende el hecho que fuera sólo en el montón de los hombres y mujeres anónimos, en los campos y fábricas y servicios públicos, en las aldeas y entre los milicianos de los primeros días, donde se vislumbraron cambios realmente revolucionarios en la estructura social y económica de España. Políticamente, es decir, en el nivel gubernamental en que operaban los líderes revolucionarios, todos los conceptos de Estado y Gobierno permanecieron vigentes sin

oposición. (Claro está, las Cortes, si bien no disueltas, dejaron de funcionar; pero cabe observar que la abolición de un Parlamento sin la supresión del Gobierno, es más bien un paso franco hacia la dictadura, y ciertamente no es un paso revolucionario en sentido progresivo). Sin embargo, se acariciaba la ilusión de que la naturaleza del Gobierno podría modificarse para mejor. Con palabras de Federica Montseny, la «intervención directa» de la CNT en el Gobierno central «la consideramos como la Revolución más fundamental que se ha hecho en materia política y en materia económica» [\(131\)](#).

Ya hemos calificado antes estas ilusiones reformistas gastadas, inclusive aquella que supone que la presencia de ministros de la CNT en un Gobierno le otorga a los trabajadores una «representación directa» en los destinos económicos y políticos de un país.

Es comprensible -sin que compartamos su punto de vista que los trabajadores revolucionarios creyesen que mientras pudieran seguir adelante con su revolución en los lugares de producción, los planes y el enchufismo de los políticos y de sus propios líderes no tenían porqué preocuparlos. Y esta manera de ver era estimulada por el hecho de que durante los primeros meses de la lucha las directivas y decretos del Gobierno y las patrióticas exhortaciones de los Comités de la CNT-FAI eran ignoradas generalmente.

Aun después que el Gobierno restauró su autoridad, resulta claro de los actos de resistencia de los trabajadores y campesinos que éstos no se habían convertido a la idea de que podría llevarse a cabo la revolución social por la vía del Gobierno, y eso pese a declaraciones como la de Federica Montseny en que «concedía (al Estado) cierto crédito y confianza para de tal modo realizar una revolución desde arriba».

Los militantes de base vieron o sintieron por instinto con más claridad que sus líderes, y no nos cabe la menor duda que la acción de los trabajadores de levantar barricadas en mayo de 1937 fue un último intento desesperado para salvar la revolución de ser estrangulada por los jacobinos y políticos reaccionarios, encaramados una vez más en posiciones de poder. Barcelona en mayo de 1937 es a la Revolución española lo que Kronstadt, dieciséis años antes, fue a la Revolución rusa [\(132\)](#).

El movimiento revolucionario podía tornar tres caminos por lo menos para expresar su repudio de las acciones contra-revolucionarias del Gobierno y de los diversos Comités de la CNTFAI:

1.º Revocar y sustituir los miembros de los Comités. Que sepamos, esto no ocurrió en ningún momento de la lucha; pero nos falta documentación para averiguar si en alguna oportunidad los trabajadores en sus sindicatos o en las fuerzas armadas estuvieron en condiciones de manifestar deliberadamente su aprobación o repudio de las actuaciones de los Comités [\(133\)](#).

2.º Abrir discusiones en la prensa confederal. Como hemos visto en capítulos anteriores, la prensa era cada vez más intervenida por los Comités que, aparte de su obsesión de convencer al público de que su Organización estaba «unida», haciéndola hablar al unísono por la boca de los «Comités responsables», no debían sentirse inclinados a permitir el uso de la prensa para criticar sus propias actuaciones. ¡Para sostener el mito del liderazgo inspirado no debía dejarse a nadie declarar que los líderes tenían pies de barro!

3.º Resistir abiertamente las órdenes y decretos. En este aspecto hay numerosas pruebas de repudio. En general, sin embargo, la

resistencia no estuvo coordinada (salvo, por supuesto, durante las primeras semanas) y los trabajadores se encontraron ante un hecho consumado al cual se rindieron: no porque estuviesen convencidos, sino por una mal entendida lealtad a la lucha «antifascista» y ante la certeza de que el Gobierno disponía ya de la fuerza suficiente para aplastar la resistencia y de que contaba con el apoyo de los líderes de la CNT

Para ilustrar la resistencia a las intrusionas del Gobierno en las conquistas revolucionarias de los trabajadores, así como la doblez de los líderes de la CNT, consideramos dos casos en detalle, uno que ocurrió después de las Jornadas de Mayo y otro antes.

El primero se produjo en Cataluña, donde a raíz de aplastarse la sublevación de Franco, los trabajadores tomaron posesión de la mayoría de los servicios públicos, inclusive el de Espectáculos Públicos. Por uno u otro motivo, este servicio quedó al margen del Decreto de Colectivización de octubre de 1936 (véase capítulo X). Pero el 1.º de febrero de 1938 el Ministerio de Economía de la Generalidad anunció que tal servicio pasaría a depender de la Comisión Interventora de Espectáculos Públicos de Cataluña, que lo explotaría. Esta comisión estaba compuesta de tres delegados de la Generalidad y del subsecretario del Ministerio. Era de suponer que los tres delegados serían designados por los sindicatos respectivos. ¡Pues no! En este caso tenemos la ventaja de un testimonio de primera mano, el de un miembro activo del sindicato afectado por la orden, Marcos Alcón. Dice este militante [\(134\)](#):

«En asamblea de Juntas de Sección, delegados y militantes, fuimos nombrados Jaime Nebot, Miguel Espinar [\(135\)](#), José Barrientos y el que esto escribe, con el mandato de oponernos a las maquinaciones de Camarera y del Partido Comunista,

que era quien maniobraba tras de cortina.

Para que nos acompañasen, pedimos -en mala hora lo hicimos-una representación del Comité Regional de la Confederación Regional de Cataluña y otra de la Federación Local de Barcelona.

En el lugar de la reunión nos encontramos con Pretel y del Llano, secretario general de la Federación y tesorero de la Ejecutiva de la UGT, el primero, y tesorero, el segundo, del primer organismo; con el presidente del Sindicato ugetista de Barcelona, y con Ferrer, secretario general de la UGT catalana.

Planteado el problema por el subsecretario de Economía, empezó la discusión que duró como cuatro horas. He de confesar que infinidad de veces, ante la transigencia de mis compañeros de delegación, tuve que situar la polémica en el terreno que nos imponía la voluntad de nuestros representados. Terminó la reunión sin acuerdo alguno, puesto que cada cual mantenía sus puntos de vista.

En las asambleas, expusimos a los trabajadores lo discutido. En la primera de ellas, se rompió la unidad de criterio tenido por los militantes. Y J. Nebot y yo tuvimos que enfrentarnos con los compañeros de Comisión, Barriando y Domenech, ya que éste, con la fuerza moral que da el ser secretario general de la Regional Catalana, favorecía el criterio de los primeros, que consistía en aceptar la intervención de la Generalidad, "si se nos concedía mayoría en la Comisión Interventora".

Pasados unos días, Camarera publicó el Decreto de Intervención, y nuestra respuesta fue la huelga general de la industria.

Asambleas agitadas. Discusiones vehementes y apasionadas.

La inmensa mayoría de compañeros rechazábamos la intervención; pero los partidarios de aceptarla con modificaciones, alentados por el secretario del Comité Regional y otros claudicantes, se apoyaron en los advenedizas de última hora, y nos ganaron la partida, cuando propusieron consultar al Comité Ejecutivo creado por la Organización de Cataluña.

Este organismo, del cual era presidente García Oliver, nos contestó que, debido a las circunstancias, debíamos aceptar la Intervención.

Y así, por causa de una actuación cuajada de claudicaciones, desapareció una obra eminentemente constructiva, igual que antes habían fenecido tantas otras que patentizaron definitivamente que los anarquistas, sin dejar de ser soñadores, somos capaces de construir un Mundo Nuevo.»

No pedimos disculpas por tan extensa cita porque los testimonios de militantes que se opusieron a la línea «circunstancialista» son por desgracia un tanto escasos y, por lo mismo, importantísimos para los estudiosos de la guerra civil española que pretenden comprender y explicar muchos aspectos todavía oscuros de aquella lucha.

Del testimonio de Alcón se desprende claramente que el Comité Regional recurrió a toda suerte de presiones, con lo que sólo consiguió dividir a los trabajadores. Como no lograrse convencerlos, ni siquiera con el cebo de tres cargos en el ministerio de marras, resolvió lisa y llanamente hacer que se publicara el Decreto de Intervención, y los trabajadores se encontraron ante un hecho consumado. Pero éstos contestaron

con la huelga general de la industria. Se siguieron más parlamentos con el Comité Regional y éste, en última instancia, elevó el caso a conocimiento del Comité Ejecutivo, de reciente creación (cuyo presidente era nada menos que García Oliver), que dictaminó que «debíamos aceptar». Así terminó la lucha, pero cabe suponer fundadamente que los militantes de fila sacaron la conclusión de que los dos Comités, el Regional y el Ejecutivo, trabajaban por la Generalidad y no por los sindicatos.

El segundo caso que sometemos al lector se refiere al incidente de Vilanesa, centro importante de los trabajadores de la tierra, en el curso del cual varios campesinos fueron muertos por las fuerzas del Gobierno. Resumiendo, los hechos ocurrieron así: a principios de 1937 el ministro de Comercio dictó un decreto por el que se hacía cargo el Gobierno de todas las transacciones relacionadas con la exportación de bienes y productos, que muchas colectividades estaban realizando por sí mismas. Esto significaba, entre otras cosas, que el Gobierno pretendía fiscalizar y disponer de la moneda extranjera recibida en pago de tales exportaciones. Como es natural, este decreto fue recibido con recelo por las colectividades y resistido. El Gobierno contestó enviando guardias armados a Vilanesa. Los campesinos se mantuvieron firmes en su resistencia. «El conflicto, de no haber mediado la intervención de los ministros y comités confederales», dice Peirats, «hubiera tenido gravísimas repercusiones en la región e incluso en los frentes». [\(136\)](#)

En el Pleno Regional de los Sindicatos Campesinos de Levante celebrado en Valencia en marzo del mismo año, el incidente de Vilanesa fue debatido por los delegados, que protestaron contra la actuación del Gobierno e hicieron un llamamiento por la libertad de los presos de Torres de Cuarte, militantes de la CNT

El Comité Nacional explicó el incidente con estos términos:

«Que podía atribuirse a posibles elementos emboscados en los sindicatos y en el campo la promoción de sucesos luctuosos. Exhortó a todos con el fin de que no fueran secundados tales propósitos, que unidos a la ceguera mental de que pueda adolecer el elemento autoritario, dan ocasión a que se realicen verdaderas masacres. Expuso la versión que de los sucesos tiene, la cual, a su juicio, ha facilitado la realización de los planes del enemigo. Añadió que nadie se cuidó de informar a los Comités Regional y Nacional de lo que iba a producirse ni aun para una movilización que se hizo sin su conocimiento ni autorización. El Comité se ha preocupado de los presos y en este aspecto tiene garantía de que no se realizará injusticia alguna con ellos. Asimismo se ha preocupado de exigen otras garantías para prevenir casos análogos al que se debate. Recaba de todos que no se haga nada absolutamente sin ponerlo previamente en conocimiento de los Comités que han de cargar con la responsabilidad de lo que ocurra.» [\(137\)](#)

La declaración del Comité Nacional de que «nadie se cuidó de informar previamente, etc.» presenta un interés particular dada la circunstancia de que el ministro de Comercio de entonces era Juan López, miembro de la CNT. Él dictó el decreto, y es casi seguro sin consultar a los trabajadores de las cooperativas y colectividades, puesto que cuando el Gobierno pretendió ponerlo en vigencia, aquéllos lo resistieron. Y cualquiera que fuese el Ministerio de Gobierno responsable del empleo de la fuerza pública contra los campesinos de Vilanesa, el ministro de Comercio como tal

compartía la responsabilidad de aquella iniciativa.

Los trabajadores revolucionarios cargan con su parte de responsabilidad por dejar que el Gobierno restaurase sus cuadros y su autoridad y por permitir que se desarrollara un estrato de líderes dentro de sus propias organizaciones. Pagaron caramente su ignorancia política y su buena fe. Pero identificar su responsabilidad con la de los revolucionarios con largos años de experiencia y hasta de sufrimientos en la lucha, que no sólo se abstuvieron de poner en guardia a los trabajadores en contra del peligro de un poder ejecutivo, sino que por el contrario lo utilizaron, lo defendieron y lo exhibieron a la luz de la pública notoriedad... identificar estas dos responsabilidades ¡sería como identificar el amor y el odio!

CAPÍTULO XXI

CONCLUSIONES

Nos embarcamos en este breve estudio de la Revolución española con un sentimiento de humildad, y ahora, al tratar de extraer sus conclusiones, lejos estamos de asumir el papel de un estratega político-militar cuyos planes habrían asegurado la victoria. El que hayamos expresado nuestra indignación contra quienes en España usurparon sus funciones de representantes para convertirse en directores de sus compañeros, basta para probar que no es nuestra intención colocarnos en una posición similar a la de ellos. Pero lo que ocurrió en España -y en particular el papel desempeñado por quienes declaraban que actuaban en nombre del anarquismo, del comunismo libertario y de la revolución sociales de tremenda importancia internacionalmente para cuantos se consideran anarquistas y revolucionarios.

Pero ante todo, queremos expresar nuestro punto de vista de que las enseñanzas del experimento español de ningún modo inciden en la validez del anarquismo en cuanto filosofía de la vida. Por el hecho de vivir en un mundo en que todo se mide según el cartabón de las posibilidades prácticas, prevalece la tendencia a igualar la filosofía de la vida con, digamos, un automóvil. El argumento es grosso modo el siguiente: un automóvil funcionará porque mecánica y científicamente podemos demostrar que funcionará. Si no podemos demostrar científicamente que el anarquismo funcionará, entonces debe descartarse en favor de un sistema que funcione. Los anarquistas buscan una forma social en que todos los hombres y mujeres sean libres, para vivir la clase de

vida que les dé satisfacción y un sentido de finalidad.

Esto no entraña ni uniformidad ni conformismo ni la garantía de una dicha eterna.

Esta forma social no se basa en una fórmula científica, sino en nuestras emociones, en nuestros sentimientos por la clase de vida que desearíamos vivir. La ciencia sólo puede corroborar nuestra convicción de que, fundamentalmente, la gran mayoría de nuestros semejantes anhela y necesita un ámbito tal de libertad dentro del cual desarrollarse. Si la ciencia, por otra parte, fuese del parecer contrario, no destruiría por eso la validez de nuestras aspiraciones. Sólo podría decirnos que las dificultades que se oponen al logro de una sociedad anárquica serían aún mayores que en la actualidad. Pero esto no envuelve un obstáculo insalvable, a menos de creer en alguna esclavitud del espíritu ante la infalibilidad científica. Al fin y al cabo, ¡hasta en el caso del automóvil el pensamiento precede a la acción y a la ciencia!

Por lo tanto, la importancia que presenta para los anarquistas un estudio crítico de la Revolución española no estriba en los objetivos del anarquismo, sino en los medios con que se espera realizarlo. Plantea también el problema, que sin cesar renace, del papel de los anarquistas en situaciones, por revolucionarias que sean, en que la solución a todas luces no puede ser anarquista. Dado que los medios están influidos por nuestra actitud con respecto a tales situaciones, nos proponemos examinar este problema con referencia especial a la situación española.

Hay consenso casi unánime entre los anarquistas (FAI) y sindicalistas (CNT) españoles en considerar que la situación creada por el alzamiento militar y la reacción de los trabajadores durante los primeros días no podía ser resuelta con éxito sin la

colaboración de otros elementos. (Para interpretar fielmente su punto de vista debemos añadir que muchos militantes declararon que habían subestimado la extensión del levantamiento, por lo que se perdió un tiempo valioso. Si el éxito inicial de la reacción hubiera tenido como corolario, según ellos, la organización inmediata de columnas armadas, Franco no habría tenido tiempo de reorganizar sus fuerzas y la insurrección habría sido aplastada antes de que hubiese logrado trasladar el grueso de su potencial bélico a los campos de operación).

Está muy generalizada también la opinión de que si se hubiera llegado a un acuerdo con la UGT desde un comienzo, no habría sido necesario pactar con los políticos. En realidad, como hemos visto, surgieron muchas dificultades de índole política en ambas partes que impidieron la unión de las dos organizaciones, y así las cosas, se les planteó a los dirigentes de la CNT el problema de escoger de dos males el menor: o la victoria sobre Franco por medio de un Gobierno de Frente Popular moderado, o una victoria de Franco y, con ello, las consecuencias que era de imaginar. No cabe duda de que su decisión ya estaba tomada durante los primeros días de lucha, cuando la acción revolucionaria de los trabajadores, como la expropiación y reorganización de los servicios públicos esenciales bajo el control de los trabajadores, se hallaba en su primera fase. Lejos de contribuir a que la revolución se desarrollase hasta el punto en que los trabajadores fueran capaces de impulsarla, el acuerdo de los dirigentes de la CNT de reconocer el Estado y la autoridad de un Gobierno democrático sembró la confusión en las filas de los trabajadores. En vez de destruir todas las instituciones burguesas por medio de la creación de organismos revolucionarios, los dirigentes se vieron de la noche a la mañana ocupando cargos en las propias instituciones que su propia experiencia les había enseñado debían destruirse como

primer paso en una revolución integral. Con acierto señalaba un observador durante los primeros meses de la lucha: «Se confirmaba una vez más la vieja regla revolucionaria: o se lleva una revolución hasta su fin o no se desata» (BORKENAU: *The Spanish Cockpit* [El reñidero (gallinero) español]).

Habiéndose pronunciado contra un intento de destruir el Estado burgués, hasta sin ayuda ajena si fuera necesario, la CNT-FAI aceptó de los dos males el menor: que todo era preferible a Franco, que debía aceptarse cualquiera transacción en aras de la unidad y de la victoria sobre Franco [\(138\)](#), y justificaba esta posición con el argumento de que una derrota por Franco entrañaba también la derrota de todas las ganancias revolucionarias logradas por los trabajadores.

Por otra parte, los Gobiernos de Barcelona y de Madrid (este último, recuérdese bien, sólo después de fracasar sus intentos de arreglo con, Franco) también se dieron cuenta de que no podían ganar la guerra contra Franco sin el apoyo de la CNT-FAI, y en su desesperado afán de evitar la derrota estaban dispuestos a concesiones importantes a los trabajadores revolucionarios, sin perjuicio, naturalmente, de anularlas una vez pasado el peligro inmediato de Franco y recobradas las fuerzas del bamboleante aparato de Gobierno para imponerles obediencia.

Los problemas que una organización revolucionaria debe resolver en una situación semejante son: 1) cómo promover mejor la causa común (e. d., la lucha contra Franco); 2) qué medidas hay que tomar para extender y consolidar la revolución social y 3) para impedir que el Gobierno reconstruya su poder, que podría eventualmente utilizar en provecho de la contrarrevolución.

La CNT-FAI trató de resolver estos problemas con su participación

en el Gobierno y en todas las instituciones gubernamentales. Creemos que sus argumentos pueden resumirse del modo siguiente: 1) que el Gobierno central sería el foco de todos los sectores antifascistas; que podría organizar un ejército con un mando unificado; que controlaba las finanzas y, por lo tanto, estaría en condiciones de comprar las armas y materias primas necesarias para la lucha; 2) que con representantes de la CNT en el Gobierno sería posible legalizar las ganancias revolucionarias o influir en los demás ministros en el sentido de extender aún más la legalización «revolucionaria»; 3) que sólo estando en el Gobierno podrían salvaguardarse los intereses de los trabajadores y que toda intentona de socavar la revolución sería frustrada por los ministros de la CNT en ese Gobierno.

ANARQUISMO Y SINDICALISMO

En organizaciones con séquito de masas la pequeña minoría anarquista sólo puede conservar su identidad y ejercer un influjo revolucionario si observa una actitud intransigente; con lo cual no queremos decir que esta minoría debe oponerse a las acciones de los trabajadores para mejorar su situación económica y sus condiciones de trabajo. Por el contrario, los anarquistas son los primeros en estimular tales actividades, aunque sin dejar de reconocer que ellas son esencialmente reformistas y no traerán consigo esa revolución social que pretende abolir todas las clases y privilegios.

En realidad, como hemos visto en los sindicatos, las negociaciones por aumentos de salarios, en virtud de la complejidad de toda la estructura económica y de las serias repercusiones que los aumentos de salarios en una industria pueden tener en las demás industrias y en el costo de la vida en general, ya no son más luchas

entre los trabajadores y sus patrones particulares. Estas cuestiones se resuelven en las esferas de Gobierno, ante tribunales donde altos magistrados imbuidos de espíritu jurídico interpretan los convenios en relación con los índices del costo de la vida y otras estadísticas, y cuyos fallos son obligatorios para ambas partes, trabajadores y patrones por igual. Quizás hemos considerado un caso extremo; pero refleja una tendencia definida y característica de los países altamente industrializados. La organización de masa, en vez de ser un arma de lucha contra la injusticia económica y el privilegio, se convierte en una vasta prisión, en la que el individuo pierde su identidad, en un engranaje imponente de la máquina capitalista de producción y de estadísticas de costos vitales.

Pero a juicio nuestro, estos peligros también se presentan en organizaciones originalmente revolucionarias en sus fines y principios (y pese a la precaución de incorporar textos preventivos en su constitución para evitar el desarrollo de una burocracia interna), desde el momento en que semejantes organizaciones abren sus puertas a todos los trabajadores [\(139\)](#). Y aquí está el dilema: pues si una organización de trabajadores quiere tener éxito en su tarea inmediata de mejorar las condiciones económicas de sus asociados, tiene que hablar con una voz, esto es, debe procurar constituirse un séquito de masa. Pero la exigencia de que los trabajadores que ingresan adhieran previamente a los objetivos ideológicos de la organización supone la imposición de alguna forma de «test» político. Semejantes pruebas podrán asegurar la homogeneidad política de la organización, pero en cambio la condenarán a quedar sin séquito de masas.

En realidad, una organización como la CNT, pese a que uno de sus

objetivos declarados era el comunismo libertario, admitía a todos los trabajadores, cualesquiera fuesen sus simpatías políticas o su indiferencia. Muchos trabajadores ingresaron en la CNT simplemente porque ésta defendía enérgicamente sus intereses en la lucha diaria. Otros, quizás, porque en su localidad particular la CNT era numéricamente más fuerte que la UGT Y cabe observar a este respecto -y también porque ayuda a comprender en parte cómo lograron los Comités afianzar cada vez más su poder para dirigir la política de la CNT-que durante la lucha contra Franco el número de militantes de ambas organizaciones aumentó a más del doble a causa de que los trabajadores se vieron obligados a ingresar en una u otra.

Algunos revolucionarios sugieren que una solución para este dilema es crear una organización sindicalista revolucionaria ideológicamente pura, cuyos miembros sean a la vez militantes de organizaciones de masa. Pero semejante organización sería sindicalista en su estructura, más partido político en el fondo y, como lo ha demostrado la experiencia, estaría condenada al fracaso.

Por todas estas razones, los anarquistas son tildados con frecuencia de «individualistas», con lo que se quiere dar a entender que se oponen a la organización y a la disciplina que suponen militar en una organización. Hasta cierto punto los propios anarquistas son responsables de tal confusión. Dentro del movimiento anarquista hay quienes creen que nuestras actividades debieran concentrarse en la creación de un movimiento sindicalista revolucionario, mejor dicho, una organización anarcosindicalista, para contrarrestar el reformismo de los sindicatos. Otros, en cambio, creen que nuestras energías debieran gastarse en propagar las ideas anarquistas entre

nuestros compañeros de trabajo y en cualquier dirección que ofrezca perspectivas, pero a la vez participando en las luchas de los trabajadores donde podamos, sin perder nuestra identidad de anarquistas, puesto que nuestro propósito es infundir en estos trabajadores ideas revolucionarias. Por el hecho de que estos anarquistas no juzgan que la creación de una organización anarcosindicalista sea un primer paso esencial en la creación de un movimiento revolucionario consciente y militante, los primeros, o sea los que consideran necesario en primer término el anarcosindicalismo, tildan a los otros de «anti-organizadores» y aun de «individualistas».

Supondremos, por falta de espacio, que al lector le son familiares las doctrinas del anarcosindicalismo. En nuestra opinión, las diferencias entre anarquistas y anarcosindicalistas no son ideológicas, sino de apreciación.

Para ser consecuentes, los anarcosindicalistas, a juicio nuestro, deben ser del parecer que los trabajadores no son revolucionarios porque los sindicatos son reformistas y reaccionarios, porque su estructura impide el control desde abajo y fomenta abiertamente el surgimiento de una burocracia que toma toda iniciativa en sus propias manos, *etc.* Tal apreciación nos parece falsa. Da por sentado que por definición, el trabajador debe ser revolucionario, en vez de reconocer que es tanto el producto (y la víctima) de la sociedad en que vive como cualesquiera de nosotros en mayor o menor grado. Y los sindicatos, exactamente al igual que otras organizaciones cerradas de seres humanos, como prisiones, ejércitos y hospitales, son copias a escala reducida de la sociedad existente, con sus cualidades y defectos. En otros términos, los sindicatos son lo que son porque los trabajadores son lo que son, y no a la inversa.

Por estas razones, los anarquistas de la tendencia menos interesada en la organización revolucionaria de los trabajadores, consideran que el problema de organización es secundario relativamente al de individuo; que en la actualidad no falta gente capaz de concentrarse en el tira y afloja con los patrones; pero que son asaz pocos los que pueden hacer entender cuán insustancial y fútil es semejante acción como un fin en sí. Y cuando se hagan revolucionarios los trabajadores en número suficiente, no es de temer que sean incapaces, si así lo estiman necesario, de construir sus propias organizaciones. Esto es muy diferente de crear primero la organización revolucionaria para buscar después a los revolucionarios, sacándolos de los sindicatos reformistas donde militan en su mayoría los trabajadores.

Hemos introducido este largo paréntesis sobre la relación entre anarquistas y sindicalistas porque incide tan hondo en el papel del movimiento revolucionario -en particular anarquista en España tanto antes como durante la lucha contra Franco.

Desde su fundación en 1910, raras veces estuvo la CNT libre de luchas internas entre los elementos revisionistas o reformistas y los anarquistas, cuya tarea específica era nutrir y sostener el espíritu anarquista que sus fundadores habían infundido en la organización. Estas luchas eran en parte reflejos de los acontecimientos mundiales (como la guerra de 1914-18, en que algunos fueron partidarios de los Aliados, y otros, neutrales, o la Revolución rusa, que ocasionó defecciones de algunos miembros conspicuos, entre ellos Nin y Maurín, fundadores y luego víctimas del Partido Comunista español).

Estas luchas fueron exacerbadas también por el hecho de que a menudo se producían choques entre los aspirantes a líderes de la organización. Seguí, Pestaña y Peiró desempeñaron un papel

importante -casi diríamos personal-en el desarrollo de la CNT, y aunque finalmente lograron prevalecer las posiciones revolucionarias en los manifiestos y revoluciones de la organización, en realidad la tendencia reformista siguió continuamente manifestándose sea por acciones individuales, que sorprendían a la organización con un hecho consumado (Seguí, por su pacto con la UGT celebrado a espaldas de los miembros de la CNT; Nin, al asumir la responsabilidad de afiliar la CNT a la 3ª Internacional), sea por negociaciones de trastienda con los políticos;

«He pedido la palabra -dijo Juan Peiró en el Congreso de la CNT celebrado a raíz de proclamarse la República en 1931- para decir, para afirmar, que desde el año 1923 ni un solo Comité Nacional, ni un solo Comité Regional ha dejado de estar en contacto con los elementos políticos, no para implantar la República, sino para acabar con el régimen de ignominia que nos ahogaba a todos (la dictadura de Primo de Rivera).» [\(140\)](#)

Y durante el período 1936-39 la actividad política llegó a su apogeo con la participación efectiva de la CNT en el Gobierno, cuyas consecuencias conocemos. Y no hay indicios de que con la derrota se haya puesto fin al revisionismo de la CNT. La posición del Movimiento Libertario Español (M.L.E.) en la España de hoy no es clara; en el destierro está dividido en dos campos, una mayoría que propugna el retorno a los principios revolucionarios de la CNT, y "una minoría favorable a la continuación y aun extensión de la política colaboracionista. [\(141\)](#)

¿Cuál fue el papel de los anarquistas en todas estas luchas

internas de la CNT? En una Conferencia Nacional anarquista celebrada en Barcelona en el invierno de 1918 con el fin específico de discutir cuál debiera ser la relación de los anarquistas con la organización sindicalista, hubo consenso en considerar que, aun cuando un movimiento de masa de trabajadores como la CNT «no podía propiamente ser calificada de anarquista, se hacía preciso impregnarla tanto como fuera posible del espíritu libertario y que fuera dirigida por anarquistas» [\(142\)](#).

En 1922, en el Congreso de Grupos Anarquistas celebrados en Madrid, se resolvió: «que todos los anarquistas habían de alistarse en la CNT y considerarla como su campo de acción específico. Por entonces, muchos habían desertado de la organización sindicalista por parecerles que representaba un concepto demasiado estrecho del anarquismo como filosofía apta para todos los hombres. Pero, en aquel momento, era necesario que aportaran su influencia y su capacidad a la CNT si no querían verla caer en manos de los bolcheviques que ya estaban practicando sus habituales tácticas de infiltración» [\(143\)](#).

La política de escoger a la CNT como «campo específico de acción» sólo pudo hacer que la FAI perdiera su identidad anarquista y su independencia [\(144\)](#), tanto más cuanto que muchos líderes de la CNT eran a la vez miembros influyentes de la FAI. El resultado de esta dualidad de papeles fue que a fines de 1936 la FAI había dejado de funcionar cual organización anarquista específica al arrojar el lastre de sus principios con la participación de algunos de sus militantes en los Gobiernos de Cataluña y de Madrid en representación de la CNT (Santillán, Herrera, García Oliver, Montseny, etc.) y, por último, al fusionarse con la FIJL (Federación Ibérica de Juventudes Libertarias) y la CNT para constituir el Movimiento Libertario Español (M.L.E.) [\(145\)](#).

Treinta años antes, Malatesta, con esa profunda comprensión de sus semejantes que inspiró todas sus obras, percibió claramente los efectos de la fusión del movimiento anarquista con la organización sindicalista cuando escribía [\(146\)](#):

«Toda fusión o confusión del movimiento anarquista y revolucionario con el movimiento sindicalista acaba sea por reducir los sindicatos a la impotencia en cuanto a sus fines específicos se refiere, sea por amenguar, desviar o destruir el espíritu anarquista.»

Quizás sea oportuno agregar ahora que Malatesta no pudo prever que el resultado podía ser en realidad la destrucción mutua de estas organizaciones.

ANARQUISMO Y VIOLENCIA

Hasta ahora hemos considerado que no cabía dentro de los límites de nuestro estudio enfrascarnos en un análisis de los aspectos militares de la lucha en España, fuera de que el tema mismo no es de la competencia del autor. Pero sería eludir las responsabilidades que asumimos si no intentáramos abordar ciertas cuestiones de principios que surgen del desarrollo de la lucha armada.

La violencia, contrariamente al prejuicio popular, no forma parte de la filosofía del anarquismo. Los pensadores anarquistas; han afirmado reiteradamente que no puede ganarse la revolución ni establecerse y sostenerse la sociedad anarquista por medio de la

violencia armada. El recurso a la violencia, por tanto, es una indicación de debilidad y no de fuerza, y la revolución con mayor probabilidad de éxito será sin duda la que no exija violencia o en que la violencia sea mínima, porque una revolución semejante indicaría la casi unanimidad en los objetivos de la revolución.

A menos que los anarquistas declaren que la única revolución o insurrección merecedora de su apoyo es la que desemboca en la sociedad libertaria, deben arrastrar la situación planteada por estos levantamientos, cuyos objetivos representan sólo un paso hacia la sociedad anhelada, y declarar cuál será su posición en semejantes luchas. En general, su posición ha sido siempre clara, en el sentido de que toda manifestación del pueblo por su emancipación debía ser apoyada por los anarquistas como tales. En otros términos, que ellos están prontos siempre a consentir concesiones a la causa común, aunque sin perder con ello su identidad. Creemos que semejante posición impone a los anarquistas el deber de manifestar desembozadamente lo que consideran errores de una revolución, y a la vez, al conservar su libertad de acción, el de estar siempre dispuestos a negar su cooperación en cuanto adquiriesen el convencimiento de que los objetivos de la lucha habían sido sacrificados al oportunismo.

El empleo de la violencia ha sido justificado tanto como principio que como medio para un fin, pero no por los anarquistas, que sepamos. Cuando mucho, los anarquistas han justificado su empleo como una necesidad revolucionaria o táctica. El equívoco es en parte resultado de una confusión en los términos de la cual son responsables los propios anarquistas. Nos referimos, naturalmente a los anarquistas que se califican de anarco-pacifistas o anarquistas no-violentos, y que con ello dan a entender que los no incluidos en esta categoría deben ser

anarquistas partidarios de la violencia. El error, a juicio nuestro, consiste en hacer de la no-violencia un principio, cuando en realidad no es sino una táctica, pues ya hemos visto que, dentro de la filosofía del anarquismo no cabe la violencia como principio ni como medio. Además, los defensores de la «no-violencia» incurren en el error de no distinguir entre la violencia que se emplea para imponer la voluntad de una clase o de un grupo y la violencia puramente defensiva. En España, el intento de tomar el poder por la fuerza fue obra de Franco y de sus secuaces militares y falangistas. Con este fin tenían un plan preparado cuidadosamente para ocupar todas las ciudades importantes de España. ¿Qué debió haber hecho el pueblo el 19 de julio? Según el eminente abogado de los métodos no-violentos, Bart de Ligt ([147](#)); la mejor manera de «luchar» contra Franco habría sido que el pueblo español lo dejara ocupar el país entero «temporalmente», para luego «desencadenar un gran movimiento de resistencia no-violenta (boicot, no-cooperación, etc.) contra él». «Pero nuestras tácticas -prosigue Bart Ligt-también incluyen, y mucho más que las modernas tácticas militares, una efectiva colaboración internacional. No somos partidarios de la falaz y engañosa idea de la no-intervención: dondequiera que la humanidad sea atacada o amenazada, todos los hombres y mujeres de buena voluntad deben intervenir en su defensa. En este caso también, desde el primer momento, debió haberse organizado un movimiento paralelo de no-cooperación en el exterior en apoyo del movimiento en el interior, con el fin de impedir que Franco y sus amigos obtuvieran pertrechos de guerra, o a lo sumo una cantidad mínima.

Que los defensores de la no-violencia no pueden dogmatizar, queda evidenciado por lo que sigue:

«Y aun en las circunstancias actuales, todos los sinceros resistentes a la guerra debían haber intervenido sistemáticamente en defensa del pueblo español y, en particular, en defensa de la revolución libertaria, luchando contra Franco con los métodos indicados más arriba... Cualesquiera que sean los métodos empleados por el pueblo español en defensa propia, se encuentra en estado de legítima defensa, y esto es más válido aún aplicado a los revolucionarios que -durante la guerra civil-se esfuerzan por realizar la revolución social.

»Una vez más la clase trabajadora internacional ha descuidado una de sus más nobles tareas históricas al consentir las medidas fraudulentas de los Gobiernos imperialistas, sean de las sedicentes democracias o de los países francamente fascistas, y al abandonar a los que luchan en España con no igualado heroísmo por la emancipación de la clase trabajadora y por la justicia social. Si hubiera intervenido oportunamente, las masas de España habrían podido barrer ya en 1936 con la camarilla militar para concentrarse en la reconstrucción social. Si lo hubiera hecho, la violencia habría sido tan mínima como grande la posibilidad de una revolución real capaz de cambiar la faz del mundo.»

Antes ya, en su análisis de España, Bart de Ligt señalaba que:

«considerando las tradiciones ideológicas y las condiciones sociales, políticas y morales bajo las cuales estalló la guerra civil en julio de 1936, a los anti-militaristas españoles no les quedaba otra cosa que recurrir a las armas para hacerle frente al invasor. Pero al proceder de tal modo se vieron ellos mismos obligados a utilizar las mismas armas que sus enemigos. Tuvieron que empeñarse en una guerra

devastadora que, aun en el evento de una victoria, no podía sino crear las más desfavorables condiciones objetivas y subjetivas para la realización de la revolución social. Si bien se mira, nos encontramos de nuevo con una especie de dictadura; cuando los hombres quieren defenderse contra un invasor violento, es el invasor el que impone al defensor los métodos de combate que éste usará. Por otra parte, si el defensor logra elevarse de inmediato por encima de la violencia, queda en libertad de usar sus propios métodos realmente humanos.

»Ciertamente, preferiríamos que la victoria recompensara, siquiera a medias, a los que luchan por la justicia, la paz y la libertad, aunque sea con el fusil en la mano, que a los que sólo pueden prolongar la injusticia, la esclavitud y la guerra. Pero hay que admitir que el pueblo español, en su lucha contra el fascismo, ha escogido el método más costoso e ineficaz y que descuidó el deshacerse de la camarilla militar en su oportunidad, o sea, mucho antes que estallara la guerra civil...»

Cualquier lector español de las líneas anteriores puede sentirse autorizado a encogerse de hombros y suspirar ante la ingenuidad exhibida en esta presentación del no-violento. ¡Si el proletariado internacional hubiese apoyado a los trabajadores españoles; si la camarilla militar hubiera sido desahuciada y si mil otras condiciones se hubiesen cumplido... quién sabe lo que pudo haber ocurrido en España! Pero no olvidemos esa afirmación perentoria citada más arriba. Bart de Ligt advierte que «la violencia habría sido tan mínima como grande la posibilidad de una revolución real capaz de cambiar la faz del mundo». En otras palabras, se admite

que, bajo ciertas condiciones, la violencia no necesita degenerar, posición ésta que muchos partidarios de la no-violencia descartan dogmáticamente como insostenible.

Sólo cuando se prolonga el uso de la violencia y la lucha armada deja de guardar relación con sus objetivos, sólo entonces nos encontramos en un terreno común con los anarquistas llamados no-violentos, y consideramos que los anarquistas, para ser justos con ellos mismos y con sus compañeros de trabajo, deben poner en duda la utilidad de prolongar la lucha armada. En España esa situación se produjo ya después de unos pocos meses. Las demoras y vacilaciones tras los primeros éxitos y la incapacidad de impedir la creación de una cabeza de puente desde Marruecos, le permitieron a Franco reorganizar y reforzar su ejército y lanzar su gran ofensiva desde el sur, con la amenaza del cerco de Madrid. Obligados a encarar esta situación, los líderes de la CNT-FAI capitularon ante el punto de vista del Frente Popular de la militarización. Hemos considerado con cierta latitud en nuestro estudio las consecuencias de tal capitulación. ¿Pudo la CNT-FAI haber actuado de otra manera? Es éste un problema que algún día quizás los compañeros españoles podrán plantearse y resolver objetivamente.

En cuanto a nosotros, queremos limitarnos a expresar una opinión en términos generales. Creemos que los anarquistas sólo pueden participar en luchas que sean la expresión de la voluntad de libertad y justicia del pueblo. Pero cuando semejantes luchas tienen que organizarse y librarse con la misma inhumanidad que el enemigo, con ejércitos de conscriptos adiestrados en la obediencia ciega a sus jefes; con la militarización de la retaguardia y censura de prensa y de opinión; cuando se toleran prisiones secretas y se moteja de traidores a los que expresan críticas (como

en el proceso de los líderes del P.O.U.M.); antes de llegar a un estado de cosas tal, los anarquistas que no temen la impopularidad o el «juicio de la historia» deben manifestar su negativa de seguir cooperando y, a la vez, dirigirán sus luchas contra los regímenes cómo y dónde lo consideren compatible con sus aspiraciones y sus principios.

MEDIOS Y FINES

Lo que distingue a los movimientos libertario y autoritario en su lucha para establecer la sociedad libre son los medios que se emplearán con este fin. El libertario sostiene que la iniciativa debe dimanar de abajo, que la sociedad libre debe ser el resultado de la voluntad de libertad de un amplio sector de la población. El autoritario, por otra parte, cree que la voluntad de libertad sólo puede manifestarse cuando se haya sustituido el sistema económico y político existente por una dictadura del proletariado que, a medida que se desarrollan la conciencia y el sentido de responsabilidad del pueblo, desaparecerá gradualmente para que emerja la sociedad libre. Estas dos concepciones son incompatibles entre sí. El autoritario alega que la concepción proletaria es noble; pero «utópica» y condenada al fracaso desde la partida, mientras que el libertario alega, invocando la experiencia histórica, que los métodos autoritarios no harán sino sustituir un Estado coercitivo por otro igualmente despótico y alejado del pueblo, que no mostrará más prisa en «desaparecer gradualmente» que su antecesor capitalista. La sociedad libre sólo puede crecer como expresión de la libre asociación de hombres libres, vale decir, de hombres que ardientemente creen en la libertad de los demás tanto como en la suya propia.

Al progresar en nuestro estudio llegamos, entre otras, a la

conclusión de que sólo una pequeña parte del movimiento revolucionario español era en realidad libertaria, opinión que no somos los únicos en sostener. Creemos que la verdadera situación ha sido expuesta con acierto por un viejo militante que colaboraba en la revista *Tiempos Nuevos* (abril de 1945) bajo el seudónimo de «Fabio». Decía éste que:

«Si la colaboración hubiera sido solamente un error, la cosa no sería grave. Los errores se rectifican. Con no colaborar más, asunto concluido. Lo que la colaboración reveló no tiene rectificación posible. Fue esto, que algunos, muy pocos, sospechábamos hacía tiempo: que los anarquistas éramos en España a lo sumo, unos cuantos, no muchos centenares.»
[\(148\)](#)

Además, parece como que el culto de la organización hubiera cegado a muchos militantes experimentados ante las consecuencias desastrosas de una acción que se convierte en fin propio. Ellos mismos fueron víctimas de la ilusión que tan a menudo habían criticado en los socialistas: la de juzgar que el poder sólo es un mal cuando está en «malas manos» y para una «mala causa», y no que «el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente».

Así, estaban preparados para esgrimir el arma de la guerra, que en fecha tan reciente como mayo de 1936 habían denunciado abiertamente, tanto en nombre de la revolución social como de la derrota del «fascismo». Es un hecho que todas las políticas de la CNT-FAI después de julio de 1936 estaban en contradicción directa con todo cuanto la organización defendía y expresaba en sus Dictámenes aprobados por el Congreso de Zaragoza en mayo de

1936. Vale la pena examinar algunas de las tesis más notables. En el Dictamen sobre la Situación Política y Militar a que nos referimos al principio del capítulo XVI, la posición de la Organización sobre la democracia parlamentaria era muy clara. Sin embargo, a pesar de reconocer «la bancarrota» del régimen político y social existente, la CNT-FAI, después de julio, trató de restablecerla como el medio más eficaz de hacer frente a la situación creada por el alzamiento militar. Consideró que la resistencia armada y la economía del país sólo podían desarrollarse con eficacia desde arriba. Esta posición fue sostenida reiteradamente y nunca de manera más desembozada que en un editorial de primera página de Solidaridad Obrera (21 de febrero de 1937), obviamente inspirado en las esferas superiores, y que dice así:

«Cuando Madrid se vio sin Gobierno y dueño de sus propios destinos, se organizó la defensa. Ello muestra que los gobernantes eran un obstáculo. En todas ocasiones en que el pueblo se conduce por propia iniciativa, la victoria le sigue. Cuando se asume la responsabilidad de gobernar y dirigir a un pueblo de tan extraordinarias condiciones éticas y morales, no se pueden sentir dudas ni vacilaciones endémicas en los que dirigen la guerra y la Revolución. No existe causa que lo justifique, como no sea la falta de dirección.

»Cuando no se tiene confianza en el pueblo que se dirige, se dimite. Gobernar sin fe en el porvenir nacional, es tanto como pre parar la derrota. En estos momentos culminantes para la vida española, sólo pueden dirigir sus destinos hombres que tengan seguridad absoluta en el triunfo. Temperamentos en los que la audacia vaya unida a la inteligencia. La Revolución tiene que sentirse en el cerebro y en el corazón. El optimismo

y la capacidad son factores imprescindibles para vencer las enormes dificultades que se oponen al triunfo. Este hay que alcanzarlo a toda costa. Nuestro malogrado Durruti decía: "Nosotros renunciamos a todo excepto a la victoria". Ese es nuestro lema. Para conducir al pueblo, es imprescindible que los encargados de dirigir a las masas encarnen este pensamiento: "Para hacerse obedecer, lo primero que se necesita es tener autoridad". Y la única manera de conseguirla es acertando. Y para acertar, precisa capacidad, don de mando, fe en los destinos del pueblo que se gobierna; actividad, previsión, adelantarse a los acontecimientos y no ir a remolque.» [\(149\)](#)

La fecha de tan extraordinaria muestra de juego a dos caras [\(150\)](#) tiene importancia, ¡porque en febrero de 1937 la CNT tenía cuatro ministros en el Gobierno! Pero algunos no podrán explicarse por qué, si «en todas ocasiones en que el pueblo se conduce por propia iniciativa la victoria sigue», se le iban los ojos a la CNT tras el Gobierno, ni por qué un Gobierno que «tiene confianza en el pueblo», necesita «hacerse obedecer».

Asimismo, el Dictamen sobre alianzas revolucionarias, con vistas al «derrocamiento del régimen político y social existente» declara que:

«1º. La UGT, al formar el Pacto de Alianza Revolucionaria, reconoce explícitamente el fracaso del sistema de colaboración política y parlamentaria. Como consecuencia lógica de dicho reconocimiento, dejará de prestar toda clase de colaboración política y parlamentaria al actual régimen imperante.

»2.º Para que sea una realidad efectiva la revolución social, hay que destruir completamente el régimen político y social que regula la vida del país.» [\(151\)](#)

Los apologistas de la política de la CNT-FAI alegarán tal vez que, para derrotar a Franco, era necesario cambiar las tácticas de la organización, tanto más cuanto que la UGT no había aceptado la alianza.

Refutemos primero este último punto. Desde julio hasta setiembre de 1936 ninguna de ambas organizaciones estaba representada en el Gobierno Central. Durante aquel período, ¿se hizo algún intento serio de formar una Alianza Revolucionaria con la UGT (y una alianza revolucionaria no significa un pacto entre los líderes como en el caso del Pacto CNT-UGT de 1938, sino, como entraña el vocablo, con las secciones revolucionarias de la UGT)?

Pero el primer argumento de los apologistas, referente a la táctica, parece ignorar el significado de los dos párrafos precitados en que se proclama el «fracaso del sistema de colaboración política y parlamentaria «y se manifiesta que la revolución social exige se destruya completamente el régimen político y social que regula la vida del país». Estas no son declaraciones sobre tácticas, sino comprobación de un hecho y arranca de la experiencia sobre la naturaleza de la colaboración política, incorporada en un principio.

Los líderes de la CNT quizás tuviesen razón al creer que la revolución social y la derrota de Franco eran imposibles, pero a juicio nuestro, y por las mismas razones, debían haber concluido que menos aún se conseguirían aquellos objetivos por medio del Gobierno y de la colaboración política [\(152\)](#). El hecho es, no cabe ocultarlo, que habían preferido desestimar el rigor de un análisis anarquista del problema social so pretexto de que la situación era

tan excepcional que no había sido prevista ni considerada por nuestros teóricos en sus escritos. Esta característica presunción, que tan a menudo es capa de ignorancia, vuelve a exhibirse en un número de Solidaridad Obrera (2 de febrero, 1938):

«Tenemos muy en cuenta que ante todo MANDA LA GUERRA, es decir, que debemos atender con todas nuestras fuerzas esta lucha terriblemente absorbente y cuyas exigencias no estaban, por cierto, prescritas en ninguna cartilla doctrinaria.»

Una de las consecuencias de semejante política «circunstancialista» fue hacer que las consignas de los propagandistas de la CNT-FAI pusieran sordina a la revolución social y, en cambio, escenificaran a revientabombos la lucha «antifascista» con el concurso del poderoso aparato de propaganda de la Organización, y explotaran los sentimientos nacionalistas y patrióticos más vulgares. El empleo por Franco de moros primero y, luego, de italianos y alemanes, fue leña para su fuego. Esto y la insistencia de los líderes en la militarización y en la prolongación de la lucha armada a toda costa parecen corroborar nuestra opinión de que el movimiento revolucionario español estaba más que teñido de sentimientos nacionalistas (a más de regionalistas). Hasta qué extremos llegaron éstos queda ilustrado por un discurso de Federica Montseny en un mitin en Madrid, en 31 de agosto de 1936, o sea, pocas semanas después del levantamiento, cuando el entusiasmo revolucionario era más intenso y la situación militar estaba más o menos estabilizada. Dijo de Franco y sus amigos:

«Con este enemigo sin dignidad ni conciencia, sin sentido de

españoles, porque si españoles fueran, si fueran patriotas, no habrían arrojado sobre España a los regulares y a los moros imponiendo la civilización del fascio, no como civilización cristiana, sino como civilización morisca, gentes que hemos ido a colonizar para que vinieran ahora a colonizarnos a nosotros, con principios religiosos e ideas políticas que quieren mantener arraigadas en la conciencia de los españoles.» [\(153\)](#)

Así hablaba una revolucionaria española, considerada como uno de los elementos más inteligentes y capaces de la organización (y apreciada como tal todavía por la fracción mayoritaria de la CNT en Francia). En una sola frase se expresan sentimientos nacionalistas e imperialistas. ¿Protestó alguien?

Pero volvamos a los Dictámenes del Congreso de Zaragoza. Sobre el tema de los «Deberes del individuo para con la colectividad y concepto de la justicia distributiva» se declara que:

«El Comunismo Libertario es incompatible con todo régimen de coerción, hecho que implica la desaparición del actual sistema de justicia correccional y, por lo tanto, de los instrumentos de castigo (cárceles, presidios, etc.).» [\(154\)](#)

Se expresa también la opinión de que «el determinismo social» es la causa principal de los llamados delitos y que, una vez removidas las causas, el delito dejará de existir. De suerte que «al cubrir sus necesidades, dándole también margen a una educación racional y humana, aquellas causas han de desaparecer». Y en términos concretos.

»Por ello, entendemos que cuando el individuo falte el cumplimiento de sus deberes, tanto en el orden moral como en sus funciones de productor, serán las asambleas populares quienes con un sentido armónico, den solución justa al caso.

»El Comunismo Libertario sentará, pues, su "acción correccional" sobre la Medicina y la Pedagogía, únicos preventivos a los cuales la ciencia moderna reconoce tal derecho. Cuando algún individuo, víctima de fenómenos patológicos, atente contra la armonía que ha de regir entre los hombres, la terapéutica pedagógica cuidará de curar su desequilibrio y estimular en él el sentido ético de responsabilidad social que una herencia insana le legó naturalmente.» [\(155\)](#)

¿Hasta qué punto fueron aplicados, o por lo menos propugnados, estos métodos por los líderes revolucionarios en el trato con sus semejantes o en su prensa? Nuevamente oiremos las objeciones de los revolucionarios realistas en el sentido de que, dada la situación porque atravesaba España, no era posible aplicar tales métodos, ¡ni siquiera, es de suponer, durante el período en que los ministros de Justicia y de Sanidad eran ambos miembros de la CNT! Que, en todo caso, los desertores, «cobardes», especuladores, partidarios o soldados de Franco, los neutrales, pacifistas, «perezosos», los desamparados y los indiferentes no eran víctimas sino «traidores que merecían una lección».

¿Cómo puede sostenerse que no son productos de la sociedad en que viven? En una sociedad sin violencia no habría cobardes; sin guerra no habría desertores; sin escasez no habría traficantes.

El hecho fue que, tanto para los revolucionarios como para el

Gobierno, todos los medios eran lícitas en el empeño de movilizar al país entero en pie de guerra. Y en circunstancias tales lo primero que se sobrentiende es que todos debieran apoyar la «causa»; a los que no, se les fuerza a ello; a los que se resisten o no reaccionan del modo prescrito, se les persigue, humilla, castiga o liquida.

Miles de miembros del movimiento revolucionario desempeñaron cargos en instituciones para-gubernamentales. Integraban tribunales populares o asumían la vigilancia y la administración de prisiones. No hay testimonios de que objetasen los castigos y las centenares de sentencias de muerte dictadas y ejecutadas por estos tribunales. La prensa de la CNT ofrece un sombrío cuadro de sentencias pronunciadas y ejecutadas sin un solo murmullo de desaprobación. Por el contrario, todos los comentarios eran de aprobación. «¡Que sirva de ejemplo!» rezaba el titular de *Solidaridad Obrera* al dar cuenta de la ejecución de un líder rebelde en Menorca (16 setiembre 1936).

Podríamos afirmar que la posición de la CNT-FAI con respecto a la violencia legalizada es tal que sus desviaciones colaboracionistas pierden comparativamente toda importancia. Para ella la violencia ya no era un arma defensiva contra el ataque armado de las fuerzas franquistas. Era un arma de venganza (la ejecución de prisioneros «fascistas»); de intimidación (ejecución pública de los desertores); de escarmiento («Pena de muerte al ladrón», S. O. del 17 setiembre 1936).

No vacilamos un momento en afirmar que un anarquista no puede justificar el fusilamiento de ninguna persona indefensa, cualquiera que sea su delito. Menos aún se justifica la ejecución de los que se niegan a matar, o de los que ayudan al «enemigo» con informaciones, etc. Sostenemos que la lucha revolucionaria, en el

curso de su desarrollo, puede protegerse adecuadamente contra sus quintacolumnistas con la reclusión bajo condiciones humanas. «¿Y les perdonaremos la vida a los individuos que han sido responsables del exterminio de centenares de nuestros compañeros?» nos objetarán trabajadores españoles que creen con Gonzalo de Reparaz en la filosofía del «terror contra el terror» (S. O., 30 enero 1938). O con Juan Peiró en la «Venganza y venganza fiera. Ojo por ojo y diente por diente» (S. O., 6 setiembre 1936). Pues bien, hay una sola respuesta: ¡Si!

Hay muchas maneras de transformar la sociedad. Una consiste en aniquilar física o moralmente a quienes están en desacuerdo con nuestras ideas; otra consiste en convencer primero a un número suficiente de personas de la bondad de nuestras ideas. Entre ambos extremos hay variantes del primer tema, pero respecto al segundo, a nuestro parecer no puede haber ninguna. Los sedicentes «realistas» entre los libertarios estiman que una transacción se justifica moralmente si se logran éxitos. Si hemos de juzgar los «éxitos» por la historia de los movimientos socialistas y comunistas internacionales o del movimiento «plataformista» (Un grupo de anarquistas rusos en el exilio formuló, en 1927, una «plataforma» organizacional particularmente autoritaria), en el plano internacional del anarquismo, y del «circunstancialismo» de la CNT-FAI española, sólo cabe una conclusión: que donde los medios son autoritarios, los fines, la sociedad futura real o soñada, serán autoritarios y nunca engendrarán una sociedad libre.

La violencia como medio trae violencia como sistema; el culto de las personalidades como medio es cuna de dictadores -grandes y chicos- y de masa serviles; el Gobierno -aun con la colaboración de socialistas y anarquistas- produce más Gobierno.

¿Podemos entonces garantizar que la libertad como medio será

generadora de más libertad, quizás de la sociedad libre? A quienes arguyen que tal planteamiento nos condena a la esterilidad o a la torre de marfil, les diremos que su realismo y su «circunstancialismo» conducen inevitablemente al desastre. Creemos que es algo más real, más positivo y más revolucionario resistir a la guerra que participar en ella; que es más civilizado y más revolucionario defender el derecho a la vida de un fascista que fusilarlo; que es más realista charlar con el pueblo en el arroyo de la calle que dirigirse a él desde los bancos gubernamentales; que a la larga se logran resultados más satisfactorios al influir en los espíritus por medio de la discusión que al moldearlos coactivamente.

Y por último, y esto es lo que importa, se trata aquí de un problema de dignidad humana, de la propia estimación y del respeto hacia nuestros semejantes. Hay cosas que nadie puede hacer sin dejar de ser humano. Como anarquistas aceptamos voluntariamente las limitaciones que impone a nuestra conducta esta modalidad espiritual porque, con palabras del viejo anarquista francés Sebastián Faure:

«No ignoro que no es siempre posible hacer lo que sería necesario hacer; pero sé que hay cosas que es rigurosamente necesario no hacer jamás.»

Esta es la enseñanza de la Revolución española para las convulsiones del futuro.

Londres, julio-diciembre, 1952. Enero-abril 1957.

POSTFACIO BIBLIOGRAFICO (1972)

|

En la bibliografía incluida en *El Gran Camuflaje*, su autor, Burnett Bolloten, declara que en la preparación de esa gran obra había consultado no menos de 2.500 libros y folletos sobre el tema, y presenta una lista de los que cita en su trabajo o bien ha encontrado útiles para el mismo. Su bibliografía abarca 17 páginas; pero lo que más llama la atención del lector es el escaso número de obras publicadas entre 1945 y 1960. En lo que respecta al mundo editorial, España era un tema improductivo. Por ejemplo, el trabajo de Bolloten, aunque estaba terminado en 1952, no se publica hasta 1961. Durante aquellos años fue ofrecido a numerosos editores norteamericanos, incluidas cinco editoriales universitarias, y fue rechazado por todos ellos. Los tiempos han cambiado, ciertamente, y dado el número de doctorandos en busca de tema, que crece constantemente, y los insaciables imperios editoriales e impresores en busca de reediciones y autores, la Guerra Civil Española ha resurgido de su inmerecido olvido. Una cuestión muy distinta es si el lector resultará más esclarecido a fin de cuentas de lo que estaba antes de comenzar a leer algunas de las obras más conocidas que hoy se imprimen.

Desde 1957 (en que di término a la versión revisada de las Lecciones de la Revolución española) han aparecido una serie de obras importantes, que pudieran haber sido utilizadas con provecho en el presente trabajo, si no fuera porque mi intento no era el de escribir una historia, sino únicamente el de tratar de obtener conclusiones sobre los aspectos revolucionarios de la lucha, y, por tanto, de haber utilizado aquéllas, me hubiera

encontrado principalmente dedicado a añadir notas a pie de página que simplemente reforzarían los argumentos, pero no los cambiarían. Consideré, pues, que las posibles ventajas que obtendría se verían anuladas por el abigarramiento del argumento en virtud de un empacho de detalles, aparte del hecho de que existe un límite al volumen de revisión y expansión que puede sufrir una obra sin tener que ser reescrita enteramente, y no tenía intención alguna de hacerlo así. Por otra parte, pienso que debo aprovechar la oportunidad de esta publicación inglesa de mi trabajo para referirme a algunas de las obras importantes de que dispone actualmente el estudioso de la Revolución española.

II

El *Laberinto Español* de Brenan (Cambridge, 1943; en castellano, París, 1962) es aún el mejor libro sobre los antecedentes sociales y políticos, y contiene una valiosa bibliografía; existe en inglés una edición de bolsillo. *La Anarquía a través de los Tiempos*, de Max Nettlau (Barcelona, 1935), ha sido reeditada en una versión italiana como *Breve Storia dell'Anarchismo* (Edizioni l'Antistato, Cesena, 1964) y contiene capítulos sobre los orígenes del anarquismo y sobre el anarquismo colectivista y comunista en España. Obra también de Nettlau es *La Premiere Internationale en Espagne* (1868-1888), Reidel, Holanda, 1969), fuente primaria monumental de 600 páginas sobre el tema, pacientemente recopilada por Renée Lamberet. Aparte de estar fuera del poder adquisitivo de la mayoría de la gente, ha derrotado todos los intentos que he hecho de leerla; es probablemente una obra que no se hizo para ser leída, sino para ser consultada (y aun esto, solamente por el estudioso embebido en el tema de los orígenes

de la Primera Internacional en España). Mucho más asequible, aunque también obra de carácter científico, son los *Orígenes del Anarquismo en Barcelona*, de Casimiro Martí (Barcelona, 1959), que fue, según creo, el primer estudio serio del anarquismo proveniente de la España de Franco.

Entre el material más reciente relativo a los antecedentes en las tres primeras décadas del presente siglo, se publica en 1967 una reimpresión del folleto de M. Dashar, *The Origins of The Revolutionary Movement in Spain* (Coptic Press, Inglaterra), al paso que Peirats dedica, en *Los Anarquistas en la crisis española* (Buenos Aires, 1964), los cien primeras páginas de su trabajo a los años que conducen al 19 de julio de 1936, como hizo también en los seis primeros capítulos del volumen I de su *Historia de la C.N.T*, a la que con tanta frecuencia se hace referencia en la presente obra.

Las primeras doscientas páginas de *The Spanish Republic and the Civil War* (Princeton, 1965), de Gabriel Jackson, tratan con detalle considerable de la República de 1931.

III

La mejor obra de carácter general sobre la Guerra Civil es *La Révolution et la Guerre d'Espagne* (1961), de Broué y Témime. Es éste un trabajo científico, pero también de engagement, dedicándose ambos autores esforzadamente a recuperar la verdad sobre la guerra y la revolución, y es bueno que finalmente podamos disponer de una traducción inglesa (Londres, 1972; la versión castellana, México, 1962). Si los críticos no consiguen sabotearla, debe convertirse en el libro de texto sobre el tema en

general, y contribuir así a reparar el daño que ha producido la más conocida y menos engagé de las obras de carácter general publicada en el mismo año: *The Spanish Civil War*, de Hugh Thomas (Londres, 1961; versión castellana, París, 1962). En otro lugar (cfr. *Anarchy*, vol. I, núm. 5, 1961), he explicado ampliamente por qué considero a dicha obra como el libro más cínico que he leído sobre la Guerra Civil, y no voy a repetir aquí mis argumentos. Posteriormente, Penguin Books (1965) ha publicado una edición revisada de *The Spanish Civil War*. En su Prefacio a la misma, escribe el autor que la nueva edición «aumenta ligeramente en cuanto a los aspectos económicos y sociales de la guerra. Se han explorado con mayor detenimiento los orígenes tanto de los comunistas como de los anarquistas en España. Por lo demás, el libro sigue siendo muy parecido al que apareció por primera vez». De hecho, el único «aumento» significativo es el capítulo de 11 páginas dedicado a «Las colectividades», ítema que el señor Thomas desdeñó en la edición original, dejando a un lado referencias ocasionales! Sin embargo, la estrella del autor ha ido creciendo y ahora hay quien lo considera como autoridad sobre las Colectividades tras su contribución en un trabajo más extenso que hizo al volumen sobre España, que compiló Raymond Carr, *The Republic and the Civil War in Spain* (Londres, 1971; hay versión castellana, Barcelona, 1973).

IV

En los últimos años se ha publicado más material sobre las Colectividades, destacadamente el trabajo crítico de Frank Mintz, *L'Autogestion dans l'Espagne Révolutionnaire* (París, 1970), que trata de responder a preguntas de orden práctico, tales como:

«¿Por qué tuvo lugar la colectivización?», «¿Cómo se llevó a cabo la colectivización?», «¿Existen aspectos originales en la colectivización?». El mérito de la obra reside en que el autor trata de reunir materiales de una gama muy amplia de fuentes publicadas, y de resumir los resultados. Sin embargo, como es típico de muchas tesis doctorales, su lectura no es fácil, pero constituye en todo caso una valiosa contribución al tema.

Una fuente directa fundamental sobre las Colectividades, que acaba de aparecer, es la obra de Gaston Leval, *Espagne Libertaire, 1936-1939* (París, 1971). Se trata de una versión ligeramente ampliada de *Né Franco né Stalin* (Le Collettivita anarchiche spagnole nella lotta Contra Franco e la reazione staliniana) (Milán, 1.952), que será ya familiar para el lector, aunque sólo sea por las muchas ocasiones en que me he referido a ella en este mismo trabajo. (En castellano existe una versión de la primera obra, Buenos Aires, Proyección, 1970; en prensa se encuentra la traducción de la edición ampliada; Madrid, colección Anatema de Editorial Aguilera, 1976.)

Desde España nos viene una contribución de Albert PérezBaró, *30 meses de collectivisme a Catalunya* (Barcelona, 1970). El autor es un militante de la CNT desde antes de 1936, y estuvo íntimamente vinculado con la legislación sobre colectivización en Cataluña. No he conseguido ver el libro, pero Frank Mintz lo describe en Boletín CIRA (núm. 22, Lausana, 1971) como «indispensable para la comprensión de muchos acontecimientos que han marcado la transformación económica de la España republicana». El mismo autor recensiona otra obra española (por cierto que ambos volúmenes están en catalán), *Política económica de la Generalitat* (1936-1939), Volum primer: evolució i formes de la producció industrial (Barcelona, 1970), de J. M. Bricall, que considera

«fundamental». «Contiene una documentación y estadísticas más detalladas que todo lo que se ha publicado hasta el momento sobre España y Cataluña», además de abundantes ilustraciones.

Sobre el tema de la economía española, he encontrado sólida e instructiva la obra de Ramón Tamames, *Estructura Económica de España* (Madrid, 1960, con varias ediciones posteriores). Es tanto una fuente documental como un estudio crítico que cubre en sus casi mil páginas los diversos aspectos de la economía española. Sin embargo, no aborda el tema de las colectivizaciones de 1936-1939; no obstante, su adecuado y breve tratamiento sobre la reforma agraria en la Segunda República. El autor cita algunas cifras interesantes y significativas sobre la expropiación de tierras durante la revolución. Hacia mayo de 1938 había sido ocupadas no menos de 5.700.000 hectáreas (14 millones de acres, de los cuales 6 millones fueron expropiados porque sus dueños los habían abandonado, o bien por razones políticas, 5 millones de acres lo fueron por razones de utilidad social, y 3 millones lo fueron sólo provisionalmente (p. 46 de la 3: edición, 1965). Otra «estadística» interesante aparece en página 11, donde el autor subraya que el Producto Nacional Bruto no aumentó a una tasa comparable al crecimiento demográfico tras la guerra civil, con el resultado de que «en los años 1939-50 hubo una caída muy evidente en el nivel de vida en España».

V

De los libros que son fuentes primarias sobre la revolución, la historia de Peirats en 3 volúmenes, *La CNT en la Revolución española* (Toulouse, 1951, 1952, 1953), es aún la obra más importante de que dispone el estudioso, y es alentador comprobar

que ha sido reimpressa en una nueva edición (París, 1971). Pero, indudablemente, el libro de fuentes directas más impresionante que ha aparecido en inglés desde el de Peirats es *The Grand Camouflage*, de Burnett Bolloten, que apareció por primera vez en 1961 con el subtítulo *The Communist Conspiracy in the Spanish Civil War*, y desapareció misteriosamente de los catálogos del editor enseguida, para no reaparecer hasta 1968, bajo otra casa editora, con el subtítulo *The Spanish Civil War and Revolution 1936-39*, y una introducción de H. R. Trevor-Roper que es interesante por describir las dificultades que encontró el autor para dar ante todo con un editor, y la conspiración de silencio que siguió a su publicación. El profesor Roper sugiere que tal vez «el sistema intelectual establecido en el mundo angloamericano está todavía estancado en las posturas que en los años treinta estuvieron de moda, y que son implícitamente socavadas por Bolloten». La clave más útil en tal sentido puede ser el ensayo de Orwell sobre «La prevención de la Literatura» escrito a primeros de 1946 cuando las diatribas literarias de Orwell se habían transferido de sus «bêtes-noires» bélicas -los fascistas, los pacifistas y los anarquistas-, a los rusos y los intelectuales-compañeros de viaje, y supongo que el párrafo capital de ese artículo al que nos refiere el profesor Roper es éste:

«Hace quince años, cuando uno defendía la libertad del intelecto, uno tenía que defenderlo contra los Conservadores, contra los Católicos, y en cierta medida -porque en Inglaterra no alcanzaron gran importancia- contra los Fascistas. Hoy hemos de defenderla contra los Comunistas y sus «compañeros de viaje». Sin ánimo de exagerar la influencia directa del pequeño partido comunista inglés, no cabe duda del nocivo efecto del mito ruso en la vida intelectual inglesa. A éste se debe que se supriman hechos

probados, distorsionándolos hasta un grado tal que llega a ser dudoso el que pueda escribirse alguna vez una verdadera historia de nuestro tiempo.»

No es éste el lugar para intentar desenmarañar el confusionismo político de Orwell, porque en cualquier caso estoy de acuerdo en que, en lo que respecta a la Guerra Civil española, la «línea» que marcaron los comunistas en aquella época -es decir, la del fascismo contra la democracia, siendo esta última representada por el Gobierno de Frente Popular, que había resultado victorioso en las elecciones generales de febrero de 1936-fue creída a pies juntillas por la izquierda bien pensante, por no mencionar a conservadores excéntricos como la duquesa de Atholl, pero de todas maneras, creo que la obra maestra de Bolloten no fue publicada en los años cincuenta simplemente porque, en primer lugar, no existía «interés» en el mundo anglosajón sobre el tema, y, en segundo lugar, cuando fue publicada, resultó sabotada por los académicos que monopolizan las recensiones y que se resintieron de la intrusión de un simple periodista en un tema que acababan de «descubrir» como campo de explotación lucrativa, así como por el hecho de que Bolloten socavaba toda la base de su enfoque elitista, en virtud del párrafo inicial de esta notable obra:

«Aunque el estallido de la Guerra Civil española, en julio de 1936, fue seguido de una profunda revolución social en el campo antifranquista -más profunda en algunos aspectos que las etapas iniciales de la revolución bolchevique-, millones de personas cultas fuera de España fueron mantenidas en la ignorancia, no hay de su profundidad y alcance, sino incluso de su existencia, en virtud de una política de duplicidad y disimulo de la que no existe paralelo

en la historia.»

Ya en dos ocasiones he dado tributo de admiración a Bolloten, y no puedo sino citar lo que escribí cuando por primera vez recensioné a Thomas y a Bolloten conjuntamente en *Anarchy* (número 5, julio de 1961):

«Es significativo el que haya sido ignorado, o, en los casos en que ha sido recensionado juntamente con el libro de Thomas, haya recibido tan minúsculo tratamiento, otro libro que apareció al mismo tiempo que el del señor Thomas, *The Gran Camouflage: The Communist Conspiracy in the Spanish Civil War*, de Burnett Bolloten. Es lástima, porque esta obra es muchísimo más importante, y a pesar de que no trata de presentar un cuadro completo de la guerra civil, el lector aprenderá más sobre los problemas reales de aquella lucha en sus 350 páginas, que en las 400 de la «historia» general de Thomas... La razón de que el libro de Bolloten sea más interesante de lo que su título pudiera hacer creer es que, con objeto de analizar el papel contrarrevolucionario de los comunistas, ha de ofrecer al lector en primer lugar un marco de la revolución social que se había producido, y para hacer esto dedica capítulo tras capítulo con notas de referencia que a veces ocupan más espacio que su propio texto. Por ejemplo, el capítulo sobre la Revolución en el Campo tiene sólo veinte páginas, de las que más de siete son referencias a fuentes primarias. Pero en esas referencias hay material para un grueso volumen.»

Y cuando hube de escribir una « Introducción » a la versión española de mi propio trabajo (París, Bélibaste, 1971), expliqué

que había optado por no extender más el texto, no obstante los muchos libros aparecidos sobre la Guerra Civil desde 1957,

«... porque en mi opinión solamente uno -*The Grand Camouflage*, de Burnett Bolloten-es una valiosa obra de fuentes primarias, además de una de las pocas que muestran una comprensión realista del tema. No he utilizado aquí el libro de Bolloten, ¡porque ello hubiera significado reexaminar todas sus fuentes, valorándolas y produciendo así no menos de cinco volúmenes! Pero recomiendo a todos los estudiosos serios y dedicados de este tema que lean a Bolloten e investiguen sus notas a pie de página. Soy lo bastante inmodesto como para sugerir que Bolloten ilustra también la tesis expuesta en las páginas que siguen.»

Pero recomiendo también a los lectores ingleses de la Introducción del profesor Trevor-Roper que no supongan que esto último simpatiza o resume la obra que introduce, con independencia de lo que pueda escribir. Se trata ciertamente de una viva ilustración de la crasa ignorancia de los académicos -el Profesor Roper es titular de la Cátedra Regia de Historia Moderna en la Universidad de Oxford-, como cuando escribe:

«La revolución anarquista de 1936 ha sido ya descrita en otras ocasiones, pero rara vez, en mi opinión, de manera tan viva como lo hace el señor Bolloten. Su descripción de aquélla, ampliamente documentada con fuentes locales directas, es una de las partes más fascinantes de su libro. Pero es, en efecto, solamente la introducción. *Porque aquella revolución, si bien disolvió efectivamente la vieja República, no contribuyó para nada a la tarea inmediata de resistir a la rebelión de Franco.*» (El subrayado

es mío.)

¿Y quién lo hizo entonces? La respuesta del profesor sigue a la de los compañeros de viaje de los años treinta: «Esa fuerza resultó ser el Partido Comunista. ¿Y con qué fundamento hace tal afirmación?

«El Partido Comunista Español tenía en 1936 una fuerza despreciable. España no había aceptado nunca el comunismo, ni desde luego el fascismo, ni ninguna otra ideología de las que habían arraigado firmemente en Europa. Las ideas europeas que aceptaba habían sido herejías rechazadas por Europa o, cuando habían sido ortodoxias, se trataba de ortodoxias radicalmente transformadas en su paso a través de los Pirineos. No Marx, sino Bakunin, fue el profeta del radicalismo español. Y así, en 1936, cuando los anarquistas fueron capaces de hacer una revolución, los comunistas españoles eran demasiado débiles para pensar siquiera en una conspiración. Tenían como máximo 40.000 miembros, representados por 16 diputados en las Cortes. Sin embargo, en el plazo de un año, el Partido Comunista era el dueño efectivo del Gobierno republicano. *Hacia el final de la guerra, el general Franco no luchaba realmente contra el Frente Popular, sino contra una dictadura comunista.*» (El subrayado es mío.)

He de resistirme a la tentación de analizar los párrafos que he subrayado, pero si he citado con tal extensión al profesor Roper es porque su manera de tratar los hechos, y sus propios procesos de análisis, son típicos de los historiadores académicos que al menos en el mundo de habla inglesa, se han «apoderado» de la Guerra Civil española, si bien existen signos de un contraataque. Noam

Chomsky, en su largo ensayo sobre «Objetividad y Ciencia Liberal, incluido en el volumen que Pelican publicó en 1969 con el título de *American Power and the New Mandarins* (versión castellana, Barcelona, 1971), se enfrenta a las consecuencias de lo que denomina la «subordinación contrarrevolucionaria» al escribir la historia, e ilustra sus argumentos refiriéndose a las actitudes de los historiadores ante la Guerra Civil española, y en particular ante la revolución en las calles. Examina con algún detalle una de las obras de la ciencia liberal (la galardonada *The Spanish Republic and the Civil War*, de Gabriel Jackson, de la que se prepara una versión castellana, Barcelona, 1977), y concluye: «Me parece que existen pruebas más que sobradas de la profunda parcialidad en contra de la revolución social, y del compromiso con los valores y el orden social de la democracia liberal burguesa, que han llevado al autor a desfigurar acontecimientos decisivos y a menospreciar corrientes históricas fundamentales. Uno tiende a sospechar que la esperada publicación, después de tanto tiempo, de una versión inglesa de la obra de Broué y Témime se debe en gran parte a la vinculación del profesor Chomsky con el M.I.T. (Massachusetts Institute of Technology) que adquirió los derechos en lengua inglesa, y cree que es significativo el que, no obstante aparecer bajo la respetabilísima editora de Faber & Faber, mantenga inflexible su título de *The Revolution and the Civil War in Spain*, de la misma manera que la obra de Bollo ten aparece ahora con el subtítulo de *The Spanish Civil War and Revolution 1936-39*, mientras que hace una década era presentada como una denuncia de *The Communist Conspiracy in the Spanish Civil War* (con este último título se presenta en la versión castellana, Barcelona, 1972). Quizá la trinidad non-sancta de Thomas, Joll & Raymond Carr, que se dedican a hacerse la pelota literaria en toda ocasión, puede ser al fin puesta en evidencia. La hábil recensión del señor

Carr en el *Observer* sobre la obra de Broué y Témime demuestra con toda claridad que ha visto la señal de peligro, pero también que confía en que los intrusos puedan ser eficazmente marginados. Y lo cierto es que con un volumen que cuesta 6 libras (unas 700 pesetas) en su versión inglesa, poca gente podrá adquirirlo. Debiéramos presionar a los editores para que publicaran una edición de bolsillo barata. Una fuente directa que el estudioso concienzudo no debiera ignorar, no obstante sus graves insuficiencias, es *Tres días de julio*, de Luis Romero (Barcelona, 1967). En esta obra de 600 páginas, copiosamente ilustrada, el autor, galardonado novelista español, trata de resumir lo que ocurría en todas las principales ciudades y pueblos de España en los tres días decisivos de julio de 1936, es decir, el 18, el 19 y el 20. En un artículo conmemorativo sobre «España 1936» que escribí para *Freedom* en 1963, subrayaba el tipo de «Historia» que me gustaría ver escrita. Sería una narración día por día de las actividades de las dos organizaciones obreras, CNT y UGT, empezando con la fundación de la República en 1931; la primera parte nos llevaría hasta las elecciones de febrero de 1936, la segunda (pero «con mucho más detalle») cubriría el período de febrero al alzamiento militar en julio, y la tercera parte «trataría de recrear los acontecimientos pongamos de un mes a partir del alzamiento, y así se mostraría cuán profundo fue el trabajo de "demolición" del orden existente, y en qué medida los revolucionarios lograron crear nuevas organizaciones sociales y económicas que ocuparon su lugar, y afrontar los múltiples problemas no sólo creados por el alzamiento militar, sino en general los existentes en cualquier sociedad con grandes concentraciones de población» (*Freedom*, 20 de julio de 1963, reimpresso en el vol. 13 de «Freedom Reprints», titulado *Forces of Law and Order*, Londres, 1965).

El señor Romero dedicó tres años a esta tarea, y aunque por diversas referencias estoy seguro de que se trata de una importante contribución, el hecho de que el autor haya preferido presentar su material como literatura y no como historia, y sin una sola nota de referencia a fuentes, ni siquiera una bibliografía, impide que sea utilizado como fuente directa por el estudioso concienzudo sin más investigación, aunque creo que el lector avisado leerá la obra con considerable interés en cuanto a su valor dramático. Por ejemplo, respecto al momento en que Companys convoca a los anarquistas catalanes a reunirse con él en la Generalitat, Romero escribe: «Los coches pararon en medio de la plaza de la República. En el balcón principal de la Generalitat flamea una enorme bandera de Cataluña. Un pelotón de «Mozos de Escuadra» guarda la entrada. ¡Los cruces de calles parecen haber sido tomados por los Guardias de Asalto y por ciudadanos que llevan brazaletes con los colores catalanes! Los representantes de la CNT y la FAI, armados hasta los dientes, salen de los coches; los Mozos de Escuadra permanecen tranquilos. Un comandante, que seguramente debe ser su jefe, avanza hacia el grupo que se ha reunido en la misma entrada: Durruti, García Oliver, Joaquín Ascaso, Ricardo Sanz, Aurelio Fernández, Gregorio Jover, Antonio Ortiz y «Valencia». «Somos los representantes de la CNT y de la FAI; Companys nos ha llamado y aquí estamos. Los que están aquí acompañándonos son nuestros guardaespaldas.» Excelente descripción dramática, pero además históricamente exacta.

Obviamente lo que allí se habló es de menor interés para el señor Romero como novelista, pero mucho más importante para Peirats o para mí mismo, que nos interesamos por la revolución, aunque la atmósfera en que tales discusiones y decisiones fueron adoptadas tiene su relevancia, y es en ese contexto que considero

de interés el libro del señor Romero. Pero puesto que no cita sus fuentes, uno no puede usar su material sino con reservas.

VI

Es sorprendente la escasez de obras críticas publicadas en los últimos quince años. José Peirats escribió una *Breve Storia del Sindicalismo Libertario Spagnolo* (Edizioni RL, Génova, 1962) que aborda más o menos los mismos temas que traté en mis «Lecciones», y que tiene un carácter considerablemente más crítico que el que se permitió en su historia de 3 volúmenes. El original castellano fue publicado posteriormente con el título de *Los anarquistas en la crisis política española* (Buenos Aires, 1964).

Aparte de que aborda con mayor detalle los años de la República (1931-1936), su contenido es idéntico al de la edición italiana, aunque en el período entre ambas Peirats y algunos de sus amigos se separaron del movimiento oficial español en el exilio y según cierto autor se encontraron «aislados de todo apoyo de la militancia». Ese autor, César M. Lorenzo, de 32 años, es, según la publicidad de su editor, «hijo de militantes de la CNT española que se refugiaron en Francia tras la caída de Cataluña» y su libro *Les Anarchistes Espagnols et le Pouvoir, 1868-1969* (versión castellana, París, 1973) es una mina de información detallada, mucha de ella documentada, pero se resiente de dos defectos fundamentales. El primero es que esta obra de 400 páginas está dominada por Horacio Prieto -No debe confundirse con el líder socialista Indalecio Prieto. Lo único que tenían en común estos dos Prietos es que apoyaban al ala derecha de sus respectivas organizaciones. He citado la opinión de Brennan de que la CNT se llevaba mejor con los socialistas del ala derecha, con Prieto mejor que con Largo Caballero. ¡Pero resulta evidente que el derechista de la CNT,

Prieto, tenía un *penchant* muy fuerte hacia el «Lenin» socialista, como se llamaba a Largo Caballero-, que es citado por el autor e incluido en notas a pie de página a lo largo de prácticamente todo el libro, y uno no encontraría en ello inconveniente si pudiera demostrarse que de hecho Prieto dominó el pensamiento de CNT-FAI en España y en el exilio. Pero no fue así en absoluto, aunque no cabe negar que fue lo que los españoles llamarían «un miembro influyente» de la organización: se le podría motejar como el «fabricante de ministros anarquistas», puesto que fue él quien, como secretario nacional de la CNT a la sazón, maniobró para que entraran cuatro ministros de la CNT en el Gobierno Largo Caballero de noviembre de 1935. Por mi parte, lo he considerado siempre como uno de los intrigantes políticos más desagradables que la CNT ha producido, y cada referencia que a él se hace en el libro de Lorenzo confirma la impresión que había obtenido por todo lo que de dicho personaje había leído anteriormente. Pero para ilustrar la parcialidad en favor de Horacio Prieto, he abierto el libro al azar (puesto que no hay índice analítico, lo cual es lamentable en un libro tan trabajado, e inadmisibile en un volumen de 400 páginas que el editor presenta como una «histoire lumineuse et deconcertante», ¡aunque sea comprensible a la vista de que esa parcialidad pro-Horacio Prieto a la que me he referido sería patente de una manera totalmente embarazosa!) en la página 283, y naturalmente Horacio Prieto es mencionado nominalmente no menos de tres veces, y lo mismo en la página 284, aunque sólo dos veces en la página 285; pero en esta página el autor comienza citando una conferencia que pronunció Prieto ante el Comité Nacional de la CNT sobre los problemas económicos y su solución. Lorenzo describe la conferencia como «muy larga y muy técnica», y afirma que «en su introducción y en su conclusión, declaró que la acción política y la económica eran

inseparables, que el comunismo libertario era meramente utópico, que la CNT misma era una institución similar a un Estado con sus estatutos, sus normas, sus operaciones sujetas a reglas morales e ideológicas, su red administrativa y sus organismos directivos. Subrayó la importancia de las claves políticas para el poder económico (en particular las reservas de oro) y la importancia de la legislación, indicando que los libertarios no podrían conseguir nada útil en materias económicas si no tenían acceso a esas claves». Podría encontrar estimulantes tales argumentos si M. Lorenzo no pasara a continuación a citar literalmente a Prieto cuando despacha los denodados esfuerzos de los trabajadores para colectivizar la tierra y la industria, con estas palabras:

«El colectivismo tal como lo conocemos en España no es colectivismo anarquista, sino la creación de un nuevo capitalismo, incluso más incoherente que el viejo sistema capitalista que acabamos de destruir; se trata de una nueva forma de capitalismo con todos sus defectos, con toda su inmoralidad, que se refleja en el egoísmo innato, en el egoísmo omnipresente de los trabajadores que administran una colectividad. Está plenamente probado que no existe hoy entre nosotros el cumplimiento ni el amor ni el respeto hacia la moralidad libertaria que afirmamos defender o propagar...»

Y así durante tres páginas. No deben asustarnos críticas como éstas, pero uno no puede por menos de considerar sospechosos a quienes critican a los anarquistas y anarcosindicalistas por no ser buenos anarquistas, mientras al mismo tiempo se está argumentando que los métodos antiautoritarios no nos llevarán nunca a la consecución del anarquismo. Prieto, el fabricante de

ministros anarquistas, creía, incluso durante la guerra de 1936-1939 que si los anarquistas no participaban en el juego del poder nunca avanzarían, y hasta la fecha sigue abogando por un partido anarquista. Y aquí llegamos al segundo defecto, o debilidad, del libro de M. Lorenzo, y es que no tiene ideas propias, y por ello su conclusión tras exponer durante 400 páginas la fragilidad política a que incluso los anarquistas están expuestos cuando gustan de la dulce fruta del poder, es simplemente la de Prieto de que no existe alternativa antiautoritaria a la lucha por el poder. En cuyo caso no existe futuro para el anarquismo, si no es como filosofía personal para una élite.

Este podía haber sido un libro importantísimo, si M. Lorenzo no hubiera demostrado tal lealtad a su padre... ¡Horacio Prieto!

VII

Hace ya unos seis años que no veo regularmente la prensa libertaria española en el exilio, aunque lo que he podido ver indica que los responsables de su publicación están más interesados en mantener unido el envejecido movimiento exilado a base de ilusiones sobre el pasado y de esperanzas exageradas para el futuro, que en extraer lecciones de su experiencia singular. Un periódico que permitía abrigar esperanzas de que esta tónica iba a romperse fue *Presencia* (Tribuna Libertaria), que apareció por primera vez en París en noviembre-diciembre de 1965. Creo que sólo han aparecido diez números, pero incluyen algún material original. De particular interés para este autor fue un proyecto de simposio sobre el tema «¿Renunció el movimiento libertario español en 1936-39 a llevar hasta su fin la revolución?». Al introducir la serie en el número 5, los editores sugieren que el tema podría enunciarse más sencillamente de la manera

siguiente: «Si el 19 de julio de 1936 hubiera de repetirse -como si por arte de magia hubiese de ocurrir exactamente en la misma forma y en el mismo contexto-, ¿debiera actuar el movimiento libertario como lo hizo?» Desgraciadamente, pese a que se invitó a lumbreras del movimiento libertario español, como García Oliver, Federica Montseny y Santillán, solamente contribuyeron Peirats y Cipriano Mera.

La contribución de Peirats es importante porque es incluso más crítica que en su volumen al que ya me he referido, siendo seguramente básica la afirmación que hace de que

«... no hay duda alguna de que se renunció a la revolución tan pronto como se había resuelto el alzamiento militar en Barcelona y Cataluña. Y pese al hecho de que la revolución no podría haberse producido en mejores circunstancias... Es cierto que la parte más ardua de la tarea hubiera tenido que ser asumida por las minorías más resueltas. En particular por los curtidos militantes de la CNT-FAI Pero el populacho que comprendía la gravedad de las cuestiones implicadas, les respaldaba masivamente, previniendo todo deterioro de la situación. La renuncia tuvo lugar precisamente en el momento en que un grupo de destacados miembros de la CNT-FAI fueron a la Generalidad a escuchar los halagos que el presidente Companys les dispensó. Para el historiador, este grupo de hombres distinguidos entró como conquistadores y en un breve espacio de tiempo se marcharon como conquistados...»

Peirats subraya la acusación cuando escribe posteriormente:

«Hablando de veras, no fue un caso de renuncia, sino más bien de rendición de la revolución.» No podía haber excusa para los

anarquistas, que sabían más que nadie de las maquinaciones del aparato político y estatal, y que se justificaron diciendo que habían sido sorprendidos, o que eran ingenuos en lo que se refiere a la política, «dada la facilidad con que algunos de ellos se adaptaron al protocolo y a la situación política». En sus conclusiones,

Peirats acusa también a las lumbreras de la CNT-FAI de ser (revolucionarios estrechos con falta de imaginación, «sin una verdadera moralidad anarquista», así que en las circunstancias hicieron lo que cualquiera hubiese hecho, y tomaron el camino fácil, «optando por el menor esfuerzo». Pero para Peirats los anarquistas no pueden hacer «lo que cualquiera hubiese hecho en las circunstancias». Así que cuando formula la pregunta «¿Qué podía hacer el movimiento libertario?», se encuentra con su propia conclusión de que la mitad de la pregunta podía ser contestada formulando otra pregunta: «¿Qué es lo que no hubieran debido hacer?». Estamos otra vez con los «Medios y los Fines», y Peirats hace una serie de estimulantes observaciones sobre el tema. En el siguiente número de *Presencia* (núm. 6, nov.-dic. 1966), Cipriano Mera hace su contribución al debate en forma de una entrevista que desgraciadamente es demasiado breve y superficial para tener gran valor. Pero al menos la entrevista nos da ideas para una entrevista posterior más profunda. En efecto, Mera parece interesado en establecer los hechos y en obtener conclusiones, y no se preocupa en absoluto de justificar su propio papel en el «ejército popular», en 1937, tras la militarización de las milicias (véase el Capítulo XVI). Reconoce que «todos tuvimos nuestra buena parte de responsabilidad» en lo que se refiere a la posición colaboracionista de la CN.T., y añade que ha pasado el momento de enfrentarse a los culpables; pero, sin embargo, «deseo declarar que la política del *fait accompli* y de las decisiones

ejecutivas comenzó desde el mismo inicio de la guerra».

El otro periódico que me gustaría incluir en este postfacio es *Noir et Rouge* (París), cuyo último número, el 46, apareció en junio de 1970. Es indudablemente uno de los periódicos anarquistas más importantes de los años de postguerra, y el material crítico sobre la revolución española bien merece consultarse. En los números 36 y 38 encontramos traducciones francesas de las contribuciones de Peirats y Mera a *Presencia*, así como los comentarios del editor sobre el artículo de aquél, junto con una interesante réplica de Peirats. El lector encontrará también valiosas contribuciones sobre el tema de la autogestión, con referencias especiales a la experiencia de Argelia, y a la «revolución» francesa de mayo de 1968.

Finalmente, dirigiré al lector al número especial de la revista académica *Government & Opposition* sobre el tema del «Anarchism Today» (vol. 5, núm. 4, otoño de 1970), que incluye una contribución bien documentada de J. Romero Maura sobre «el caso español» («The Spanish Case»). Lo que el autor trata de hacer es «formular una explicación hipotética de cómo pudo ser que el movimiento anarquista solamente en España lograra construir una organización de masas, ampliamente basada en los trabajadores industriales, con tal poderoso y sostenido impulso revolucionario». El señor Maura se refiere a las cinco principales explicaciones que generalmente se proponen para este fenómeno. La primera «busca la respuesta en la especificidad del carácter español»; pero el señor Maura acierta al rechazar este «punto de vista romántico», subrayando que «las clases medias indígenas en España nunca se han hecho anarquistas y no parecen haber estado menos vinculadas a sus bienes e intereses mundanos que las clases medias de los demás países». La segunda «se basa en el

atraso de la economía española»; la tercera se apoya en la idea «de que debe haber alguna clase de relación causal entre el hecho de que el anarquismo del proletariado industrial fuera más fuerte en Cataluña, y la existencia allí de un poderoso movimiento nacionalista de clase media». La cuarta explicación «alega que el anarquismo fue el resultado explosivo de una falta de libertad política». Y, finalmente, se relaciona el fenómeno anarquista español con «la desilusión de los trabajadores con una constitución liberal-democrática que no dio a los obreros ningún poder efectivo».

El señor Maura no tiene dificultades para invalidar estas explicaciones. Considera que la verdadera explicación habría de buscarse, en primer lugar, «en la misma naturaleza de la concepción anarquista de la sociedad y de cómo lograr la revolución». Y en su ensayo trata de explicar cómo se generó esta concepción, «y finalmente, pero no lo menos importante, cómo la adhesión estricta a las concepciones originarias en materia de organización permitió al movimiento mantener su impulso a lo largo de mucho tiempo». Creo conveniente subrayar que en este ensayo el señor Maura no se ocupa de los acontecimientos de 1936-1939, siendo por consiguiente una lástima que estropee este bien documentado estudio con un párrafo final que hace una serie de generalizaciones sobre estos acontecimientos que no pueden tomarse en serio, como tampoco su cita de «uno de los líderes de la FAI». Quizá la «explicación hipotética» del señor Maura sólo pueda considerarse seriamente como contexto de los «Orígenes y Antecedentes» de los acontecimientos de 1936-1939, ¡de tal manera que sus últimas palabras sobre dichos acontecimientos, «Pero esa es otra historia», pudieran no ser así!

Dicho esto, debo añadir que encuentro refrescante el ensayo del

señor Maura, y sus tesis polémicas y estimulantes (aunque no estoy seguro de cuál sea su posición personal), y me interesan mucho algunas de sus conclusiones. Por ejemplo: «Aunque se sabe todavía demasiado poco del crecimiento y decadencia del sindicalismo francés e italiano, hay una cosa suficientemente clara, y es que su concepción de la huelga general revolucionaria fue un mito peligroso.» El señor Maura amplía esta afirmación cuando añade que «la idea de la huelga general fue concebida como alternativa a la insurrección armada», que tras la Comuna de París estaba considerada como derrotada «de una vez por todas... por los ejércitos del estado burgués. Los sindicalistas franceses e italianos pensaban que la huelga general, al atomizar la violencia e impedir mediante el sabotaje la coordinación del esfuerzo estatal, haría imposible el empleo de los ejércitos convencionales contra los trabajadores». Estoy de acuerdo cuando el señor Maura afirma que «esto era una ilusión», y cuando cita el caso de «los anarcocomunistas de la U.S.I. (Unión Sindicalista Italiana) que se dieron cuenta de los peligros de este error», a lo que añade que «pero pese a todos los esfuerzos de Armando Borghi, no pudieron imponer sus opiniones a un movimiento que no controlaban». En cambio, considera que en España

«... tal equivocación nunca encontró apoyos... Los fundadores de Solidaridad Obrera y de la CNT tenían antecedentes anarcocomunistas, de tal manera que -frente al programa del sindicalismo revolucionario en los demás países-su objetivo expreso era el comunismo libertario hasta el fin. Nunca abandonaron la concepción anarcocomunista de que la batalla final habría de decidirse por la fuerza bruta».

Estaría de acuerdo con el señor Maura si no fuera por su última frase que me parece burda y sin imaginación, y en cualquier caso

contradictoria con lo que escribe sobre el movimiento italiano, según ya he citado. Lo que considero sugestivo en su «hipótesis», y merecedor de más amplia investigación, es el que la «feliz historia» de la CNT, en comparación con el resto de Europa, se debe a su más profunda influencia por tendencias anarquistas, y no marxistas o reformistas, a que su «objetivo expreso era el comunismo libertario hasta el fin».

VIII

Los lectores de mi obra *Malatesta Life and Ideas* (Londres, Freedom Press, 1965; versión castellana, Barcelona, 1976) no necesitan que se les recuerde el debate sobre la Huelga General versus la Insurrección, planteado en cierto detenimiento en la parte III de dicha obra en que trato de «la importancia de Malatesta para los anarquistas hoy». Cito la sugerencia de Malatesta de que la idea de la Huelga General fue lanzada, y «entusiásticamente bienvenida por aquellos que no creían en la acción parlamentaria, y veían en aquella un nuevo y prometedor camino hacia la acción popular». Pero el problema era que la mayoría de ellos concebían la Huelga General como «un sustitutivo de la insurrección, como una forma de agotar por hambre a la burguesía, y de obligarla a capitular sin que se hubiera disputado un solo tiro». El críptico comentario de Malatesta a tales opiniones fue que lejos de «agotar por hambre a la burguesía», «moriríamos primero nosotros de hambre».

Creo que el señor Maura obtiene conclusiones erróneas de la confrontación Monatte-Malatesta en el Congreso Anarquista de Ámsterdam, porque no distingue entre la Huelga General que es básicamente una acción autoritaria por una sección de la sociedad -los obreros productores organizados-, y una insurrección del

pueblo contra la clase dominante, que es solamente posible, y sin ello no puede triunfar, cuando agrupa a toda una abrumadora serie de grupos de la comunidad. Yo considero que el primero -el concepto de huelga generales «una batalla final... que decidirá la fuerza bruta», cuyo resultado dependerá en gran medida del número de obreros organizados y de la naturaleza de su trabajo. La Insurrección es por definición «un levantamiento en resistencia abierta a la autoridad establecida» por el pueblo, y que depende en sus perspectivas de éxito no de chantaje a la sociedad, sino de constituir la expresión de la propia sociedad y, por tanto, en ser bienvenido por ésta. La idea de que pudiera decidirse el anarquismo «por la fuerza bruta, como sugiere el señor Maura, es ajena a todo lo que defienden los anarquistas. El señor Maura, en cuanto estudioso de las luchas españolas, habrá observado seguramente que, mientras que los elementos revolucionarios no lograron en España, pese a las innumerables huelgas generales entre febrero y julio de 1936, poner en marcha una revolución que derrocara al Gobierno del Frente Popular y a sus instituciones (entre las que se contaban las Fuerzas Armadas), constituyeron sin embargo la vanguardia que inspiró a los demás a resistir y derrotar el alzamiento militar de Franco en dos tercios de la Península, poniendo en marcha una resolución social que modificó radicalmente el sistema económico existente y afectó a varios millones de obreros y campesinos.

IX

Creo que es de esperar un volumen creciente de materiales sobre los distintos aspectos de la Guerra Civil, y que en su mayoría provendrán de España. Y como ha subrayado un autor, exista una tendencia hacia las narraciones detalladas de acontecimientos

específicos, como por ejemplo la de Manuel Cruells sobre *Els fets de Maig* (Barcelona, 1970), volumen de 140 páginas sobre las jornadas de mayo de 1937, obra de un periodista barcelonés que efectivamente presenció los acontecimientos. Y la otra fuente que creo se expandirá serán las reimpresiones de materiales contemporáneos, muchos de los cuales llevan largo tiempo agotados. Una de estas reimpresiones es la de *Guerra di Classe*, de Camillo Berneri (Pistoia, 1971), colección de doce artículos publicados en

«Guerra di Classe», el periódico en italiano que editó dicho autor en Barcelona en 1936-37; se incluyen en ella documentos tan polémicos e importantes como su «Carta Abierta a la Compañera Federica Montseny», «Guerra y Revolución», y «Avanza la Contrarrevolución» (este último aparecido el día anterior al de su asesinato por los estalinistas).

Desde luego, cuanto más material aparezca, tanto mejor será, y ello desde todas las perspectivas de la izquierda: por ejemplo, se han reeditado *Revolution and Revolution in Spain*, de Felix Morrow, y también *Spanish Cockpit*, de Franz Borkenau. Pero para los anarquistas hay ya publicado material de sobra para que las enseñanzas de aquella épica lucha emerjan clara e inequívocamente.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRINCIPALES

BRENAN, Gerald: *El Laberinto Español*. Ruedo Ibérico, París.

GONZÁLEZ, Ildfonso: *Il Movimento Libertario Spagnolo* (serie de cuatro artículos publicados en *Volonta*, vol. 9, núms. 6-9, 1952). RL, Ná poles, 1953.

LEVAL, Gaston: *Social Reconstruction in Spain*. Londres, 1938.

Né Franco né Stalin. Le colletivita anarchiche nella lotta contro Franco e la reazione staliniana. Milán, 1952.

MONTSENY, Federica: *Militant Anarchism and the Reality in Spain*. Glasgow, 1938.

GARCÍA OLIVER, J.: *Mi gestión al frente del Ministerio de Justicia*. Valencia, 1937.

PEIRATS, José: *La CNT en la Revolución española*, 3 vols. Toulouse, 1951-1954.

SANTILÁN, D. A.: *Por qué perdimos la guerra*. (Una contribución a la historia de la tragedia española.) Buenos Aires, 1940.

SOUCHY, Augustin: *The tragic week in May*. 48 páginas, Barcelona, 1937.

COLECCIONES

Fragua Social, diario de la CNT en Valencia. *Solidaridad Obrera*,

diario de la CNT en Barcelona. *Boletín de Información CNT-FAI-AIT*.
Spanish Labour Bulletin, Nueva York, 1938.

Timón (síntesis de orientación político-social). Primera serie, núms. 1-6, de julio a diciembre de 1938, Barcelona; segunda serie, núms. 1-5, noviembre de 1939-marzo de 1940, Buenos Aires.

OBRAS ANÓNIMAS

De julio a julio: un año de lucha. Valencia, 1937.

De Companys a Indalecio Prieto (documentación sobre la industria de guerra en Cataluña). Buenos Aires, 1939.

Material de Discusión para los militantes de la CNT de España, editado por Juan López, Milford, Brighton, 1945-1946.

OTRAS OBRAS CONSULTADAS

BERNERI, Camilo: *Guerre de Classes en Espagne*. París, 1938 (Feltrinelli, 1964).

-*Pensieri e Battaglie*. 301 páginas. París, 1938.

-*Pietrogrado 1917*, Barcellona 1937. Sugar, Milán, 1964.

BORKENAU, Franz: *The Spanish Cockpit*. Londres, 1937.

CASADO, S.: *The last days of Madrid*. Londres, 1939.

DEWAR, Hugo: *Assasins at large: being a full y documented and hitherto unpublished account of the executions outside Russia*

ordered by the GPU. Londres, 1951.

FABBRI, Luce-SANTILÁN, D. A.: *Gli anarchici e la Rivoluzione Spagnola.* Ginebra, 1938.

FABBRI, Luigi: *Dictadura y Revolución.* Proyección, Buenos Aires, 1967.

COMORERA - HERNÁNDEZ: *Spain organizes for victory: the policy of the Communist Part y of Spain.* Londres, 1937.

HBRNÁNDEZ, Jesús: *Yo fui ministro de Stalin.* México, 1953.

JEILINEK, Frank: *The civil war in Spain.* Londres, 1938.

KRIVITSKI: *I was Stalin's agent.* Londres, 1939.

LIGT DE BART: *The conquest of violence: an essay on war and the revolution.* Londres, 1937.

Mc GOVERN, John: *Terror in Spain.* Londres, 1938.

MALATESTA, Errico: *Scritti.* Ginebra, 1935.

-*Scritti Scelti.* RL, Nápoles, 1947.

MORROW, Felix: *Revolution and counter-revolution in Spain.* Nueva York, 1938.

ORWELL, Georges: *Cataluña 1937.* Proyección, Buenos Aires, 1967.

PEERS, Allison: *Catalonia infelix.* Londres, 1937.

PEIRO, Juan: *Problemas y cintarazos.* Rennes, 1948.

PRIETO, Indalecio: *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional.* París, 1939.

RABASSEIRE, Henri: *España crisol político.* Primera edición en

francés, París, 1938.) Proyección, Buenos Aires, 1964.

SARTIN, Max: *Berneri in Ispagna*. Nueva York, s. d.

SOUCHY FOLGARE: *Colectivizaciones, la obra constructiva de la CNT española*, 1937 (reeditado en francés por la CNT en 1965).



Sobre el autor

VERNON RICHARDS (1915-2001)

Vero Benvenuto Constantino Recchioni nació el 19 de julio de 1915 en el piso que había encima de la famosa tienda de delicatessen King Bomba, en el número 37 de Old Crompton Street del Soho londinense. El negocio de gastronomía selecta y de importación de productos italianos lo había fundado su padre,

Emidio Recchioni, un anarquista italiano que, tras una huida espectacular de la isla-prisión de Pantelaria –en la costa siciliana– con su compañero y amigo Errico Malatesta, había emigrado al Reino Unido.

En 1931 la familia Recchioni se traslada a París; allí, por influencias de un amigo de Emidio, el intelectual anarquista italiano exiliado Camillo Berneri –que, como es sabido, fue asesinado en Barcelona por agentes estalinistas durante los «Hechos de Mayo en 1937»–, y del resto de la comunidad de exiliados italianos, Vero aprende su lengua materna. En 1934 Emidio fallece y al año siguiente, con 20 años, Vero Recchioni, tras ser expulsado de Francia por editar un panfleto contrario a Mussolini y anglicanizar su nombre con el de Vernon Richards, empieza a publicar en Londres la revista antifascista bilingüe *Free Italy–Italia Libera*, en colaboración con Camillo Berneri. Vernon se moverá dentro del círculo de veteranos anarquistas, como Max Nettlau, Emma Goldman, Tom Keell, Lilian Wolfe...

Coincidiendo con el estallido de la Guerra Civil española, en 1936, se une a la redacción de la revista libertaria *Freedom* y deciden poner éste órgano de expresión en inglés al servicio de los anarquistas en guerra y de la revolución social bajo el título *Spain and the World*, que saldrá bimensualmente, contrarrestando así la propaganda proestalinista de los periódicos *New Chronicle* y *New Statesman*. En estos años Vernon también se ocupará de una escuela de niños huérfanos a causa del conflicto bélico español sostenida por el libertario Comité para los Refugiados Españoles. Durante la Segunda Guerra Mundial el periódico tomará el título de *War Commentary*, tras pasar un tiempo bajo el nombre de *Revolt* en 1939, y tendrá unas relaciones muy conflictivas con la autoridad a causa del antimilitarismo de la publicación. Richards

se inscribirá como objetor de conciencia.

La hija de Berneri, Marie-Louise, se convertirá en la compañera de Vernon en 1937. Esta intelectual, que afrancesó su nombre original María Luisa cuando estudió psicología en la Sorbona, especialista en literatura, psicología infantil, pintura y fotografía, destacará por su actividad periodística, especialmente por sus conocimientos sobre Rusia –en 1944 publicará *Workers in Stalin's Russia*– y por sus artículos sobre la Guerra Civil española – colaboró con su padre en la publicación de *Guerra di Classe*. Pero la desgracia se cebó en la familia Richards, ya que el hijo de la pareja nacerá muerto en 1948 y la madre morirá un año después con sólo 31 años de una neumonía vírica. Vernon le mostrará su amor publicando *Marie-Louise: A Tribute* (1949); *Journey through Utopia* (1950), su contribución política más importante, que estudia los valores libertarios de la tradición utopista, y *Neither East Nor West* (1952), una antología de los escritos de su compañera entre los años 1939 y 1948. Marie-Louise Berneri ha dejado inéditos, de momento, un montón de escritos: uno sobre Sacco y Vanzetti, una traducción de Bakunin, la edición crítica de los escritos de su padre y un estudio interesantísimo sobre la tendencia revolucionaria del marqués de Sade, entre otros. George Woodcock e Ivan Avacumovich dedicaron su biografía de Kropotkin, *The Anarchist Prince* (1950), a Marie-Louise Berneri: «Una verdadera discípula de Kropotkin»

En diciembre de 1944 la redacción del periódico, que el año siguiente retomará su nombre original *Freedom*, es arrestada en bloque y acusada de propaganda antibelicista, de conspiración y de incitación a la desertión. Vernon Richards, John Hewetson y Philip Sansom serán condenados a un año de cárcel cada uno,

permaneciendo en prisión durante nueve meses –Marie-Louise se salvará por el formulismo legal de que los esposos no pueden declarar en su contra. Una gran campaña de apoyo a los presos se montará entonces, destacando en el comité de defensa –Partido Surrealista–, según las autoridades, intelectuales como Herbert Read, George Orwell, T.S. Elliot, E.M. Foster, Osbert Sitwell, y los «sospechosos habituales», Bertrand Russell, Benjamín Britten y Michael Tippett, entre otros.

Uno de los aspectos positivos de este periodo de prisión, según Vernon, fue la oportunidad de volver a tocar el violín y la ocasión de poder formar una pequeña orquesta con otros músicos presos.

Cuando era niño, vagando libre por las calles del Soho, había estudiado violín bajo la guía de su tío, John Barbirolli, y ya de jovencito había interpretado repertorios orquestales, y asistido a la gran serie de conciertos beethovenianos que el gran Toscanini había dirigido en el Queen's Hall londinense, a finales de los años treinta, de quien conservaba el autógrafo en el programa de mano.

Aunque era un hombre de profesión liberal, irónicamente, ya que era muy raro en el hijo de un inmigrante, se había educado en la selecta Emmanuel Grammar School de Wandsworth, en Oxford y en Cambridge, licenciándose en ingeniería civil por el King's College de Londres en 1939, y trabajando cinco años como ingeniero de vías ferroviarias, primero en la construcción del metro londinense y después en las estaciones de Cambridge y Oxford–, no retomó nunca el ejercicio de la profesión, asegurando que una de las cosas que había aprendido cuando estaba enjaulado era la idiotez de perseguir una «carrera». Se ganaba la vida llevando el negocio de su madre, hasta que, cuando cambió el ambiente del Soho durante los años cincuenta, consiguió

venderlo. Después trabajó como freelance (fotógrafo independiente) y como periodista, para después hacerlo como guía turístico por la España de Franco y por la Unión Soviética de Breznev, convencido de que el turismo crearía los lazos que atizarían el influjo liberador y abrirían de par en par las fronteras más cerradas. En 1968, con Peta (Dorothy) Hewetson, su segunda compañera, consigue hacerse con una pequeña finca en Hadleigh, en el condado inglés de Suffolk, a unas decenas de kilómetros al noreste de Londres, donde cultivó durante casi treinta años productos de agricultura biológica –fue uno de los pioneros en la utilización de los métodos de cultivo orgánico y en la producción de frutas y vegetales exóticos–. Cuando en 1997 su compañera falleció, la salud de Vernon empezó a decaer y se retiró a una casa de reposo, donde murió el 10 de diciembre de 2001.

Richards animó durante los años cuarenta a un nutrido grupo de historiadores del anarquismo, como George Woodcock, Philip Sansom y John Hewetson, manteniendo muchas veces fuertes diferencias. Fue director del *Freedom* semanal entre 1951 y 1964, pero siempre retomaba su papel como redactor y como traductor –tradujo, entre otras, obras de Kropotkin, Leval y Malatesta. Sólo durante la década de los noventa dejó de colaborar con el periódico al que había dado vida sesenta años antes. Richards funda la editorial Freedom Press que, desde su redacción londinense del 84b Whitechapel High Street, publicará un montón de libros y que ha sido un ejemplo para muchas otras editoriales.

Durante los años cincuenta publicó, en entregas mensuales, su obra tantas veces reimpressa y traducida, *Lessons of the Spanish Revolution*, fruto de tantas tardes dominicales compartidas con la única compañía de su fiel botella de vino Valpolicela.

Colin Ward comenta que, bajo la tenacidad de dedicar toda su

vida al mantenimiento de la presencia anarquista en el medio editorial británico, se encuentra el ejemplo del padre de Vernon, Emidio Recchioni, que había nacido en Russí, al lado de Ravena, en 1864; había sido iniciado en el anarquismo por Cesare Agostinelli; empleado del ferrocarril de Ancora, publica en 1894 el sumario L'articolo 148; implicado en 1894 en el atentado contra el primer ministro italiano Francesco Crispi, cumplió 18 meses de prisión y 5 años de confinamiento; en libertad, ante un posible nuevo arresto, Emidio decide exiliarse a Londres en 1900, donde promoverá la solidaridad con los compañeros perseguidos, creará el conocido King bomba –en memoria del rey de las Dos Sitilias (1830-1859), el tirano Ferdinand, que tomó este apodo debido a los bombardeos de Mesina (1848) y de Palermo (1849), tapadera de actividades subversivas anarquistas, e importará el conocido mármol de Carrara al Reino Unido; con Malatesta publicará *L'agitazione*; colaborará activamente en *L'Adunata dei Refrattari*, *La Protesta*, *Umanita Nova*, que financiará, y otras publicaciones bajo el seudónimo de Nemo; estuvo implicado en la organización y financiación de un puñado de atentados frustrados contra Mussolini. Pero una vez Vernon definió a su padre, de una forma crítica y seca, al oído de Colin Ward, en los siguientes términos: «Terrorista burgués».

La personalidad anarquista que más influyó a Richards fue Errico Malatesta; su libro *Malatesta: Life and Ideas* ha sido traducido a las principales lenguas.

En 1987 Vernon Richards cedió buena parte de su archivo al Instituto Internacional de Historia Social (ISG) de Ámsterdam. Se trata de 9,25 metros de documentación muy variada. Encontramos su correspondencia (cartas con Camilo Berneri, Gerald Brenan, Benjamin Britten, E.M. Foster, Aldoux Huxley,

Bertran Russell, Luigi Fabri, Emma Goldman, Max Nettlau, George Orwell, Herbert Read, etc.) documentos personales, manuscritos de sus obras; pero también podemos consultar documentación de Marie-Louise Berneri, de Emidio Recchioni, el archivo de Freedom Press, manuscritos diversos (García Oliver, Malatesta, Nettlau, Proudhornmeau, Read, Volin...), así como otro tipo de materiales (libros, publicaciones, panfletos, fotografías, pósters, fotocopias, etc.); para entretenerse un rato, vaya.

También, a partir de 1998, en el Fondo Familia Berneri. Aurelio Chessa del archivo histórico anarquista de la Biblioteca Panizzi de Reggio Emilia, se encuentra documentación de Vernon Richards y de las familias Berneri y Recchioni; correspondencia; unos dos mil libros y opúsculos, la mayor parte sobre la Guerra Civil española; las correcciones completas de *Spain and the World War Comentary y Freedom Press*; fotografías...

A finales de los años noventa *Freedom Press* publicó cuatro libros de fotografías de Vernon Richards. El famoso retrato realizado en 1946 de un Orwell desarreglado, ojeroso, enfermo, con un cigarrillo permanentemente en la boca, tras su máquina de escribir en su apartamento de Canonbury, publicado en su libro *George Orwell at Home*, es un ejemplo de su maestría fotográfica; otro nos llega de la ciudad catalana de l'Escala. Vernon había empezado a llevar veraneantes a la preturística villa ampurdanesa desde 1957, atraído por la ausencia de materialismo y la independencia de espíritu de los escalenses, organizando las estancias de los turistas en pequeños grupos en casa de pescadores, y fotografiando a los habitantes y haciendo amistad con la gente del pueblo, especialmente con una familia de pescadores: los Donjó. Peter Clements, amigo personal de Vernon

y residente en l'Escala, legó al Archivo Municipal de esta ciudad unos 300 negativos de Richards. En 1999, el Centre d'Estudis Escalencs editó, en Full d'História local, L'Escala, un precioso álbum de fotografías de Vernon Richards y de testimonios de las aventuras de este workaholic (ingeniero, editor, propagandista, escritor, traductor, fotógrafo, agente de viajes, agricultor y revolucionario anarquista anglo-italiano) por tierras de la Cataluña franquista.

Emilià PAEZ

Publicado en *Polémica*, nº 80, diciembre 2003

NOTAS

* No olvidemos que el PCE fue legalizado en abril de 1977, y esta introducción lleva firma de enero de ése mismo año. <<<

Introducciones y capítulo 1

[1](#). Así, nos hallamos ante una nueva y extraña situación: de un lado estaba la gigantesca masa proletaria de Barcelona, con su larga tradición revolucionaria, y del otro estaban los empleados y la pequeña burguesía de la ciudad, organizados y armados por los comunistas para exterminarla (Brenan, O. C., p. 243)

[2](#) O. C., vol. I, Tolosa, 1951.

[3](#) Periódico oficial de la CNT en Cataluña.

[4](#) PEIRATS, I, 103.

[5](#) O. C., p. 226: «Lo que hizo inclinar la balanza fue el voto de los anarcosindicalistas. Aunque ni la FAI, ni la CNT, ni menos los Sindicatos de oposición estaban representados en el Frente Popular, la inmensa mayoría de sus miembros votó por el mismo, y Brenan agrega este otro antecedente: «Ángel Pestaña, rompiendo con todas las tradiciones anarcosindicalistas, fue elegido en una lista de candidatos del Frente Popular como diputado sindicalista por Valencia.

[6](#) *Por qué perdimos la guerra*, B. Aires, 1940, p. 37.

[7](#) El mismo Jefe del Gobierno, Azaña... «Este promulgó al instante un decreto que liberaba a todos los presos que quedaban del alzamiento de octubre, unos 15.000. En algunos lugares habían sido abiertas ya las cárceles sin que las autoridades locales se atrevieran a impedirlo» (O. C., p.227). Según Peirats, existían «en las cárceles y penales 30.000 presos políticos y sociales» (I, p. 97).

[8](#) I, p. 105.

[9](#) En su *Histoires des Républiques Espagnoles*, Víctor Alba describe la situación después de dieciocho meses de república: «Las provocaciones de las derechas y las vacilaciones de las izquierdas ocasionaron la muerte de 400 personas, 20 de las cuales pertenecían a la fuerza pública. Se registraron 3.000 heridos, 9.000 detenciones, 160 deportaciones, 30 huelgas generales y 3.600 parciales; 161 periódicos fueron suspendidos, cuatro de los cuales pertenecían a las derechas. (p. 257, seg. PEIRATS, I, 63).

[10](#) I, p. 64.

[11](#) Remitimos al lector a PEIRATS, op. cit., I, 27, en que reproduce un discurso de Juan Peiró, miembro directivo de la CNT, pronunciado en el Congreso confederal de 1931, en que se debatía la posición de la Confederación ante los acontecimientos políticos que desembocaron en la proclamación de la República. En ese discurso, Peiró reveló las más fantásticas negociaciones «entre bastidores» con los políticos, y las justificó todas. Más tarde, Peiró figuró entre los escisionistas de la Confederación (los

Treintistas), que fueron después readmitidos en el Congreso de mayo de 1936, y llegó a ser ministro en el Gobierno de Largo Caballero. Después de la derrota se refugió en Francia; fue arrestado por la Gestapo y entregado a Franco, quien lo hizo ejecutar.

[12](#) Santillán, que fue un resuelto partidario del Frente Popular como único medio de resistir al «enemigo» dice en *Por qué perdimos la guerra*: «Para la lucha efectiva de la calle, para empuñar las armas y vencer o morir, claro está, era nuestro movimiento el que entraba en con sideración casi sólo. [S. se refiere, por supuesto, a Cataluña, donde la CNT dominaba sin contrapeso frente a la UGT y a los partidos políticos-V.R.] Se constituyó un Comité de enlace con el Gobierno de la Generalidad [el Gobierno catalán], del que formamos parte con otros amigos bien conocidos por su espíritu de lucha y su heroísmo. Además de propiciar la colaboración posible, pensábamos que, dado nuestro estado de ánimo y dada nuestra actitud, no senos rehusarían algunas armas y municiones, puesto que la mejor parte de nuestras reservas y algunos pequeños depósitos habían desaparecido después de diciembre de 1933 [en el levantamiento a raíz de las elecciones de diciembre de 1933], y en el bienio negro de la dictadura Lerroux-Gil Robles». Pero pese a continuas y laboriosas negociaciones, d Gobierno siguió negándole armas al pueblo. ¡La respuesta era siempre que el Gobierno no tenía armas! Y Santillán declara más adelante: «La acción directa logró lo que no hemos logrado nosotros en las negociaciones con la Generalidad (p. 43). El autor se refiere a la acción temeraria de algunos miembros de la CNT que abordaron numerosos barcos anclados en el puerto de Barcelona y se apoderaron de los rifles y municiones de sus pañosles.

[13](#) (Asistieron 649 delegados en representación de 982 sindicatos que reunían 550.595 afiliados.)

[14](#) Al escribir estas líneas no conocíamos las *Actas del Congreso*, que fueron publicadas en *Solidaridad Obrera*, núm. s. 1265-83 (Barcelona, 3 al 24 de mayo de 1936). Pero empezaron a publicarse semanalmente en el diario CNT (Tolosa, 1954) (como libro: El Congreso Confederal de Zaragoza. Ediciones CNT, Toulouse, 1955, 204 pp.), y en lo ya publicado puede apreciarse que las opiniones estaban muy divididas entre las interpretaciones anarquista y sindicalista. Sobre la lucha en Asturias, en octubre de 1934, ni siquiera hubo acuerdo sobre los hechos mismos. Al recorrer estas actas, se advierte que había hondas divergencias en el seno de la CNT y que menudearon las críticas al desarrollo político y revisionista de la Confederación; pero a la vez existía el deseo general de encontrar un terreno común y unidad en las luchas venideras. Un análisis prolijo de los debates de este Congreso contribuiría con mucho a explicar el papel colaboracionista de la CNT en julio de 1936.

[15](#) I, p. 115.

[16](#) El Programa de Unidad CNT-U.G.T. fue publicado en su traducción al inglés en *Spain and the World* (núm. 33, 8 de abril de 1938). Un número anterior del mismo periódico (núm. 31, 4 de marzo) publicó los textos originales de las proposiciones de la U.G.T. y de las contraproposiciones de la CNT para la unidad de acción, con los comentarios críticos de las mismas por la militante anarquista Ema Goldman y por la FAI

Capítulo 2

[16bis](#) I, p. 136.

[17](#) I, p. 139.

[18](#) Hasta el profesor Allison Peers, que no encubre sus simpatías a la causa de Franco ni sus antipatías a los anarquistas y su revolución social, hace la siguiente relación de los hechos en *Catalonia Infelix* (Londres, 1937): A las 3.50 A.M. del 19 de julio se levantaron las primeras tropas de la guarnición de Barcelona. Saliendo del cuartel del Bruc, en el distrito de Pedralbes, avanzaron rápidamente vía abajo por la Gran Diagonal. Un contingente se separó en Urgell, pasada la Escuela Industrial, y enfiló por una larga calle, Cortes de Catalunya, y ocupó la Universidad, parte de la Pla de Catalunya y las calles y plazas colindantes. Otro contingente siguió de largo hasta unirse con tropas rebeldes procedentes del cuartel de Girona en el distrito de Gracia y del cuartel de artillería de San Andreu, más al norte. Mientras tanto, los soldados del cuartel de Numancia ocupaban la Pla d'Espanya, al pie de Montjuic, y progresando hacia el mar, se unieron con varios contingentes procedentes del cuartel de Icaria, en el puerto, y de la Comandancia General, cerca del monumento a Colón. Todo fue perfectamente planeado y, si se considera la gran fuerza numérica de las tropas, guardias civiles y policías que se movilizaron, no podía haber duda sobre el éxito de la operación (pp. 243-244: el subrayado es nuestro).

[19](#) PEIRATS señala que en las luchas cuerpo a cuerpo en las calles de Barcelona se hizo trizas la disciplina militar y, mezclados los soldados con el pueblo, no tardaron en sufrir su contagio y en volver las armas contra sus jefes (p. 142).

[20](#) Detalle curioso: los líderes de la CNT y UGT ordenaron la vuelta al trabajo a todos menos a los trabajadores del transporte. Sin embargo, el proletariado de Valencia no acató la orden sino después de haber atacado los cuarteles y desarmado a la tropa.

[21](#) Juan LÓPEZ, citado por PEIRATS, I, p. 147.

[22](#) CARLOS DE BARAIBAR en un artículo «Ayer, hoy y siempre: Marruecos», publicado en la revista Timón (editor D. A. de Santillán), núm. 1., julio de 1938, Barcelona.

Capítulo 3

[23](#) Para evitar confusiones, explicaremos de una vez por todas que había dos gobiernos en España: el Gobierno Central, con sede en Madrid, que después se trasladó a Valencia, y la Generalidad, gobierno de la provincia autónoma de Cataluña. Bajo el régimen de Franco fue abolida la autonomía catalana.

[24](#) I, pp. 162-163.

[25](#) PEIRATS, I, p. 163. La versión que da Santillán de la entrevista es en substancia la misma por lo que atañe a las conclusiones; pero no cita ninguna de las observaciones de Companys. En interés de la verdad estricta, debemos agregar que Peirats no cita el texto completo de García Oliver. Este documento figura en *De julio a julio. Un año de lucha* (Valencia, 1937, pp. 193-196). Es importante el párrafo siguiente omitido por Peirats. «Nosotros habíamos sido llamados para escuchar. *No podíamos comprometernos a nada. Eran nuestras organizaciones las que habían de decidir. Se lo dijimos a Companys. Los destinos de España -y nunca se apreciará bien en todo su alcance el papel jugado por Companys y nuestras organizaciones en aquella histórica reunión, se decidían en Cataluña, entre el comunismo libertario, que era igual a dictadura anarquista, y la democracia que significaba colaboración.*» (Cursivas nuestras.)

Sin embargo, no hemos logrado ver ninguna prueba documentada en apoyo de que las «decisiones»

fueran tomadas efectivamente por las «organizaciones». Todas las pruebas señalan que tales decisiones fueron obra exclusiva de los Comités de la CNT-FAI, sin previa consulta con los sindicatos y grupos.

[26](#) I, p. 161.

Capítulo 4

[27](#) Página 69.

[28](#) I, p. 161.

[29](#) ¿Nos asiste razón al sostener que, para el éxito de la revolución social, es necesario abolir todo vestigio de la propiedad capitalista Y del poder burgués? Si es así, entonces es el colmo de la ingenuidad revolucionaria dejar centenares de toneladas de oro en manos de un gobierno o de una clase gobernante privados, por lo demás, de todo poder. Sin embargo, si existiendo la posibilidad de apoderarse de este oro no se da ningún paso en tal sentido, se trata sólo de un error. ¿Estaban los trabajadores revolucionarios de España en condición de hacerlo? José Peirats, en el primer volumen de *La CNT en la Revolución española*, dedica unas cuatro páginas a este asunto de las reservas de oro, ¡no para decirnos lo que hizo la CNT en esta coyuntura, sino para lamentar el que, a espaldas de todos, el Gobierno de Largo Caballero hubiera remitido 500 toneladas de oro a Rusia! Santillán es más explícito en *Por qué perdimos la guerra*, cuando al referirse a la negativa de Madrid de suministrar fondos a Cataluña, escribe: «Había de ser nuestra la primera guerra que se perdiera por falta de armamento cuando había en el tesoro nacional con qué comprarlo.»

[30](#) *Militant Anarchism and the Realit y in Spain*, por Federica MONTSENY (Glasgow, 1937). *Reflection on Federica Montseny's Adress* («Reflexiones sobre el discurso de F.M.»), por Max Nettlau (X.X.X.) fue publicado en «Spain and the World», vol. I, núm. 6, Londres, 19 de febrero de 1937.

[31](#) Juan PEIRÓ: *Problemas y Cintarazos*. Rennes (Francia), 1946, p. 42.

Capítulo 5

[32](#) O. C., p. 207.

[33](#) PEIRATS, 1, 79.

[34](#) Sería interesante, por ejemplo, averiguar cuáles eran las objeciones de la CNT a las proposiciones de Largo Caballero en 1934 de una Alianza Obrera que Gerald Brenan describe como una especie de Frente Popular limitado a los partidos de los trabajadores y organizado localmente. Brenan explica la negativa de la CNT como sigue: «Las relaciones entre las dos grandes sindicales eran bastante tensas. Y los anarcosindicalistas se negaban a creer que los socialistas pudiesen cambiar de mentalidad tan repentinamente y que después de cincuenta años de domesticidad pudiesen desarrollar instintos

revolucionarios. Sentían también gran desconfianza hacia Largo Caballero que siempre había demostrado gran hostilidad hacia ellos. Se entendían mucho mejor con el ala socialista de derecha, con Prieto». OC., p. 208.

[35](#) PEIRATS, I, 198. La CNT-FAI, al participar en la Generalidad de Cataluña, no sólo refrendaba la declaración política del Gobierno, que incluía la frase... «creación de las milicias obligatorias y refuerzo de la disciplina, (PEIRATS, I, 218) sino que ratificaba esta posición en setiembre de 1936 en el Pleno Nacional de Regionales, presidido por el Comité Nacional de la C.N.T., con un acuerdo sobre la constitución de un Consejo Nacional de Defensa en el que se proponía la creación de una milicia de guerra con carácter obligatorio. ¡No hay duda de que los líderes cenetistas, refractarios hasta el masoquismo a imponerle al pueblo español una dictadura anarquista, estaban sin embargo prontos a imponerle la lucha contra Franco en nombre del Gobierno!

Capítulo 6

[36](#) De una carta a un amigo durante la Revolución rusa. Citado por Woodcok y AVAKUMOVIC en *The Anarchist Prince* (El príncipe anarquista), Londres, 1950.

[37](#) PEIRATS, I, 216.

[38](#) *De Companys a Indalecio Prieto. Documentación sobre las Industrias de Guerra en Cataluña* (Buenos Aires, 1939). Este volumen de 90 páginas contiene numerosos documentos, inclusive una carta de Companys (presidente de Cataluña) a Indalecio Prieto (ministro de Defensa Nacional del Gobierno Central) en que prueba con números la contribución de la industria Militar de Cataluña a la lucha armada, y a la vez observa cuanto más se habría logrado si el Gobierno Central no hubiese negado los medios para expandir la industria. Otros documentos se refieren a los resultados halagadores de la CNT en la industria Militar de Cataluña, con estadísticas que muestran las cantidades producidas, y en los que se realza el hecho de que durante este periodo Cataluña había producido artículos que jamás se fabricaron antes en España. Por último, hay un informe sobre Tentativas de acuerdo entre Cataluña y Madrid, de donde proviene nuestra cita.

[39](#) *Por qué perdimos la guerra*, p. 117.

[40](#) O. C., p. 118.

[41](#) Los comunistas declaraban que tenían 30.000 miembros a fines de 1935. La mayoría de los observadores, entre ellos Borkenau y Brenan, señala como más probable la cifra de 3.000. Esta es también la opinión del general Krivitsky, tan íntimamente vinculado con las actuaciones del partido durante la lucha contra Franco. Frank JELLINEK, en su *The Spanish Civil War* (La guerra civil española), Londres, 1938, procomunista, nos da una idea de cuán débil era el P.C. español: «Había que reconocer que los comunistas, aunque todavía insignificantes (octubre 1934). Habían aumentado en quinientas veces el número de sus afiliados.» ¡Cuántos debieron ser antes!

[42](#) Texto del pacto seg. PEIRATS, I, 230.

[43](#) Esta propaganda sobre la inactividad del frente de Aragón fue utilizada por los comunistas en todo el mundo para desprestigiar a los anarquistas. Una muestra en nuestro país (Inglaterra) es el folleto del P.C. *Spain's Left Critics* (Los críticos izquierdistas de España), por J. R. CAMPBELL, que se ciñe al pie

de la letra a la campaña del P.C. español contra el POUM Este, se decía, estaba metiendo una cuña entre los anarquistas y los comunistas. ¡Pero a la vez Campbell hace la injuriosa referencia al frente de Aragón!

[44](#) I, 209.

[45](#) Según Peirats. El lector recordará que en una referencia anterior a las relaciones de Largo Caballero con la CNT, sacada del Laberinto español, se expresa la opinión contraria. Creemos que tanto Peirats como Brenan interpretan la situación tal como se presentaba en los momentos considerados (e. d., 1936 y 1934, respectivamente). La actitud de los líderes de la CNT-FAI con respecto a los políticos arroja una luz interesante sobre su apreciación de la política. Así Largo Caballero como Companys fueron responsables en una que otra oportunidad de haber mandado anarquistas a la cárcel, pero sin que ninguna de ambas partes considerase aquello con despecho ni como algo vergonzoso. Esto parece que forma parte del ajeteo político, sin que ningún bando se guardase mutuo rencor. Tanto es así, que la C.N.T. en Cataluña, en julio de 1936, manifestaba «que fiaba en la palabra y en la persona de un demócrata catalán (Companys)», y en la crisis de Gabinete de mayo de 1937, se negaba a participar en un Gobierno central cuyo jefe no fuera Largo Caballero. No se puede por menos pensar que ciertos líderes de la CNT-FAI eran políticos en su fuero interno.

[46](#) Los cuatro ministros cenetistas del Gobierno de Largo Caballero rindieron cuenta de su gestión en los respectivos ministerios en grandes mítines, y publicaron después sus explicaciones en folletos. Los ministros de la CNT-FAI en el Gobierno de Cataluña no parecen haber rendido cuenta a semejanza de aquéllos; pero hemos encontrado dos referencias de Santillán en la revista Timón (Barcelona, agosto de 1938), que consideramos de gran interés:

«Como gobernantes -escribe Santillán-no somos mejores que otros y ya hemos comprobado que nuestra intervención en los gobiernos sólo sirve para reforzar el gubernamentalismo y de ninguna manera para reivindicar los derechos de los trabajadores contra sus enemigos, los parásitos de la economía y de la política.» En otro acápite dice que hay que confiar en el pueblo y servirlo. «Pero no se puede servir a dos amos a la vez. Si estamos con el pueblo no podemos estar también con el Estado, que es el enemigo del pueblo. Desde el momento en que estamos de parte del Estado, es como si dijéramos estar contra el pueblo...» (Retraducido del inglés-N.D.T.).

[47](#) PEIRATS, I, p. 236.

[48](#) PEIRATS, I, p. 208.

Capítulo 7

[49](#) Gastón LEVAL: Né Franco né Stalin. *Le collettivita anarchiche spagnole nella lotta contra Franco e la reazione staliniana*, Milán, 1952, páginas 53-54.

[50](#) I, 161-162.

[51](#) Horacio Prieto era entonces secretario nacional de la CNT y Mariano Vázquez, secretario de la Regional catalana de la misma.

[52](#) Este frente, guarnecido en su mayor parte por militantes de la CNT-FAI, era considerado de suma importancia estratégica por los anarquistas, y tenía por objetivo último ligar a Cataluña con las

provincias vascongadas y con Asturias, vinculando así la región industrial con una fuente importante de materias primas (carbón, hierro, etc.).

Capítulo 8

[53](#) A. Ildefonso GONZÁLEZ, en una serie de artículos sobre «El movimiento libertario español» (*// movimiento libertario spagnuolo*) publicados en el mensual anarquista *Volanta* (Nápoles, vol. 9, núms. 6-9, junio-setiembre 1952). Su autor es un militante de la CNT en el destierro. Estos artículos son una contribución importante para comprender las diversas secciones del movimiento libertario español y su influencia relativa. No se ha hecho ningún esfuerzo por ocultar las flaquezas del movimiento, y el estudio incluye varios documentos interesantes, en particular sobre la FAI

[54](#) En grado más restringido se puede hallar un paralelo en el movimiento de la Resistencia durante la segunda guerra mundial. El regreso de los políticos después de la «liberación» puso pronto fin a ese optimismo.

[55](#) PEIRATS, I, 289.

[56](#) PEIRATS, I, 293.

[57](#) «Ciertos delegados anarquistas, convertidos en ministros o personajes oficiales de diversa categoría tomaron en serio sus funciones; el veneno del poder produjo un efecto súbito. (Gastón LEVAL, op. cit., página 81.)

* Las dos corrientes se fusionaron a fines de 1961 (L.D.).

[58](#) PEIRATS, II, da una lista incompleta de más de 50 periódicos de la CNT-FAI publicados en aquel período, sin contar los cotidianos. Véase también el interesante artículo de Juan FERRER en «El ciclo emancipador de Solidaridad Obrera» (S.O., París, 2-12-54). Según él, S. O. tiraba 7.000 ejemplares por término medio antes de julio de 1936. En 1937 su tirada había subido a 180.000 ejemplares por día.

[59](#) Toda propaganda financiada por la Oficina de Propaganda tenía que apoyar la línea oficial o verse privada de subsidios. Un caso típico fue el del excelente periódico *L'Espagne Antifasciste*, publicado en Francia, muy difundido entre los trabajadores e intelectuales franceses. Apenas se atrevió a criticar la política de los líderes de la CNT-FAI, se le suspendió el subsidio y, aunque el periódico no dejó de publicarse, tuvo que reducir considerablemente su formato y perdió gran parte de la vasta resonancia de su antecesor.

En una carta de Barcelona (febrero 1937), el militante italiano Camilo Berneri escribía que: «El número 8 de *Guerra di Classe* [un semanario editado por Berneri] aparecerá cuando pueda. El Comité le ha dado el mismo trato que a *L'Espagne Antifasciste*. (*Pensieri e Battaglie*, París, 1938, pp. 261-262.)

[60](#) Véase la nota 6 relativa a la fuerza de la prensa de la CNT-FAI Esta era especialmente propagandista y, en consecuencia, las noticias referentes a la lucha armada exageraban las victorias y reducían la importancia de las derrotas. Pero la CNT y la FAI no usaban su prensa para atacar las personalidades de los partidos políticos o del Frente Popular, ni para lograr ventajas políticas personales. A lo sumo la utilizaban para dar a conocer y realzar sus propias personalidades en el

Ejército Popular y en el campo político y social. En realidad, se tiene la sensación de que mucho más se hubiera podido hacer por me dio de la prensa con el fin de ganar simpatías para la causa anarquista. Quizás la obsesión de la unidad antifascista que embargaba a los líderes así como el matiz «político» adoptado por la CNT-FAI hacían imposible un estilo periodístico más a tono con el anarquismo.

Por el contrario, los partidos políticos no tenían semejantes escrúpulos acerca del uso de su prensa para fines partidistas. Y ningún partido usó más eficiente y deshonestamente su prensa que el Partido Comunista. Véase al respecto lo que dice Jesús Hernández, uno de los líderes del P.C. español, en su libro *Yo fui ministro de Stalin* (México, 1953, pp. 134-135).

[61](#) PEIRATS, I, 198.

[62](#) PEIRATS, I, 254.

[63](#) Juan GARCÍA OLIVER: *Mi gestión al frente del Ministerio de Justicia* (Ediciones CNT, Valencia, 1937). Peirats, en el tomo II de su obra, cita algunos fragmentos; pero es lástima que omitiese las declaraciones más interesantes desde un punto de vista psicopatológico.

[64](#) Por una interesante coincidencia, Juan Peiró encabezó su discurso con el título: «De la fábrica de vidrio de Mataró al Ministerio de Industria». No puede uno sustraerse a la impresión de que tanto García Oliver como Peiró consideraban el cambio de ocupación de trabajador a ministro como un ascenso y no como un gran sacrificio tocante a sus principios anarquistas.

[65](#) Citada por Juan López en «Los principios libertarios ante la política española» (Material de Discusión, Brighton, 15 de febrero de 1946).

Capítulo 9

[66](#) A. SOUCHY: *Entre los campesinos de Aragón*. -A. SOUCHY y P. FOLGARE: *Colectivizaciones. La obra constructiva de la Revolución Española*. -J. PEIRATS, vol. I, pp. 297-386.

[67](#) Gastón LEVAL: *Ne Franco ne Stalin. Le collettivita anarchiche spagnole nella lotta contro Franco e la reazione staliniana* (Milán, 1952, 320 páginas, Instituto Editoriale Italiano).

[68](#) 2ª ed., 1950, p. 123.

[69](#) Gastón LEVAL, o. c., p. 251.

[70](#) Gastón LEVAL, o. c., p.291.

Capítulo 10

[71](#) PEIRATS, I, 379.

[72](#) «Ag. 5, 1936... Sin embargo, bajos muchos aspectos la vida [en Barcelona] estaba mucho menos

trastornada de lo que yo esperaba en vistas de las informaciones de la prensa extranjera. Los tranvías y los autobuses corrían, el agua y la luz funcionaban...» -Franz BORKENAU: *The Spanish Cockpit* (Londres, 1937).

[73](#) Véase LEVAL, o. c.

Capítulo 11

[74](#) «Sevilla, las secciones más activas y militantes de obreros, trabajadores portuarios y camareros de café, les pertenecían. La situación era allí de guerra perpetua con la CNT, habiendo pequeñas secciones de la UGT que la contemplaban... Aun admitiendo el hecho de que la atmósfera de Sevilla... no era propicia para la formación de un movimiento proletario disciplinado, debemos reconocer que la penetración comunista destruyó toda posibilidad de solidaridad entre la clase trabajadora. Las consecuencias de esto se sintieron cuando, en julio, el general Queipo de Llano pudo apoderarse de la ciudad, uno de los puntos estratégicos de la guerra civil, con sólo un puñado de hombres. (O. c., página 231.)

[75](#) F. BORKENAU: *The Communist International*, Londres, 1938.

[76](#) En *I was Stalin's Agent* (Londres, 1939).

[77](#) F. BORKENAU: *The Communist International* (Londres, 1938). Este volumen incluye un capítulo sobre España escrito probablemente a fines de 1937 y que, por lo tanto, no presenta un cuadro completo del papel del P.C. en España.

[78](#) KRIVITSKY, o. c.

[78bis](#) John MAC GOVERN, M. P.: *Terror in Spain* (Londres, 1938).- Emma GOLDMAN: *Political Persecution in Republican Spain (Spain and the World, 12-10-37)* relata una visita a diversas cárceles españolas en setiembre de 1937 y menciona varias cuyo acceso le fue negado.

[79](#) Reproducido en *La CNT en la Revolución española*, tomo II, páginas 101-104.

[80](#) Hugo DEWAR: *Assassins at Large* (Londres, 1961) es un informe sobre las ejecuciones fuera de Rusia ordenadas por la O.G.P.U. Un capítulo trata de tales actividades en España.-Puede verse también Jesús HERNÁNDEZ: *Yo fui ministro de Stalin* (México, 1953). La primera parte de este libro por el ex ministro comunista en el Gobierno de Negrín trata del papel de los agentes de Stalin en la guerra española. Incluye un largo informe sobre la persecución de los miembros del POUM instigada por Moscú y la historia interna» del asesinato de su líder Andrés Nin.

Capítulo 12

[81](#) PEIRATS, II, 191.

[82](#) Augustin SOUCHY: *Las trágicas jornadas de mayo* (Barcelona, 1937), que es la versión oficial de la CNT-FAI, publicada en varias lenguas. Contiene una relación día por día de la lucha en Barcelona así como de los incidentes en provincias, seguida de comentarios sobre el desenlace y, en apéndice, el

Manifiesto de la CNT sobre las Jornadas de Mayo, en Barcelona. La relación completa de la lucha en Barcelona fue publicada en un suplemento de *Spain and the World* (Londres, 11 de junio de 1937, vol. 1, núm. 14). Además, George ORWELL: *Homage to Catalonia* (Londres, 1937), da una versión independiente. Para la versión procomunista con todas las falsas interpretaciones usuales, véase Frank JELLINEK: *The Civil War in Spain* (Londres, 1938).

[83](#) PEIRATS: tomo II, p. 191.

[84](#) *Spain Organises for Victory*. The Policy of the Communist Party of Spain explained by Jesús Hernández and Juan Comorera. Prefacio de J. R. CAMPBELL (Londres, 1937). Ambos discursos fueron pronunciados después de las Jornadas de Mayo en Barcelona y durante la crisis del Gobierno Central. El discurso de Hernández fue un largo ataque a la responsabilidad de Largo Caballero por todos los desastres económicos y militares.

[85](#) Es necesario establecer también este hecho cuando se leen declaraciones, como las de ÁLVAREZ DEL VAYO, que atribuye al POUM la incitación al levantamiento (*Freedoms Battle*, Londres, 1940).

[86](#) PEIRATS, 11, 192.

[87](#) A. SOUCHY, o. c., pp. 4448.

[88](#) Estos dos párrafos hasta esta palabra fueron suprimidos por el censor del Gobierno español cuando el Manifiesto se publicó en *Solidaridad Obrera*, el 13 de junio de 1937, pero fue incluido sin omisiones en la edición inglesa de la obra de SOUCHY ya citada. En la edición francesa del mismo folleto, *La Tragique Semaine de Mai a Barcelone*, se omite por completo el Manifiesto.

Capítulo 13

[89](#) II, 219-224.

[90](#) Augustin SOUCHY, edic. en inglés (Barcelona, 1937).

[91](#) Felix MORROW: *Revolution and Counter-Revolution in Spain* (Nueva York, 1938). SOUCHY (o. c.) refiere que el 5 de mayo un «grupo de reciente formación, llamado «Amigos de Durruti», que operaba en la periferia de la CNT-FAI, lanzó una proclama en que declaraba que «Se ha constituido una Junta Revolucionaria en Barcelona. Todos los responsables del putsch, que maniobran bajo la presión del Gobierno, serán ejecutados. El POUM será miembro de la Junta Revolucionaria porque estuvo junto al pueblo». El Comité Regional acordó no solidarizarse con esta proclama. La Juventud Libertaria también la desautorizó. El día siguiente, 6 de mayo, ambas entidades ratificaron oficialmente su desacuerdo con ella en toda la prensa de Barcelona». Souchy no da el texto de su declaración.

[92](#) Lister O. c: en *The New Statesman and Nation*, 15 de mayo de 1937.

[93](#) En la Telefónica funcionaba una poderosa emisora de radio de onda larga y corta (N. del Tr.).

[94](#) Según *Solidaridad Obrera* del 14 de mayo de 1937, «En los calabozos de la Jefatura de Policía tenemos unos trescientos compañeros a quienes hay que poner en libertad inmediatamente. Llevan seis días presos, y en ese tiempo nadie les ha interrogado...».

Capítulo 14

[95](#) PEIRATS, II, p. 240.

[96](#) PEIRATS, II, p. 274.

[97](#) PEIRATS, II, p. 275.

[98](#) *Fragua Social* (Valencia, 9 de junio de 1937).

[99](#) *Fragua Social* (Valencia, 10 de julio de 1937).

[100](#) PEIRATS, II, p. 224-225.

[101](#) Se adoptaron medidas aún más drásticas para controlar la prensa menos de un año después en el Pleno Nacional Económico Ampliado en Valencia. Nos referiremos a las medidas propuestas en un capítulo posterior (XVII).

[102](#) Esta opinión es defendida con tenaz insistencia por Horacio Prieto, secretario nacional que fue de la CNT en un artículo sobre «La Política Libertaria» (Material de Discusión, Brighton, 5 de febrero de 1946).

Capítulo 15

[103](#) PEIRATS, II, p. 324.

[104](#) PEIRATS, II, p. 23.

[105](#) *La Federación Anarquista Ibérica al Movimiento Internacional*, publicado en el Boletín de Información de la CNT-FAI, Barcelona, 20 de setiembre de 1937, núm. 367. <<<

[106](#) GONZÁLEZ, en su serie de artículos sobre el movimiento libertario español («El Movimiento Libertario Spagnuolo», en *Volanta*, Nápoles, volumen 6, núm. 7, 30 de junio de 1952) dice: «Es cierto que en aquel periodo los militantes más firmes de las organizaciones libertarias se hallaban en los diversos frentes, y que al regresar se encontraron ante el «hecho consumado». En verdad, no podían apreciar en su verdadero alcance el significado de estas transformaciones tácticas, dominados como estaban y un tanto «impresionados» por las tremendas responsabilidades del momento, sobrecogidos por esa fiebre intensa que se apoderaba de cuantos tenían que afrontar realizaciones concretas de esa revolución tan largamente soñada, y enardecidos por las acciones en los frentes.»

[107](#) En *Por qué perdimos la guerra* (Buenos Aires, 1940).

Capítulo 16

[108](#) *El Congreso Confederal de Zaragoza*, ediciones CNT, 1955, p. 183.

[109](#) O. c., p. 181.

[110](#) PEIRATS, I, 195.

[111](#) PEIRATS, I, 195.

[112](#) PEIRATS, I, 196.

[113](#) I, 198. Siete meses después, García Oliver, en un discurso a los estudiantes de la Escuela Militar, declaraba: «Oficiales del ejército popular, debéis observar una disciplina de hierro e imponerla a vuestros hombres que, una vez incorporados a vuestras filas, deben dejar de ser vuestros compañeros y no ser más que los engranajes de la máquina militar de nuestro ejército. Basta lo anterior para definir el ejército popular «la base de una concepción nueva» <<<

[114](#) (11, 38). Es de suponer que las buenas relaciones entre «los nuevos jefes y tropa» a que se refiere Peirats se aplican simplemente a la primitiva columna de Durruti. No nos podemos imaginar que en la división del coronel Cipriano Mera reinara un «compañerismo» semejante, según las declaraciones del propio Mera, que exigía «de ahora en adelante, una disciplina de hierro, disciplina que tendrá el valor de lo que se ofrece voluntariamente. Desde hoy no dialogaré más que con los capitanes y sargentos (!) Se siente que a Mera se le subió el uniforme a la cabeza.

Capítulo 17

[115](#) III, 12.

[116](#) III, 12, 13.

[117](#) III, 34, 35.

[118](#) III, 34.

[119](#) III, 91, 92.

Capítulo 18

[120](#) El texto de estas proposiciones y los comentarios de la FAI fueron publicados en *Spain and the World* (Londres, 4 de marzo de 1938), volumen 2, núm. 31.

[121](#) *Spain and the World* (8 de abril de 1938. Vol. 2, núm. 33). Reproducido también por Peirats, III, cap. 28.

[122](#) Este sentimiento tan anti-anarquista no puede atribuirse entera mente al influjo de la UGT al redactarse el documento. Expresa una mentalidad creciente de los caudillos sindicales se hacen eco de las quejas de las clases medias de los «holgazanes» entre los trabajadores y la necesidad de sancionarlos. Mucho más chocante que la frase citada más arriba del documento UGT-CNT es la campaña lanzada por CNT, órgano de la CNT de Madrid, en orden a emitir tarjetas de productores con

el fin de eliminar a los «holgazanes». Estas tarjetas, según el Boletín Español del Trabajo (Nueva York, 7 de junio de 1938) «que mostrarán que el portador o portadora ha realizado su parte de trabajo para ayudar a la guerra los hace acreedores a su tarjeta de racionamiento, sin la cual no se puede conseguir alimento».

[123](#) PRIETO, que era enemigo de su correligionario socialista Largo Caballero, así como de los anarquistas, fue desahuciado por su otrora amigo, Negrín, en razón de su «pesimismo» sobre el desenlace de la guerra civil. En un discurso pronunciado en el Partido pocos meses después (Cómo y porqué salí del Ministerio de Defensa Nacional, París, 1939) declaró que su salida no tuvo más causa que su negativa de aceptar imposiciones de los Comunistas.

Capítulo 19

[124](#) I, 32.

[125](#) I, 38, 39.

[126](#) O. C., p. 14.

[127](#) II, 195.

[128](#) Según PEIRATS (III, p. 319), ya en 1938 el movimiento libertario estaba dividido en dos tendencias principales: «La representada por el Comité Nacional de la CNT era eminentemente fatalista; la del Comité Peninsular de la FAI. representaba una reacción tardía contra ese fatalismo». Pero entre ambas posiciones había una tercera tendencia «no circunstancialista, sino permanente, de franca rectificación de tácticas y principios, representada por Horacio Prieto. Esta tendencia, que propugnaba convertir a la F.A.I. en un partido político, encargado de representar al Movimiento Libertario en el Gobierno, en los organismos de Estado y en las contiendas electorales, era la cosecha de todas las siembras de claudicaciones ideológicas que desde el 19 de julio hablan efectuado tanto la CNT como la FAI. <<<

[129](#) En 1938, por ejemplo, David Antona, que era secretario regional de la CNT del Centro, fue nombrado Gobernador de la provincia de Ciudad Libre (antes Ciudad Real), y uno de los guerrilleros cenetista, Jover, jefe de la 28.ª División en el «Ejército Popular» reorganizado, fue abrazado por el jefe del Gobierno, Negrin, «al frente de los soldados que lo aclamaban» y ascendido al grado de teniente-coronel.

Capítulo 20

[130](#) George Woodcock en una larga reseña en la revista yanqui Resistance (febrero 1954): *Apreciación de la Revolución española (The Spanish Revolution Examined)*, traducida al italiano y publicada en Volanta (mayo 1954) con el título *Esame di una Rivoluzione*. Cabe advertir que tanto esta reseña como el propio libro fueron violentamente atacados por J. García Pradas en una serie de artículos publicados en el diario colaboracionista *España Libre* (Tolosa, julio-septiembre, 1954, números 346-353 ¡con el significativo título de «Respeto a la CNT»!). A nuestro parecer, estos artículos no presentan mayor importancia porque su autor deliberadamente se desentiende de nuestra documentación y ataca nuestras conclusiones con juicios basados en la aceptación incondicional de

que la política «circunstancialista» de la CNT y el abandono de los principios anarquistas eran los únicos medios al alcance de los anarquistas conducentes a sus fines o, por lo menos, a un intento de lograrlos. De todas maneras, vale la pena leerlos como ilustración de «texto» de los reparos que nos ha merecido la mentalidad autoritaria, nacionalista y demagógica de buen número de militantes españoles de la CNT al avocarse el juicio de la Revolución española.

[131](#) II, 276.

[132](#) Véase VOLIN: *La revolución desconocida* (Campo Abierto, Ediciones. Madrid, enero 1977).

[133](#) Muchos de los documentos que tenemos forzosamente que utilizar para obtener informaciones sobre los diversos Plenos celebrados durante la guerra civil son simples resúmenes oficiales publicados por la prensa confederal, de los cuales se ha eliminado toda referencia a debates acalorados. Había que crear en el público la impresión de la unanimidad en las filas de la CNT. Que todo no andaba como sobre ruedas puede colegirse, por ejemplo, del informe de Peirats (vol. 3, pp. 303-316) sobre el Pleno de octubre de 1938, del cual no sólo poseía la cuenta oficial publicada en Solidaridad Obrera, sino también notas inéditas de un miembro de la FAI que asistió al Pleno.

Para el que observa desde fuera el movimiento español, el procedimiento para designar a los miembros del Comité Nacional, de los Comités Regionales, de los Sub-Comités de nuevo cuño, de los Comités de Enlace y del Comité Ejecutivo (en Cataluña), resulta oscuro (y según lo que nos decían algunos compañeros españoles, ¡al parecer les resultaba oscuro a ellos también!). Ya es tiempo de que se arroje alguna luz autorizada sobre cuestiones de organización tan importantes como éstas. Y a la vez cabría examinar otros aspectos de tales cuestiones, a saber: hasta qué punto estaban directamente representados los militantes de fila en los Plenos y cuáles eran los poderes de los delegados al Pleno Nacional de octubre de 1938 desempeñaban puestos en el Gobierno y en los municipios, y cuántos de los delegados al Pleno Nacional económico ampliado de enero de 1938 desempeñaban funciones administrativas o inspectivas. Sólo cuando dispongamos de un cuadro claro del funcionamiento organizacional de la CNT durante aquel período será posible juzgar la responsabilidad de las bases y, lo que no es menos importante, verificar la validez de los argumentos teóricos esgrimidos por los medianeros de los anarcosindicalistas.

[134](#) «Datos para la Historia» (*Cultura Proletaria*, Nueva York, 22 de mayo de 1943).

[135](#) Es sintomático el hecho de que Espinar fuera uno de los tres delegados de la Generalidad. ¿Hasta qué punto fue influida su actitud por su designación en la Comisión Interventora?

[136](#) II, 78.

[137](#) II, 78, 79.

Capítulo 21

[138](#) La CNT-FAI explotó a saciedad, y a nuestro juicio maliciosa mente, una frase de Durruti, el jefe guerrillero anarquista caído en frente de Madrid en noviembre de 1936: «Renunciamos a todo menos a la victoria». Con ello se pretendía demostrar que hasta el gran Durruti estaba por que se abandonasen los objetivos revolucionarios en aras de una victoria a cualquier precio sobre Franco.

No hemos visto en ninguna de las fuentes informativas españolas el texto de una entrevista, concedida

por Durruti al periodista Pierre Van Paasen del Star de Toronto, en setiembre de 1936. En ella, con toda franqueza e intransigencia, Durruti señalaba cuál debía ser el papel de los anarquistas y se niega a desviarse de sus principios por razones de oportunidad.

«Para nosotros se trata de aplastar al fascismo una vez por todas.

Sí, y a pesar del Gobierno.»

«Ningún Gobierno en el mundo lucha a muerte contra el fascismo. Cuando la burguesía ve que el poder se le escapa de las manos recurre al fascismo para no perder y perpetuarse. El Gobierno liberal de España pudo haber desarmado hace tiempo a los elementos fascistas, en vez de lo cual contemporizó con ellos, transigió con ellos y perdió tiempo con ellos. Aun en este momento, hay miembros del Gobierno partidarios de un trato blando con los rebeldes». Y riéndose agregó: «... le diré a usted, nunca se sabe, el Gobierno actual podría necesitar a estas fuerzas rebeldes para aplastar el movimiento de los trabajadores...»

«Sabemos lo que queremos. Nada significa para nosotros que exista en cierta parte del mundo una Unión Soviética, para cuya paz y tranquilidad los trabajadores de Alemania y de China fueron sacrificados a la barbarie fascista por Stalin. Queremos la revolución aquí en España, ahora mismo, no quizás después de la próxima guerra europea. Le estamos causando a Hitler y a Mussolini muchos más dolores de cabeza con nuestra revolución que todo el Ejército Rojo de Rusia. Le estamos dando un ejemplo a las clases trabajadoras de Alemania e Italia de cómo hay que ajustar cuentas con el fascismo.»

«No espero ninguna ayuda para una revolución libertaria de ningún Gobierno en el mundo. Es posible que los intereses encontrados de los diversos imperialismos pesen en nuestra lucha. Todo puede ser. Franco hace cuanto está en su poder para envolver a Europa en el conflicto. No vacilará en arrojar a Alemania contra nosotros. Pero no esperamos ayuda, ni siquiera de nuestro propio Gobierno.»
«Quedará sentado en un montón de ruinas si sale victorioso» dijo Van Paasen:

Durruti contestó: «Siempre hemos vivido en barracas y tugurios. Ya nos las arreglaremos durante algún tiempo. Pero no olvide usted (que también podemos construir. Somos nosotros los que hemos construido estos palacios y estas ciudades aquí en España y en América y en todas partes. Nosotros, los trabajadores, podemos construir otras en su lugar. Y mejores. No nos asustan las ruinas. Vamos a heredar la tierra, no nos cabe la menor duda. Que la burguesía haga trizas y arruine su propio mundo antes de abandonar la escena de la Historia. Nos otros llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones. Ese mundo está creciendo en estos instantes.» (Felix MORROW: *Revolution and Counter-Revolution in Spain*, Nueva York, 1938, p. 188.)

[139](#) En la lucha por la dirección de la C.N.T., en los años que precedieron la dictadura de Primo de Rivera, los anarquistas acusaron a Seguí y a sus amigos sindicalistas de tender al reformismo y de aceptar con demasiada facilidad la mediación del Estado en los conflictos colectivos. Sin embargo, Seguí es considerado generalmente como una de las figuras eminentes en la historia del movimiento revolucionario español.

[140](#) I, 27

[141](#) Ambas fracciones se unificaron a fines de 1961 en el Congreso de Limoges (N.D.T.).

[142](#) BRENAN, o. c., p. 138.

[143](#) BRENAN, o. c., p. 143.

[144](#) Véase: Ildelfonso GONZÁLEZ, «El movimiento libertario spagnolo», página 14, Tendencias en la FAI Entre otras cosas dice: «Algunos viejos militantes piensan que la época anterior a la constitución de la FAI fue más brillante para el anarquismo español desde el punto de vista de la más estricta observancia de los principios anarquistas.»

[145](#) En el Pleno Nacional de Comités Regionales de la CNT celebrado en Barcelona el 23 de mayo de 1937, encontramos por primera vez proyectos de acuerdos firmados no sólo por los Comités Regionales de la CNT, sino también por el Comité Peninsular de la FAI «Era el punto de partida -dice Peirats-para la constitución del que fue denominado más tarde Movimiento Libertario Español, especie de fusión de las ramas sindical, específica y juvenil, que habría de sobrevivir al acto final de la guerra para prolongarse en la clandestinidad y en el exilio» (I, p. 287).

[146](#) En *Pensiero e Volonta*, abril-mayo 1925, incluido en Scritti Scelti, Ed. R. L. Nápoles, 1947, t. I, p. 186.

[147](#) BART DE LIGT: *The Conquest of Violence*, Londres, 1937.

[148](#) Página 100.

[149](#) II, 184.

[150](#) «Double think» en inglés, término creado por J. Orwell, en su célebre novela 1984, para designar la expresión de sentimientos opuestos a los que aparentemente se expresan, o la expresión simultánea de sentimientos u opiniones contradictorias. No es exactamente sinónimo de doblez (N.D.T.).

[151](#) I, 121.

[152](#) Juan López, ex ministro de Comercio y líder representativo de la posición anti-anarquista y gobiernista en la CNT, puntualizó con excepcional franqueza los resultados de la colaboración política en un mitin en Madrid del «Comité Nacional del Movimiento Libertario de reciente creación (franqueza explicable por la circunstancia de que la fecha era el 11 de marzo de 1939, el lugar Madrid, la lucha agonizaba y los líderes cenetista proponían se liquidase a los comunistas antes de verse liquidados ellos mismos): «Nuestra posición ante el Partido Comunista: Tenemos razones más que suficientes para lanzarnos contra ellos y eliminarlos, pero no es menos cierto que también la tenemos contra los socialistas y republicanos. La política del Frente Popular ha sido la responsable de todos nuestros fracasos y de nuestra situación actual, visto, incluso, internacionalmente.»

Tras esta confesión, López enunció la política por seguir en la coyuntura, y vale la pena reproducir sus palabras porque revelan claramente el criterio político que informó el pensamiento y la acción de tantos líderes de la CNT, criterio, nos permitimos agregar, que amenaza y atenta contra las bases mismas de una organización controlada desde abajo. Decía López:

«En este sentido podemos enfocar nuestra crítica contra los comunistas, pero buscando inteligentemente el momento oportuno. Nuestra posición pública debe ser: «No queremos el exterminio del Partido Comunista ni de ningún partido, sino, por el contrario, que se incorporen todos al Frente Popular, y presten su máxima colaboración al Congreso Nacional de Defensa. Ahora bien, los comunistas no tendrán acceso al poder...»

[153](#) *Solidaridad Obrera* del 2-9-36. El mismo periódico en su número del 12-9-36 reproduce un discurso de J. P. Fábregas (miembro connotado de CNT) en que dice: «Porque tengo una fe ciega en los destinos de nuestra tierra, porque creo en las esencias puras de la raza, porque estoy plenamente seguro de que nosotros simbolizamos el derecho, la justicia y la libertad...

[154](#) I, 130, Congreso, o. c., p. 197.

[155](#) I, 131.